Ursula K. Le Guin

4 CAMINOS HACIA EL PERDÓN



En un mundo donde toda la humanidad está dividida en bienes y propietarios, donde tradición y liberación se entienden como términos contrapuestos y las mujeres son esclavas de esclavos, la libertad toma muchas formas: conocimiento, amor, compasión o coraje.

Los planetas Werel y Yeowe, en los extremos del universo, albergan una sociedad compleja y perturbadora, en la que unos pocos e inolvidables personajes luchan por llegar a ser plenamente humanos. En esos mundos remotos —que se parecen mucho al nuestro— no hay preguntas insignificantes ni tampoco fáciles respuestas.



Ursula K. Le Guin

Cuatro caminos hacia el perdón

ePub r1.0

gertdelpozo 17.06.13

Título original: *Four ways to forgiveness*

Ursula K. Le Guin, 1995

Traducción: Ana Quijada Vargas

Editor digital: gertdelpozo

ePub base r1.0



Traiciones

«En el planeta O no ha habido guerra desde hace cinco milenios —leyó—, y en Gueden no ha habido guerra nunca.» Interrumpió la lectura para descansar la vista y porque intentaba aprender a leer despacio, en vez de engullir las palabras como hacía Tikuli con su comida. «No ha habido guerra nunca»; las palabras se le formaron en la mente, nítidas y luminosas, envueltas en una incredulidad infinita, sombría y confusa. ¿Cómo sería un mundo así, un mundo sin guerra? Sería, un mundo verdadero. La paz era la verdadera vida, una vida de trabajo y aprendizaje, era educar a los niños en el trabajo y el aprendizaje. La guerra, que devoraba obras, enseñanza y niños, era la negación de la realidad. Pero mi pueblo, pensó ella, sólo sabe negar. Nacidos bajo la oscura sombra del abuso de poder, hemos expulsado la paz de nuestro mundo, y ahora es una luz inalcanzable ante nosotros. Sólo sabemos luchar. La poca paz que cada cual puede poner en su vida es sólo una negación de la guerra que continúa, la sombra de una sombra, doblemente increíble.

Las sombras de las nubes se arrastraron sobre los marjales y sobre la página del libro abierto en su regazo, y ella suspiró y cerró los ojos, pensando: «soy una mentirosa». Luego abrió los ojos y continuó leyendo sobre aquellos otros mundos, aquellas realidades lejanas.

Tikuli, que dormía hecho un ovillo bajo la pálida luz del sol, suspiró como si la imitara y se rascó una pulga soñada. Gubu estaba en los cañaverales, de caza: ella no lo veía, pero de tanto en tanto el penacho de un junco se agitaba y una vez una polla de agua echó a volar con un cacareo indignado.

Absorta en la descripción de las peculiares costumbres sociales de los ith, no advirtió a Wada hasta que éste abrió la portezuela del jardín y entró.

—Oh, ya estás aquí —dijo, sorprendida y sintiéndose desprevenida, incompetente, vieja, como siempre que estaba con otros. Sola, únicamente se sentía vieja cuando estaba agotada o enferma. Quizá vivir sola era lo mejor que podía hacer después de todo—. Entra, entra —dijo, levantándose y dejando caer el libro; lo recogió y al hacerlo sintió que se le aflojaba el nudo que le sujetaba el pelo a la espalda—. Ahora mismo voy a buscar mi bolsa y me marcho.

—No hay prisa —dijo el joven con su voz suave—. Eyid todavía tardará un rato en venir.

Muy amable de tu parte decirme que no necesito apresurarme a dejar mi propia casa, pensó Yoss, pero no dijo nada, dócil al insufrible y adorable egoísmo de los jóvenes. Entró en la casa y tomó su bolsa, volvió a recogerse el pelo, se puso un pañuelo en la cabeza y salió al pequeño porche abierto. Wada estaba sentado en la silla que ella había ocupado; cuando ella salió, se levantó de un salto. Era un muchacho tímido, el más gentil de los dos amantes, pensó Yoss.

—Que os divirtáis —dijo con una sonrisa, sabiendo que el comentario avergonzaría al joven—. Estaré de vuelta en un par de horas… antes de la puesta de sol.

Caminó hasta la portezuela, salió y echó a andar por donde Wada había venido, por el sendero que iba a dar al tortuoso camino de madera levantado sobre pilotes que cruzaba los marjales y llevaba al pueblo.

No encontraría a Eyid por el camino. La muchacha vendría desde el norte por uno de los senderos de los pantanos, y habría abandonado la aldea a una hora y en dirección

distinta que Wada, para que nadie notara que durante algunas horas, más o menos cada semana, los dos jóvenes faltaban de la aldea al mismo tiempo. Estaban locamente enamorados, hacía tres años que se amaban, y ya llevarían mucho tiempo viviendo juntos si el padre de Wada y el hermano del padre de Eyid no se hubieran disputado una antigua porción de tierra de la Corporación y hubiesen iniciado una enemistad hereditaria entre las familias que hasta el momento no había acabado en un baño de sangre por poco, pero que sin duda dejaba un matrimonio de amor fuera de discusión. La tierra era valiosa; ambas familias, aunque pobres, aspiraban a liderar el pueblo. Nada mitigaba el odio. Toda la aldea tomó posiciones en la disputa. Eyid y Wada no tenían adonde ir, ni conocimientos que pudieran ayudarlos a mantenerse en la ciudad, ni parientes de tribu en otras aldeas que los acogiesen. La pasión de ambos estaba atrapada en el odio de los viejos. Yoss los había encontrado, uno en brazos del otro, ahora hacía un año, en el frío suelo de una de las islas de los marjales; había tropezado con ellos igual que una vez tropezara con un par de cervatos de los pantanos, completamente inmóviles en el nido de hierbas donde os había dejado la gama. Aquellos dos se habían mostrado tan asustados como los cervatos, tan hermosos y vulnerables como ellos, y le habían suplicado con humildad «que no se lo dijese a nadie»; ¿qué podía hacer ella? Temblaban de frío, Eyid tenía las piernas desnudas manchadas de barro, se abrazaban con fuerza, como niños. —Venid a mi casa —dijo ella con severidad—. ¡Por amor de Dios! —Yoss se alejó a grandes trancos. Ellos la siguieron tímidamente—. Volveré dentro de una hora —dijo cuando estuvieron dentro, en su propia habitación, con el nicho de la cama junto a la chimenea—. ¡No lo manchéis todo de barro!

Esa vez ella había vagado por los caminos, vigilando, por si alguien había salido a buscarlos. Ahora casi siempre iba al pueblo mientras los cervatos estaban en la casa disfrutando de su hora dulce.

Eran demasiado ignorantes para pensar en agradecérselo de algún modo. Wada, cortador de turba, habría podido abastecerle el fuego sin que nadie sospechara, pero nunca dejaron ni siquiera una flor, aunque siempre encontraba la cama bien hecha. Quizá en el fondo no estaban demasiado agradecidos. ¿Por qué habrían de estarlo? Ella sólo les daba lo que les correspondía por derecho: una cama, una hora de placer, un momento de paz. No era culpa de ellos, ni tampoco virtud de ella, que nadie más se lo diera.

Ese día sus recados la llevaron a la tienda del tío de Eyid. Él era el vendedor de dulces del pueblo. Yoss muy pronto había renunciado a todas las pretensiones de santa abstinencia que tenía cuando llegó al pueblo dos años atrás —el cuenco de grano sin condimentar, el trago de agua pura. La dieta de cereales le había provocado diarrea, y el agua de los pantanos no era potable. Comía todas las verduras frescas que podía comprar o cultivar, bebía vino o agua embotellada o zumo de frutas de la ciudad, y procuraba tener un buen suministro de dulces: frutos secos, uvas pasas, azúcar garrapiñado, incluso las pastas que hacían la madre y las tías de Eyid, gruesos discos cubiertos de nuez triturada, secos, grasientos, insípidos, pero curiosamente satisfactorios. Compró toda una bolsa de ellos y una rueda oscura de garrapiñado, y cotilleó con las tías, mujeres menudas, morenas y de ojos inquietos, que habían estado en el velatorio del viejo Uad la noche anterior y querían hablar del evento. «Esa gente» —la familia de Wada, indicaban con la mirada, el encogimiento desdeñoso de hombros, la sonrisa despectiva— se habían comportado como cerdos, como siempre, se habían emborrachado, habían buscado pelea, fanfarroneado, se habían mareado y vomitado por todas partes, como los codiciosos patanes advenedizos que eran. Cuando se detuvo en el quiosco de la prensa para comprar el periódico (otro voto quebrantado hacía largo tiempo: sólo leería el *Arkamye* y lo aprendería de memoria), la

madre de Wada estaba allí, y Yoss oyó cómo «esa gente» —la familia de Eyid— había fanfarroneado y buscado pelea y vomitado por todas partes en el velatorio de la noche anterior. Ella no se limitó a escuchar los chismes; pidió detalles, desató las lenguas: le encantaban los chismes.

Qué estúpida, pensó mientras emprendía el camino de vuelta a casa por el camino elevado, qué estúpida fui al creer que podría beber agua y estar callada. Nunca, nunca seré capaz de renunciar a nada, a nada en absoluto. Nunca seré libre, nunca seré digna de la libertad. Ni siquiera la vejez ha hecho que renuncie a todo. Ni siquiera perder a Sainan ha hecho que renuncie.

Ante los Cinco Ejércitos se encontraron. Y levantando su espada, Enar le dijo a Kamye: ¡Mis manos sostienen tu muerte, mi Señor! Kamye contestó: Hermano, es tu muerte la que sostienen.

Ella había aprendido esos versos, de todas maneras. Todo el mundo conocía aquellos versos. Y Enar había soltado la espada, porque era un héroe y un hombre santo, el hermano más joven del Señor. Pero yo no puedo soltar mi muerte. Me aferraré a ella hasta el fin, la querré, la odiaré, la beberé, la escucharé, la llevaré a la cama conmigo, la lloraré, cualquier cosa antes que soltarla.

Salió de sus pensamientos y miró la tarde en los marjales: el cielo azul, brumoso y sin nubes, reflejado en la curva lejana de un canal de agua, y la luz dorada del sol sobre los Uanqs pardos de los cañaverales y entre los tallos de los juncos. Soplaba el raro y suave viento del norte. Un día perfecto. ¡La belleza del mundo, la belleza del mundo! Una espada en mi mano, vuelta contra mí. ¿Por qué haces que la belleza nos mate, Señor?

Siguió caminando con dificultad y se ajustó el pañuelo con un tirón impaciente. A ese paso, pronto empezaría a vagar y a gritar por los marjales, como Abberkam.

Y allí estaba él, el pensamiento lo había convocado: caminaba tambaleándose, con el paso ciego de siempre, como si no viera otra cosa que sus pensamientos, golpeando el suelo con su gran bastón como si estuviera matando una serpiente. El largo pelo gris le flotaba alrededor de la cara. No gritaba, sólo gritaba por la noche, y no mucho en los últimos tiempos, pero iba hablando, podía ver cómo movía los labios; entonces él advirtió su presencia y cerró la boca y se recogió en sí mismo, cauteloso como un animal salvaje. Se aproximaron el uno al otro sobre el estrecho camino elevado; no había otro ser humano en aquel desierto de cañas, barro, agua y viento. —Buenas tardes, Cacique Abberkam —dijo Yoss cuando estuvieron sólo a unos pasos. Era un hombre inmenso; ella no era capaz de creer lo alto y lo ancho y lo corpulento que era hasta que lo veía de nuevo; la piel oscura todavía era tersa como la de un hombre joven, pero la cabeza se inclinaba y el pelo le crecía canoso y desgreñado. Una gran nariz ganchuda y unos ojos desconfiados que no veían. Murmuró un saludo, aminorando apenas el paso.

La discordia estaba con Yoss ese día; estaba cansada de sus propios pensamientos, penas y flaquezas. Se detuvo, de modo que él se vio obligado a detenerse para no chocar con ella, y dijo: —¿Estuvo en el velatorio ayer por la noche?

Él bajó la vista hacia ella; Yoss se dio cuenta de que estaba tratando de enfocarla, o a parte de ella; al fin él dijo: —¿Velatorio?

—Enterraron al viejo Uad anoche. Todos los hombres se emborracharon, y fue una bendición que no acabaran dando rienda suelta al odio entre las familias.

—¿Odio entre familias? —repitió Abberkam con voz profunda.

Quizá él ya no era capaz de enfocar nada, pero Yoss se sentía impelida a hablar con él, a comunicarse con él. —Los Dewi y los Kamanner. Llevan tiempo peleándose por esa

isla de tierra cultivable que hay al norte del pueblo. Y los dos pobres muchachos quieren vivir juntos, y los padres amenazan con matarlos si se miran siquiera. ¡Cuánta estupidez! ¿Por qué no dividen la isla y dejan que los chicos vivan juntos y dejan que los hijos de ellos la compartan? Uno de estos días la cosa acabará en sangre, pienso.

—En sangre —dijo el Cacique, repitiendo de nuevo, como un tonto, y luego, lentamente, con esa voz poderosa y profunda, la voz que ella había oído gritar con agonía en la noche en los marjales, añadió—: Esos hombres. Esos tenderos. Tienen alma de propietarios. No matarán, pero tampoco compartirán. Si se trata de propiedad, no renunciarán a ella. Nunca.

Yoss vio de nuevo la espada alzada.

—Ah —dijo con un estremecimiento—. Así que los niños tendrán que esperar… hasta que los viejos mueran…

—Demasiado tarde —dijo él. Por un instante sus ojos se encontraron con los de ella, penetrantes y extraños; entonces se echó el pelo hacia atrás con impaciencia, gruñó algo a modo de despedida y echó a andar con tanta brusquedad que ella casi tuvo que agacharse a un lado para dejarlo pasar. Así es como camina un cacique, pensó ella irónicamente mientras él continuaba alejándose. Con grandeza, con amplitud, ocupando espacio, pisoteando el suelo. Y así es como camina una mujer vieja, encogiéndose, encogiéndose.

Escuchó un extraño ruido a su espalda —disparos, pensó, pues los usos de la ciudad no desaparecían del ánimo— y se volvió en redondo. Abberkam se había detenido y tosía explosiva, tremendamente; su gran estructura se encorvaba sobre los espasmos, que lo sacudían con tanta violencia que apenas se tenía en pie. Yoss conocía, esa, tos. Se suponía que el Ecumen tenía medicamentos para tratarla, pero ella había dejado la ciudad antes de que llegaran. Se acercó a Abberkam, y cuando la crisis pasó y él se quedó jadeando, con el rostro gris, dijo; —Eso es berlot; ¿está recuperándose o está empezando?

El sacudió la cabeza. Ella esperó.

Mientras esperaba Yoss pensó: ¿Qué me importa si está enfermo o no lo está? ¿Acaso le importa a él? El vino aquí para morir. Lo oí aullar en los marjales, en la oscuridad, el invierno pasado. Aullando por la angustia. Consumido por la vergüenza, como un hombre consumido del todo por el cáncer que, sin embargo, no puede morir.

—No pasa nada —dijo Abberkam, ronco, enfadado, deseoso de que ella se marchara y lo dejara en paz; y ella asintió y siguió su camino. Déjalo morir. ¿Cómo podía él querer seguir vivo sabiendo lo que había perdido, el poder, el honor, y lo que había hecho? Había mentido y traicionado a sus partidarios, había malversado. El político perfecto. El gran Cacique Abberkam, héroe de la Liberación, líder del Partido del Mundo, que había destruido el Partido del Mundo con su codicia y su locura.

Yoss miró atrás una vez. Él se movía muy despacio, o quizá se había detenido, no estaba segura. Continuó la marcha, dobló a la derecha en el punto donde el camino elevado se bifurcaba, y siguió el sendero de los pantanos que llevaba a su minúscula casa.

Trescientos años atrás, aquellos marjales habían sido un vasto y productivo valle dedicado a la agricultura, uno de los primeros en ser irrigados y cultivados por la Corporación de Plantaciones Agrícolas cuando trajeron esclavos de Werel a la colonia de Yeowe. Demasiado bien irrigados, demasiado bien cultivados; los fertilizantes químicos y las sales del suelo se acumularon hasta que ya no pudo crecer nada, y los propietarios se fueron a explotar otras tierras. Los diques de los canales de irrigación se desplomaron aquí y allá, y las aguas del río corrieron libres de nuevo, acumulándose y serpenteando,

limpiando lentamente la tierra. Los juncos crecieron, miles y miles de juncos arqueándose apenas bajo el viento, bajo la sombra de las nubes y las alas de pájaros de largas patas. Aquí y allá, sobre una isla de suelo más sólido, quedaron algunos campos y un pueblo de esclavos, algunos aparceros olvidados, gentes inútiles en tierras yermas. La libertad de la desolación. Y entre los marjales quedaron casas solitarias.

Cuando envejecía, la gente de Werel y Yeowe se volvía a veces al silencio, como su religión les recomendaba: cuando los hijos ya eran adultos, cuando ya habían cumplido con su deber como cabezas de familia y ciudadanos, cuando quizá el cuerpo se debilitaba pero el alma podía fortalecerse, dejaban atrás la vida que llevaban e iban con las manos vacías a lugares solitarios. Incluso en las plantaciones, los Jefes habían dejado que los esclavos viejos se internaran en el desierto, libres. Allí en el norte, los libertos de las ciudades iban a los marjales y vivían como reclusos en las casas aisladas. Ahora, desde la Liberación, incluso las mujeres lo hacían.

Algunas de las casas estaban abandonadas, y cualquiera que estuviera edificando su alma podía reclamarlas, la mayoría, como la choza de techo de paja de Yoss, eran propiedad de la gente del pueblo, que las mantenía y las cedía a algún recluso sin cobrar alquiler, como un deber religioso, un medio de enriquecer el alma. A Yoss le gustaba saber que era fuente de provecho espiritual para el dueño de su cabaña, un hombre codicioso cuya cuenta con la Providencia posiblemente estaba, por lo demás, en el lado del debe. A ella le gustaba sentirse útil; lo interpretaba como otro signo de su incapacidad para renunciar al mundo, como el Señor Kamye le mandaba que hiciera. Ya no eres útil, le había dicho Él de cien maneras distintas, una y otra vez, desde que cumplió los sesenta; pero ella no escuchaba. Dejó el mundo ruidoso y se fue a los marjales, pero dejó que el mundo siguiera charlando y chismeando y cantando y gritando en sus oídos. Así no oiría la voz baja del Señor.

Eyid y Wada ya se habían marchado cuando llegó a casa; la cama estaba bien hecha y el perro zorro Tikuli dormía en ella echo un ovillo. Gubu, el gato con manchas, hizo cabriolas, pidiendo su cena. Yoss lo tomó en brazos y le acarició la espalda sedosa y moteada, mientras él metía el hocico bajo la oreja de ella, emitiendo su tranquilo ronroneo de placer y afecto; después ella le dio la cena. Tikuli no pareció darse cuenta, lo que era extraño. Tikuli dormía mucho últimamente. Yoss se sentó en la cama y rascó la base de las orejas tiesas y peludas. El animal se despertó y bostezó y la miró con sus ojos de suave color ámbar, meneando el penacho rojo de la cola.

—¿No tienes hambre? —le preguntó. Comeré para complacerte, contestó Tikuli, bajando de la cama con dificultad—. Oh, Tikuli, te estás haciendo viejo —dijo Yoss, y la espada se le removió en el corazón. Su hija Saman le había regalado a Tikuli, un minúsculo cachorro rojo, un manojo huidizo de patas y cola plumosa… ¿Cuánto hacía? Ocho años. Mucho tiempo. Toda una vida para un perro zorro. Más que una vida para Sainan. Más que una vida para sus hijos, los nietos de Yoss, Enkamma y Uye.

Si yo estoy viva, ellos están muertos, pensó Yoss, como pensaba siempre; si ellos están vivos, yo estoy muerta. Iban en una nave que viaja como la luz; los han transportado a la luz. Cuando vuelvan a la vida, cuando bajen de la nave en el mundo llamado Hain, habrán pasado ochenta años desde el día que partieron, y yo estaré muerta, llevaré mucho tiempo muerta; estoy muerta. Ellos me dejaron y estoy muerta. Deja que estén vivos, Señor, dulce Señor, deja que estén vivos, yo estaré muerta. Vine aquí para estar muerta. Para ellos. No puedo, no puedo dejar que estén muertos para mí.

La nariz de Tikuli le rozó la mano. Yoss lo miró con atención. El ámbar de los ojos

de Tikuli estaba empañado, y parecía azul. Ella le acarició la cabeza y le rascó la base de las orejas, en silencio.

El animal comió algunos bocados para complacerla y volvió a encaramarse en la cama. Yoss se preparó la cena, sopa y tortitas recalentadas, y la comió sin saborearla. Fregó los tres platos que había utilizado, preparó el fuego y se sentó junto al hogar tratando de leer su libro despacio; Tikuli dormía en la cama y Gubu estaba sentado frente al hogar mirando las llamas con sus ojos redondos y dorados, ronroneando muy bajito. Una vez se levantó y lanzó su grito de guerra, «¡Hooo!», porque oyó algún ruido fuera, en los marjales, y caminó por la habitación; luego volvió a sentarse y a mirar el fuego y a ronronear. Más tarde, cuando el fuego se extinguió y la casa quedó a oscuras en la oscuridad sin estrellas, se unió a Yoss y a Tikuli en el cálido lecho donde hacía unas horas los jóvenes amantes habían conocido un breve y fugaz gozo.

Los dos días siguientes se descubrió pensando en Abberkam, mientras trabajaba en su pequeño huerto de verduras, limpiándolo para el invierno. Cuando el Cacique llegó, los lugareños habían cuchicheado con excitación sobre el hecho de que viviría en una casa que pertenecía al cabeza del pueblo. A pesar de la ignominia y el deshonor, todavía era un nombre famoso. Elegido cacique de los Heyend, una de las principales tribus de Yeowe, había alcanzado prominencia durante los últimos años de la Guerra de Liberación liderando un gran movimiento en favor de lo que él llamaba Libertad Racial. Incluso algunos del pueblo habían abrazado el principio esencial del Partido del Mundo: sólo el pueblo de Yeowe tiene que vivir en él, no los werelianos, los odiados colonizadores ancestrales, los Jefes y los Propietarios. La Guerra ha puesto fin a la esclavitud; y en los últimos años los diplomáticos del Ecumen han negociado el fin del dominio económico de Werel sobre su antiguo planeta colonia. Los Jefes y los Propietarios, incluso aquellos cuyas familias han vivido en Yeowe durante siglos, se han retirado a Werel, al Viejo Mundo, el siguiente si nos alejamos del sol. Han huido, y sus soldados han sido expulsados detrás de ellos. No han de volver jamás, dice el Partido del Mundo. Ni como comerciantes, ni como visitantes, jamás volverán a profanar el alma y el suelo de Yeowe. Ni lo harán tampoco otros extranjeros, ningún otro poder. Los alienígenas del Ecumen han ayudado a Yeowe a conseguir la liberación, pero ahora deben marcharse. No hay lugar para ellos aquí. «Éste es nuestro mundo. Éste es un mundo libre. Aquí edificaremos nuestras almas a imagen de Kamye, el que lleva la Espada», había dicho Abberkam una y otra vez, y esa imagen, la espada curva, era el símbolo del Partido del Mundo.

Y se había derramado sangre. Desde el Alzamiento en Nadami en adelante, treinta años de luchas, rebeliones, represalias, la mitad de su vida, e incluso después de la Liberación, después de que los werelianos se marcharan, la lucha continuó. Los hombres jóvenes siempre estaban dispuestos para atacar y asesinar a cualquiera si los hombres de mayor edad lo ordenaban: unos a otros, mujeres, viejos, niños; siempre había una guerra que pelear en nombre de la Paz, la Libertad, la Justicia, el Señor. Las tribus recién liberadas peleaban por la tierra, los caciques de las ciudades peleaban por el poder. Todo aquello por lo que Yoss había trabajado durante toda la vida como educadora en la capital se había hecho añicos no sólo durante la Guerra de Liberación sino después de ella, a medida que la ciudad se desintegraba en una guerra de protección detrás de otra.

Para ser justos, pensó ella, a pesar de que blandía la espada de Kamye, desde su posición como líder del Partido del Mundo, Abberkam había tratado de impedir la guerra y lo había conseguido a medias. Él prefería llegar al poder mediante la política y la persuasión, y era un maestro en eso. Había estado muy cerca del triunfo. La espada curva

estaba en todas partes, las multitudes que aclamaban sus discursos eran inmensas, ¡abberkam y la libertad racial!, decían los enormes carteles repartidos por las calles de la ciudad. Estaba seguro de que ganaría las primeras elecciones celebradas en Yeowe y sería el Cacique del Consejo Mundial. Y entonces, los rumores. Las deserciones. El suicidio de su hijo. Las acusaciones de la madre de su hijo de que llevaba una vida disoluta y llena de lujos. Las pruebas de que había malversado grandes sumas de dinero que habían sido entregadas al partido para socorrer a los distritos empobrecidos por la retirada del capital wereliano. La revelación del plan secreto para asesinar al Enviado del Ecumen y culpar del crimen a Demeye, viejo amigo y partidario de Abberkam… Eso fue lo que acabó con él. Un cacique puede satisfacer sus caprichos sexuales, puede hacer mal uso del poder, nacerse rico a costa del pueblo y ser admirado por eso, pero no se perdona al cacique que traiciona a un camarada. Era el código del esclavo, pensó Yoss.

Grupos de sus propios partidarios se volvieron contra él y atacaron la residencia del director de la antigua CPAY, que él se había apropiado. Los partidarios del Ecumen se unieron a las fuerzas que todavía eran leales a Abberkam para defenderlo y restaurar el orden en la capital. Tras varios días de batallas en las calles, con centenares de muertos en la lucha y miles de muertos en los disturbios en todo el continente, Abberkam se rindió. El Ecumen apoyó la declaración de amnistía del gobierno provisional. Abberkam recorrió las calles manchadas de sangre y destrozadas por los bombardeos en medio de un silencio absoluto. La gente lo miró pasar, gente que había confiado en él, gente que lo había reverenciado, gente que lo había odiado, todos lo miraron caminar en silencio, protegido por los extranjeros, los alienígenas que él había tratado de expulsar de ese mundo.

Ella lo había leído todo en los periódicos. Llevaba entonces más de un año viviendo en los marjales. «Bien merecido lo tiene», había pensado entonces, y no dio más vueltas al asunto. No sabía si el Ecumen era un verdadero aliado o una nueva clase de Propietarios encubierta, pero siempre le gustaba ver caer a un cacique. Jefes werelianos, cabezas de tribu que se pavoneaban, o demagogos vociferantes, daba igual, que probaran el barro. Ella ya había tragado demasiado del barro de ellos durante su vida.

Cuando unos meses después le dijeron en el pueblo que Abberkam venía a los marjales a vivir como recluso para edificar su alma, la noticia la había sorprendido y por un momento se había sentido avergonzada por haber dado por sentado que toda la cháchara de él no era más que retórica vacía. ¿Así pues era un hombre religioso? ¿A pesar de los lujos, las orgías, los robos, el tráfico de poder, los asesinatos? ¡No! Como había perdido el dinero y el poder, quería mantenerse en el candelero haciendo espectáculo público de su pobreza y su piedad. Ese hombre no tenía ni una pizca de vergüenza. La sorprendió la amargura de su indignación. La primera vez que se encontró con él, sintió el impulso de escupir a los grandes pies de dedos gruesos calzados con unas sandalias, que fue todo lo que vio de él; se negó a mirarlo a la cara.

Pero luego, en invierno, ella había oído los alaridos en los marjales, por la noche, en el viento glacial. Tikuli y Gubu habían aguzado las orejas, pero aquel sonido terrible los había asustado. Le había llevado un minuto identificarlo como una voz humana —un hombre gritaba, ¿borracho?, ¿loco?— que aullaba, imploraba, y ella se levantó para acudir a la llamada, a pesar del terror que le inspiraba; pero el hombre no buscaba la ayuda humana. «Señor, mi Señor Kamye», gritaba, y desde la puerta de la cabaña lo vio en el camino elevado, una sombra contra las pálidas nubes nocturnas, andando y mesándose los cabellos y gritando como un animal, como un alma en suplicio.

Después de esa noche ya no volvió a juzgarlo. Los dos eran iguales. Cuando volvió

a encontrarse con él, lo miró a la cara y le habló, obligándolo a hablar con ella.

Eso ocurría raras veces; Abberkam en verdad vivía aislado. Nadie cruzaba los marjales para ir a visitarlo. La gente del pueblo a menudo se enriquecía el alma dándole comida a ella, excedentes, sobras, y algunas veces, en días santos, un plato especialmente cocinado para ella; pero nunca vio a nadie llevarle nada a Abberkam. Quizá se lo habían ofrecido pero él era demasiado orgulloso para aceptarlo. Quizá tenían miedo de ofrecerle nada.

Mientras excavaba el nicho de la cama con la miserable pala de mango corto que Em Dewi le había dado, pensó en los alaridos de Abberkam y en cómo había tosido. Safnan casi había muerto del berlot cuando tenía cuatro años. Yoss había oído esa tos terrible durante semanas. ¿Iría Abberkam al pueblo a buscar medicinas el otro día? ¿Habría conseguido llegar?

Se puso el chal, porque el viento se había vuelto frío otra vez: el otoño avanzaba. Fue hasta el camino elevado y tomó el sendero de la derecha.

La casa de Abberkam era de madera y se levantaba sobre un gran número de troncos hundidos en el agua turbosa del marjal. Esas casas eran muy antiguas, se remontaban a doscientos años o aún más atrás, cuando crecían árboles en el valle. Había sido una granja y era mucho más grande que su cabaña, un lugar destartalado y oscuro; el techo estaba en mal estado, algunas ventanas estaban tapiadas y había planchas sueltas en el entarimado del porche. Lo llamó en voz alta, y al no recibir respuesta repitió la llamada más alto. El viento gemía en los juncos. Llamó con los nudillos, esperó, y al fin empujó y abrió la pesada puerta. Estaba oscuro dentro. Había entrado en una especie de vestíbulo. Yoss oyó a Abberkam hablando en la habitación contigua. «Nunca hacia abajo a la galería cuando lo intentéis, llevadlo fuera, llevadlo fuera», decía la voz ronca y grave, y entonces tosió. Yoss abrió la puerta; tuvo que esperar un minuto a que los ojos se le adaptaran a la oscuridad antes de que pudiera ver dónde se encontraba. Era la antigua sala de estar de la casa. Las ventanas estaban cerradas, el fuego apagado. Había un aparador, una mesa, un sofá, pero cerca de la chimenea había también una cama. Los revueltos cobertores habían resbalado hasta el suelo, y Abberkam yacía desnudo en el lecho, revolviéndose y delirando por la fiebre.

—¡Ay, Señor! —exclamó Yoss. Ese torso amplio y negro, bañado en sudor, cubierto de remolinos de vello canoso, esos brazos poderosos y esas manos que buscaban a tientas, ¿cómo iba a arreglárselas para acercarse a él?

Se las arregló, y perdió la timidez y la cautela al descubrir que la fiebre lo había debilitado y que, cuando estaba lúcido, se mostraba dócil a cuanto ella le pedía. Yoss lo arropó bien, apilando todas las mantas que él tenía además de una alfombra que encontró en una de las habitaciones no usadas del piso superior; preparó un buen fuego, y después de un par de horas él empezó a sudar; sudaba a chorros y al poco las sábanas y el colchón estuvieron empapados. —Desmedido, desmedido —decía ella, reprendiéndolo en plena noche mientras lo empujaba y lo arrastraba hasta el decrépito sofá y lo obligaba a tenderse en él envuelto en la alfombra para poder secar la ropa de cama al fuego. Abberkam temblaba y tosía, y ella preparó una infusión con las hierbas que había traído y bebió el té hirviendo con él. El hombre se quedó dormido de repente y durmió como un muerto, sin que nada lo despertara, ni siquiera la tos que lo sacudía. Ella se quedó dormida con la misma brusquedad y se despertó tendida sobre las piedras desnudas del hogar, el fuego casi apagado, el día asomando en las ventanas.

Abberkam yacía como una cadena montañosa bajo la alfombra, que estaba

mugrienta, según pudo ver ahora; la respiración era jadeante, aunque profunda y regular. Yoss se levantó como pudo, tenía el cuerpo dolorido, avivó el fuego y se calentó, preparó té, investigó en la despensa. Estaba abastecida con lo esencial; era evidente que el Cacique encargaba las provisiones en Veo, la ciudad más cercana. Se preparó un buen desayuno, y cuando Abberkam despertó le hizo beber un poco más del té de hierbas. La fiebre había cedido. El peligro estaba ahora en que los pulmones se le llenaran de agua, pensó; le habían advertido de eso con Sainan, y éste era un hombre de sesenta años. Si dejaba de toser, sería una señal de peligro. Yoss lo obligó a incorporarse.

—Tosa —le dijo.

—Duele —gruñó él.

—Tiene que hacerlo —insistió ella, y él tosió, hak, hak.

—¡Más! —ordenó Yoss, y él tosió hasta que los espasmos lo sacudieron de arriba abajo—. Bien —le dijo al fin, satisfecha—. Ahora puede dormir. —El durmió.

¡Tikuli, Gubu, estarán muertos de hambre! Corrió a su casa, alimentó a sus pequeñas mascotas, las acarició, se cambió la ropa interior, y se sentó en su silla junto a la chimenea durante media hora; Gubu le ronroneaba bajo la oreja. Luego corrió entre los marjales de vuelta a la casa del Cacique.

Hacia el anochecer había conseguido secar la cama e hizo que el hombre volviera a acostarse allí. Yoss se quedó esa noche, pero lo dejó por la mañana, diciéndole: —Volveré por la tarde. —Abberkam estaba silencioso, todavía muy enfermo, indiferente a su situación, o a la de ella.

Al día siguiente el hombre había mejorado ostensiblemente: la tos era flemosa y bronca, una tos buena; ella recordaba bien cuando Sainan había empezado al fin a toser una buena tos. Estaba despierto del todo a ratos, y cuando ella le llevó la botella que había estado utilizando como orinal, él la tomó y se volvió para orinar. Pudor, una buena señal en un cacique, pensó Yoss. Se sintió satisfecha de él y de sí misma. Había sido útil.

—Voy a dejarlo solo esta noche; no permita que los cobertores resbalen. Volveré por la mañana —le dijo a Abberkam, satisfecha de sí misma, de su decisión, de ser irrebatible.

Pero cuando volvió a su casa en el atardecer transparente y frío, Tikuli estaba acurrucado en un rincón de la habitación donde no había dormido nunca. No pudo comer y se arrastró de vuelta al rincón cuando ella trató de moverlo, de acariciarlo de hacer que durmiera en la cama. Déjame tranquilo, dijo él, apartando los ojos de ella, metiendo el hocico seco, negro y puntiagudo en la curva de su pata delantera. Déjame tranquilo, dijo él con paciencia, déjame morir, es lo que estoy haciendo ahora.

Yoss se durmió, porque estaba muy cansada. Gubu pasó la noche en los marjales. Por la mañana Tikuli seguía igual, acurrucado en el suelo en el mismo lugar donde no había dormido nunca, esperando.

—Tengo que irme —le dijo ella al animal—. Volveré pronto, muy pronto. Espérame, Tikuli.

Él no dijo nada; sus turbios ojos ambarinos no la miraban. No era a ella a quien esperaba.

Atravesó los marjales deprisa, con los ojos secos, enfadada, inútil. Abberkam estaba más o menos igual. Yoss le preparó unas gachas de cereales, atendió sus necesidades y dijo: —No puedo quedarme. Mi mascota está enferma, tengo que regresar.

—Mascota —repitió el hombre con su voz cavernosa.

—Un perro zorro. Mi hija me lo regaló. —¿Por qué daba explicaciones, por qué se

excusaba? Se marchó. Cuando llegó a casa, Tikuli seguía donde ella lo había dejado. Yoss remendó alguna ropa, preparó un poco de comida para Abberkam, trató de leer el libro sobre los mundos del Ecumen, sobre el mundo en el que no había guerra, donde siempre era invierno, donde las personas eran hombre y mujer a la vez. A media tarde pensó que ya era hora de regresar con Abberkam y se estaba levantando de la silla cuando Tikuli también se levantó y se acercó a ella muy despacio. Ella volvió a sentarse y se inclinó para subirlo a su regazo, pero él le rozó la mano con el morro puntiagudo, suspiró y se tendió con la cabeza sobre las patas. Suspiró una vez más.

Yoss se quedó sentada y lloró en voz alta un rato, no mucho; luego se levantó, tomó la pala del jardín y salió. Cavó la tumba en la esquina de la chimenea de piedra, en un rincón soleado. Cuando entró y levantó a Tikuli se le ocurrió con un estremecimiento de terror que no estaba muerto. Estaba muerto, era sólo que no se había enfriado todavía; el grueso pelo rojo mantenía el calor del cuerpo. Lo envolvió entonces en un pañuelo azul, lo alzó en brazos y lo llevó hasta la fosa, sintiendo todavía el leve calor a través de la ropa, y la ligera rigidez del cuerpo, como una estatua de madera. Llenó la tumba y la cubrió con una losa que había caído de la chimenea. No pudo decir nada, pero imaginó a Tikuli corriendo al sol y la imagen fue como una plegaria. Dejó comida en el porche para Gubu y que había estado fuera todo el día, y echó a andar por el camino. La tarde estaba silenciosa y encapotada. Los juncos parecían grises y las charcas tenían un brillo plomizo.

Abberkam estaba sentado en la cama, ciertamente mejor, quizá con algo de fiebre, pero nada serio. Estaba hambriento, buena señal. Cuando Yoss le llevó la bandeja, él preguntó: —¿Está bien el animal?

—No —contestó ella, y se volvió; después de un minuto pudo decir—: Ha muerto.

—En las manos del Señor —dijo la voz ronca y profunda, y ella volvió a ver a Tikuli al sol, ante una presencia, una presencia benigna como la luz del sol.

—Sí —dijo ella—, gracias. —Los labios le temblaron y la garganta se le cerró. Veía todo el tiempo el dibujo del pañuelo azul, un estampado de hojas sobre un azul más oscuro. Se obligó a hacer algo. Luego volvió y se sentó junto a la chimenea para vigilar el fuego. Se sentía muy cansada.

—Antes de empuñar la espada, el Señor Kamye era pastor —dijo Abberkam—. Y lo llamaban Señor de las Bestias, y Pastor de Ciervos, porque cuando iba al bosque caminaba entre los ciervos, y los leones caminaban con él entre los ciervos sin hacerles daño. No los temían.

Hablaba tan bajo que ella tardó en comprender que estaba recitando versos del Arkamye.

Yoss puso otro pedazo de turba en el fuego y volvió a sentarse.

—Dígame, ¿de dónde es, Cacique Abberkam?

—De la plantación Gebba.

—¿En el este?

Él asintió.

—¿Cómo era?

El fuego ardía sin llama y producía un humo acre. El silencio de la noche era muy profundo. Cuando ella fue a vivir allí desde la ciudad, el silencio la había despertado noche tras noche.

—Cómo era —dijo él casi en un susurro. Como la mayoría de los de su raza, el iris oscuro ocupaba todo el ojo, pero ella vio un fugaz destello blanco cuando él la miró—. Hace sesenta años —continuó—. Vivíamos en el cercado de la Plantación, Los cañaverales;

algunos trabajábamos allí, cortando caña, o en los molinos. Casi todas las mujeres, los niños pequeños. La mayoría de los hombres y los niños a partir de los nueve o diez años bajaban a las minas. Algunas niñas también, querían a las pequeñitas para que trabajaran en pozos en los que no podía meterse un hombre. Yo era grande. Me enviaron a las minas cuando tenía ocho años.

—¿Cómo era aquello?

—Oscuro —contestó él. Yoss vio otra vez la mirada fugaz—. Miro atrás y pienso: ¿cómo podíamos vivir?, ¿cómo es posible que viviésemos en aquel lugar? El aire abajo en la mina estaba tan cargado de polvo que era negro. Aire negro. Las linternas no iluminaban más allá de un metro y medio en aquel aire. Casi todas las explotaciones estaban inundadas y trabajábamos con el agua hasta las rodillas. Había un pozo donde se había incendiado una pared de carbón de coque, y todas las galerías estaban llenas de humo. Nos obligaban a trabajar esa pared porque todos los filones continuaban detrás de ese coque. Llevábamos máscaras, filtros, pero no servían de mucho. Respirábamos humo. Yo siempre he tosido un poco como ahora. No es sólo el berlot, es el humo del pasado. Los hombres morían del pulmón negro. Todos. Cuarenta, cuarenta y cinco años y morían. Los Jefes daban dinero a nuestra tribu cuando moría un hombre. Una prima por defunción. Algunos pensaban que aquello hacía que valiera la pena morir. —¿Cómo consiguió salir de allí? —Mi madre —contestó él—. Era hija de un cacique del pueblo. Ella me enseñó. Ella me enseñó religión y libertad.

Abberkam ha dicho esto antes, pensó Yoss. Se ha convertido en su respuesta de repertorio, en su mito clásico.

—¿Cómo? ¿Qué decía ella? Una pausa. —Ella me enseñó la Santa Palabra —dijo Abberkam—. Y me dijo: «Tú y tu hermano sois personas de verdad, sois el pueblo del Señor, sus sirvientes, sus guerreros, sus leones: sólo vosotros. El Señor Kamye vino con nosotros desde el Viejo Mundo y ahora es nuestro, vive entre nosotros». Nos llamó Abberkam, Lengua del Señor, y Domerkam, Brazo del Señor. Para proclamar la verdad y luchar por la libertad.

—¿Qué fue de su hermano? —preguntó Yoss después de un rato.

—Lo mataron en Nadami —dijo Abberkam, y de nuevo ambos callaron un tiempo.

Nadami había sido la primera gran insurrección del Alzamiento que finalmente había llevado a la Liberación de Yeowe. En la plantación de Nadami los esclavos y los libertos de la ciudad habían luchado por primera vez codo a codo contra los propietarios. Si los esclavos hubieran sido capaces de unirse contra los propietarios, las Corporaciones, habrían conseguido la libertad muchos años antes. Pero la rivalidad entre tribus, la competencia de los caciques por el poder en los territorios liberados y el regateo con los Jefes para consolidar las conquistas habían fragmentado el movimiento de liberación. Treinta años de guerra y destrucción antes de que los werelianos, vastamente superiores en número, fueran derrotados y expulsados del planeta, dejando a los yeowanos libres para volverse unos contra otros.

—Su hermano fue afortunado —dijo Yoss.

Entonces miró al Cacique, preguntándose cómo tomaría él ese desafío. El resplandor del fuego le había dulcificado el rostro amplio y oscuro. El pelo gris y áspero había escapado de la trenza floja en que ella se lo había recogido para evitar que le cayera sobre los ojos y se le había desparramado por la cara. Lentamente, en voz baja, Abberkam dijo: —Él era mi hermano menor. Él era Enar en el Campo de los Cinco Ejércitos.

Oh, ¿entonces tú eres el Señor Kamye en persona?, replicó Yoss para sí misma,

afectada, indignada, cínica. ¡Menudo ego! Claro que había otra interpretación. Enar había alzado la espada para matar a su hermano mayor en aquel campo de batalla, para impedir que fuera el Señor del Mundo. Y Kamye le había dicho que la espada que sostenía era su propia muerte; que no hay señorío ni libertad en la vida, sino sólo cuando uno se libera de la vida, del anhelo, del deseo. Enar había soltado la espada y se había internado en el desierto, en el silencio, y había dicho: «Hermano, yo soy tú». Y Kamye había tomado esa espada para combatir a los Ejércitos de la Desolación, sabiendo que no hay victoria.

¿Quién era ese hombre, ese grandullón, ese viejo enfermo, ese niñito en la oscuridad de la mina, ese ladrón pendenciero y mentiroso que se creía con derecho a hablar en nombre del Señor?

—Estamos hablando demasiado —dijo Yoss, aunque ninguno de los dos había dicho una palabra desde hacía cinco minutos. Sirvió una taza de té para él y sacó la tetera del fuego, donde la había dejado hervir para que humedeciera el aire. Se puso el chal. Él la miró con la misma expresión dulce en la cara, una expresión casi confusa.

—Era la libertad lo que yo quería —dijo Abberkam—. Nuestra libertad.

La conciencia de aquel hombre no era asunto de ella. —Procure no enfriarse —le dijo. —¿Se va?

—No puedo perderme si sigo el camino elevado. Fue una extraña caminata, sin embargo, porque no llevaba linterna y la noche era muy oscura. Mientras avanzaba a tientas por el camino, pensaba en el aire negro de las minas que devoraba la luz del que él le había hablado. Pensó en el cuerpo negro y pesado de Abberkam. Pensó en las pocas veces que había caminado sola de noche. Cuando era niña, en la plantación Banni, encerraban a los esclavos en el cercado por la noche. Las mujeres permanecían en el lado de las mujeres y nunca salían solas. Había probado la libertad por primera vez antes de la guerra, cuando fue a la ciudad como liberta y empezó a estudiar en la escuela de formación profesional; pero en los difíciles años de la guerra e incluso después de la Liberación, una mujer sola no estaba segura en las calles de noche. No había policía en los barrios de trabajo, ni iluminación en las calles; los señores de la guerra de cada distrito enviaban a sus bandas de correrías; incluso a plena luz del día las mujeres tenían que vigilar, tenían que mantenerse entre la multitud y asegurarse de que había una calle por la que podían escapar en caso de necesidad.

La posibilidad de pasar de largo el desvío la inquietó, pero los ojos se le habían habituado a la oscuridad cuando llegó a la bifurcación e incluso pudo distinguir la masa oscura de la cabaña en la negrura informe de los cañaverales. Había oído decir que los alienígenas tenían una visión nocturna muy pobre. Tenían los ojos pequeños, diminutos puntos oscuros rodeados de blanco, como los de un ternero asustado. No le gustaban esos ojos, aunque sí le gustaban los distintos colores de la piel, principalmente el marrón oscuro o rojizo, más cálido que el marrón grisáceo de su piel de esclava o el pellejo negro azulado que Abberkam había heredado del propietario que violó a su madre. Coloración cianótica de la piel, decían los alienígenas cortésmente, y adaptación ocular al espectro de radiación del sol del Sistema Wereliano.

Gubu bailó alrededor de ella en el sendero, silencioso, y su cola le cosquilleó en las piernas. —Ten cuidado —lo regañó—, o te pisaré. —Ella le estaba agradecida y lo alzó en cuanto entraron en la casa. Tikuli no la recibió con dignidad y alegría esa noche, no lo haría nunca más. Roo-roo-roo, decía Gubu frotándose contra la oreja de Yoss, escúchame, estoy aquí, la vida continúa, ¿dónde esta mi cena?

El Cacique tenía una neumonía leve después de todo, y Yoss fue al pueblo para

llamar a la clínica de Veo. Enviaron un médico, que dijo que ella había actuado bien, que continuara haciendo que se sentara y tosiera, que el té de hierbas era adecuado, que lo vigilara un poco, muy bien, y se fue, muchas gracias. De modo que pasaba las tardes con él. La casa sin Tikuli parecía muy gris, los días de] otoño ya avanzado parecían muy fríos, y de todas maneras no tenía nada más que hacer. Le gustaba la gran casa levantada sobre pilotes. Ella no tenía intención de limpiarle la casa al Cacique o a cualquier otro hombre que no lo hiciera por sí mismo, pero curioseó por habitaciones que evidentemente Abberkam no había usado o ni siquiera mirado, Encontró una en el piso de arriba, con ventanas bajas alargadas que cubrían toda la pared oeste, que le gustaba. La barrió y limpió los pequeños cristales verdosos de las ventanas. Cuando él estaba dormido ella subía a esa habitación y se sentaba en una raída alfombra de lana, el único mobiliario que había. La chimenea estaba sellada con ladrillos, pero el calor del fuego de turba que ardía debajo subía hasta allí, y con la espalda pegada a los ladrillos tibios y los rayos oblicuos del sol que entraban por las ventanas estaba caliente. Sentía una paz que parecía pertenecer a la habitación, al aire que la llenaba, a las aguas del cristal verdoso de las ventanas. Allí se sentaba en silencio, ociosa, contenta, como nunca lo había hecho en su propia casa.

El Cacique recuperaba las fuerzas con lentitud. A menudo estaba taciturno, hosco; entonces era el hombre grosero que ella había imaginado al principio, sumido en el estupor o en una vergüenza y una rabia egocéntricas. Otros días hablaba de buen grado; a veces incluso escuchaba.

—He estado leyendo un libro sobre los mundos del Ecumen —dijo Yoss mientras esperaba a que se cocieran por un lado las tortas de habichuelas antes de volverlas. Hacía varios días que cocinaba y cenaba con él a última hora de la tarde, fregaba los platos y regresaba a su casa antes de que oscureciera—. Es muy interesante. No hay ninguna duda de que descendemos del pueblo de Hain, todos. Nosotros y los alienígenas también. Incluso nuestros animales tienen los mismos antepasados. —Eso dicen ellos —gruñó él. —No es cuestión de quién lo diga —replicó ella—. Cualquiera que examine las pruebas lo ve; es un hecho genético. Que a usted no le guste no cambia las cosas.

—¿Qué significado tiene un «hecho» con millones de años de antigüedad? —dijo él—. ¿Qué tiene que ver con usted, conmigo, con nosotros? Éste es nuestro mundo. Nosotros somos nosotros. No tenemos nada que ver con ellos.

—Ahora sí-dijo ella con brusquedad, lanzando al aire las tortillas para volverlas.

—No sería así si me hubiera salido con la mía —dijo Abberkam.

Ella rió. —No se da por vencido, ¿verdad?

—No —contestó él.

Luego, mientras comían, él en la cama con una bandeja, ella en un banquillo junto al hogar, Yoss continuó, con la sensación de que provocaba a un toro, de que desafiaba la avalancha a punto de caer; a pesar de que todavía estaba enfermo y débil, ella sentía una amenaza en él, en su talla, y no sólo física. —¿Era sólo eso lo que pretendía el Partido del Mundo, entonces? —preguntó—. ¿Que tuviéramos el planeta para nosotros solos, sin alienígenas? ¿Sólo eso?

—Sí —contestó él con un retumbar sombrío.

—¿Por qué? El Ecumen tiene tanto que compartir con nosotros. Ellos acabaron con el dominio de la Corporación sobre nosotros, están de nuestro lado.

—Fuimos traídos a este mundo como esclavos —dijo él—, pero éste es el mundo en el que tenemos que encontrar nuestro camino. Kamye vino con nosotros, el Pastor, el Siervo, Kamye, el que blande la Espada. Éste es el mundo de Kamye. Nuestra-tierra. Nadie

puede dárnosla. No necesitamos compartir el saber de otros pueblos o seguir a sus dioses. Aquí es donde vivimos, en esta tierra. Aquí es donde morimos para reunimos con el Señor.

Después de un rato, ella dijo: —Tengo una hija, y un nieto y una nieta. Ellos dejaron este planeta hace cuatro años. Viajan en una nave que los lleva a Hain. Todos los años que me quedan antes de morir son sólo unos pocos minutos para ellos, una hora. Llegarán allí dentro de ochenta años… setenta y seis años ahora. Ellos vivirán y morirán en esa otra tierra, no aquí.

—¿Quería acaso que se fueran?

—Ella lo decidió así.

—No usted.

—Yo no puedo vivir su vida.

—Sin embargo, le duele —dijo él.

Se hizo un silencio denso entre los dos.

—¡Todo está mal, mal! —dijo él, la voz alta y fuerte—. Éramos dueños de nuestro destino, de un camino propio hacia el Señor, y ellos nos lo arrebataron… ¡volvemos a ser esclavos! Los sabios alienígenas, los científicos, con sus grandes conocimientos e inventos, nuestros antepasados, o eso dicen ellos. «¡Hagan esto!», dicen, y nosotros lo hacemos. «¡Hagan aquello!», y nosotros lo hacemos. «¡Lleven a sus hijos a nuestra nave maravillosa y que vuelen a nuestros mundos maravillosos!» Y se llevan a los niños, y ellos ya no regresarán nunca al hogar. Nunca conocerán su hogar. Nunca sabrán quiénes son. Nunca sabrán qué brazos los sostuvieron.

Abberkam estaba en pleno ejercicio de oratoria; por lo que ella sabía era un discurso que había pronunciado una o cien veces, exaltado y magnífico; tenía lágrimas en los ojos. También ella lloraba, pero no dejaría que la utilizara, que jugara con ella, que tuviera poder sobre ella.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Yoss entonces—, pero aun así, ¿por qué engañó, Abberkam? ¡Mintió a su propio pueblo, les robó!

—Nunca —dijo él—. Todo lo que hice, siempre, hasta el aire que respiré, fue para el Partido del Mundo. Sí, gasté dinero, todo el dinero que pude conseguir, ¿pero para qué otra cosa que no fuera la causa? ¡Sí, amenacé al Enviado, quería echarlo a él y a los otros como él fuera de este planeta! ¡Sí, les mentí, porque ellos querían controlarnos, poseernos, y yo haría cualquier cosa para salvar a mi pueblo de la esclavitud, cualquier cosa! —Golpeó con los grandes puños el montículo de sus rodillas y jadeó en busca de aire, sollozando—. ¡Y no puedo hacer nada, oh, Kamye! —gritó, y escondió el rostro entre los brazos.

Ella siguió sentada en silencio, con el corazón encogido.

Después de un largo rato él se pasó las manos por la cara, como un niño, y se apartó el basto y desgreñado cabello, y se frotó los ojos y la nariz. Alzó la bandeja y se la colocó sobre las rodillas, agarró el tenedor, cortó un trozo de la tortilla, se lo metió en la boca, masticó, tragó. Si él puede, yo también, pensó Yoss, y lo imitó. Terminaron la cena. Ella se levantó y se acercó a él para retirar la bandeja.

—Lo siento —dijo Abberkam—. Ya no quedaba nada para entonces —dijo con voz queda. La miró directamente, viéndola. Ella sabía bien que casi nunca la había mirado así.

Yoss esperó de pie, sin comprender.

—Ya no quedaba nada entonces. Hacía años que no quedaba nada de lo que creía en Nadami. Que todo lo que necesitábamos era echarlos fuera y seríamos libres. Perdimos el camino cuando la guerra empezó a alargarse. Sabía que era mentira. ¿Qué importaba que mintiera más?

Ella sólo comprendió que el hombre estaba hondamente perturbado y probablemente algo loco, y que había hecho mal en provocarlo. Ambos eran viejos, ambos estaban vencidos, ambos habían perdido a sus hijos. ¿Por qué quería herirlo? Yoss le tomó la mano un momento, en silencio, antes de recoger la bandeja.

Mientras fregaba los platos en la cocina, él la llamó.

—¡Venga, por favor! —Abberkam nunca había hecho aquello, y ella, corrió a la habitación.

—¿Quién era? —preguntó.

Ella se lo quedó mirando.

—Antes de venir aquí —dijo él con impaciencia.

—Fui de la plantación a la escuela de formación —contestó ella—. Vivía en la ciudad. Enseñaba física. Era la coordinadora del programa de estudios de ciencias en las escuelas. Crié a mi hija.

—¿Cómo se llama?

—Yoss. Tribu Seddewi, de Banni.

Él asintió, y después de un momento ella volvió a la cocina. Ni siquiera sabía cómo me llamo, pensó.

Cada día Yoss lo obligaba a levantarse, caminar un poco y luego sentarse en una silla; él obedecía, pero se fatigaba mucho. La tarde siguiente ella lo hizo caminar un buen rato, y cuando volvió a la cama cerró los ojos al instante. Ella subió sigilosamente la desvencijada escalera y fue a la habitación de las ventanas hacia el oeste, y estuvo allí sentada largo tiempo en una paz completa.

Más tarde, mientras preparaba la cena, lo hizo sentarse en la silla. Ella hablaba para animarlo un poco, porque él nunca se quejaba de sus peticiones, pero parecía desolado y triste, y ella se reprochó haberlo alterado la tarde anterior. ¿Acaso no estaban los dos allí para dejar todo eso atrás, todos los errores y fracasos, así como los amores y las victorias? Ella le habló de Eyid y Wada, y contó la historia de los amantes desgraciados, que de hecho estaban en la cama en su casa aquella tarde.

—Antes no tenía ningún lugar al que ir cuando ellos venían —dijo ella—. Podía ser bastante inconveniente en días tan fríos como hoy. Tenía que andar rondando por las tiendas del pueblo. Esto es mejor, la verdad. Me gusta esta casa.

Él se limitó a gruñir, pero Yoss sintió que la escuchaba con atención, que intentaba comprender, como un extranjero que no conoce el idioma.

—No se cuida mucho de la casa, ¿verdad? —dijo ella sirviéndole la sopa, y rió—. Al menos es honesto. Aquí estoy yo dándomelas de santa, fingiendo que estoy edificando mi alma, y lo cierto es que tomo cariño a las cosas, me apego a ellas, amo las cosas. —Se sentó junto al fuego para tomar la sopa—. Hay una habitación hermosa en el piso de arriba —continuó—, la de la esquina frontal, que mira al oeste. Algo bueno ocurrió en esa habitación, quizá unos amantes vivieron en ella. Me gusta contemplar los marjales desde allí.

Cuando ella se preparó para marcharse, él le preguntó: —¿Se habrán ido ya?

—¿Los cervatos? Oh, sí. Ya hace rato. De vuelta a sus odiosas familias. Supongo que si pudieran vivir juntos, pronto serían igual de odiosos. Son muy ignorantes. ¿Cómo pueden evitarlo? El pueblo es mezquino, son tan pobres. Pero ellos se aferran al amor que sienten el uno por el otro, como si supieran que… es su verdad…

—Aférrate a lo que es noble —dijo Abberkam. Ella conocía la cita.

—¿Quiere que lea para usted? —preguntó Yoss—. Tengo el Arkamye. Puedo

traerlo.

El negó con la cabeza con una súbita y amplia sonrisa.

—No es necesario —dijo—. Lo sé de memoria.

—¿Todo?

Él asintió.

—Yo tenía intención de aprenderlo, al menos algunas partes, cuando vine aquí —dijo ella admirada—. Pero nunca lo hice. Nunca parece haber tiempo. ¿Lo aprendió aquí?

—Hace mucho tiempo. En la cárcel, en Gebba —dijo él—. Había mucho tiempo allí… Estos días, tendido aquí lo recito para mí mismo. —Mantuvo la sonrisa al mirarla—. Me hace compañía en tu ausencia.

Ella se quedó muda.

—Tu presencia es dulce para mí —dijo él.

Ella se envolvió en el chal y salió deprisa, casi sin despedirse.

Echó a andar hacia su casa sumida en una multitud de sentimientos encontrados y confusos. ¡Aquel nombre era un monstruo! Había estado flirteando con ella, no había duda. Había caído sobre ella, para ser más exactos. ¡Tendido en la cama como un gran buey derribado, la respiración dificultosa y el pelo canoso! Esa voz suave y profunda, esa sonrisa, él conocía el efecto de esa sonrisa, sabía cómo escatimarla. Sabía cómo encandilar a una mujer, había encandilado a muchas si lo que se contaba era cierto, las había encandilado, había entrado y había salido, aquí tienes un poco de semen para que recuerdes a tu Cacique, y adiós, querida. ¡Señor!

¿Qué tenía en la cabeza cuando le había contado que Eyid y Wada estaban en su cama? Mujer estúpida, se dijo, caminando deprisa en el flojo viento del este que recorría los cañizares cenicientos. Vieja estúpida.

Gubu salió a recibirla, bailando y manoteándole suavemente las piernas y las manos, agitando la cola corta y moteada de negro, que terminaba en un muñón. Yoss había dejado la puerta sin ajustar para que él pudiera empujarla y entrar. Estaba entreabierta. Las plumas de algún pájaro pequeño estaban desparramadas por toda la habitación y había un poco de sangre y vísceras sobre la alfombra del hogar. —Monstruo —le dijo ella—. ¡El asesinato fuera! —Él ejecutó su danza de batalla y gritó ¡Hoo!, ¡Hoo! Durmió toda la noche acurrucado en la curva de la espalda de Yoss, y se levantó complaciente, pasó por encima de ella, y se acurrucó en el otro lado cada vez que ella se volvía.

Se volvió muchas veces esa noche, imaginando o soñando el peso y el calor de un cuerpo corpulento, el peso de unas manos sobre sus pechos, el tirón de unos labios en sus pezones, absorbiendo la vida.

Yoss acortó sus visitas a Abberkam. Él ya podía levantarse, atender a sus necesidades, prepararse el desayuno; ella le mantenía el cajón de la turba lleno y la despensa abastecida, y seguía llevándole la cena, pero ya no se quedaba a cenar con él. Abberkam estaba casi siempre grave y silencioso, y ella cuidaba la lengua. Actuaban con cautela el uno con el otro. Echaba de menos las horas en la habitación del oeste; pero eso se había acabado, había sido un sueño, una dulzura pasada.

Una tarde Eyid llegó sola a casa de Yoss con expresión hosca. —Me parece que ya no vendré más por aquí —dijo.

—¿Qué ocurre?

La muchacha se encogió de hombros.

—¿Os vigilan?

—No. No lo sé. Me parece que… bueno, ya sabes. Me parece que estoy llena.

—Utilizó la antigua palabra de los esclavos para decir embarazada.

—Utilizaste los anticonceptivos, ¿no? —Ella les había comprado una buena provisión en Veo.

Eyid asintió vagamente. —Supongo que está mal —dijo, apretando los labios.

—¿Hacer el amor? ¿Utilizar anticonceptivos?

—Supongo que está mal —repitió la muchacha, con una fugaz mirada de rencor.

—Muy bien —dijo Yoss.

Eyid se volvió.

—Adiós, Eyid.

Sin una palabra, Eyid se alejó por el sendero de los pantanos.

Aférrate a lo que es noble, pensó Yoss con amargura.

Rodeó la casa para ver la tumba de Tikuli, pero hacía demasiado frío para estar fuera mucho rato, el doloroso y penetrante frío de pleno invierno. Entró en la casa y cerró la puerta. La habitación parecía pequeña, oscura y baja. El pálido fuego de turba humeaba y ardía sin llama, sin ruido. No se oía nada fuera de la casa. El viento había amainado; los cañaverales, aprisionados por el hielo, estaban inmóviles.

Quiero madera, quiero un buen fuego, pensó Yoss. Una llama que salte y chisporrotee, un fuego para contar cuentos, como el que solíamos tener en a casa de las abuelas en la plantación.

Al día siguiente siguió uno de los caminos de los pantanos hasta una casa en ruinas a media milla de la suya y arrancó algunas planchas sueltas del porche hundido. Hubo un fuego rugiente en su chimenea aquella noche. Tomó la costumbre de ir a la casa en ruinas una o varias veces al día, y acumuló una considerable pila de madera junto al montón de turba en el hueco de la chimenea, al otro lado del hueco de su cama. Había dejado de ir a casa de Abberkam; él ya estaba recuperado y ella necesitaba un objetivo que la mantuviera activa. No tenía manera de cortar los tablones más largos, así que los iba metiendo poco a poco en la chimenea; de ese modo un tablón podía durar toda la tarde. Se sentaba junto al animado fuego y trataba de leer el Primer Libro del Arkamye. Gubu se tendía frente al hogar, a veces mirando las llamas y ronroneando, a veces dormido. El animal odiaba salir a los juncos helados, así que le hizo una pequeña caja para sus necesidades y la puso en la cocina, y él la usó con pulcritud.

El frío intenso continuó, el peor invierno que ella había conocido en los marjales. Crueles corrientes de aire la llevaron a descubrir en las paredes de madera grietas cuya existencia ignoraba; no tenía trapos para taparlas y usó barro amasado con juncos. Si dejaba que el fuego se apagara, la minúscula casa se quedaba helada en menos de una hora. El fuego de turba cubierto duraba toda la noche. De día añadía un trozo de madera por el resplandor, el brillo, la compañía.

Tenía que ir al pueblo. Llevaba días postergando la expedición, esperando que el frío disminuyese, y se le había agotado prácticamente todo. Hacía más frío que nunca. Los bloques de turba de la chimenea eran terrosos y ardían mal, sin Uama, de modo que les añadió una plancha de madera para mantener el fuego animado y la casa caliente. Se envolvió en todas las chaquetas y chales que tenía y salió con la bolsa. Gubu le guiñó los ojos desde la chimenea. —Animal perezoso —le dijo—. Bestia sabia.

El frío era espantoso. Si resbalo en el hielo y me rompo una pierna, es posible que no pase nadie por aquí durante días, pensó. Me quedaré ahí tendida y me congelaré en cuestión de horas. Bien, bien, bien, en las manos del Señor, y de todas maneras la muerte tiene que llegarme dentro de pocos años. ¡Sólo permíteme que llegue al pueblo y me

caliente!

Consiguió llegar, y pasó un buen rato pegada a la estufa de la confitería, poniéndose al corriente de los chismes, y junto a la estufa de leña del quiosco de periódicos, leyendo en los ejemplares atrasados sobre una nueva guerra en la provincia oriental. Las tías de Eyid y el padre, la madre y las tías de Wada preguntaron cómo estaba el Cacique. También le dijeron que pasara a ver a su casero, Kebi tenía algo para ella. Quería darle un paquete de un asqueroso té barato. Deseosa de que él pudiera enriquecer su alma, le dio las gracias por el té. Kebi le preguntó por el Cacique Abberkam. ¿Había estado enfermo? ¿Estaba mejor ya? Él fisgoneaba; ella respondía con indiferencia. Es fácil vivir en silencio, pensó Yoss; lo que no podría hacer es vivir con estas voces.

Se sentía reacia, a abandonar la cálida habitación, pero la bolsa pesaba más de lo que a ella le hubiera gustado cargar, y las placas de hielo del camino serían difíciles de advertir cuando la luz menguase. Se despidió, y atravesó el pueblo y tomó el camino elevado. Era más tarde de lo que había pensado. El sol estaba muy bajo, y medio escondido tras una franja de nubes en el por otra parte desnudo cielo, como si diera a regañadientes media hora más de luz y calor.

Ella sólo quería llegar a su casa y sentarse junto al fuego, de manera que caminó a buen paso.

Como iba mirando el camino que tenía delante por miedo a que hubiera hielo, al principio sólo oyó la voz. La reconoció y pensó: ¡Abberkam se ha vuelto loco otra vez! Porque corría hacia ella, gritando. Ella se detuvo, temerosa de él, pero era su nombre lo que él gritaba.

—¡Yoss! ¡Yoss! ¡No pasa nada! —gritaba viniendo directamente hacia ella, un hombre descomunal y alborotado, todo sucio, enlodado, el pelo canoso lleno de barro y hielo, las manos tiznadas, las ropas negras, y se le veía el blanco de los ojos.

—¡Váyase! —gritó ella—. ¡No se acerque a mí! —No pasa nada —dijo él—, pero la casa, la casa… —¿Qué casa?

—La suya, se ha quemado por completo. Yo lo vi, iba al pueblo, y vi el humo en el marjal…

Él siguió hablando, pero Yoss estaba paralizada y no oyó una palabra. Había cerrado la puerta, había dejado caer el pestillo. Nunca lo cerraba, pero ese día había dejado caer el pestillo y Gubu no podría salir. Estaba en la casa, encerrado dentro: los ojos brillantes miraban con desesperación, la voz menuda gritaba…

Ella echó a andar. Abberkam le cerró el paso. —Déjeme pasar —dijo ella—. Tengo que ir. —Soltó la bolsa y echó a correr.

Algo le apresó el brazo, se sintió detenida como por una ola del mar, y giró en redondo. La voz y el cuerpo poderosos la rodeaban. —No pasa nada, el animal está a salvo, está en mi casa —decía él—. ¡Escucha, escúchame, Yoss! La casa ardió. El animal está bien.

—¿Qué ocurrió? —gritó ella, furiosa—. ¡Suélteme! ¡No lo entiendo! ¿Qué ocurrió?

—Por favor, por favor, cálmate —imploró él, soltándola—. Iremos hasta allí. Ya lo verás. Aunque no queda mucho que ver.

Temblorosa, caminó junto a Abberkam mientras él le explicaba lo que había ocurrido.

—Pero ¿cómo ha empezado? —dijo ella—. ¿Cómo ha podido empezar?

—Una chispa; ¿dejaste el fuego encendido? Claro, claro que lo hiciste, hace frío. Pero había piedras fuera de la chimenea, por lo que pude ver. Si había madera en el fuego,

las chispas quizá prendieron alguna plancha del entarimado, o la paja. Entonces ardió todo, el tiempo es tan seco, está todo seco, hace mucho que no llueve. Oh, Señor, mi dulce Señor, pensé que estabas dentro. Pensé que estabas en la casa. Vi el fuego, estaba arriba en el camino, y luego estaba en la puerta de la casa, no sé cómo, ¿llegué volando?, no lo sé. Empujé, estaba cerrada, la eché abajo y vi toda la pared trasera y el tejado en llamas. Había tanto humo, y no podía distinguir si estabas allí, así que entré. El animal estaba escondido en un rincón. Recordé cómo habías llorado cuando el otro murió y traté de atraparlo, pero él salió por la puerta como un rayo. Entonces vi que no había nadie dentro y fui hacia la puerta y el tejado se desplomó. —Rió, impetuoso, triunfante—. Me cayó sobre la cabeza, ¿ves? —Se inclinó, pero aún así ella era demasiado baja para verle la coronilla—. Vi un cubo y traté de echar agua en la pared delantera para salvar algo, pero comprendí que era una locura, todo ardía, no quedaba nada. Subí por el camino; el animal, tu mascota, esperaba allí, temblando de pies a cabeza. Me dejó tomarlo en brazos y como no sabía qué hacer con él, corrí a mi casa y allí lo dejé. Cerré la puerta. Está a salvo. Luego se me ocurrió que seguramente estarías en el pueblo, así que me volví a buscarte.

Habían llegado al desvío. Yoss se acercó al borde del camino elevado y miró abajo. Una mancha de humo, un montón oscuro. Maderos ennegrecidos. Hielo. Empezó a temblar como una hoja y se sintió tan mareada que tuvo que agacharse, tragando saliva fría. El cielo y los juncos oscilaban, de izquierda a derecha, todo ie daba vueltas; no podía detener aquel remolino.

—Vamos, vamos, va ha pasado. Ven conmigo. —Ella tomó conciencia de la voz, las manos y Tos brazos, el amplio calor que la sostenía. Caminó con los ojos cerrados. Después de un tiempo pudo abrir los ojos y miró la carretera con cuidado.

—Oh, mi bolsa… la dejé… es todo lo que tengo —dijo ella de pronto con una especie de risa, y se volvió y casi cayó porque la vuelta hizo que todo empezara a girar otra vez.

—La tengo aquí, conmigo. Vamos, ya falta poco. —El cargaba la bolsa de una manera curiosa, colgada en la curva del brazo. Con el otro brazo la rodeaba a ella y la ayudaba a mantenerse de pie y a caminar. Llegaron a la casa, la oscura casa sobre pilotes. La casa enfrentaba un increíble cielo naranja y amarillo; unas franjas rosadas se elevaban desde el punto por donde se había puesto el sol; la cabellera del sol, solían decir cuando era niña. Le dieron la espalda a toda esa gloria y entraron en la casa oscura.

—¿Gubu? —dijo ella.

Tardó un rato en encontrarlo. Se había refugiado bajo el sofá. Yoss tuvo que sacarlo a la rastra porque no quería salir. Tenía el pelo cubierto de polvo, y cuando lo acarició le tiznó las manos. Tenía un poco de espuma en la boca y temblaba, y se quedó callado en los brazos de ella. Yoss acarició y acarició la espalda plateada y moteada, los lomos con manchas, la sedosa piel blanca del vientre. El animal cerró los ojos al fin; pero en cuanto ella se movió un poco, saltó y corrió de vuelta bajo el sofá.

Yoss se sentó y dijo: —Lo siento, lo siento, Gubu lo siento.

Al oírla hablar, el Cacique regresó a la habitación. Venía de la cocina. Llevaba las manos mojadas extendidas y ella se preguntó por qué no se las habría secado. —¿Está bien? —preguntó Abberkam.

—Tardará un poco —contestó ella—. El incendio. Y una casa extraña. Son… los gatos son territoriales. No les gustan los lugares desconocidos.

Yoss no podía ordenar sus pensamientos o palabras, brotaban sueltos, inconexos.

—¿Eso es un gato, entonces?

—Un gato con manchas, sí.

—Esos animales de compañía, pertenecían a los Jefes, estaban en las casas de los Jefes —dijo él—. Nosotros nunca tuvimos ninguno.

Ella pensó que la estaba acusando. —Vinieron de Werel con los Jefes —dijo ella—, es verdad. Y nosotros también. —Cuando hubo dicho esas ásperas palabras se le ocurrió que quizá el hombre había querido disculparse por su ignorancia.

Abberkam continuaba de pie con las manos extendidas. —Lo siento —dijo—. Me parece que necesito algún vendaje.

Ella enfocó poco a poco las manos del hombre.

—Te las has quemado —dijo.

—No mucho. No sé cuándo ha sido.

—Deja que las vea.

Él se acercó y volvió las anchas palmas hacia arriba: una fea franja roja llena de ampollas cruzaba la piel azulada de la cara interna de los dedos en una, y en la otra había una herida en carne viva en la base del pulgar.

—No lo noté hasta que empecé a lavarme —dijo—. No me dolía.

—Deja que te vea la cabeza —dijo ella, recordando; y él se arrodilló y le presentó un objeto peludo, desgreñado y cubierto de hollín; una quemadura roja y negra le cruzaba la coronilla—. Oh, Señor —exclamó.

Los grandes ojos y la nariz aparecieron bajo la canosa maraña, muy cerca de ella, y la miraron con ansiedad. —El techo me cayó encima —dijo, y ella se echó a reír.

—¡Se necesitaría mucho más que un techo para acabar contigo! —dijo ella—, ¿tienes algo, algunos paños limpios, recuerdo que dejé paños de cocina limpios en la alacena de la cocina, o algún desinfectante?

Yoss siguió hablando mientras limpiaba la herida. —No sé nada de quemaduras, excepto que hay que tratar de mantenerlas limpias y secas y dejarlas descubiertas. Tendríamos que llamar a la clínica de Veo. Puedo ir al pueblo mañana.

—Creí que eras médico o enfermera —dijo él. —¡Era directora de una escuela! —Cuidaste de mí.

—Porque sabía lo que tenías. En cambio, no sé nada de quemaduras. Iré al pueblo y llamaré. Aunque no esta noche.

—No está noche —coincidió él. Dobló las manos con una mueca de dolor—. Iba a preparar algo de cena —dijo—. No sabía que me había hecho daño en las manos. No sé cuándo pasó.

—Cuando rescataste a Gubu —dijo Yoss en un tono prosaico, y entonces se echó a llorar—. Dime lo que pensabas cocinar y yo lo prepararé —dijo entre las lágrimas.

—Siento que hayas perdido tus cosas —dijo él. —No había nada de valor. Llevo puesta casi toda la ropa que tengo —dijo ella, sollozando—. No quedaba nada, ni siquiera comida. Sólo el Arkamye. Y mi libro sobre los mundos. —Imaginó las páginas ennegreciéndose y arrugándose a medida que el fuego las leía—. Una amiga me lo envió desde la ciudad; ella nunca aprobó que yo me viniera aquí, a beber agua y a guardar silencio. Tenía razón, debería volver, no debería haber venido nunca. ¡Soy una mentirosa, una mentirosa! ¡Robando madera! ¡Robando madera para disfrutar de un buen fuego! ¡Para estar caliente y alegre! Y por eso ardió la casa, por eso todo ha quedado destruido, arruinado, la casa de Kebi, mi pobre gato, tus manos, es mi culpa. Olvidé que de los fuegos de madera saltan chispas, olvidé que la chimenea estaba hecha para fuegos de turba. Lo olvido todo, mi mente me traiciona, mi memoria miente, yo miento. Deshonro al Señor,

pretendiendo que me vuelvo a él cuando no puedo volverme hacia él, cuando no puedo renunciar al mundo. ¡Por eso lo quemo! Por eso la espada hirió tus manos. —Tomó las manos de Abberkam en las suyas e inclinó la cabeza sobre ellas. —Las lágrimas son desinfectantes —dijo—. ¡Oh, lo siento, lo siento!

Las grandes manos de Abberkam descansaron en las de Yoss. Él se inclinó y le besó el pelo y lo acarició con los labios y la mejilla. —Yo recitaré el Arkamye para ti —dijo—. Quédate quieta ahora. Tenemos que comer algo. Estás muy fría. Creo que tienes una conmoción. Siéntate ahí. Poner un puchero al fuego sí que puedo hacerlo.

Ella obedeció. Abberkam tenía razón, tenía mucho frío. Se acurrucó más cerca del fuego. —¿Gubu? —susurró—, Gubu, no pasa nada. Ven, pequeño, ven. —Pero no hubo ningún movimiento bajo el sofá.

Abberkam estaba a su lado y le ofrecía algo, un vaso: era rojo, vino tinto.

—¿Tienes vino? —preguntó ella, sorprendida.

—Casi siempre bebo agua y estoy en silencio —dijo él—, pero a veces bebo vino y hablo. Bébelo.

Ella lo tomó con humildad. —No estaba asustada —dijo ella.

—Nada asusta a una mujer de ciudad —dijo él gravemente—. Necesito que abras este recipiente.

—¿Cómo abriste el vino? —preguntó ella mientras desenroscaba la tapadera de un tarro de estofado de pescado.

—Ya estaba abierta —contestó él, grave, imperturbable.

Se sentaron uno a cada lado del hogar para comer, sirviéndose del puchero que colgaba del gancho de la chimenea. Ella sostuvo trocitos de pescado de manera que pudieran verse desde debajo del sofá y llamó a Gubu en voz baja, pero él no salió.

—Cuando tenga mucha hambre saldrá —comentó Yoss. Estaba cansada de que la voz le sonara trémula y llorosa, del nudo en la garganta, de la sensación de vergüenza—. Gracias por la comida —dijo—. Me siento mejor.

Se levantó y lavó el puchero y las cucharas; le había dicho a Abberkam que no se mojara las manos, y él no se ofreció a ayudarla; se quedó sentado frente al fuego, inmóvil, como un gran bloque de piedra.

—Subiré arriba —dijo ella cuando terminó—. Quizá consiga atrapar a Gubu y llevarlo conmigo. Déjame un par de mantas.

Él sacudió la cabeza. —Ya están arriba. He encendido el fuego —dijo.

Yoss no supo a qué se refería Abberkam; se había arrodillado para mirar bajo el sofá. Mientras lo hacía pensó que debía de parecer grotesca, una vieja liada en chales con el trasero apuntando hacia el techo, cuchicheándole «¡Gubu! ¡Gubu!» aun mueble. Pero hubo una ligera agitación y Gubu corrió a sus manos. Se le aferró al hombro y le escondió el hocico bajo la oreja. Yoss se sentó sobre los talones y miró a Abberkam, radiante. —¡Aquí está! —exclamó. Se puso de pie con alguna dificultad y añadió—: Buenas noches.

—Buenas noches, Yoss —dijo él. Ella no se atrevió a llevar la lámpara de aceite y subió la escalera a oscuras, agarrando a Gubu con las dos manos hasta que entró en la habitación oeste y cerró la puerta. Entonces miró con asombro. Abberkam había destapado la chimenea y en algún momento esa noche había encendido la turba allí dispuesta; el resplandor rojizo parpadeaba en las ventanas bajas y alargadas, llenas de noche, y un aroma dulce flotaba en el aire. Una cama que había estado en una habitación no usada estaba ahora allí, hecha, con un colchón y mantas y una alfombra de lana blanca nueva sobre ella. En una repisa junto a la chimenea había un aguamanil y una palangana. Había sacudido y

cepillado la vieja alfombra en la que ella solía sentarse, y ahora, limpia y raída, descansaba frente al hogar.

Gubu se agitó en sus brazos; ella lo bajó al suelo y él corrió a esconderse bajo la cama. Estaría bien allí. Vertió un poco de agua en la palangana y la puso en el hogar por si el animal tenía sed. Podía utilizar la caja de las cenizas para sus necesidades. Todo lo que necesitamos está aquí, pensó, mirando todavía con desconcierto la habitación en penumbra, la luz tenue que se proyectaba al exterior a través de las ventanas.

Salió de la habitación, cerró la puerta detrás de ella y bajó las escaleras. Abberkam seguía sentado junto al ruego; cuando entró le echó una mirada fugaz. Ella no sabía qué decir.

—Te gustaba esa habitación —dijo él.

Ella asintió.

—Dijiste que quizá había sido la habitación de unos amantes. A mí se me ocurrió que quizá fuera la habitación de unos futuros amantes.

Después de un silencio, ella dijo: —Tal vez.

—Aunque no esta noche —dijo él, con un retumbar sordo; Yoss comprendió que era una risa. Lo había visto sonreír una vez, ahora lo escuchaba reír.

—No. No esta noche —dijo ella un poco seca.

—Necesito mis manos —explicó él—, lo necesito todo, para eso, para ti.

El a siguió mirándolo sin decir nada.

—Siéntate, Yoss, por favor —dijo él. Ella se sentó junto al fuego, frente a él—. Mientras estuve enfermo, pensé en todas estas cosas —dijo, siempre una nota del orador en la voz—. Traicioné mi causa, mentí y robé en su nombre, porque no podía admitir que había perdido la fe en ella. Temía a los alienígenas porque temía a sus dioses. ¡Tantos dioses! Temía que empequeñecieran a mi Señor. ¡Empequeñecerlo! —Calló un minuto y tomó aliento; ella oyó el aire rascar en sus pulmones—. Traicioné a la madre de mi hijo muchas veces, muchas veces. A ella, a otras mujeres, a mí mismo. No me aferré a lo que es noble. —Abrió las manos con una pequeña mueca de dolor y miró las quemaduras que las cruzaban—. Creo que tú sí lo hiciste —dijo al fin.

Después de un rato ella dijo: —Yo sólo estuve con el padre de Sainan unos pocos años. Y tuve a otros hombres. ¿Qué importancia tiene eso ahora? —No me refería a eso —dijo él—. Lo que quería decir es que tú no traicionaste a los hombres que estuvieron contigo, a tu hija, a ti misma. Sí, es cierto, todo eso es pasado. Tú dices qué importa ahora, nada importa. Pero incluso ahora, tú me has dado la oportunidad, esta hermosa oportunidad, a mí, de aferrarme a ti, de aferrarte con fuerza. Ella no dijo nada.

—Vine aquí en vergüenza —dijo él—, y tú me has honrado.

—¿Y por qué no? ¿Quién soy yo para juzgarte? —Hermano, yo soy tú.

Ella lo miró con terror, sólo un momento, y volvió la vista al fuego. La turba ardía lenta y cálida, y emitía una débil espiral de humo. Ella pensó en el cuerpo cálido y oscuro de Abberkam.

—¿Habrá paz entre nosotros? —dijo Yoss al fin. —¿Necesitas paz?

Después de un silencio, ella sonrió apenas. —Haré todo lo que esté en mi mano —dijo él—. Quédate en esta casa un tiempo. Ella asintió.

El día del perdón

Solly era una mocosa del espacio, la hija de un Móvil, y había vivido en diferentes naves, en diferentes mundos; para cuando cumplió diez años ya había recorrido quinientos años luz. A los veinticinco había pasado por una revolución en Alterra, había aprendido *aiji* en Terra y pensamiento profunda con un viejo hilfer en Rokanan, había pasado como una exhalación por las Escuelas en Hain y había sobrevivido a una misión como Observadora en el agonizante y mortífero Kheakh, saltando otro medio milenio a casi la velocidad de la luz en el proceso. Era joven, sí, pero había corrido mundo.

Estaba harta del personal de la Embajada en Voe Deo, todo el tiempo advirtiéndole que tuviera cuidado con esto, que recordara lo otro; al fin y al cabo, ya era una Móvil. Werel tenía sus rarezas, ¿pero qué mundo no las tenía? Había hecho los deberes, sabía cuándo hacer una reverencia y cuándo no eructar, y viceversa. Sintió un gran alivio cuando al fin la dejaron a su aire en aquella espléndida y pequeña ciudad, en aquel espléndido y pequeño continente, el primer y único Enviado del Ecumen al Divino Reino de Gatay.

Durante días se sintió embriagada por la altura, el sol diminuto y brillante, que derramaba una luz vertical sobre las calles bulliciosas, las cumbres elevándose de manera increíble detrás de cada edificio, el azul intenso del cielo, en el que todo el día ardían grandes estrellas cercanas, las noches deslumbrantes bajo seis o siete pedazos de luna que avanzaban a saltos, los moradores de la ciudad, altos y negros, de ojos oscuros, cabezas estrechas, manos y pies estilizados, gentes hermosas, ¡su gente! Ella los adoraba. Incluso después de haber visto demasiado de ellos.

El último tiempo que ella había tenido para sí misma habían sido las pocas horas que pasó en la cabina de pasajeros del planeador que Gatay había enviado para traerla desde Voe Deo a través del océano. En la pista de aterrizaje fue recibida por una delegación de sacerdotes y funcionarios del Rey y del Consejo, magníficos en sus ropas escarlatas, marrones y turquesa, y llevada a Palacio, donde tuvo que hacer reverencias y no eructar, por supuesto, durante horas: le presentaron a su vieja majestad, pequeña y apergaminada, le presentaron a Sumos Muckaalgo y Lores Hoozinoséqué, hubo discursos, un banquete, todo previsible, sin problemas, ni siquiera cuando le presentaron aquella impenetrable flor gigante frita en el plato durante el banquete. Pero con ella, desde ese primer momento en la pista de aterrizaje y en todo momento después, discretamente, detrás o al lado o muy cerca de ella, hubo dos hombres: su Guía y su Guardián. El Guía, que se llamaba San Ubattat, le fue proporcionado por sus anfitriones en Gatay; obviamente informaba al gobierno sobre las actividades de Solly, pero era un espía muy atento, siempre allanándole el camino, indicándole con un simple gesto lo que se esperaba de ella o lo que sería una metedura de pata, además de un excelente lingüista, con una traducción a punto cuando era necesaria. San estaba bien. Pero el Guardián era otra cosa.

Lo habían agregado a su servicio los anfitriones del Ecumen en ese mundo, la gran nación de Voe Deo, el poder dominante en Werel. Ella protestó de inmediato a la Embajada en Voe Deo: no necesitaba ni quería un guardaespaldas. Nadie en Gatay tenía la intención de matarla, e incluso si así era, prefería cuidarse por sí misma. La Embajada suspiró. Lo sentimos, dijeron. No hay manera de quitártelo de encima. Voe Deo tiene presencia militar en Gatay, que después de todo es un estado cliente con dependencia económica. Voe Deo protege al gobierno legítimo de Gatay de las facciones terroristas nativas en beneficio

propio, y a ti te protegen como a uno más de sus intereses. No podemos negarnos.

Ella sabía que no debía discutir con la Embajada, pero no se resignaba a aguantar al Mayor. Ella traducía el título militar de él, rega, con la palabra arcaica «mayor», que había aprendido en un sketch satírico que había visto en Terra. El mayor de aquella obra era un uniforme relleno, cubierto de medallas e insignias, que resoplaba y se pavoneaba y mandoneaba, y finalmente reventó y todo el relleno se desparramó. ¡Ojalá este mayor reventara! No era que se pavoneara exactamente, o que diera órdenes directas. Era educado y glacial, silencioso e inexpresivo, tieso y frío como el rigor mortis. Ella pronto abandonó cualquier intento de hablar con él; cada vez que Solly decía algo, él contestaba Síseñora o Noseñora con la pronta estupidez del hombre que no escucha ni tiene intención de hacerlo, un oficial oficialmente incapaz de mostrar alguna humanidad. Y él la acompañaba en todas las actividades públicas, día y noche, en la calle, de compras, en las reuniones con empresarios y oficiales, haciendo turismo, en la corte, en el ascenso en globo sobre las montañas… la acompañaba a todas partes, a todas partes menos a la cama.

Incluso en la cama no estaba tan sola como hubiera querido; porque el Guía y el Guardián se iban a casa por la noche pero en la antecámara de su habitación dormía la Doncella, un regalo de Su Majestad, su propia activa personal.

Solly recordaba su incredulidad cuando leyó esa palabra por primera vez, hacía años, en un texto sobre la esclavitud. «En Werel, los miembros de la casta dominante se llaman propietarios; los miembros de la clase servil son llamados bienes activos. Sólo los propietarios son considerados hombres o mujeres; los activos reciben el nombre de siervos o siervas.»

Y allí estaba ahora, dueña de una activa. No se podía rechazar el regalo de un rey. Su activa se llamaba Rewe y probablemente también era una espía, pero le costaba creerlo. Era una mujer hermosa y digna, algunos años mayor que Solly y casi del mismo color de piel, aunque el de Solly era marrón rosado y el de Rewe era marrón azulado. Las palmas de sus manos tenían un delicado azul celeste. Los modales de Rewe eran exquisitos, y tenía tacto y astucia, y un sentido infalible de cuándo se la necesitaba y cuándo no. Solly la trataba como a un igual, y había dejado claro desde el principio que no creía que ningún ser humano tuviera derecho a dominar, y mucho menos a poseer, a otro, que no le daría órdenes a Rewe, y que esperaba que pudieran ser amigas. Desgraciadamente, Rewe aceptó todo esto como una tanda de órdenes distintas. Sonrió y dijo sí. Ella era infinitamente complaciente. Todo lo que Solly decía o hacía se hundía en esa aceptación y se perdía, dejando a Rewe inalterada: una presencia física atenta, servicial, bondadosa, intocable. Sonreía, y decía sí, y era inalcanzable.

Y después de la efervescencia de los primeros días en Gatay, Solly empezó a pensar que necesitaba a Rewe, que la necesitaba de veras para hablar con ella de mujer a mujer. No había manera de conocer a las mujeres propietarias, que vivían recluidas en las bezas, las habitaciones de las mujeres, «en casa», como decían ellos. Las siervas, excepto Rewe, eran propiedad de algún otro, y no podía hablar con ellas. Todo lo que había conocido hasta entonces eran hombres. Y eunucos.

Ésa había sido otra cosa difícil de creer, que un hombre cambiara voluntariamente su virilidad por una posición social algo mejor; pero conoció a muchos hombres así en la corte del rey Hotat. Activos de nacimiento, ganaban una independencia parcial convirtiéndose en eunucos, y como tales a menudo alcanzaban posiciones de considerable poder y confianza entre sus propietarios. El eunuco Tayandan, Mayordomo del palacio, gobernaba al Rey, que en realidad era un simple testaferro en el Consejo. El Consejo estaba

compuesto por diferentes clases de señores pero sólo una de sacerdotes, los tualitas. Únicamente los activos rendían culto a Kamye, y la religión original de Gatay había sido suprimida cuando la monarquía se convirtió en tualita hacía poco más o menos un siglo. Si había algo que le desagradaba de verdad de Werel, aparte de la esclavitud y la dominación sexual, era la religión. Las canciones sobre la Dama Tual eran hermosas, y las estatuas y los grandes templos consagrados a ella eran extraordinarios, y el Arkamye parecía una buena historia, aunque demasiado larga; pero otra cosa era la hipocresía absoluta, la intolerancia, la estupidez de los sacerdotes, las doctrinas monstruosas, que justificaban cualquier crueldad en nombre de la fe. En realidad, pensó Solly, ¿había algo de Werel que le gustase?

Y se respondió al instante: me encanta, me encanta. Me encanta este extraño sol, diminuto y brillante, y los pedazos de luna y las montanas que se alzan como murallas de hielo, y la gente… la gente, con esos ojos negros en los que no se ve el blanco, como los ojos de un animal, ojos como cristales oscuros, como agua oscura, misteriosos… ¡Quiero amarlos, quiero conocerlos, quiero alcanzarlos!

Pero tenía que admitir que los estirados de la Embajada tenían razón en una cosa: ser mujer era duro en Werel. Solly no encajaba en ninguna parte. Iba por la ciudad sola, ocupaba una posición pública, y eso era una contradicción: las mujeres decentes permanecían en sus casas, invisibles. Sólo las siervas salían a la calle, o hablaban con extraños o hacían trabajos públicos. Ella se comportaba como un activo, no como una propietaria. Y sin embargo, era una persona muy importante, un enviado del Ecumen, y Gatay deseaba unirse al Ecumen y no ofender a los enviados de éste. Así que los funcionarios y cortesanos y empresarios con los que se relacionaba atendiendo los asuntos del Ecumen hacían lo mejor que podían hacer: la trataban como si fuera un hombre.

La simulación nunca era completa y a menudo fracasaba estrepitosamente. El pobre viejo Rey la manoseó con aplicación, con la vaga impresión de que ella era una de sus calentadoras de cama. Cuando Solly contradijo al Señor Gatuyo en una discusión, él miró con la desconcertada incredulidad del hombre que ve cómo su zapato le responde. El estaba pensando en ella como en una mujer. Pero por lo general la asexuación funcionaba y le permitía trabajar con ellos; y empezó a adaptarse al juego: reclutó la colaboración de Rewe para confeccionar ropas parecidas a las que vestían los hombres propietarios de Gatay, evitando todo lo que pudiera parecerles específicamente femenino. Rewe era una costurera rápida e inteligente. Los ajustados pantalones, brillantes y pesados, eran prácticos y le caían bien, las chaquetas bordadas eran espléndidas y abrigadas. Le gustaba llevarlas. Pero se sentía asexuada por esos hombres que no podían aceptarla por lo que era. Necesitaba hablar con una mujer.

Intentó conocer a alguna de las propietarias recluidas a través de los propietarios, y encontró un muro de cortesía sin puerta, sin mirilla siquiera. ¡Qué idea tan acertada! ¡Claro que organizaremos una visita cuando haga mejor tiempo!… Me sentiría abrumado por el honor si el Enviado recibiera a la dama Mayoyo y mis hijas, pero mis tontas y provincianas niñas son tan imperdonablemente tímidas. Estoy seguro de que lo comprende… Oh, desde luego, desde luego, una visita a los jardines interiores, pero no ahora, ¡será mejor esperar a que las enredaderas estén en flor!

No tenía a nadie con quien hablar, a nadie, hasta que conoció a Batikam el Makil.

Era todo un acontecimiento: una compañía teatral de Voe Deo venía de gira. No había gran cosa para divertirse en la pequeña capital de montaña de Gatay, excepto los bailarines del templo —todos hombres, por supuesto— y la bobada sensiblera que pasaban como serie dramática en la televisión wereliana. Solly había intentado con tenacidad seguir

uno de esos sosos pasteles, con la esperanza de vislumbrar la vida «doméstica» a través de ellos, pero, no tuvo estómago para aguantar a las frágiles doncellas que morían de amor mientras los héroes, unos asnos envarados que se parecían mucho al Mayor, morían con honor en la batalla, y Tual la Misericordiosa asomaba entre las nubes sonriendo después de que todos hubieran muerto, ligeramente bizca y enseñando el blanco de los ojos, señal de divinidad. Solly había advertido que los hombres werelianos no veían ninguno de esos dramas. Ahora comprendía por qué. Pero las recepciones en palacio y las fiestas que daban en su honor diferentes señores y empresarios eran soporíferas: todos hombres, siempre, porque no iban a hacer entrar a las esclavas mientras el Enviado estuviera allí; y ella ni siquiera podía flirtear con los hombres más agradables, no podía recordarles que era una mujer, porque eso les hubiera recordado que ella era una mujer que no se comportaba como una dama. La efervescencia había desaparecido definitivamente cuando la compañía de makils llegó.

Solly le preguntó a San, su fiable consejero en cuestiones de etiqueta, si sería inapropiado que ella asistiera a la actuación. Él carraspeó y vaciló y finalmente, con una delicadeza más untuosa de lo habitual, Je dio a entender que sería apropiado siempre que fuese vestida de nombre. —Las mujeres, ya sabe, no salen en público. Pero a veces desean ver a los artistas. La dama Amatay solía asistir cada año con el señor Amatay, vestida con las ropas de él. Todo el mundo lo sabía, pero nadie dijo nunca nada. Para usted, una persona tan importante, no habrá problema. Nadie dirá nada. Muy, muy apropiado. Por supuesto, yo iré con usted, el Rega irá con usted. Como amigos, ¿eh? Ya sabe, tres buenos amigos que van a ver un espectáculo, ja, ja. Ja, ja, dijo ella obediente. ¡Qué divertido! Pero valía la pena, pensó, ver a los makils.

Nunca salían en la televisión. Las jovencitas en casa no debían ser expuestas a esas actuaciones, algunas de las cuales, le informó San con gravedad, eran indecorosas. Sólo actuaban en los teatros. Payasos, bailarines, prostitutas, actores, músicos, los makil formaban una especie de subclase, los únicos activos no poseídos por un particular. Un niño esclavo con talento comprado a su propietario por la Corporación de Espectáculos era desde ese momento propiedad de la Corporación, que lo preparaba y se ocupaba de él el resto de su vida.

Fueron andando hasta el teatro, seis o siete calles más allá. Solly había olvidado que los makils eran travestidos, en realidad no lo recordó al verlos, un cuerpo de bailarinas altas y esbeltas que salían al escenario con la precisión, la energía y la gracia de grandes aves, revoloteando, congregándose, elevándose. Contempló la actuación embelesada por su belleza, hasta que de repente la música cambió y entraron los payasos, negros como la noche, negros como propietarios, vistiendo fantásticas faldas de largas colas, y fantásticas pecheras enjoyadas y salientes, cantando con voces agudas y desmayadas, «¡oh, no me viole por favor benévolo Señor, no, no, ahora no!» ¡Son hombres, son hombres!, comprendió Solly entonces, riendo sin poder evitarlo. Cuando Batikam terminó su actuación, un magnífico monólogo dramático, ella ya era una incondicional. —Quiero conocerlo —le dijo a San en un entreacto—. Al actor… Batikam. —San puso la expresión lisonjera que significaba que estaba pensando en cómo podía arreglar el asunto y al mismo tiempo sacar algo de dinero. Pero el Mayor estaba en guardia, como siempre. Tieso como un palo, volvió apenas la cabeza para mirar a San. Y la expresión de San empezó a cambiar.

Si la propuesta hubiera sido inapropiada, San lo habría indicado con un gesto o con palabras. El Pomposo Mayor sólo estaba controlándola, tratando de tenerla bien atada, como si ella fuera una de «sus» mujeres. Ya era hora de que lo desafiara. Se volvió hacia él

y lo miró directamente. —Rega Teyeo —dijo—, me doy cuenta de que tiene órdenes de mantenerme en orden. Pero si usted da órdenes a San o a mí, tiene que darlas verbalmente y justificarlas. No permitiré que me maneje con sus guiños o antojos.

Hubo una pausa considerable, una pausa deliciosa y compensadora. Era difícil ver si la expresión del Mayor se había alterado; la débil iluminación del teatro no revelaba ningún detalle en el rostro negro azulado. Pero algo en el helado silencio del hombre le indicó que había conseguido pararle los pies. Al fin él dijo: —Estoy encargado de protegerla, Enviada.

—¿Representan una amenaza para mí los makils? ¿Es impropio que un enviado del Ecumen felicite a un gran artista de Werel?

Otra vez el silencio helado.

—No —contestó el Mayor.

—Entonces acompáñeme a saludar a Batikam entre bastidores cuando acabe la representación.

Una seca inclinación de cabeza. Una seca, tiesa y derrotada inclinación de cabeza. ¡Tanto ganado!, pensó Solly, y se reclinó feliz y continuó viendo los entremeses, las danzas eróticas y el extrañamente conmovedor pequeño drama, que cerró la velada. Era poesía arcaica, difícil de comprender, pero los actores eran tan hermosos y sus voces tan delicadas que se descubrió llorando sin saber muy bien por qué.

—Es una lástima que los makils recurran siempre al Arkamye —dijo San, con piadosa y pomposa desaprobación. Él no era un propietario de clase alta, en realidad no poseía activos; pero era un propietario, y un tualita recalcitrante, y le gustaba recordárselo a sí mismo—. Las escenas de las Encarnaciones de Tual serían mucho más apropiadas para un público así.

—Estoy segura de que coincide con San, Rega —dijo Solly, disfrutando de su ironía.

—En absoluto —dijo él, con una voz tan apagada y correcta que al principio ella no entendió lo que había dicho; y luego olvidó ese enigma menor en el ajetreo de abrirse paso y conseguir atravesar los bastidores primero y entrar después en los camerinos.

Cuando se enteraron de quién era Solly, los directores intentaron hacer que todos los otros actores saliesen y la dejaran a solas con Batifcam (y San y el Mayor, por supuesto); pero ella dijo no, no, no, no hay que molestar a estos magníficos artistas, sólo dejen que hable un momento con Batikam. Solly se quedó allí de pie, en medio del barullo de gente cambiándose de ropa, gente medio desnuda, desmaquillándose, risas, tensión relajada tras la actuación, en un camerino igual a los camerinos de cualquier otro mundo, hablando con aquel hombre inteligente e intenso vestido con un traje femenino muy elaborado y arcaico. Congeniaron en seguida. —¿Puede venir a mi casa? —preguntó ella. —Con mucho gusto —dijo Batikam, y no echó una rápida mirada a la cara de San o la del Mayor: era el primer siervo que ella había conocido que no pedía permiso con la mirada a su Guardián o a su Guía para hacer o decir algo, cualquier cosa. Solly sí los miró, sólo para comprobar si estaban escandalizados. San parecía estar en connivencia, el Mayor, rígido.

—Iré dentro de un rato —dijo Batikam—. Tengo que cambiarme.

Se miraron sonriendo y ella se marchó. El burbujeo volvía a flotar en el aire. Las grandes estrellas cercanas colgaban en racimos, como uvas de fuego. Una de las lunas desapareció tras los picos helados, otra avanzó a saltitos, como una linterna coja, sobre los pináculos rizados del palacio. Solly caminó a grandes trancos por la calle oscura, disfrutando de la libertad y el calor que le proporcionaba la ropa masculina que vestía, y obligando a San a trotar para no quedarse atrás; el Mayor, de piernas largas, caminaba al

mismo paso que ella. Una voz aguda y vibrante gritó «¡Enviado!», y ella volvió la cabeza con una sonrisa y luego se volvió del todo al ver al Mayor forcejeando con alguien bajo las sombras de un pórtico. El Mayor se liberó, la alcanzó y sin una palabra la agarró del brazo con mano de hierro y la obligó a correr.

—¡Suélteme! —dijo ella, resistiéndose; no quería utilizar una llave de *aiji* con él, pero ninguna otra cosa haría que la soltase.

Casi perdió el equilibrio cuando el Mayor dobló una esquina de pronto y se internaron por un callejón; ella siguió corriendo sin resistirse. Inesperadamente salieron a la calle donde vivía, a su portal, que el Mayor abrió con una palabra —¿cómo lo había conseguido?—, y entraron en la casa.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó ella, soltándose con Facilidad y frotándose ei brazo donde la mano del Mayor le había dejado un moretón.

Ella vio, ultrajada, el último destello de una sonrisa regocijada en la cara del hombre, que respirando con agitación le preguntó: —¿Se ha hecho daño?

—¿Daño? Donde me agarró, sí… ¿Qué creía que estaba haciendo?

—Mantener a ese hombre alejado. —¿Qué hombre? Él no contestó.

—¿El que me llamó? ¡Quizá quería hablar conmigo!

Tras un instante el Mayor dijo: —Tal vez. Estaba escondido en las sombras. Pensé que era posible que estuviese armado. Tengo que salir a buscar a San Ubattat. Por favor, no abra la puerta hasta que yo regrese.

Dio esa última orden cuando había traspuesto ya la puerta; no se le ocurrió ni por un momento que ella podía no obedecer, y ella obedeció, furiosa. ¿Es que acaso creía que no era capaz de cuidarse sola?, ¿que necesitaba que él anduviera entrometiéndose en su vida, apartando esclavos a puntapiés, «protegiéndola»? Quizá ya había llegado el momento de que él viera cómo era una caída de aiji. El Mayor era fuerte y rápido, pero no tenía una verdadera preparación. Esa interferencia de aficionado era intolerable, en verdad intolerable; protestaría otra vez a la Embajada.

En cuanto le abrió la puerta y él entró cargando a un San nervioso y avergonzado, ella dijo: —Usted abrió mi puerta con una contraseña. Yo no estaba informada de que usted tenía derecho a entrar noche y día.

El Mayor había recuperado su inexpresividad militar. —No, señora —dijo.

—No vuelva a hacer una cosa así. No vuelva a llevarme a rastras nunca más. Tengo que advertirle que si lo hace lo lastimaré. Si algo lo alarma, dígamelo y yo responderé como juzgue conveniente. Y ahora, naga el favor de marcharse.

—Con mucho gusto, señora —dijo él; giró y salió.

—Oh, señora… Oh, Enviada —dijo San—, ésa era una persona peligrosa, gente extremadamente peligrosa, lo siento… qué vergüenza —y continuó balbuceando. Al fin ella consiguió sonsacarle que quizá se trataba de un disidente religioso, uno de los Antiguos Fieles, que profesaban la religión original de Gatay y querían echar fuera a todos los extranjeros y no creyentes.

—¿Un siervo? —preguntó ella con interés, y él pareció escandalizado.

—No, no, una persona de verdad, un hombre… pero muy extraviado, un fanático, ¡un fanático pagano! Puñales de Dios los llaman. Pero un hombre, señora… Enviada, ¡sin duda un hombre!

El hecho de que ella pensase que un activo podía tocarla lo alteraba tanto como la tentativa de agresión en sí. Si es que había sido eso.

Pensando en el suceso, Solly empezó a preguntarse si el Mayor, después de que ella

lo pusiera en su sitio en el teatro, no habría encontrado una excusa para ponerla a ella en su sitio protegiéndolas. Bien, si volvía a intentarlo, se encontraría cabeza abajo contra la pared de enfrente.

—¡Rewe! —llamó, y la sierva apareció al instante, como siempre—. Uno de los actores va a venir esta noche. ¿Podrías prepararnos un poco de té, o algo así? —Rewe sonrió, dijo «Sí» y desapareció. Llamaron a la puerta. El Mayor la abrió —debía de estar montando guardia fuera— y Batikam entró.

No se le había ocurrido que el makil llevaría ropas de mujer, pero también fuera del escenario se vestía así, no con tanta magnificencia, pero sí con elegancia, con los tejidos delicados y vaporosos y los colores oscuros y sutiles que las fragües damas de los seriales llevaban. Eso daba un contrapunto picante a las ropas masculinas que ella llevaba. Batikam no era tan atractivo como el Mayor, que era un hombre despampanante hasta que abría la boca, pero el makil era magnético, obligaba a mirarlo. Tenía un color marrón grisáceo oscuro, no el negro azulado del que tanto se vanagloriaban los propietarios (aunque Solly había advertido que también había muchos activos negros: lógico cuando toda sierva era el juguete sexual de su propietario). A través del maquillaje negro con polvo de estrellas brillaba en el rostro del makil una intensa y vivida inteligencia y simpatía; los miró a todos, a ella, a San, al Mayor de pie en la puerta, con una indolente y encantadora risa. Reía como una mujer, una cálida carcajada, no el ja, ja de un hombre. Batikam tendió las manos a Solly y ella se adelantó y las tomó.

—¡Gracias por venir, Batikam! —dijo ella, y Batikam respondió—: ¡Gracias por invitarme a venir, Enviada Alienígena!

—San —dijo Solly—, creo que ahora usted se retira de la escena.

Sólo la indecisión sobre lo que debía hacer podía haber retrasado a San hasta el punto de obligarla a hablar. Vaciló todavía un momento, luego sonrió con unción y dijo: —Oh, sí, disculpe. ¡Que tenga una buena noche, Enviada! Mañana en la Oficina de Minas a mediodía, ¿no es así? —Retrocediendo, chocó contra el Mayor, que seguía como un poste en el umbral. Solly lo miró, dispuesta a echarlo sin ceremonias (¿cómo se atrevía a entrar otra vez?), cuando vio la expresión de la cara de él. Por una vez su máscara de inexpresividad se había resquebrajado, y lo que revelaba era desprecio. Un desprecio incrédulo y asqueado. Como si lo estuvieran obligando a ver a alguien comer mierda.

—Fuera —dijo ella, y les dio la espalda a los dos—. Vamos, Batikam —continuó—, sólo disfruto de intimidad aquí —y llevó al makil al dormitorio.

Nació donde sus padres habían nacido antes que él, en la vieja y fría casa levantada en las colinas sobre Noeha. Su madre no gritó al darlo a luz, porque era la esposa de un soldado, y la madre de un soldado ahora. Le dieron el nombre de su tío abuelo, muerto en acto de servicio en Sosa. Creció en la rígida disciplina de una familia pobre de linaje veot puro. Cuando estaba de permiso, su padre le enseñaba las artes que un soldado debe conocer; cuando el padre regresaba al servicio, el viejo sargento-activo Habbakam se encargaba de las lecciones, que empezaban a las cinco de la mañana, verano o invierno, con oraciones, práctica con la espada corta y la carrera a campo traviesa. Su madre y su abuela le enseñaron las otras artes que un hombre debe conocer, que empezaron con los buenos modales antes de que cumpliese los dos años, y a partir de su segundo cumpleaños incluyeron historia, poesía y aprender a sentarse quieto y en silencio.

El día del niño estaba lleno de lecciones y limitado por disciplinas; pero el día de un niño es largo. Había espacio y tiempo para la libertad, la libertad del corral y las colinas. Tenía la compañía de mascotas, perros zorros, gáleos, gatos moteados, gatos de caza y el

ganado de la granja y los grandes caballos; no mucha más compañía. Aparte de Habbakam y las dos domésticas, los activos de la familia eran aparceros y trabajaban la tierra de las colinas pedregosas que los había mantenido a ellos y a sus propietarios desde siempre. Los hijos de los aparceros eran de piel clara, tímidos, entregados ya al trabajo que harían toda la vida, ignorantes de todo lo que había más allá de los campos y las colinas. A veces nadaban con Teyeo, en verano, en los remansos del río. A veces reuma a un par de ellos para que jugaran a soldados con él. Eran torpes y groseros, y cuando él gritaba «¡A la carga!», sonreían socarrones y se abalanzaban sobre el enemigo invisible, «¡seguidme!», gritaba Teyeo con voz estridente, y ellos corrían torpemente tras él, disparando las pistolas de madera al azar, bang, bang. Casi siempre salía solo, montando a su buena yegua Tasi o a pie, con un gato de caza a la zaga.

Unas pocas veces al año venían visitantes a la hacienda, familiares u oficiales compañeros del padre de Teyeo, que traían a sus hijos y a sus domésticos. Teyeo, silencioso y educado, les mostraba la propiedad a los niños visitantes, les presentaba a los animales, los llevaba a cabalgar. Silenciosos y educados, él y su primo Gemat llegaron a odiarse; a los catorce años lucharon durante una hora en un claro detrás de la casa, siguiendo puntillosamente las reglas de la lucha, hiriéndose de forma implacable, cada vez más ensangrentados y fatigados y desesperados, hasta que por acuerdo tácito dieron la lucha por terminada y volvieron en silencio a la casa, donde todos estaban reunidos para la cena. Todos los miraron y nadie dijo nada. Se lavaron de prisa, y se apresuraron a sentarse a la mesa. La nariz de Gemat sangró durante toda la comida, y Teyeo tenía la mandíbula tan dolorida que no pudo abrirla para comer. Nadie hizo comentarios.

Silenciosos y educados, Teyeo y la hija del rega Toebawe se enamoraron cuando tenían quince años. El último día de la visita de ella, ambos escaparon en tácita connivencia y cabalgaron lado a lado, cabalgaron durante horas, demasiado tímidos para hablar. Él le había dejado a Tasi. Desmontaron en un valle inculto entre las colinas para que los caballos bebieran agua y descansaran. Se sentaron cerca, aunque no demasiado, junto al tranquilo arroyo. «Te quiero», dijo Teyeo. «Te quiero», dijo Emdu inclinando el rostro oscuro y brillante. No se tocaron ni se miraron. Cabalgaron de vuelta sobre las colinas, alegres, silenciosos.

A los dieciséis años enviaron a Teyeo a la Academia de Oficiales de la capital de su provincia. Allí continuó aprendiendo y practicando las artes de la guerra y las artes de la paz. Su provincia era la más rural de Voe Deo; tenía costumbres conservadoras y la formación que recibió fue en algunos aspectos anacrónica. Naturalmente le enseñaron la tecnología empleada en la guerra moderna, y Teyeo se convirtió en un piloto de caza de primera clase y en un experto en telerreconocimiento; pero no le enseñaron las nuevas formas de pensamiento que acompañaban a las tecnologías como en otras escuelas. Aprendió la poesía y la historia de Voe Deo, pero no la historia y la política del Ecumen. La presencia alienígena en Werel continuó siendo remota y teórica para él. La realidad de Teyeo era la realidad ancestral de la clase veot, cuyos hombres se mantenían separados de los hombres que no eran soldados y en hermandad con todos los soldados, ya fueran propietarios, activos o enemigos. En cuanto a las mujeres, Teyeo consideraba sus derechos sobre ellas absolutos, derechos que lo obligaban de forma absoluta a mostrar una caballerosidad responsable con las mujeres de su propia clase y un tratamiento misericordioso y protector con las siervas. Creía que todos los extranjeros eran básicamente hostiles, paganos de los que había que desconfiar. Honraba a la Dama Tuai, pero veneraba al Señor Kamye. No esperaba justicia, ni buscaba recompensa, y valoraba sobre todas las

cosas la competencia, el valor y la dignidad. En algunos aspectos era completamente inadecuado para el mundo en el que estaba por entrar, en otros, bien preparado para él, puesto que habría de pasar siete años en Yeowe luchando en una guerra en la que no había justicia ni recompensa, y ni siquiera la ilusión de una victoria final.

La graduación entre los oficiales veot era hereditaria. Teyeo ingresó en el servicio activo como rega, el más alto de los tres rangos veot. Ni la ineptitud ni la distinción harían que subiese o bajase su status o su paga. La ambición material no le servía de nada a un veot. Pero el honor y la responsabilidad había que ganarlos, y él los ganó muy deprisa. Adoraba el servicio, adoraba Ja vida, se sabía bueno en su oficio, obediente aunque con inteligencia, efectivo en el mando; había salido de la Academia con las mejores recomendaciones, y destinado a la capital, destacó como oficial prometedor además de como joven muy agradable. A los veinticuatro años estaba en perfecta forma, su cuerpo haría lo que él le pidiera. Su educación austera lo había hecho poco inclinado a los excesos, aunque apreciaba intensamente el placer, de modo que los lujos y entretenimientos de la capital fueron un descubrimiento delicioso para él. Era reservado y bastante tímido, pero sociable y alegre. Joven atractivo, integrado en un grupo de jóvenes muy similares a él, durante un año conoció lo que era llevar una vida privilegiada y la disfrutó al máximo. La brillante intensidad de ese placer contrastaba con el oscuro trasfondo de la guerra en Yeowe, la revolución de los esclavos en el planeta colonia, que había durado toda su vida y que ahora se recrudecía. Sin ese trasfondo, Teyeo no habría sido tan feliz. Toda una vida de juegos y diversiones no tenía ningún interés para él; y cuando al fin llegaron órdenes y lo destinaron a Yeowe como piloto y comandante de división, su dicha fue casi completa.

Le dieron un permiso de treinta días, que pasó en casa. Después de recibir la aprobación de sus padres, cabalgó sobre las colinas hasta la hacienda del rega Toebawe y le pidió la mano de su hija en matrimonio. El Rega y su esposa le dijeron a la hija que aprobaban la oferta del joven y le preguntaron a ella, porque no eran padres estrictos, si le gustaría casarse con Teyeo. «Sí», contestó ella. Como mujer adulta y soltera, vivía recluida en el ala de la casa destinada a las mujeres, pero les permitieron a ella y a Teyeo encontrarse e incluso pasear juntos, con una carabina apoca distancia. Teyeo le dijo que tenía un destino de tres años; ¿se casaría con prisas ahora o esperaría tres años y celebrarían una boda decente? «Ahora», dijo ella, inclinando el rostro delgado y brillante. Teyeo soltó una carcajada de alegría, y ella rió con él. Se casaron nueve días después —no pudo ser antes, tenía que haber algunos cumplidos y ceremonias, incluso en la boda de un soldado— y durante diecisiete días Teyeo y Emdu hicieron el amor, pasearon juntos, hicieron el amor, cabalgaron juntos, hicieron el amor, llegaron a conocerse y amarse, se pelearon, se reconciliaron, hicieron el amor, durmieron uno en brazos del otro. Luego él partió para la guerra en otro mundo, y ella se mudó al ala de las mujeres de la casa de su marido.

Su destino de tres años fue prolongado año tras año, y su valor como oficial fue reconocido, a medida que la guerra en Yeowe se transformaba de una serie de acciones de contención dispersas a una retirada desesperada. En su séptimo año de servicio fue enviada al cuartel general de Yeowe una orden de permiso para el rega Teyeo, cuya esposa se moría de las complicaciones de la liebre del berlot. Para entonces ya no había cuarteles generales en Yeowe: el ejército se replegaba desde tres direcciones distintas hacia la antigua capital colonial, la división de Teyeo defendía la retaguardia en las marismas, el sistema de comunicaciones se había venido abajo.

El mando en Werel continuaba encontrando inconcebible que una panda de esclavos ignorantes equipados con armas toscas pudiera derrotar al Ejército de Voe Deo, un cuerpo

de soldados disciplinado y entrenado, con un sistema de comunicaciones infalible, con rastreadores, lanzamisiles y todas las armas e ingenios permitidos por el Convenio Ecuménico. Una poderosa facción en Voe Deo culpaba de los reveses a esta sumisa adhesión a las normas alienígenas. Al diablo con los Convenios Ecuménicos. Bombardeemos a los malditos polvorientos y devolvámoslos al barro del que están hechos. Usemos la biobomba, ¿para qué la tenemos si no? Saquemos a nuestros nombres de ese asqueroso planeta y limpiémoslo de una vez, para empezar de nuevo. Si no ganarnos la guerra en Yeowe, la próxima revolución será en Werel, en nuestras ciudades, en nuestras casas. El temeroso gobierno resistió la presión. Werel estaba a prueba, y Voe Deo quería que el planeta alcanzara la categoría de estado ecuménico. Las derrotas eran minimizadas, las bajas no fueron suplidas, los rastreadores, lanzamisiles, armas y hombres no fueron reemplazados. Al final del séptimo año de servicio de Teyeo, el ejército en Yeowe había sido prácticamente abandonado por el gobierno. A comienzos del octavo año, cuando el Ecumen obtuvo al fin autorización para mandar Enviados a Yeowe, Voe Deo y las demás naciones que habían proporcionado tropas auxiliares finalmente empezaron a repatriar a sus soldados.

Teyeo no supo que su esposa había muerto hasta que regresó a Werel.

Fue a su casa en Noeha. Él y su padre se saludaron con un silencioso abrazo, pero su madre lloró al abrazarlo. Teyeo se arrodilló, disculpándose por haberle causado más aflicción de la que ella podía soportar.

Esa noche yació en la fría habitación de la casa silenciosa, escuchando su corazón latiendo como un tambor quedo. No se sentía infeliz, el alivio de estar al fin en paz y la dulzura de estar en el hogar eran demasiado grandes para eso; pero era una calma desolada, y en algún lugar se escondía la ira. No habituado a la ira, no estaba seguro de lo que sentía. Era como si un débil resplandor rojizo y triste iluminara las imágenes en su mente, los recuerdos de los siete años pasados en Yeowe, primero como piloto, luego en la infantería, más tarde la inacabable retirada, el matar para que no te mataran. ¿Por qué los habían abandonado a su suerte y habían permitido que los acorralaran y los masacraran? ¿Por qué el gobierno no había enviado refuerzos? No había servido de nada hacer las preguntas entonces, y tampoco ahora valía la pena hacerlas. Sólo había una respuesta: Hicimos lo que teníamos que hacer y no nos quejamos. Luché a cada paso del camino, pensó sin orgullo. Esa nueva certeza cortó como un cuchillo afilado a través de todas las otras certezas… Y mientras yo luchaba, ella estaba mu-riéndose. Todo en vano, allí en Yeowe. Todo en vano, aquí en Werel. Se incorporó en la oscuridad, en la fría, callada y dulce oscuridad de la noche en las colinas. —Señor Kamye —dijo en voz alta—, ayúdame. Mi mente me traiciona.

Durante el largo permiso en casa se sentaba a menudo con su madre. Ella quería hablarle de Emdu, y al principio Teyeo tuvo que forzarse a escuchar. Sería muy fácil olvidar a la muchacha que él había conocido durante diecisiete días siete años atrás si su madre le dejaba olvidarla. Gradualmente aprendió a aceptar lo que ella le ofrecía, el conocimiento de quién había sido su esposa. Su madre quería compartir con él todo lo que pudiera de la alegría que Emdu, su bienamada niña y amiga, le había dado. Incluso su padre, un hombre apagado y silencioso ya retirado, le dijo: —Ella era la luz de la casa. —Le estaban dando las gracias por Emdu. Le estaban diciendo que no todo había sido en vano.

Pero ¿qué les esperaba? La vejez, una casa vacía. No se quejaban, era cierto, y parecían contentos con la severa rutina del trabajo diario; pero para ellos, la continuidad del

pasado en el futuro se había roto.

—Debería volver a casarme —le dijo Teyeo a su madre—. ¿Hay alguien en quien te hayas fijado…?

Llovía, una luz gris a través de las ventanas mojadas, un tamborileo suave en los aleros. El rostro de su madre era indistinto, inclinado sobre la ropa que zurcía.

—No —contestó ella—. En realidad, no. —Levantó los ojos y lo miró, y tras una pausa preguntó; —¿Adonde crees que te destinarán?

—No lo sé.

—Ya no hay guerra —dijo ella, con su voz queda y serena.

—No —dijo Teyeo—. Ya no hay guerra. —¿Crees que volverá a haberla alguna vez? Él se puso de pie, recorrió la habitación, y volvió a sentarse en la plataforma acolchada, cerca de su madre; los dos se sentaban con la espalda erguida, inmóviles salvo por el leve movimiento de las manos de ella al coser; las manos de Teyeo descansaban ligeramente una en la otra, como le habían enseñado cuando tenía dos años.

—No lo sé —dijo al fin—. Es extraño. Es como si no hubiese habido una guerra. Como si nunca hubiésemos estado en Yeowe… la Colonia, el Alzamiento. No se habla de eso, como si no hubiera sucedido. Ya no combatimos. Ésta es una nueva era, lo repiten con frecuencia en la red. La edad de la paz, de la hermandad a través de las estrellas. Entonces, ¿somos hermanos de Yeowe ahora? ¿Estamos hermanados con Gatay, Bambur y los Cuarenta Estados? ¿Somos hermanos de nuestros activos? No consigo comprenderlo. No sé lo que quieren decir. No sé dónde encajo yo. —La voz de Teyeo era también tranquila y serena.

—Aquí no, creo —dijo ella—. Todavía no.

Después de un momento él dijo: —Pensé… los hijos…

—Por supuesto. Cuando llegue el momento. —Ella le sonrió—. Nunca fuiste capaz de sentarte quieto durante media hora… Espera. Espera y verás.

Su madre tenía razón; y sin embargo, lo que él veía y oía en los canales oficiales ponía a prueba su paciencia y su orgullo. Parecía que ser soldado era una desgracia ahora. Los informes del gobierno, las noticias y los análisis, continuamente hacían referencia al ejército, y en particular a la clase veot, como fósiles costosos e inútiles, el principal obstáculo para la plena admisión de Voe Deo en el Ecumen. Su propia inutilidad se puso de manifiesto cuando su petición de destino fue contestada con una extensión indefinida del permiso a media paga. A los treinta y dos años, parecían decirle, ya estaba jubilado.

Volvió a sugerirle a su madre que aceptaría la situación, se asentaría y buscaría una esposa.

—Habla con tu padre —le dijo ella.

Y él así lo hizo. Su padre le dijo: —Sabes que tu ayuda es bienvenida, pero yo todavía puedo ocuparme de la granja durante un tiempo. Tu madre cree que deberías ir a la capital, a la Comandancia. Ellos no podrán ignorarte si estás allí. Después de siete años en combate, con tu hoja de servicio.

Teyeo ya sabía lo que todo eso valía ahora, Pero era evidente que no lo necesitaban allí, y probablemente irritaría a su padre con sus ideas sobre cómo hacer las cosas de modo diferente. Tenían razón: tenía que ir a la capital y averiguar por sí mismo qué papel le correspondía en aquel nuevo mundo pacífico.

El primer medio año en la ciudad fue siniestro. No conocía apenas a nadie en la Comandancia o en los barracones; los de su generación estaban muertos o licenciados por invalidez, o en casa a medio sueldo. Los oficiales más jóvenes, que no habían estado en

Yeowe, le parecían una panda de engreídos, siempre hablando de política y dinero. Mezquinos empresarios, los llamaba él privadamente. Sabía que le temían… temían su hoja de servicio, su reputación. Lo quisiera o no, él les recordaba que había habido una guerra que Werel había perdido, una guerra civil, su propia raza luchando contra sí misma, clase contra clase. Y ellos deseaban despachar el asunto como una simple riña en otro mundo que no había tenido nada que ver con ellos.

Teyeo recorría las calles de la capital, veía a miles de siervos y siervas ocupados en los asuntos de sus propietarios, y se preguntaba a qué estaban esperando.

«El Ecumen no se inmiscuye en las disposiciones sociales, culturales o económicas de ningún pueblo», repetían la Embajada y los portavoces del gobierno. «La plena admisión de cualquier nación o pueblo que lo desee depende sólo de la ausencia o renuncia a ciertos métodos e ingenios de guerra específicos», y a esto seguía una lista de armas terribles, muchas de ellas simples nombres para Teyeo, pero otras invenciones de su propia nación: la biobomba, como ellos la llamaban, y la neurónica.

Él personalmente coincidía con el juicio del Ecumen sobre tales ingenios, y respetaba la paciencia que desplegaban al esperar que Voe Deo y el resto de Werel demostraran no sólo que acataban la prohibición sino que aceptaban el principio. Sin embargo, se sentía profundamente ofendido por la condescendencia del Ecumen. Juzgaban todo lo wereliano, viéndolo desde arriba. Cuanto menos decían sobre la división de clases, más obvia se hacía su desaprobación. «La esclavitud es muy poco frecuente en los mundos ecuménicos —decían sus libros— y desaparece por completo con la participación plena en el estado ecuménico.» ¿Era eso lo que en verdad esperaba la Embajada alienígena?

—¡Por nuestra Señora! —dijo uno de los jóvenes oficiales (muchos de ellos eran tualitas, además de empresarios)—. ¡Los alienígenas van a admitir a los polvorientos antes que a nosotros! —Hablaba echando chispas de rabia indignada, como un viejo rega enfrentando a un siervo soldado insolente—. ¡Yeowe, un maldito planeta de salvajes tribus, que ha retrocedido a la barbarie, preferido a nosotros!

—Ellos lucharon bien —observó Teyeo, sabiendo mientras lo decía que no debería hacerlo, pero no queriendo oír que los hombres y mujeres contra los que él había luchado eran llamados polvorientos. Activos, rebeldes, enemigos, eso sí.

El joven oficial lo miró y después de un momento dijo: —Supongo que usted los adora, ¿no? ¿A los polvorientos?

—Maté a tantos como pude —contestó Teyeo con corrección, y en seguida cambió de tema. El joven, aunque nominalmente el superior de Teyeo, era un oga, la categoría más baja de los veot, y desairarlo más hubiera sido de mala educación.

Ellos eran unos engreídos, él, muy susceptible; los viejos días de alegre camaradería eran un recuerdo lejano, increíble. Los jefes de departamento en la Comandancia escuchaban la solicitud de Teyeo de ser devuelto al servicio activo y lo enviaban de un departamento a otro. Ya no podía seguir viviendo en los barracones, de modo que tuvo que buscar un apartamento, como un civil. Su media paga no le permitía disfrutar de los caros placeres de la ciudad.

Mientras esperaba para ver a este o aquel oficial, pasaba los días en los terminales de la biblioteca de la Academia de Oficiales. Sabía que su educación había sido incompleta y que además se había vuelto-anticuada. Si su país iba a unirse al Ecumen, si él quería ser útil, tema que saber más del pensamiento y la tecnología alienígenas. Sin saber bien qué tenía que aprender, Teyeo avanzaba con dificultad por los terminales, confundido por la infinidad de información disponible, cada vez más consciente de que no era ni un

intelectual ni un erudito, y que nunca comprendería la mentalidad de los alienígenas, y sin embargo seguía internándose con obstinación en aquella maraña.

Un hombre de la Embajada iba a impartir un curso de Historia Ecuménica en la red pública. Teyeo asistió a él, y durante ocho o diez conferencias a las que seguía un coloquio, se sentó con la espalda erguida y quieto, moviendo sólo las manos ligeramente mientras tomaba notas metódicas y apretadas. El conferenciante, un haini que tradujo su extremadamente largo nombre como Música Antigua, miraba a Teyeo y trató de arrastrarlo a la discusión, y al final le pidió que se quedara después de la sesión. —Me gustaría conversar con usted, Rega —dijo cuando los demás hubieron salido.

Se encontraron en un café. Volvieron a reunirse. A Teyeo le desagradaban los modales del alienígena, que encontraba efusivos; desconfiaba de la mente rápida e inteligente de aquel hombre; sentía que Música Antigua lo estaba utilizando, que lo estudiaba como ejemplar del Veot, el Soldado, probablemente El Bárbaro. El alienígena, seguro de su superioridad, se mostraba indiferente a la frialdad de Teyeo, ignoraba su desconfianza, insistía en ayudarlo con información y guía, y repetía con descaro las preguntas que Teyeo evitaba contestar. Una de éstas fue: —¿Por qué se queda aquí sentado con media paga?

—No es algo que haya elegido, señor Música Antigua —contestó Teyeo al fin, la tercera vez que se la hizo. Estaba muy enfadado por la desfachatez de aquel hombre, y por eso habló con particular cortesía. Mantuvo los ojos apartados de los ojos de Música Antigua, azules, que mostraban el blanco, como los de un caballo asustado. No había podido acostumbrarse a los ojos de los alienígenas.

—¿No piensan devolverlo al servicio activo?

Teyeo asintió educadamente. ¿Podía el hombre aquel, por más extranjero que fuese, no tener conciencia de que la pregunta era muy humillante?

—¿Le gustaría servir en la Guardia de la Embajada?

Teyeo se quedó sin habla por un momento; entonces cometió la extremada grosería de responder a una pregunta con otra pregunta. —¿Por qué lo dice?

—Me complacería de veras tener a un hombre de su capacidad en ese cuerpo —dijo Música Antigua, y con su asombrosa franqueza añadió—: Muchos de ellos son espías o ineptos. Sería extraordinario disponer de un hombre que no es ni una cosa ni otra. No se trata sólo de montar guardia, comprenda. Imagino que el gobierno de usted le pedirá que les pase información; eso es previsible. Y una vez que esté preparado, y si desea hacerlo, naturalmente, nosotros lo emplearemos como oficial de enlace. Aquí o en otros países. No obstante, no le pediremos que nos pase información. ¿Soy claro, Teyeo? No quiero que haya malentendidos entre nosotros en cuanto a lo que le pido o no le pido.

—¿Podría conseguir usted…? —preguntó Teyeo con cautela.

Música Antigua rió y dijo: —Sí. Puedo mover algunos hilos en la Comandancia. Me deben un favor. ¿Pensará en mi oferta?

Teyeo estuvo callado un minuto. Ya llevaba casi un año en la capital y sus peticiones de destino sólo habían recibido evasivas burocráticas, y en los últimos tiempos, indicios de que eran consideradas como insubordinación. —Aceptaré ahora, si puedo —dijo con fría deferencia.

El haini lo miró, y su sonrisa se transformó en una mirada fija y pensativa. —Gracias —dijo—. Dentro de unos pocos días tendrá noticias de la Comandancia.

De modo que Teyeo volvió a ponerse el uniforme, se trasladó de nuevo a los Barracones de la Ciudad, y durante siete años sirvió en suelo extranjero. La Embajada

Ecuménica era, por acuerdo diplomático, una parte no de Werel sino del Ecumen, una porción del planeta que ya no le pertenecía. La Guardia proporcionada por Voe Deo protegía y decoraba: una presencia muy llamativa en el recinto de la Embajada con el uniforme blanco y oro de gala. Iban también visiblemente armados, ya que las protestas contra la presencia alienígena todavía se manifestaban con violencia de vez en cuando.

El rega Teyeo, destinado al principio al mando de una compañía de estos guardias, pronto fue transferido a un servicio distinto, el de acompañar a miembros del personal de la Embajada en las salidas de éstos por la ciudad o en los viajes. Servía como guardaespaldas con uniforme de cuartel. La Embajada había preferido no utilizar a su propia gente y sus propias armas, y confiar en la protección de Voe Deo. A menudo tenía que hacer de guía e intérprete, y a veces de acompañante. A Teyeo le desagradaba que los visitantes que venían de algún lugar del espacio se tomaran demasiadas confianzas y fueran demasiado amistosos, que le preguntaran sobre él mismo, que lo invitaran a ir a tomar una copa con ellos. Con una perfectamente disimulada aversión y una completa urbanidad, rechazaba tales ofertas. Él hacía su trabajo y guardaba las distancias. Sabía que era justamente por eso por lo que la Embajada lo apreciaba. La confianza que le demostraban le reportaba una fría satisfacción.

Su propio gobierno nunca le pidió que les pasara información, aunque él se enteró de cosas que en verdad podrían haberles interesado. La inteligencia voe deana no reclutaba sus agentes entre los veot. Él sabía quiénes en la Guardia eran agentes; algunos trataron de conseguir información a través de Teyeo, pero él no tenía ninguna intención de espiar para los espías.

Música Antigua, que según las conjeturas de Teyeo debía de ser el jefe del servicio de inteligencia de la Embajada, lo llamó a su regreso de un permiso de invierno en casa de sus padres. El haini había aprendido a evitar las manifestaciones emotivas con Teyeo, pero no pudo ocultar una nota de afecto en la voz cuando lo recibió.

—¡Hola, Rega! ¿Está su familia bien? Me alegro. Tengo una misión particularmente difícil para usted. El Reino de Gatay. Estuvo allí con Kemehan hace dos años, ¿no es así? Bien, pues ahora quieren que les mandemos a un Enviado. Dicen que quieren unirse al Ecumen. Naturalmente el viejo Rey es un títere del gobierno de usted; pero están ocurriendo muchas otras cosas allí. Un fuerte movimiento religioso separatista, una Causa Patriótica, echemos fuera a todos los extranjeros, voe deanos o alienígenas. Pero el Rey y el Consejo han pedido un Enviado, y todo lo que podemos mandarles es una recién llegada. Quizá le dé algunos problemas hasta que se ponga al tanto de la situación. Creo que es un poco testaruda. Es de buena pasta pero joven, muy joven. Y sólo lleva aquí unas pocas semanas. Le pido esto porque ella necesita de su experiencia, Rega. Tenga paciencia con ella. Pienso que le resultará agradable.

Pero no fue así. En siete años había conseguido habituarse a los ojos de los alienígenas y a sus diferentes olores, colores y costumbres. Protegido por su perfecta cortesía y su estoicismo, había aguantado o ignorado el comportamiento extraño, escandaloso o molesto, la ignorancia y la diferencia de saberes de ellos. Le había sido encomendada la protección y el cuidado de los extranjeros, pero se mantenía a distancia: ni los tocaba ni lo tocaban. Sus protegidos aprendían a confiar en él y a no tomarse libertades con él. Las mujeres advertían y respondían a sus señales de Prohibida la Entrada con más rapidez que los hombres; Teyeo había tenido una relación buena, casi amigable, con una vieja Observadora terrana a la que había acompañado en largos viajes de investigación.

—Es usted tan pacífico como un gato, Rega —le había dicho ella una vez, y él apreció el

cumplido. Pero la Enviada a Gatay era otra cuestión.

La mujer tema un físico espléndido: piel marrón rosado como la de un bebé, pelo liso y largo, unos andares desenvueltos… demasiado desenvueltos: hacía ostentación de su cuerpo maduro y esbelto ante hombres que no tenían acceso a él, lo lucía ante él mismo, ante todos, insistente, desvergonzada. Expresaba su opinión sobre todo con un aplomo siempre grosero. No escuchaba un consejo y rehusaba aceptar una orden. Era agresiva, una niña malcriada con la sexualidad de un adulto, y le habían dado la responsabilidad de un diplomático en un país peligrosamente inestable. En cuanto la conoció, Teyeo supo que aquélla sería una misión imposible. No podía confiar en ella o en sí mismo. El impudor sexual de aquella mujer lo excitaba del mismo modo que le repugnaba; era una prostituta a la que tenía que tratar como a una princesa. Forzado a aguantarla e incapaz de ignorarla, la odió.

Teyeo estaba más familiarizado con la ira que antes, pero no estaba habituado al odio. Se sentía extremadamente perturbado. Nunca en su vida había pedido un traslado, pero la mañana después de que ella llevara al makil a su habitación envió una breve y tiesa petición a la Embajada. Música Antigua le respondió con una grabación sellada a través del enlace diplomático: «El amor a dios y a la patria es como el fuego, un poderoso amigo, un enemigo terrible; sólo los niños juegan con fuego. No me gusta la situación. No hay nadie aquí que pueda reemplazarle. ¿Puede resistir un poco más?»

No supo negarse. Un veot no rechaza el deber. Se sintió avergonzado sólo por haber pensado en hacerlo, y de nuevo la odió por causarle esa vergüenza.

La primera frase del mensaje era enigmática, no era el estilo de Música Antigua, sino florido, indirecto, como una advertencia en código. Teyeo no conocía los códigos de inteligencia ni de su país ni del Ecumen. Música Antigua tendría que usar señales e indirectas con él. «El amor a dios y a la patria» podía muy bien significar los Antiguos Creyentes y los Patriotas, los dos grupos subversivos de Gatay, ambos opuestos fanáticamente a la influencia extranjera; la Enviada podía ser el niño jugando con fuego. ¿Alguno de esos grupos estaría intentando contactar con ella? Él no había visto ninguna señal que lo indicara, a menos que el hombre en las sombras de aquella noche no hubiera sido un Puñal sino un mensajero. Ella estaba bajo su atenta mirada todo el día, la casa estaba vigilada toda la noche por soldados a sus órdenes. Con toda seguridad el makil, Batikam, no trabajaba para ninguno de esos grupos. Era probable que fuera miembro del Hame, el movimiento clandestino de liberación de los activos de Voe Deo, pero precisamente por eso no pondría en peligro a la Enviada, puesto que el Hame veía al Ecumen como su billete a Yeowe y a la libertad.

Teyeo se devanó los sesos tratando de interpretar las palabras, volviendo a pasar el mensaje una y otra vez, conocedor de su propia estupidez cuando se enfrentaba a esas sutilezas, a los entresijos del laberinto de la política. Al fin borró el mensaje y bostezó, porque era tarde; se bañó, se metió en la cama, apagó la luz, dijo en voz baja «¡Señor Kamye, déjame aferrarme con valor a lo que es noble!», y durmió como una piedra.

El makil iba a la casa de ella cada noche después del teatro. Teyeo trató de convencerse de que no había nada malo en eso. Él mismo había pasado noches con los makils, allá en los prósperos días antes de la guerra. El sexo experto y artístico formaba parte de sus habilidades. Sabía de oídas que las mujeres ricas de la ciudad a menudo los contrataban para que suplieran las deficiencias de sus maridos. Pero esas mujeres lo hacían en secreto, con discreción, no de esa manera vulgar y vergonzosa, ajena a la decencia, burlándose del código moral, como si ella tuviera derecho a hacer lo que quisiera cuando

quisiera y donde quisiera. Batikam actuaba de acuerdo con ella, se aprovechaba del encaprichamiento de la mujer, remedaba a los gatayanos, a Teyeo, y también la remedaba a ella, aunque ella no se daba cuenta. ¡Qué oportunidad única para un activo de ridiculizar a todos los propietarios a la vez!

Observando a Batikam, Teyeo supo con seguridad que era un miembro del Hame. Su burla era muy sutil; no estaba tratando de deshonrar a la Enviada. En verdad era mucho más discreto que ella: estaba tratando de evitar que ella misma se deshonrara. El makil devolvía la fría cortesía de Teyeo de la misma forma, pero una o dos veces los ojos de ambos se encontraron y hubo un breve e involuntario intercambio de comprensión, fraternal, irónica.

Iba a celebrarse una fiesta pública, la observancia de la Festividad del Perdón tualita, a la que la Enviada había sido invitada con insistencia por el Rey y el Consejo. Solían exhibirla en ocasiones similares. Teyeo no había concedido más atención al asunto que la de pensar en cómo mantendría la seguridad en medio de una muchedumbre excitada en un día de fiesta, hasta que San le explicó que el día de la fiesta era el día santo de la antigua religión de Gatay, y que los Antiguos Creyentes se indignaban ferozmente por la imposición de ritos extranjeros sobre los suyos. El hombrecito parecía genuinamente preocupado. Teyeo se preocupó también cuando al día siguiente San fue sustituido por un hombre mayor que hablaba gatayano y poco más, y era incapaz de explicar qué había sido de San Úbattat. —Otras obligaciones, lo reclamaban otras obligaciones —dijo en un voe deano muy malo, sonriendo y haciendo reverencias—, es un día regioso muy importante. Obligaciones regiosas.

En los días que precedieron a la festividad la tensión creció en la ciudad: aparecieron pintadas, símbolos de la antigua religión cubrieron los muros; un templo tualita fue profanado, y después de eso la presencia de la Guardia Real se hizo evidente en las calles. Teyeo fue a Palacio y solicitó, por la autoridad que tenía, que no le pidieran a la Enviada que apareciese en público durante una ceremonia que «probablemente sería alterada por manifestaciones inapropiadas». Lo hicieron pasar y un funcionario de la Corte lo trató con una mezcla de insolencia despectiva y de inclinaciones y guiños de connivencia que lo intranquilizaron. Dejó cuatro hombres de guardia en casa de la Enviada esa noche. De regreso a su alojamiento, unos pequeños barracones calle abajo que habían sido cedidos a la Guardia de la Embajada, encontró la ventana de la habitación abierta y un pedazo de papel, escrito en su idioma, sobre la mesa: *Preparado asinato en Festividad P*.

A la mañana siguiente se presentó en la casa de la Enviada muy temprano y dijo a la activa que deseaba hablar con ella. Solly apareció echándose un$ bata sobre el cuerpo desnudo. Batikam la seguía, a medio vestir, soñoliento y con aire divertido, y Teyeo le echó una mirada que indicaba fuera. El makil la recibió con una sonrisa serena y condescendiente y le murmuró a la mujer: —Voy a desayunar algo. Rewe, ¿tienes algo de comer para mí? —y salió detrás de la sierva.

Teyeo miró a la Enviada y le alargó el pedazo de papel.

—Recibí esto ayer por la noche, señora —dijo—. Tengo que pedirle que no asista a la festividad mañana.

Ella examinó el papel, leyó lo escrito y bostezó. —¿Quién lo envía?

—No lo sé, señora.

—¿Qué significa? ¿Asesinato? ¿Es que no pueden deletrearlo bien?

Después de un momento, él dijo: —Ha habido otros indicios, suficientes para que le pida…

—Que no asista a la Festividad del Perdón, sí, ya le he oído. —Fue hasta el asiento junto a la ventana y se sentó, y la bata se abrió y dejó al descubierto las piernas: los pies desnudos y morenos eran cortos y flexibles, las plantas, rosadas, los dedos, menudos y regulares. Teyeo mantuvo la vista fija en el aire detrás de la cabeza de la mujer. Ella jugueteó con el papel—. Si cree que es peligroso, Rega, lleve a un guardia o dos con usted —dijo con un leve tono de desdén—. Estoy obligada a ir. El Rey lo pidió, ya sabe. Y tengo que encender el gran fuego o algo así. Una de las pocas cosas que las mujeres pueden hacer en público aquí… No puedo echarme atrás. —Le alargó el papel y después de un momento él se acercó lo suficiente para alcanzarlo. Ella lo miró sonriendo; siempre sonreía cuando lo derrotaba—. De todas maneras, ¿quién cree usted que querría quitarme de en medio? ¿Acaso los Patriotas?

—O los Antiguos Fieles, señora. Mañana es una de sus grandes fiestas.

—Y sus tualitas se la arrebataron, ¿no es cierto? Bien, no pueden culpar al Ecumen precisamente.

—Creo que es posible que el gobierno permita la violencia como pretexto para justificar las represalias, señora.

Ella empezó a responder irreflexivamente, pero luego comprendió lo que él insinuaba y frunció el ceño. —¿Cree que el Consejo me está utilizando? ¿Qué pruebas tiene?

Tras una pausa, él respondió: —Muy pocas, señora. San Ubattat…

—San está enfermo. El viejecito que enviaron no sirve de mucho, pero es inofensivo. ¿Eso es todo? —Él calló, y ella continuó—: A menos que tenga pruebas palpables, Rega, no interfiera en mis obligaciones. Su paranoia militar es inaceptable cuando se extiende alas personas con las que tengo que tratar aquí. ¡Contrólese, por favor! Esperaré uno o dos guardas más mañana; y eso es todo.

—Sí, señora —dijo él, y salió. La cabeza le zumbaba de furia. Se le ocurrió entonces que el nuevo guía de la Enviada le había dicho que San Ubattat había ido a cumplir obligaciones religiosas, no que estaba enfermo. Teyeo no se volvió. ¿De qué serviría?—. Quédese una hora más, por favor, Seyem —le dijo al guardia que había en el portal de la casa, y se alejó a grandes zancadas calle abajo, tratando de alejarse de ella, de sus suaves muslos marrones y de las plantas de sus pies sonrosadas y de su estúpida e insolente voz de prostituta dándole órdenes. Trató de dejar que el glacial aire iluminado por el sol, las calles escalonadas pobladas por el chasquido de las banderolas para la fiesta, el brillo de las grandes montañas y el clamor de los mercados lo llenaran, lo deslumbraran, lo confundieran; pero avanzó viendo su sombra cayendo frente a él como un cuchillo atravesando las piedras, sintiendo la futilidad de su vida.

—El veot parecía preocupado —dijo Batikam con voz aterciopelada, y ella rió y pinchó una fruta en conserva del plato y goteando la metió en la boca del hombre.

—Ya estoy lista para el desayuno, Rewe —gritó Solly, y se sentó frente a Batikam—. ¡Estoy muerta de hambre! El Rega tenía uno de sus ataques de falocracia. Últimamente no me ha salvado de nada. Es su única función, después de todo. De modo que tiene que inventar ocasiones. Ojalá, ojalá pudiera quitármelo del pelo. Es tan agradable no tener al pobre viejo San pululando alrededor como una especie de plaga púbica. ¡Si pudiera librarme del Mayor!

—Es un hombre de honor —afirmó el makil sin ironía.

—¿Cómo puede ser honorable un propietario de esclavos?

Batikam la observó con sus ojos almendrados y oscuros. Ella no podía leer los ojos

werelianos, a pesar de lo hermosos que eran, con los párpados llenos de oscuridad.

—Los miembros de una jerarquía masculina siempre andan hablando de su precioso honor —continuó ella—. Y el honor de «sus» mujeres, por supuesto.

—El honor es un gran privilegio —dijo Batikam—. Yo lo envidio. Envidio al Rega.

—Oh, al diablo con toda esa falsa dignidad, no es más que orinar para marcar el territorio. Lo único que debes envidiarle, Batikam, es su libertad.

El hombre sonrió. —Tú eres la única persona que he conocido que no es ni propietaria ni poseída. Eso es libertad. Eso es la libertad. Me pregunto si lo sabes.

—Claro que lo sé —contestó ella. Sonrió y continuó con el desayuno, pero había advertido algo en la voz de Batikam que no había oído nunca antes. Al rato, conmovida y un poco preocupada, dijo—: Te vas dentro de poco, ¿verdad?

—Me estabas leyendo los pensamientos. Sí. Dentro de diez días, la compañía continuará la gira por los Cuarenta Estados.

—¡Oh, Batikam, te echaré de menos! Eres el único hombre, la única persona con la que puedo hablar… aparte del sexo…

—¿Alguna vez lo hicimos?

—No muy a menudo —dijo ella riendo, pero la voz le tembló un poco.

Batikam alargó la mano; ella se acercó y se sentó en su regazo, y la bata se abrió. —Los pechos pequeños y bonitos de la Enviada —dijo él, besando y acariciando—, el vientre pequeño y suave de la Enviada… —Rewe entró con una bandeja y la dejó con suavidad sobre la mesa—. Toma tu desayuno, pequeña Enviada —dijo Batikam, y ella se soltó y volvió a su silla, sonriendo.

—Tú puedes ser sincera porque eres libre —dijo él mientras pelaba con delicadeza un pini—. No seas demasiado dura con aquellos que no lo somos ni podemos serlo. —Cortó una rodaja y se la alcanzó a través de la mesa—. Conocerte ha sido probar la libertad —dijo—. Una idea, una sombra…

—Dentro de algunos años como mucho, Batikam, serás libre. Toda esta estructura estúpida de amos y esclavos se derrumbará por completo cuando Werel entre en el Ecumen.

—Si lo hace.

—Por supuesto que lo hará.

Él se encogió de hombros y dijo: —Mi hogar es Yeowe.

Ella lo miró, confusa. —¿Vienes de Yeowe?

—Nunca he estado allí —dijo él—. Y es probable que no vaya nunca. ¿De qué servirían allí los makils? Pero es mi hogar. Ellos son mi pueblo. Ésa es mi libertad. ¿Cuándo te darás cuenta de…? —Apretó el puño y luego lo abrió con un gesto delicado, como si dejara escapar algo—. Tengo que volver al teatro —dijo—. Estamos ensayando un acto para el Día del Perdón.

Solly pasó todo el día en la corte. Había intentado repetidas veces conseguir un permiso para visitar las minas y las inmensas granjas gestionadas por el gobierno al otro lado de las montañas, de las ue procedía la riqueza de Gatay. Habían frustrado sus intentos con la misma persistencia, por el protocolo y la burocracia del gobierno, pensaba al principio, la mala voluntad para dejar que un diplomático hiciera otra cosa que no fuera correr de una actividad estúpida a otra; pero algunos empresarios habían dejado escapar comentarios sobre las condiciones en las minas y en las granjas que la hicieron sospechar que quizá escondían una clase de esclavitud mucho más brutal que cualquiera que pudiera verse en la capital. Ese día tampoco llegó a ninguna parte, pues se lo pasó esperando para citas que no habían sido concertadas. El viejo que sustituía a San confundía casi todo lo que

ella decía en voe deano, y cuando Solly trataba de hablar gatayano el hombre lo confundía todo, por estupidez o con intención. El Mayor estuvo felizmente mera h mayor parte de la mañana, reemplazado por uno de los soldados a su mando, pero se presentó en la corte, tieso y silencioso y con la mandíbula tensa, y la acompañó hasta que ella se dio por vencida y se fue a casa para tomar un baño temprano.

Batikam fue muy tarde aquella noche. En mitad de uno de los elaborados juegos de fantasía e inversión de papeles que ella había aprendido de él y que le parecían tan excitantes, las caricias del hombre fueron haciéndose cada vez más lentas y suaves, arrastrándose por su cuerpo como plumas, y ella tembló de deseo no apaciguado: al apretar el cuerpo contra el de Batikam se dio cuenta de que se había dormido.

—Despierta —dijo ella, riendo y sin embargo temblando, y lo sacudió un poco. Los ojos negros se abrieron, desconcertados, llenos de miedo.

—Lo siento —dijo ella al instante—, vuelve a dormir, estás cansado. No, no, está bien, es tarde. —Pero él siguió adelante. Ella comprendió entonces que a pesar de su ternura y de su habilidad, Batikam sólo estaba haciendo su trabajo.

Por la mañana, durante el desayuno, ella dijo: —¿Me ves como a un igual, Batikam?

El parecía cansado, más viejo que de costumbre, y no sonreía. Después de un tiempo dijo: —¿Qué quieres que responda?

—Que sí.

—Te veo como a un igual —musitó él.

—No confías en mí —dijo ella con amargura.

Callaron un tiempo.

—Hoy es el Día del Perdón —dijo Batikam al fin—. La Dama Tual salió al encuentro de los hombres de Asdok, que habían lanzado a sus gatos de caza contra los seguidores de ella. La Dama venía montando un gran gato de caza con una lengua de fuego, y ellos se arrojaron al suelo aterrorizados, pero ella los bendijo y los perdonó. —Su voz y sus manos representaron la historia a medida que Ja narraba—. Perdóname —dijo.

—¡Tú no necesitas ningún perdón!

—Oh, sí, todos lo necesitamos. Por eso los kamitas recurrimos a la Dama Tual de vez en cuando. Cuando la necesitamos. Así que hoy tú serás la Dama Tual en los ritos, ¿no?

—Sólo tengo que encender un fuego, me han dicho —dijo ella con ansiedad, y él rió. Cuando Batikam salía, Solly le dijo que iría al teatro esa noche, después de la fiesta, para verlo.

La pista de carreras de caballos, la única zona llana cerca de la ciudad, estaba abarrotada, los vendedores ambulantes pregonaban sus mercancías, las banderolas ondeaban al viento; los automóviles reales avanzaron directamente hacia la multitud, que se abrió como el agua para dejarles paso y volvió a cerrarse tras ellos. Se habían levantado algunas gradas de aspecto poco seguro para los señores y los propietarios, con una sección rodeada de cortinajes para las damas. Solly vio detenerse un coche junto a as gradas: una figura envuelta en ropajes rojos salió deprisa y se desvaneció en el interior de las cortinas. ¿Habría mirillas para que las mujeres vieran la ceremonia? Entre la muchedumbre había mujeres, pero sólo siervas, activas. Se dio cuenta de que a ella también la mantendrían oculta hasta que llegara su turno en la ceremonia: una tienda roja la aguardaba junto a las gradas, no muy lejos del recinto acordonado donde los sacerdotes cantaban. Unos cortesanos obsequiosos y resueltos la sacaron de prisa del coche y la metieron en la tienda.

Las siervas de la tienda le ofrecieron té, dulces, espejos, maquillaje y aceite para el

pelo, y la ayudaron a ponerse las complejas bandas de delicada tela roja y amarilla, la vestimenta para su breve actuación como la Dama Tual. Nadie le había explicado con detalle lo que se suponía que tenía que hacer, y a sus preguntas las mujeres contestaron: —Los sacerdotes se lo mostrarán, señora, sólo tiene que ir con ellos. Sólo tiene que encender el fuego. Elfos ya lo tienen todo preparado. —Solly tuvo la impresión de que ellas no sabían mucho más que ella; eran muchachas hermosas, activas cortesanas, excitadas por formar parte del espectáculo, ajenas a la religión. Ella conocía lo que simbolizaba el fuego que iba a encender: en él se arrojarían y quemarían las faltas y las transgresiones, se olvidarían. Era una buena idea.

Los sacerdotes gritaban ahora allí afuera; ella echó una ojeada por las mirillas —efectivamente había mirillas en la tela de la tienda— y advirtió que el gentío se había espesado. Excepto los que estaban en las gradas o justo delante del recinto acordonado, era imposible que nadie viera nada, pero todo el mundo agitaba banderolas rojas y amarillas, mascaba comida frita y se lo pasaba en grande, mientras los sacerdotes seguían con sus cánticos. En el extremo derecho de su reducido y borroso campo de visión a través de la mirilla había un brazo familiar: el del Mayor, por supuesto. No le habían dejado ir en el automóvil con ella. Debía de estar furioso. De todas formas, había conseguido llegar, y montaba guardia. —Señora, señora —le decían en ese momento las cortesanas—, ya vienen los sacerdotes —y se afanaron y cuchichearon alrededor de ella para asegurarse de que llevaba el tocado derecho y de que la fastidiosa falda, que trababa todos sus movimientos, caía en los pliegues adecuados. Todavía daban puntadas y le alisaban el vestido cuando al fin salió de la tienda, deslumbrada por la luz, sonriendo y tratando de mantenerse erguida y digna, como una diosa tenía que mostrarse. Por nada del mundo quería estropearles la ceremonia.

Dos nombres con los atributos sacerdotales la esperaban a la puerta de la tienda. Se adelantaron de inmediato, la agarraron por los codos y le dijeron: —Por aquí, señora, por aquí. —Era evidente que ella no tendría que adivinar lo que tenía que hacer. No había duda de que consideraban a las mujeres incapaces de hacerlo, pero en esas circunstancias era un alivio. Los sacerdotes la hacían andar más deprisa de lo que ella podía hacer con comodidad con aquella falda tan ceñida. Estaban detrás de las gradas ahora; ¿no quedaba el recinto acordonado en la otra dirección? Un coche venía hacia ellos, dispersando a la poca gente que había en el camino. Alguien gritaba. De pronto los sacerdotes empezaron a tirar de ella, y trataron de correr; uno de ellos gritó y le soltó el brazo, derribado por una sombra voladora que cayó sobre él; ella estaba en medio de una refriega, no podía soltarse del puño de hierro que la sujetaba, y encima tenía las piernas aprisionadas en la falda. Entonces hubo un ruido, un ruido ensordecedor que le golpeó la cabeza; forcejeó y ya no vio más. La metieron estirada boca abajo en un lugar oscuro, la cara contra una oscuridad sofocante y rasposa, los brazos trabados a la espalda.

Un coche en marcha. El tiempo dilatado. Hombres hablando en voz baja, en gatayano. Casi no podía respirar. No intentó soltarse, era inútil. Le habían sujetado los brazos y las piernas con cinta adhesiva, y le habían cubierto la cabeza con una bolsa. Luego de un buen rato la descargaron como si fuera un cadáver, entraron de prisa en algún lugar, bajaron unas escaleras y la depositaron sobre una cama o sofá, no con rudeza aunque sí con la misma desesperada urgencia. Se quedó quieta. Los hombres hablaban, todavía casi en susurros. No entendía nada. Seguía oyendo en la cabeza aquel tremendo sonido. ¿Había sido real? ¿La habían golpeado? Estaba como sorda, como si estuviera entre muros de algodón. La tela de la bolsa se le pegaba a la boca y a las fosas nasales cuando trataba de

respirar.

Le quitaron la bolsa; un hombre inclinado sobre ella le dio la vuelta para poder soltarle los brazos y luego las piernas, y mientras lo hacía murmuro en voe deano: —No tenga miedo, señora, no le haremos daño. —Se alejó de ella en seguida. Había cuatro o cinco hombres, era difícil decirlo, había muy poca luz. —Esperar aquí —dijo otro—, todo bien. Señora contenta. —Solly trató de sentarse y sintió vértigo. Cuando la cabeza dejó de darle vueltas, ya se habían ido. Como por arte de magia. Señora contenta.

Estaba en una habitación pequeña de techo muy alto. Las paredes eran de ladrillos oscuros, el aire olía a tierra. La luz venía de una diminuta placa de biolume en el techo, un resplandor tenue y sin sombras. Seguramente suficiente para los ojos werelianos. Señora contenta. Me han secuestrado. Qué te parece. Hizo inventario: el colchón sobre el que estaba, una manta, una puerta, una jarra y una taza, un agujero de desagüe, ¿era eso lo que había en el rincón? Se dio impulso y sacó las piernas del colchón, y al hacerlo sus pies chocaron contra algo que yacía en el suelo al pie del colchón. Se incorporó y miró la masa oscura, el cuerpo inerte allí estirado. Un hombre. El uniforme, la piel tan negra que ella no distinguía las facciones, pero sabía quién era. Incluso allí, incluso allí, el Mayor estaba con ella.

Se levantó y con paso vacilante fue a investigar el desagüe, que era sencillamente eso, un agujero recubierto de cemento en el suelo, que despedía un leve olor a medias químico a medias fétido. Le dolía la cabeza y volvió a sentarse en la cama; se masajeó los brazos y los tobillos para aliviar la tensión y el dolor, y se palpó todo el cuerpo metódicamente para comprobar que estaba entera y tranquilizarse. Me han secuestrado. Qué te parece. Señora contenta. ¿Cómo estaría el hombre?

De repente se le ocurrió que el Mayor estaba muerto y sintió un escalofrío y se quedó inmóvil.

Después de un rato se inclinó sobre él despacio, escuchando, y trató de verle la cara.

La sensación de que estaba sorda persistía. No oía ninguna respiración. Alargó la mano, mareada y temblorosa, y le tocó la cara con el dorso de la mano. Estaba fresca, fría. Pero un aliento cálido le rozó los dedos, una vez, otra. Se acuclilló en el colchón y lo estudió. Yacía completamente inmóvil, pero cuando ella le apoyó la mano en el pecho, alcanzó a sentir el débil latido.

—Teyeo —susurró; le parecía que sólo podía hablar en susurros.

Volvió a tocar el pecho del hombre. Quería sentir el latido lento y regular, el tenue calor: era tranquilizador. Señora contenta.

¿Qué más habían dicho? Señora esperar. Sí. Ése parecía ser el programa. Quizá podría dormir un poco. Quizá podría dormir un poco, y cuando despertase ya habría llegado el rescate. O lo que fuese que pretendían.

Se despertó pensando que todavía tenía el reloj, y después de estudiar soñolienta la diminuta pantalla plateada durante un rato decidió que había dormido tres horas, todavía era el día de la fiesta, demasiado pronto para el rescate; esa noche no podría ir al teatro a ver a los makils. Los ojos se le habían acostumbrado a la luz baja y al mirar ahora vio que el hombre tenía todo un lado de la cabeza cubierto de sangre seca. Explorando, le encontró un bulto caliente del tamaño de un puño sobre la sien, y sus dedos salieron manchados de sangre. Se había conseguido una corona. Tenía que haber sido él, lanzándose sobre el sacerdote, el falso sacerdote; lo único que ella recordaba era una sombra voladora y un ruido sordo y un ¡ooof!, como el de un ataque de aiji, y entonces se había producido el ruido enorme que lo confundió todo. Chascó la lengua y dio golpecitos en la pared para

comprobar su audición. Parecía estar bien; las paredes de algodón habían desaparecido. Quizá también a ella la habían coronado. Se palpó la cabeza, pero no encontró ningún chichón. El hombre debía sufrir una conmoción si continuaba inconsciente después de tres horas. ¿Una conmoción grave? ¿Cuándo volvería en sí?

Se levantó y casi cayó al suelo, enredada en las malditas faldas de Ja Diosa. ¡Si tuviera sus propias ropas, no ese vestido ornamental, tres piezas de un tejido endeble que había que ponerse con ayuda de sirvientes! Se libró de la falda y utilizó el velo para confeccionarse una especie de falda ajustada que le llegaba a las rodillas. No hacía calor en aquel sótano o lo que fuese; era malsano y húmedo, y bastante frío. Se paseó arriba y abajo, cuatro pasos y vuelta, cuatro pasos y vuelta, cuatro pasos y vuelta, e hizo algunos ejercicios de calentamiento. Habían tirado al hombre en el suelo. ¿Estaría muy frío? ¿Era el estado de shock parte de la conmoción? Había que mantener calientes a las personas en estado de shock. Vaciló un buen rato, perpleja por su indecisión y sin saber qué hacer. ¿Tenía que tratar de subirlo al colchón? ¿Sería mejor no moverlo? ¿Dónde demonios estaban los hombres? ¿Se moriría el Mayor?

Se inclinó sobre él y dijo bruscamente: —¡Rega! ¡Teyeo! —Y después de un momento el hombre respiró hondo.

—¡Despierte! —Recordó, pensó que recordaba, que era importante no dejar que una persona con conmoción cayese en coma. A menos que él ya estuviese en coma.

El Mayor volvió a respirar hondo, y la expresión del rostro cambió, perdió la rígida inmovilidad de antes y se suavizó; abrió y cerró los ojos, parpadeó, desenfocado. —Oh, Kamye —musitó.

Solly no podía creer lo contenta que estaba de verlo. Señora contenta. Era evidente que el hombre tema un dolor de cabeza espantoso, y admitió que veía doble. Ella lo ayudó a arrastrarse sobre el colchón y lo cubrió con la manta. Él no hizo preguntas, y pronto volvió a deslizarse en el sueño. Una vez que lo hubo instalado, ella reanudó sus ejercicios durante una hora. Miró el reloj. Habían pasado dos horas del mismo día, el día de la fiesta. Todavía no era de noche. ¿Cuándo pensaban regresar los hombres?

Regresaron a la mañana siguiente temprano, después de una noche interminable que había sido igual a la tarde y la mañana. Oyó cómo descorrían los cerrojos, y la puerta de hierro se abrió con un sonido metálico. Uno de los hombres entró con una bandeja mientras otros dos esperaban en la puerta con las armas levantadas y apuntándole. No había ningún sitio donde colocar la bandeja excepto en el suelo, así que el hombre se la tendió, dijo «¡Lo siento, señora!» y retrocedió; la puerta resonó y los cerrojos volvieron a su lugar con estrépito. Ella se quedó de pie, con la bandeja en la mano. —¡Esperen! —gritó.

El hombre se había despertado y miraba como atontado alrededor. Después de encontrarlo junto a ella en ese lugar, de algún modo Solly había olvidado el mote que le daba, ya no pensaba en él como en el Mayor, aunque evitaba utilizar su nombre.

—Supongo que esto es el desayuno —dijo ella, y se sentó en el borde del colchón. Una servilleta cubría la bandeja de mimbre; debajo había una pila de panecillos gatayanos rellenos de carne y verduras, varias piezas de fruta y una garrafa de agua tapada adornada con unos extravagantes abalorios de alguna aleación de metal—. Desayuno, comida y cena, tal vez —añadió—. Mierda. Bueno, parece apetitoso. ¿Puede comer algo? ¿Puede sentarse?

El hombre se incorporó con dificultad y se sentó con la espalda contra la pared, y al cabo de un momento cerró los ojos.

—¿Sigue viendo doble?

Él hizo un leve sonido de asentimiento.

—¿Tiene sed?

Pequeño sonido de asentimiento.

—Tome. —Ella le pasó la taza. Él la sostuvo con ambas manos, se la llevó a la boca y bebió el agua despacio, a pequeños tragos. Mientras, ella devoró tres panecillos uno detrás de otro, se obligó a parar y comió un pini—. ¿Puede comer algo de fruta? —le preguntó, sintiéndose culpable. Él no respondió. Solly recordó a Batikam dándole la rodaja de pini en el desayuno, ¿cuándo?, ayer, hacía cien años.

La comida le provocó náuseas. Tomó la taza de la mano relajada del hombre —había vuelto a dormirse— y se sirvió agua, y la bebió despacio.

Cuando se sintió mejor se acercó a la puerta y estudió los goznes, la cerradura, la superficie. Palpó y miró las paredes de ladrillo y el suelo de cemento, sin saber lo que buscaba, algo que los ayudase a escapar, algo… Tenía que hacer ejercicio. Se obligó a hacer algunos, pero la náusea volvió, y una especie de letargia con ella. Volvió al colchón y se sentó. Un rato después se dio cuenta de que lloraba. Un rato después se dio cuenta de que se había dormido. Necesitaba orinar. Se acuclilló sobre el agujero y escuchó la orina caer en él. No tenía nada con que limpiarse. Volvió a sentarse en la cama, estiró las piernas y se agarró los tobillos. El silencio era absoluto.

Se volvió para mirar al hombre: él la estaba mirando. Solly se sobresaltó y él apartó la mirada al instante. Seguía medio apoyado contra la pared, incómodo pero relajado.

—¿Tiene sed? —preguntó ella. —Gracias —dijo él. Allí, donde nada era familiar y el tiempo se había desligado del pasado, la voz suave y débil de él era bienvenida en su familiaridad. Solly le llenó una taza y se la tendió. Él la sostuvo con mucha más firmeza y se sentó para beber—. Gracias —murmuró otra vez, devolviéndole la taza. —¿Cómo está su cabeza? Él se llevó la mano a la tumefacción, hizo una mueca de dolor y se recostó de nuevo contra la pared.

—Uno de ellos llevaba un bastón —dijo Solly, viéndolo en un relámpago en medio de la confusión de recuerdos—, un cetro de sacerdote. Usted saltó sobre el otro.

—Me quitaron la pistola —dijo él, manteniendo los ojos cerrados—. La Festividad.

—Me enredé con estas malditas ropas. No pude ayudarlo. Escuche, ¿hubo un ruido, una explosión?

—Sí. Tal vez formaba parte del espectáculo.

—¿Quiénes cree que son estos muchachos?

—Revolucionarios. O,…

—Usted me dijo que pensaba que el gobierno gatayano estaba implicado.

—No lo sé —murmuró él.

—Usted tenía razón, yo estaba equivocada, lo siento —dijo ella sintiéndose virtuosa por acordarse de reparar sus faltas.

El hizo un débil gesto con la mano, como restándole importancia.

—¿Sigue viendo doble?

El no respondió; estaba perdiendo la conciencia otra vez.

Solly estaba de pie, tratando de recordar los ejercicios respiratorios selianos, cuando la puerta resonó y se abrió con estrépito. Y allí estaban los mismos tres hombres, dos con pistolas, todos jóvenes, de piel negra y pelo corto, todos muy nerviosos. El que los encabezaba se inclinó para dejar una bandeja en el suelo, y sin la menor premeditación Solly le pisó la mano apoyándose con todo el peso. —¡Espere! —dijo. Miraba directamente las caras y los cañones de las pistolas de los otros dos—. ¡Esperen un momento, por favor, escúchenme! Mi compañero tiene una herida en la cabeza, necesitamos un médico,

necesitamos más agua, ni siquiera puedo lavarle la herida, no hay papel higiénico, ¿quién demonios son ustedes?

El hombre al que le estaba pisando la mano gritaba «¡Suelte! ¡Señora suelte mano!», pero los otros la oyeron.

Solly levantó el pie y se apartó cuando el hombre se incorporó deprisa y retrocedió hasta donde estaban sus compañeros armados. —Muy bien, señora, sentimos causar problemas —dijo entonces con lágrimas en los ojos y acunándose la mano—. Somos Patriotas. Usted enviará mensaje al Pretendiente, igual nuestro mensaje. Nadie sufrir daño. ¿De acuerdo? —Siguió retrocediendo y uno de los hombres armados cerró la puerta. Ruido metálico, cerrojos corriéndose.

Solly respiró hondo y se volvió. Teyeo la estaba mirando. —Eso fue peligroso —dijo él, sonriendo apenas.

—Ya lo sé —respondió ella, respirando con agitación—. Fue estúpido. No consigo dominarme. Me siento fuera de control. ¡Pero es que ellos empujan la comida dentro y se van, maldita sea! ¡Necesitamos agua! —Estaba llorando, como le ocurría siempre tras una situación de violencia o una pelea—. Veamos qué han traído esta vez. —Colocó la bandeja sobre el colchón; como la anterior, en una ridícula imitación del servicio de un hotel o una casa con esclavos, estaba cubierta con una servilleta—. Todas las comodidades —murmuró. Bajo la servilleta había una pila de pastelillos dulces, un pequeño espejo de mano de plástico, un peine, un pequeño pote de algo que olía a flores marchitas, y una caja de lo que después de un rato identificó como tampones gatayanos.

—¡Son cosas para la señora, condenados sean, los muy imbéciles! ¡Un espejo! —Arrojó el espejo contra la pared de enfrente—. ¡Por supuesto, yo no puedo pasar ni un día sin mirarme al espejo! ¡Malditos sean! —Lo tiró todo detrás del espejo, menos las pastas, sabiendo mientras lo hacía que más tarde recogería los tampones y los guardaría bajo el colchón y, oh, Dios no lo quisiera, los usaría si se veía obligada a hacerlo, si tenían que quedarse allí, ¿cuánto tiempo faltaría?, diez días o más—. Oh, Dios —volvió a exclamar. Se levantó y lo recogió todo, puso el espejo y el pequeño pote, la jarra de agua vacía y las peladuras de la fruta de la comida anterior en una de las bandejas y la colocó al lado de la puerta—. Basura —dijo en voe deano. Se dio cuenta de que su arrebato había sido en otra lengua; alterrano, seguramente—. ¿Tiene idea —dijo, sentándose de nuevo en el colchón— de lo difícil que hacen ustedes ser mujer? ¡Pueden hacer que una mujer se arrepienta de serlo!

—Lo han hecho con buena intención, pienso —dijo Teyeo. Ella advirtió que no había la menor sombra de burla, ni siquiera de diversión, en la voz del hombre. Si acaso disfrutaba de la vergüenza que ella estaba pasando, debía de darle vergüenza demostrárselo—. Me parece que son aficionados —añadió.

—Eso podría ser malo —dijo ella después de un rato.

—No lo sé. —Las exploraciones de Teyeo le causaron un escalofrío de dolor y desistió—. ¿Cómo estamos de agua?

Ella le pasó otra taza. —Demasiado poca para lavarse, me temo. ¡Un es tupido espejo cuando lo que necesitamos es agua!

El le agradeció, bebió, y se recostó contra la pared, mirando pensativo los últimos sorbos en la taza. —No tenían planeado traerme a mí también —dijo.

Ella reflexionó un instante y asintió. —¿Por miedo a que usted los identificase?

—Si hubiesen tenido un lugar para mí, nunca me habrían encerrado con una señora. —Habló sin ironía—. Tenían esto preparado para usted. Debe de estar oculto en algún

punto dé la ciudad.

Ella asintió. —El viaje en coche duró una media hora o menos. Aunque llevaba la cabeza metida en una bolsa.

—Han enviado un mensaje a Palacio y no han recibido respuesta, o una no satisfactoria. Quieren que usted envíe un mensaje.

—¿Para convencer al gobierno de que me retienen cíe verdad? ¿Por qué hay que convencerlos? Los dos callaron.

—Lo siento —dijo él—. No puedo pensar. —Se tendió en el colchón. Sintiéndose cansada, abatida y nerviosa después de su descarga de adrenalina, ella se tendió a su lado. Solly había enrollado la falda de la Diosa y se había hecho una almohada; no había almohada para él. La manta les cubría las piernas.

—Almohada —dijo ella—. Algunas mantas. Jabón. ¿Quemas?

—Llave —murmuró él.

Yacieron lado a lado en el silencio y la tenue luz invariable.

A la mañana siguiente, sobre las ocho, según el reloj de Solly, los Patriotas entraron en la habitación, cuatro esta vez. Dos montaron guardia en la puerta con las pistolas dispuestas; los otros dos esperaron incómodos en el poco espacio que quedaba, mirando a los cautivos, que estaban sentados en el colchón con las piernas cruzadas. El nuevo portavoz hablaba mejor voe deano que los otros. Les dijo que sentían mucho causarle tanta incomodidad a la ama y que harían lo que pudieran para hacérselo más llevadero, y que tenía que ser paciente y escribir un mensaje a mano para el Rey Pretendiente, explicando que la pondrían en libertad indemne en cuanto el Rey ordenara al Consejo rescindir el acuerdo con Voe Deo.

—No lo hará —dijo ella—. No le dejarán hacerlo.

—Por favor, no discuta —dijo el hombre con una rudeza frenética—. Aquí están los materiales para escribir. Éste es el mensaje—. Dejó los papeles y una pluma sobre el colchón, nervioso, como si temiera acercarse a ella.

Solly se dio cuenta de que Teyeo conseguía pasar desapercibido, sentado sin moverse, con la cabeza gacha, la mirada baja; los hombres lo ignoraron.

—Si escribo esto para ustedes quiero agua, mucha agua, y jabón y mantas y papel higiénico y almohadas y un médico, y quiero que cuando yo llame acuda alguien a la puerta, y quiero ropa decente. Ropa abrigada. Ropa de hombre.

—¡Nada de médico! —dijo el hombre—. ¡Escriba, por favor! ¡Ahora!

Estaba nervioso y crispado, y ella no se atrevió a insistir. Leyó la declaración, la copió con su propia letra amplia e infantil —raras veces escribía nada de puño y letra— y se la alargó al portavoz. Éste le echó una ojeada, y sin una palabra todos salieron deprisa. La puerta se cerró con un estruendoso ruido metálico.

—¿Debería haberme negado?

—No lo creo —dijo Teyeo. Se levantó y se estiró, pero volvió a sentarse, al parecer mareado—. Regatea bien —añadió.

—Ya veremos lo que conseguimos. Oh, Dios. ¿Qué está pasando?

—Quizá —dijo él con lentitud—. Gatay no está dispuesto a ceder a esas exigencias. Pero cuando Voe Deo, y el Ecumen de usted se enteren de esto, presionarán a Gatay.

—Espero que ya se hayan puesto en marcha. Supongo que Gatay está en un horrible compromiso, y está tratando de salvar las apariencias ocultando todo el asunto; ¿es eso posible? ¿Cuánto tiempo pueden ocultarlo? ¿Qué hay de la gente de usted? ¿No estarán buscándolo?

—Sin duda —dijo él, con su corrección habitual.

Era curioso cómo sus modales envarados, sus modales que siempre la habían repelido, apartado, tenían ahora un efecto muy distinto: la reserva y la formalidad de Teyeo le aseguraban que ella todavía era parte del mundo que había fuera de aquella habitación, del que habían venido y al que retornarían, un mundo donde las personas vivían vidas largas.

¿Qué importaba una vida larga?, se preguntó, y no supo contestar. Era algo en lo que nunca antes había pensado. Pero esos jóvenes Patriotas vivían en un mundo de vidas cortas. Exigencias, violencia, inmediatez y muerte, ¿y por qué? Por el fanatismo, el odio, el ansia de poder.

—Cada vez que se van —musitó ella— siento verdadero pánico.

Teyeo se aclaró la garganta y dijo: —Yo también.

Ejercicios.

—Agárreme… no, por favor, ¡agárreme, no soy de cristal! Ahora…

—¡Ja! —dijo él, con una fugaz sonrisa de excitación, mientras ella le enseñaba la llave, y él la repetía, librándose de la presa de ella.

—Muy bien, ahora espere, aquí… —Porrazo—. ¿Lo ha visto?

—¡Ay!

—Lo siento, Teyeo, lo siento, no me acordaba de su cabeza. ¿Está bien? Lo siento de veras.

—Oh, Kamye —dijo él, incorporándose y agarrándose la cabeza con las manos. Respiró hondo varias veces. Ella se arrodilló junto a él, compungida y ansiosa.

—Eso —dijo él, y respiró unas cuantas veces más—, eso no es juego limpio.

—No, claro que no es juego limpio, es aiji. Todo vale en el amor y la guerra, dicen en Terra. De verdad que lo siento, ¡qué estúpida he sido!

El rió, una risa rota y desesperada, sacudió la cabeza, volvió a sacudiría.
—Enséñeme —dijo—. No sé cómo lo hizo.

Ejercicios.

—¿Qué hace con la mente?

—Nada.

—¿Simplemente la deja vagar?

—No. ¿Acaso mi mente y yo somos dos seres distintos?

—Entonces… ¿no se concentra en nada? ¿Simplemente se deja ir con ella?

—No.

—Entonces no la deja vagar.

—¿A quién? —dijo él, más bien malhumorado.

Una pausa.

—¿Piensa en…?

—No —dijo él—. Quieta.

Una pausa muy larga, quizá de un cuarto de hora.

—Teyeo, no puedo. Me pica. Me pica la mente. ¿Cuánto tiempo lleva haciendo esto?

Una pausa, una respuesta reticente. —Desde los dos años.

Teyeo salió de su postura relajada de completa inmovilidad, e inclinó la cabeza para distender los músculos del cuello y los hombros. Ella lo miraba.

—No dejo de pensar en la vida larga, en tener una vida larga —dijo ella—. No me refiero sólo a vivir mucho tiempo, diablos, yo he vivido unos mil cien años, y eso no

significa nada. Lo que quiero decir… Pensar en la vida como larga cambia las cosas. De la misma manera que la cambia el hecho de tener hijos. Incluso pensar en la posibilidad de tener hijos. Es como si cambiase el equilibrio. Es extraño que no deje de pensar en eso ahora que mis oportunidades de vivir una vida larga ruedan por un precipicio…

El no dijo nada. Era capaz de no decir nada de una forma que permitía que ella continuara hablando. Era uno de los hombres menos locuaces que había conocido. La mayoría de los hombres eran tan prolijos. Ella misma era bastante prolija. Teyeo era silencioso. Solly deseó saber cómo estar en silencio.

—Es sólo cuestión de práctica, ¿no? —preguntó ella—. Simplemente quedarse ahí sentado. Él asintió.

—Años y años y años de práctica… Oh, Dios. Quizá…

—No, no —dijo él, captando lo que ella pensaba al instante.

—¿Pero por qué no hacen nada? ¿A qué están esperando? ¡Ya han pasado nueve días!

Desde el principio, por un acuerdo tácito no planeado, Ja habitación había sido dividida en dos: la línea divisoria corría por el centro del colchón y llegaba a Ja pared de enfrente. La puerta estaba en el lado de Solly, el izquierdo; el cagadero estaba en el lado de él, el derecho. Cualquier invasión del espacio del otro era solicitada mediante una casi invisible señal convenida y permitida de la misma manera. Cuando uno de los dos usaba el cagadero el otro apartaba discretamente la mirada. Cuando tenían suficiente agua para lavarse como los gatos, cosa que ocurría raras veces, regía el mismo acuerdo. La línea que recorría el colchón era absoluta. Las voces la cruzaban, y los sonidos y los olores de los cuerpos. A veces ella sentía el calor de él; la temperatura wereliana era un poco más elevada que la suya, y en el aire viciado y húmedo Solly sentía esa tenue irradiación cuando Teyeo dormía. Pero nunca cruzaron la línea, ni con un dedo; ni en el sueño más profundo.

Solly pensaba en esto, y en algunos momentos lo encontraba divertido. En otras ocasiones le parecía perverso y estúpido. ¿Acaso no podrían hallar algún consuelo humano? La única vez que ella lo tocó fue el primer día, cuando lo ayudó a tenderse en el colchón, y después, cuando tuvieron agua suficiente ella le había limpiado la herida de la cabeza y poco a poco le había quitado la sangre coagulada y maloliente del pelo con ayuda del peine, que después de todo no había sido tan inútil, y de algunos trozos de la falda de la Diosa, una fuente inestimable de paños y vendajes. Luego, una vez que su cabeza sanó, habían practicado aiji a diario; pero había una pureza impersonal y ritual en los apretones y presas del aiji que estaba muy lejos del consuelo de las criaturas. El resto del tiempo la presencia física de él era claramente, invariablemente, no invasora e inalcanzable.

Teyeo sólo estaba manteniendo, en unas circunstancias extremadamente difíciles, el rígido dominio que siempre demostraba. No sólo él, Rewe también; todos ellos, todos menos Batikam; y sin embargo, ¿había sido el plegamiento instantáneo de Batikam a sus caprichos y deseos el contacto auténtico que ella había creído? Pensó en su mirada de temor, aquella última noche. No contención, sino constreñimiento.

Era la mentalidad de una sociedad esclavista: esclavos y amos atrapados en la misma desconfianza y autoprotección radicales.

—Teyeo —dijo ella—. No comprendo la esclavitud. Deje que me explique —se apresuró a añadir, aunque él no había hecho ademán de interrumpirla o protestar, y se había limitado a escucharla con educación—. Comprendo que una institución social cambia y que el individuo forma parte de ella. No le digo que coincida conmigo en verla como infame e improductiva, no le pido que la defienda o que renuncie a ella. Sólo trato de comprender

qué se siente sabiendo que dos tercios de los seres humanos de tu mundo son en verdad y con legitimidad propiedad de uno. Cinco sextos, en realidad, si incluimos a las mujeres de su casta.

Después de un rato, él contestó: —Mi familia posee unos veinticinco activos. —No me venga con evasivas. Él aceptó la reprobación.

—A mí me parece que con eso se evita el contacto humano. Uno no toca a los esclavos y los esclavos no lo tocan a uno de la manera en que los seres humanos deberían tocarse, en reciprocidad. Se mantienen separados, siempre trabajando para conservar esa frontera, completamente artificial, creada por el hombre. Yo no puedo distinguir físicamente a los propietarios de los activos. ¿Puede usted? —Casi siempre.

—Por factores de cultura y comportamiento, ¿no es así?

Después de meditar unos instantes, él asintió. —Ustedes son de la misma especie, raza, pueblo, exactamente iguales en todo, con ligeras diferencias de color. Si se educa a un niño activo como un propietario, será un propietario en todos los aspectos, y viceversa. De modo que se pasan la vida manteniendo una enorme división que en realidad no existe. Lo que no comprendo es que sean incapaces de ver el tremendo despilfarro que supone. ¡Y no me refiero a la economía!

—Durante la guerra —dijo él, y entonces calló un momento; aunque Solly tenía mucho más que decir, esperó, intrigada—. Yo estuve en Yeowe —continuó él al fin—, ya sabe, en la guerra civil.

Allí es donde te hiciste todas esas cicatrices y bultos, pensó ella; porque a pesar de que apartaba escrupulosamente la mirada, era imposible no estar familiarizada con su delgado cuerpo de ónix a esas alturas, y ella sabía que en el aiji Teyeo tenía que favorecer su brazo izquierdo, que tenía un considerable bulto que sobresalía justo por encima del bíceps.

—Los esclavos de las Colonias se rebelaron, al principio sólo algunos, luego la mayoría. Los miembros del ejército éramos todos propietarios. No podíamos enviar soldados activos, porque tal vez desertarían. Éramos todos veots y voluntarios. Propietarios luchando contra activos. Pronto aprendí que estaba peleando contra mis iguales. Y más tarde aprendí que peleaba contra mis superiores. Ellos nos derrotaron.

—Pero eso… —empezó a decir Solly, y se detuvo; no sabía qué decir.

—Ellos nos derrotaron de principio a fin —continuó él—. En parte porque mi gobierno no entendió que podían vencernos. Que podían luchar mejor y con más valor y más inteligencia que nosotros.

—¡Porque peleaban por su libertad!

—Quizá era eso —dijo Teyeo con su cortesía de siempre.

—¿Y bien?

—Quería decirle que respeto a las personas con las que luché.

—Sé tan poco sobre la guerra, sobre la lucha —dijo ella con una mezcla de contracción e irritación—. En verdad, nada. Estuve en Kheakh, pero aquello no fue una guerra, fue el suicidio de una raza, la matanza de toda una biosfera. Supongo que es diferente. Kheakh y Orint se autodestruyeron. Fue aquello lo que llevó al Ecumen a crear el Convenio sobre Armamento. Los terranos llevaban siglos presionando para que se firmará, porque ellos mismos casi se hacían suicidado mucho antes. Yo soy medio terrana. Mis antepasados se perseguían a lo largo y ancho del planeta, masacrándose unos a otros. Eso duró milenios. También ellos eran amos y esclavos, algunos, muchos… Pero no sé si el Convenio sobre Armamento fue una buena idea, si es correcto. ¿Quiénes somos nosotros

para decirle a nadie qué debe y qué no debe hacer? La idea del Ecumen era ofrecer una alternativa. Abrir un camino, no cerrar el paso a nadie.

El escuchó con atención, pero no dijo nada hasta mucho después. —Nosotros aprendemos… a cerrar filas, siempre. Tiene razón, creo, es un gasto inútil… de energía, de espíritu. Ustedes están abiertos.

Le había costado mucho esfuerzo decir esas palabras, pensó ella, no como las de ella, que salían del aire y volvían a él. Teyeo hablaba desde el tuétano. Eso hacía de todo lo que él había dicho un regalo, que ella aceptó con gratitud, porque a medida que pasaban los días advertía de vez en cuando cuánta confianza había perdido y seguía perdiendo: confianza en sí misma, confianza en que pagarían el rescate y los salvarían, en que alguna vez saldrían de esa habitación, en que saldrían de allí vivos.

—¿Fue muy brutal la guerra? —Sí —dijo él—. No puedo… nunca he podido recordarla… Algunas cosas aparecen como flashes… —Se llevó las manos al rostro como para protegerse los ojos. Entonces la miró, cauteloso. Ella sabía ahora que el aparentemente férreo control de Teyeo tenía muchos puntos vulnerables.

—Cosas de Kheakh que yo ni siquiera sabía que había visto me vienen a la cabeza de esa manera —dijo ella—. Por la noche. —Y al rato preguntó—: ¿Cuánto tiempo estuvo allí? —Algo más de siete años.

Ella hizo una mueca de dolor. —¿Fue afortunado?

Era una pregunta extraña, no la había formulado como pretendía, pero él la valoró. —Sí —contestó—. Siempre. Todos los compañeros con los que fui murieron allí, la mayoría durante los primeros años. Perdimos trescientos mil hombres en Yeowe. Nunca hablan de eso. Dos tercios de los veot de Voe Deo murieron allí. Si ser afortunado significaba seguir con vida, entonces yo fui afortunado. —Se miró las manos cerradas, miró en su interior.

Al cabo de unos segundos ella murmuró: —Espero que todavía lo sea. El no contestó nada.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó él, y aclarándose la garganta y después de echar una mirada automática al reloj, ella contestó—: Sesenta horas.

Sus captores no habían aparecido el día anterior a la hora habitual, alrededor de las ocho. Ni tampoco esa mañana.

Sin nada que comer y ahora sin agua, se habían vuelto cada vez más silenciosos e inertes. Llevaban horas sin decir nada. Él había retrasado preguntar la hora tanto como había podido.

—Esto es horrible —dijo ella—, esto es tan horrible. No dejo de pensar…

—Ellos no la abandonarían nunca —dijo él—. Se sienten responsables de usted.

—¿Porque soy una mujer?

—En parte.

—Mierda.

Él recordó que en la otra vida el habla grosera de ella lo ofendía.

—Los han capturado, los han matado. Nadie se molestará en localizar el lugar donde nos retienen —dijo ella.

Puesto que Teyeo había pensado eso mismo cientos de veces, no dijo nada.

—Es un lugar tan horrible para morir —dijo ella—. Es sórdido. Apesto. Hace veinte días que apesto. Ahora tengo diarrea porque estoy asustada, pero no puedo cagar nada. Me muero de sed y no puedo beber.

—Solly —dijo Teyeo con brusquedad. Era la primera vez que él la llamaba por su

nombre—. Tranquilízate. Aférrate.

Ella lo miró. —¿Que me aferré a qué?

Él no contestó en seguida y ella dijo: —¡No dejas que te toque!

—No a mí…

—¿Entonces a qué? ¡No hay nada! —Teyeo pensó que ella iba a echarse a llorar, pero en vez de eso se levantó, agarró la garrafa vacía y aporreó con ella la puerta hasta destrozar el revestimiento de mimbre—. ¡Venid! ¡Malditos seáis! ¡Venid, bastardos! —gritó—. ¡Sacadnos de aquí!

Luego volvió a sentarse en el colchón. —Bien— dijo.

—Escucha —dijo él.

Habían escuchado antes: ningún sonido de la ciudad llegaba hasta aquella celda, pero esto era algo más fuerte, explosiones, pensaron los dos. La puerta resonó.

Los dos estaban de pie cuando se abrió: no con el habitual estrépito y ruido metálico, sino despacio. Un hombre esperó fuera, dos entraron. Uno armado que no habían visto antes; el otro, el joven de expresión adusta que ellos llamaban portavoz, parecía haber estado corriendo o luchando: estaba cubierto de polvo, cansado, un poco aturdido. Cerró la puerta. Traía unos papeles. Los cuatro se miraron en silencio durante un minuto. —Agua —dijo Solly—. ¡Bastardos! —Señora —dijo el portavoz—, lo siento. —No la escuchaba a ella, ni la miraba. Por primera vez miraba a Teyeo—. Se están librando duros combates —dijo.

—¿Quiénes luchan? —preguntó Teyeo, advirtiendo que recuperaba su ecuánime tono de autoridad, y el hombre respondió a él automáticamente—: Voe Deo. Han enviado tropas. Después del funeral, dijeron que enviarían tropas a menos que nos rindiéramos. Llegaron ayer. Han pasado la ciudad a sangre y fuego. Saben dónde están todos los centros de los Antiguos Fieles. Algunos de los nuestros. —El hombre tenía una nota de acusación perpleja en la voz.

—¿Qué funeral? —preguntó Solly.

El hombre no respondió, y Teyeo repitió la pregunta: —¿Qué funeral?

—El funeral de la dama, el de usted. Mire… traje los periódicos. Un funeral de estado. Dicen que ustedes murieron en la explosión.

—¿Qué maldita explosión? —preguntó Solly, la voz ronca y reseca, y esta vez el hombre le respondió—: En la Festividad. Los Antiguos Fieles. El fuego, la pira de Tual, contenía explosivos. Pero estallaron demasiado pronto. Nosotros conocíamos su plan, y la rescatamos, señora —dijo, volviéndose hacia ella de repente con el mismo tono de acusación.

—¡Rescatarme, pedazo de burro! —gritó, y los labios cuarteados de Teyeo se abrieron en una risa repentina que reprimió al instante.

—Déme eso —dijo Teyeo, y el hombre le tendió los papeles.

—¡Tráiganos agua! —dijo Solly.

—Quédense aquí, por favor. Tenemos que hablar —dijo Teyeo, aferrándose instintivamente a su ascendiente. Se sentó en el colchón con los periódicos. En unos minutos Solly y él habían leído los informes sobre la espantosa interrupción de la Festividad del Perdón, la lamentable muerte de la Enviada del Ecumen en un acto terrorista perpetrado por la secta de los Antiguos Fieles, la breve mención de la muerte de un guardia de la Embajada voe deana en la explosión, que había matado a más de setenta sacerdotes y espectadores, las detalladas descripciones del funeral de estado, informes sobre disturbios, terrorismo, represalias, luego la noticia de que el Palacio aceptaba con gratitud la ayuda de

Voe Deo para acabar con el cáncer del terrorismo…

—De modo que nunca recibieron respuesta de Palacio. ¿Por qué nos mantienen con vida?

Solly pensó que la pregunta era demasiado directa, pero el portavoz contestó con la misma franqueza: —Pensamos que la nación de usted pagaría un rescate.

—Y lo harán —dijo Teyeo—. Sólo tienen que evitar que el gobierno de ustedes sepa que continuamos con vida. Si ustedes…

—Un momento —dijo Solly, tocándole la mano—. Un momento. Tengo que pensar sobre todo este asunto. Será mejor que no dejes al Ecumen fuera de la discusión. Pero ponerse en contacto con ellos será difícil.

—Si hay tropas voe deanas aquí, todo lo que necesito es enviar un mensaje a alguien a mis órdenes, o a los Guardias de la Embajada.

La mano de ella, todavía sobre la de él, presionó levemente, como advirtiéndole; Solly sacudió la otra acusadoramente hacia el portavoz: —¡Estúpidos, secuestraron a un Enviado del Ecumen! Ahora tienen que pensar en todo lo que no pensaron antes. Y yo también, porque no quiero que el pequeño gobierno de ustedes me liquide por volver a la vida y ponerlos en evidencia. ¿Dónde se esconden ustedes? ¿Hay alguna posibilidad de que salgamos de esta habitación?

Con la misma mirada nerviosa y frenética, el hombre negó con la cabeza. —Todos estamos aquí casi todo el tiempo —dijo—. Aquí están a salvo.

—¡Sí, mejor mantienen sus pasaportes a salvo! —dijo Solly—. ¡Tráigannos agua, maldita sea! Dennos un rato para hablar y vuelvan dentro de una hora.

De pronto, el joven se inclinó hacia ella con la cara contraída. —¿Qué clase de dama es usted? —dijo—. ¡Asqueroso y maloliente cono extranjero!

Teyeo se levantó de un salto, pero el apretón de Solly en su mano se endureció: después de un momento de silencio, el portavoz y el otro hombre salieron y los cerrojos de la puerta resonaron.

—¡Uf! —exclamó ella, con mirada aturdida.

—No… —dijo él—, no… —Pero no sabía cómo decírselo—. Ellos no entienden. Será mejor que sea yo quien hable.

—Naturalmente. Las mujeres no dan órdenes. Las mujeres no hablan. ¡Cabezas de chorlito! ¡Pensé que habías dicho que se sentían responsables de mí!

—Y así es —dijo él—. Pero son hombres jóvenes-Fanáticos. Y tienen mucho miedo. —Y tú les hablas como si fueran activos, pensó, pero no lo dijo.

—¡Yo también tengo miedo! —dijo ella, con un breve acceso de llanto. Se secó los ojos y volvió a sentarse entre los papeles—. Dios, llevamos veinte días muertos. Nos enterraron hace quince. ¿A quién crees que enterraron?

El apretón de Solly era vigoroso; Teyeo tenía la muñeca y la mano doloridas y se las masajeó con suavidad; la miró.

—Gracias —le dijo—. Le hubiera golpeado.

—Oh, ya lo sé. Maldita caballerosidad. Y el tipo de la pistola te habría volado la cabeza. Escucha, Teyeo, ¿estás seguro de que lo único que tienes que hacer es enviar un mensaje a alguien del Ejército o de la Guardia?

—Sí, naturalmente.

—¿Estás seguro de que tu país no está jugando el mismo juego que Gatay?

El la miró. A medida que comprendía lo que ella insinuaba, la cólera que había reprimido y negado todos aquellos días interminables de cautividad con ella crecía en su

interior, una violenta marea de resentimiento, odio y desprecio.

Fue incapaz de hablar, temiendo hablarle como el joven Patriota lo había hecho.

Fue a su lado de la habitación y se sentó en su lado del colchón, dándole la espalda a ella. Se sentó con las piernas cruzadas, una mano apoyada levemente en la otra.

Ella siguió hablando. Teyeo no escuchó ni respondió.

—Se supone que estamos hablando, Teyeo —dijo ella al cabo de un rato—. Sólo tenemos una hora. Creo que esos chicos harán lo que les digamos, si les proponemos algo plausible, algo que funcione.

El no respondió; se mordió el labio y siguió callado.

—Teyeo, ¿qué he dicho? Lo siento, si he dicho alguna inconveniencia, dime que es, porque yo no losé.

—Ellos nunca… —Teyeo luchó para dominar sus labios y su voz—. Ellos nunca nos traicionarían. —¿Quiénes? ¿Los Patriotas? Él no respondió.

—¿Te refieres a Voe Deo? ¿Que no nos traicionaría?

En la pausa que siguió a la pregunta gentil e incrédula de Solly, Teyeo supo que ella tenía razón, que todo era una confabulación entre los poderes del mundo, que la lealtad a su país y el servicio eran en vano, tan fútiles como el resto de su vida. Ella seguía hablando, tratando de mitigar, y decía que era probable que él tuviera razón. Teyeo escondió la cabeza entre las manos, deseando poder llorar, seco como una piedra.

Solly cruzó la línea. Teyeo sintió la mano de ella en el hombro.

—Lo siento, Teyeo —dijo—. ¡No tenía intención de insultarte! Te honro. Has sido mi esperanza y mi sostén.

—No importa —dijo él—. Si… si tuviéramos un poco de agua.

—¡Bastardos, bastardos! —gritó ella. Teyeo se levantó y paseó por la habitación, tres pasos y vuelta, tres pasos y vuelta, y se detuvo en su lado. —Si estás en lo cierto —dijo, hablando lentamente y con formalidad—, nosotros y nuestros captores corremos peligro, no sólo por parte de Gatay, sino también de mi propia gente, que quizá… quizá ha fomentado esas facciones antigubernamentales para conseguir una excusa para traer tropas aquí para pacificar Gatay. Por eso sabían dónde encontrarlos. Tenemos… hemos tenido suerte de que nuestro grupo fuese genuino.

Ella lo miraba con una ternura que él encontraba irrelevante.

—Lo que no sabemos —continuó él— es por quién tomará partido el Ecumen. En verdad hay un solo bando.

—También es el nuestro. Los desvalidos. Sí la Embajada ve a Voe Deo haciéndose con el poder en Gatay, no interferirá, pero tampoco lo aprobará. Sobre todo si implica tanta represión como parece.

—La violencia sólo se emplea contra las facciones anti-Ecumen.

—Seguirán sin aprobarlo. Y si descubren que estoy viva, estarán muy furiosos con los que dijeron que yo la había diñado en una hoguera. Nuestro problema es cómo enviarles un mensaje. Yo era la única persona que representaba al Ecumen en Gatay. ¿Quién podría ser un contacto seguro?

—Cualquiera de mis hombres. Pero…

—Los habrán enviado de vuelta; ¿para qué mantener Guardias de la Embajada si el Enviado está muerto y enterrado? Supongo que podríamos intentarlo. Pídeles a los chicos que lo intenten. —Al cabo de un rato, añadió pensativa—: No creo que nos dejen salir disfrazados, ¿verdad? Sería lo más seguro para ellos.

—Hay un océano de por medio —dijo Teyeo.

Ella se golpeó la cabeza. —Oh, ¿por qué no les traen un poco de agua? —Su voz parecía papel deslizándose sobre papel. Él estaba avergonzado por su ira, por haberse sentido agraviado, se avergonzaba de sí mismo. Quería decirle que también ella había sido su sostén y su esperanza, que la honraba, que era mucho más valiente de lo que él nunca hubiese esperado; pero no pudo decir una palabra de todo esto. Se sentía vacío, se sentía viejo y cansado. ¡Si les trajeran un poco de agua!

Les trajeron agua al fin, y alguna comida, no mucha y no fresca. Era evidente que sus captores estaban escondidos y asediados. El portavoz —les dio su nombre de guerra, Kergat, Libertad en gatayano— les dijo que habían desalojado barrios enteros y los habían incendiado, que las tropas voe deanas habían tomado el control de casi toda la ciudad, incluyendo el Palacio, y que casi nada de todo esto aparecía en los informes de las noticias. —Cuando esto termine Voe Deo será dueño de mi país —dijo con una furia incrédula.

—No por mucho tiempo —dijo Teyeo—. ¿Quién puede derrotarlos? —le preguntó el joven Kergat.

—Yeowe. El ideal de Yeowe. Kergat y Solly lo miraron. —La revolución —continuó—. ¿Cuánto pasará antes de que Werel se convierta en el nuevo Yeowe?

—¿Los activos? —dijo Kergat al fin, como si Teyeo hubiese sugerido una revuelta de vacas o de moscas—. Nunca se organizarán.

—Tengan cuidado cuando lo hagan —dijo Teyeo con suavidad.

—¿No tienen ningún activo en el grupo? —preguntó Solly a Kergat, sorprendida. Él no se molestó en contestarle. Teyeo comprendió que la había clasificado como a una activa. Entendía por qué: él mismo lo había hecho en la otra vida, cuando esas distinciones tenían sentido.

—La sierva de usted, Rewe —le preguntó a Solly—, ¿era una amiga?

—Sí —contestó Solly, y luego añadió—: No, yo quería que lo fuese. —¿El makil?

—Creo que sí-contestó ella tras una pausa.

—¿Todavía está aquí?

Ella negó con la cabeza. —La compañía iba a continuar con la gira unos días después de la Festividad.

—Los viajes están restringidos desde la Festividad —dijo Kergat—. Sólo el gobierno y las tropas.

—Él es voe deano. Sí todavía está aquí, probablemente los enviarán a él y a su compañía de vuelta a casa. Trate de contactar con él, Kergat.

—¿Con un makil? —dijo el joven, con la misma aversión e incredulidad—. ¿Uno de los payasos homosexuales voe deanos de ustedes?

Teyeo le echó una mirada a Solly: paciencia, paciencia.

—Actores bisexuales —dijo Solly haciendo caso omiso de la mirada; por fortuna Kergat estaba determinado a ignorarla.

—Un hombre inteligente —dijo Teyeo—, con contactos. Él podría ayudarnos. A nosotros y a ustedes. Valdría la pena intentarlo, si todavía está aquí. Debemos darnos prisa.

—¿Por qué habría de ayudarnos? Él es voe deano.

—Un activo, no un ciudadano —dijo Teyeo—. Y un miembro del Hame, el movimiento clandestino de los activos, que trabaja contra el gobierno de Voe Deo. El Ecumen admite la legitimidad del Hame. Él informará a la Embajada de que un grupo de Patriotas rescató a la Enviada y la mantiene oculta y a salvo en extremo peligro. El Ecumen, creo, actuará con prontitud y decisión. ¿Correcto, Enviada?

Rehabilitada de nuevo a su posición, Solly asintió con una breve y digna

inclinación. —Pero con discreción —dijo—. Evitarán la violencia, si pueden utilizar la coerción política.

Kergat trataba de meterse toda aquella información en la cabeza y procesarla. Comprensivo con la fatiga, la desconfianza y la confusión del nombre, Teyeo esperó sentado y en silencio. Había notado que Solly actuaba de la misma manera; estaba sentada, en silencio, una mano apoyada ligeramente sobre la otra. Estaba delgada y mugrienta y llevaba el pelo grasiento recogido en una trenza fina. Era valiente, como una yegua brava, toda nervio. Se rompería el corazón antes que rendirse.

Kergat hizo preguntas; Teyeo las contestó, razonando y tranquilizando. De vez en cuando Solly hablaba, y ahora Kergat la escuchaba, incómodo, poco deseoso de hacerlo, no después de lo que la había llamado. Al fin se marchó sin decirles lo que pensaba hacer; pero llevaba consigo el nombre de Batikam y un mensaje de identificación de Teyeo para la Embajada: «Los veot a media paga aprenden las viejas canciones deprisa».

—¡Qué demonios! —exclamó Solly cuando Kergat hubo salido.

—¿Conocías a un hombre de la Embajada llamado Música Antigua?

—¡Ah! ¿Es amigo tuyo? —Fue amable.

—Ha estado aquí en Werel desde el principio. Un Primer Observador. Un hombre bastante poderoso. Sí, y «deprisa», muy apropiado. Mi cabeza no funciona muy bien. Ojalá pudiera tumbarme junto a un riachuelo, en un prado, y beber. Todo el día. Cada vez que me apeteciera, alargar el cuello y glub, glub, glub… Agua corriente… La luz del sol… Oh, Dios, Dios, el sol. Teyeo, esto es tan difícil. Es más difícil que nunca. Pensar que tal vez sea posible salir de aquí. Y no saberlo con seguridad. Tratar de no tener demasiadas esperanzas y de no perder la esperanza. ¡Estoy tan harta de estar aquí sentada! —¿Qué hora es?

—Las veinte y media. De noche. Está oscuro afuera. ¡Dios, oscuridad! Estar a oscuras… ¿Hay alguna manera de cubrir esa maldita biolume, aunque sea en parte? ¿Solo para simular que tenemos noche, para que simulemos tener día?

—Si te subieses a mis hombros, podrías alcanzarla. ¿Pero cómo podríamos sujetar el pedazo de tela?

Miraron la placa y consideraron el asunto.

—No lo sé. De todas formas, ¿no te has dado cuenta de que parece como si se estuviera muriendo? Quizá ya no tengamos que preocuparnos por conseguir un poco de oscuridad. Si nos quedamos el tiempo suficiente. ¡Oh, Dios!

—Bien —dijo Teyeo poco después, curiosamente consciente de sí mismo—, estoy cansado. —Se levantó, se estiró, pidió permiso para entrar en el territorio de ella con una mirada, Debió un sorbo de agua, volvió a su territorio, se quitó la chaqueta y los zapatos (para entonces ella ya le había dado la espalda), se quitó los pantalones, se tendió en la cama, se cubrió con la manta y dijo para sí «Señor Kamye, permíteme aferrar me a lo que es noble». Pero no durmió.

Él escuchó los ligeros movimientos de Solly: orinó, tomó unos sorbos de agua, se quitó las sandalias, y se acostó.

Pasó un tiempo.

—Teyeo.

—Sí.

—¿Crees que… crees que sería un error… en estas circunstancias… que hiciéramos el amor?

Una pausa.

—No por las circunstancias —dijo él, casi inaudiblemente—. Pero, en la otra vida.

Una pausa.

—Vida corta versus vida larga —musitó ella.

—Sí.

Una pausa.

—No —dijo él, y se volvió hacia ella—. No, eso no es cierto. —Tendieron los brazos y se abrazaron, se unieron en ciega urgencia, ávidos, necesitados, gritando el nombre de Dios en sus diferentes lenguas y más tarde como animales, sin palabras. Se acurrucaron uno contra otro, exhaustos, pegajosos, sudorosos, renovados, reencontrados, renacidos en la ternura del cuerpo, en la eterna exploración, el ancestral descubrimiento, el prolongado vuelo a un mundo nuevo.

Teyeo se despertó despacio, cómodo y con una sensación placentera. Estaban entrelazados, tenía la cara contra el brazo y el pecho de ella; Solly le acariciaba el pelo, y a veces el cuello y el hombro. Teyeo yació largo tiempo consciente sólo de ese lento ritmo y de la frescura de la piel de ella contra su cara, bajo su mano, pegada a su pierna.

—Ahora sé —dijo Solly, y él escuchó su medio susurro en el pecho de ella, muy cerca del oído— que no te conozco. Ahora necesito conocerte. —Se inclinó para acariciar la cara de Teyeo con los labios y la mejilla.

—¿Qué quieres saber? —Todo. Dime quién es Teyeo… —No lo sé —dijo él—. Un hombre que te abraza con ternura.

—Oh, Dios —dijo ella, ocultando la cara por un momento en la manta áspera y maloliente.

—¿Quién es Dios? —preguntó él con voz soñolienta. Hablaban en voe deano, pero ella solía jurar en terrano o alterrano; esta vez había sido alterrano, Seyt, de modo que él preguntó—: ¿Quién es Seyt?

—Oh, vuestros Tual o Kamye. Yo sólo digo el nombre, es como decir una palabrota. ¿Tú crees en ellos? ¡Oh, Teyeo, me siento como una palurda contigo! Como si me entrometiera en tu alma, como sí te invadiera. Somos invasores, por muy pacifistas y pedantes que seamos…

—¿Tengo que amar, entonces, a todo el Ecumen? —preguntó él, empezando a acariciarle los pechos, sintiendo el temblor de deseo de la mujer y su propio deseo.

—Sí —dijo ella—, sí, sí.

Era curioso, pensó Teyeo, cómo un poco de sexo cambiaba las cosas por completo. La situación era la misma, y sin embargo todo era un poco más fácil, había menos vergüenza e inhibiciones; y cuando tenían suficiente comida y agua para tener suficiente vitalidad para hacer el amor, era una fuente cierta y encantadora de placer para ellos. Y no obstante, la única cosa que en verdad era diferente era algo para lo que él no tenía palabras. Sexo, consuelo, ternura, amor, confianza, ninguna palabra era la adecuada, la palabra que lo definía por completo. Era algo completamente íntimo, oculto en la mutualidad de sus cuerpos, y no cambiaba sus circunstancias, nada en el mundo, ni siquiera el reducido y miserable mundo de su prisión. Todavía estaban atrapados. Estaban cansados y hambrientos casi todo el tiempo. Tenían cada vez más miedo de sus cada vez más desesperados captores.

—Seré una dama —dijo Solly—, una buena chica. Dime cómo he de hacerlo, Teyeo.

—No quiero que te rindas —dijo él con lágrimas en los ojos, con tanta ferocidad que ella fue a él y lo abrazó.

—Aguanta firme —dijo Teyeo.

—Lo haré —dijo ella. Pero cuando Kergat o los otros entraban ella se mostraba tranquila y modesta, dejaba que hablaran los hombres y mantenía baja la mirada. Él no podía soportar verla así, pero sabía que hacía bien en actuar de aquel modo.

La cerradura resonó y la puerta se abrió con estrépito y lo sacó de un sueño espantoso y sediento. Era de noche o muy de mañana. Solly y él habían dormido abrazados para conseguir calor y consuelo, y al ver la cara de Kergat, Teyeo sintió un profundo temor. Eso era lo que él había temido, poner en evidencia, probar la vulnerabilidad sexual de Solly. Ella sólo estaba despierta a medias y se aferraba a él.

Otro hombre había entrado. Kergat no dijo nada. Teyeo tardó algún tiempo en identificar al segundo hombre como Batikam.

Cuando lo consiguió, su mente continuó en blanco. Se las arregló para decir el nombre del makil. Nada más.

—¿Batikam? —graznó Solly—. ¡Oh, Dios mío! —Este es un momento interesante —dijo Batikam con su suave voz de actor. Teyeo vio que no iba travestido, sino que llevaba ropas masculinas gatayanas—. Mi intención era rescatarlos, no avergonzarlos, Enviada, Rega. ¿Vamos allá?

Teyeo se había levantado trabajosamente y se estaba poniendo los mugrientos pantalones. Solly había dormido con los pantalones andrajosos que sus captores le habían dado. Los dos llevaban las camisas a causa del frío.

—¿Te pusiste en contacto con la Embajada, Batikam? —preguntaba en aquel momento ella, la voz trémula, mientras se ponía las sandalias.

—Oh, sí. Estuve allí y he regresado, en verdad. Siento haber tardado tanto. Creo que no me di cuenta de cuál era la situación real de ustedes aquí.

—Kergat ha hecho todo lo que ha podido por nosotros —dijo al momento Teyeo con ceremonia.

—Ya lo veo. Corriendo un riesgo considerable. Creo que el riesgo a partir de ahora será menor. Esto es… —Miró a Teyeo directamente—. Rega, ¿qué le parece ponerse en manos del Hame? —dijo—. ¿Algún problema?

Teyeo se anudó el zapato, se enderezó, y dijo: —Todos estamos en las manos del Señor Kamye.

Batikam rió, la hermosa risa plena que ellos recordaban.

—En las manos del Señor, entonces —dijo, y los guió fuera de la habitación.

En el Arkamye se dice «Vivir de manera sencilla es lo más complicado».

Solly solicitó permanecer en Werel, y luego de un permiso en la costa para restablecerse, fue enviada como Observadora a Voe Deo Sur. Teyeo volvió directamente a su casa, después de que le comunicaran que su padre estaba muy enfermo. Tras la muerte de su padre, pidió un permiso indefinido de la Guardia de la Embajada, y se quedó en la granja con su madre hasta la muerte de ésta dos años más tarde. Solly y él, separados por un continente, sólo se encontraron ocasionalmente durante esos años.

Cuando su madre murió, Teyeo liberó a los activos de su familia por acto de manumisión irrevocable, escrituró las granjas a nombre de ellos, vendió su propiedad, ahora casi sin valor, en subasta, y se fue a la capital. Sabía que Solly estaba por un tiempo en la Embajada. Música Antigua le dijo dónde encontrarla. La encontró en una pequeña oficina del edificio palaciego. Parecía envejecida, muy elegante. Lo muró con una expresión conmovida y sin embargo cautelosa. No se adelantó para recibirlo ni tocarlo.

—Teyeo —dijo—, me han pedido que sea el primer Embajador del Ecumen en Yeowe.

El siguió callado.

—Acaban de comunicármelo por ansible desde Hain.

Ocultó la cara entre las manos.

—Oh, Dios mío —dijo.

—Mis felicitaciones sinceras, Solly.

De pronto ella corrió hacia él, lo abrazó y lloró: —Oh, Teyeo, tu madre murió, yo nunca pensé, lo siento, nunca, yo pensé que tal vez podríamos… ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a quedarte allí?

—Lo vendí todo —dijo él. Estaba soportando más que devolviendo el abrazo—. Pensé que tal vez podría reincorporarme al servicio.

—¿Vendiste tu granja? ¡Nunca tuve ocasión de verla!

—Yo nunca vi el lugar donde naciste —dijo él.

Hubo una pausa. Ella se separó de él, y se miraron.

—¿Vendrías conmigo? —dijo Solly. —Iría —dijo él.

Varios años después de que Yeowe ingresara en el Ecumen, la Móvil Solly Agat Terwa fue enviada como enlace ecuménico a Terra; de allí fue a Hain, donde sirvió con gran distinción como Estable. En todos sus viajes y puestos la acompañaba su marido, un oficial del ejército wereliano, un hombre muy atractivo, tan reservado como ella expansiva. La gente que los conocía sabían de su apasionado orgullo y confianza mutuos. Solly era quizá la persona más feliz, reconocida y realizada en su trabajo; pero Teyeo no tenía reproches. Él había perdido su mundo, sí, pero se había aferrado a lo que era noble.

Un hombre del pueblo

Stse

Estaba sentado con su padre junto al gran tanque de irrigación. Unas alas de color de fuego se elevaban vertiginosamente y se dejaban caer en el aire crepuscular. Unos círculos trémulos se expandían, se entrelazaban y se desvanecían en la quieta superficie del agua.

—¿Por qué el agua se mueve así? —preguntó en voz baja, porque le parecía misterioso, y su padre contestó también en voz baja: —Es donde el araha la roza cuando bebe.

Comprendió así que en el centro de cada círculo había un deseo, una sed. Ya era hora de regresar a casa, y corrió delante de su padre, imitando el vuelo del araha, a la media luz del crepúsculo, hacia las ventanas iluminadas del pueblo en la pendiente.

Su nombre era Mattinyehedarheddyuragamuruskets Havzhiva. La palabra havzhiva significa «guijarro anulado», una piedra pequeña con una inclusión de cuarzo que la recorre y asoma como una orla todo alrededor. Las gentes de Stse son muy particulares en lo referente a piedras y nombres. Los niños de los linajes del Cielo, del Otro Cielo, y de la Interferencia Estática reciben tradicionalmente nombres de piedras o de cualidades varoniles deseables, como el valor, la paciencia y la cortesía. La familia Yehedarhed era tradicional, apegada a la familia y el linaje. «Si conoces a tu pueblo, te conoces a ti», solía decir el padre de Havzhiva, Granito. Hombre bondadoso y tranquilo, asumía su responsabilidad como padre con seriedad, y a menudo hablaba con refranes.

Granito era el hermano de la madre de Havzhiva, por supuesto; un padre es eso. El hombre que había ayudado a su madre a concebirlo vivía en una granja y de vez en cuando pasaba a saludarlos cuando venía al pueblo. La madre de Havzhiva era la Heredera del Sol. Havzhiva envidiaba a veces a su prima Aloe, cuyo padre era sólo seis años mayor que ella y jugaba con la niña como si fuera un hermano mayor. A veces envidiaba a los niños cuyas madres no eran importantes. Su madre siempre estaba ayunando o bailando o viajando, no tenía marido, y raras veces dormía en casa. Era emocionante estar con ella, pero también difícil. El tenía que ser importante cuando estaba con ella. Siempre era un descanso para Havzhiva estar en casa sólo con su padre, su nada exigente abuela y su hermana, la Guardiana de la Danza, y su marido, y cualquier pariente del Otro Cielo de las granjas o de otros pueblos que estuviera de visita.

Sólo había dos familias del Otro Cielo en Stse, y los Yehedarhed eran más hospitalarios que los Doyefarads, de modo que todos los parientes venían y se alojaban con los primeros. Habría sido difícil costearlo si no fuese porque los visitantes traían toda clase de productos de granja y porque Tovo era la Heredera del Sol. Le pagaban espléndidamente por enseñar y por oficiar los rituales y hacerse cargo del protocolo en otros pueblos. Ella entregaba todo lo que ganaba a la familia, que lo gastaba en los parientes y en ceremonias, festividades, celebraciones y funerales.

—La riqueza no puede quedarse quieta —decía Granito a Havzhiva—. Tiene que moverse. Como la circulación de la sangre. Si la retienes, se para… y eso significa un

ataque al corazón. Significa la muerte.

—¿Morirá el viejo Hezhe? —preguntó el muchacho. El viejo Hezhe nunca gastaba nada en rituales o parientes; y Havzhiva era un niño muy observador.

—Sí —respondió el padre—. Su araha va ha muerto.

Araha es alegría, honor, la cualidad particular del propio sexo, masculino o femenino, generosidad, el sabor de la buena comida o del buen vino.

Es también el nombre del mamífero alado de color de fuego y vuelo veloz que Havzhiva solfa ver cuando iban a beber a los estanques de irrigación, diminutas llamas que se precipitaban sobre las aguas ensombrecidas por el crepúsculo.

Stse es casi una isla; la separan del continente ciénagas y marismas donde se reúnen millones de aves zancudas para aparearse y anidar. Las ruinas de un enorme puente son visibles en el lado de tierra, y otras ruinas medio sumergidas son el fundamento del muelle y el rompeolas del pueblo. Vastas obras de épocas pasadas llenan todo Hain y no son ni más ni menos interesantes o venerables para los hainis que el resto del paisaje. Un niño que espera en el muelle viendo zarpar a su madre hacia el continente quizá se pregunte por qué alguien se molestaría en construir un puente cuando había barcos y aviones en los que viajar. Tenía que gustarles mucho caminar, pensó. Yo preferiría navegar en un bote. O volar.

Pero los aviones plateados sobrevolaban Stse y no aterrizaban, iban de un lugar a otro, adonde vivían los historiadores. Muchos barcos entraban y salían del puerto de Stse, pero la gente del linaje de Havzhiva no navegaba en ellos. Vivían en el Pueblo de Stse y hacían las cosas que su gente y su linaje hacían. Aprendían lo que necesitaban aprender, y vivían ese conocimiento.

—Las personas tienen que aprender a ser humanas —decía el padre—. Mira al bebé de Shell. Repite todo el tiempo: «¡Enséñame! ¡Enséñame!». «Enséñame» en la lengua de Stse es «aowa». —A veces el bebé dice «ngaaa» —observó Havzhiva.

Granito asintió. —La niña aún no puede pronunciar bien las palabras humanas —dijo.

Ese invierno Havzhiva pasó mucho tiempo con el bebé enseñándole a decir palabras humanas. La niña era de los Etsahin, su tío segundo, que había venido con su madre y su padre y su esposa a pasar una temporada. La familia miraba a Havzhiva con aprobación mientras él repetía con paciencia «mama» y «gogo» al bebé regordete y plácido, que miraba con ojos muy abiertos. Aunque no tenía hermana y por tanto no podría ser padre, si continuaba estudiando educación con la misma seriedad, probablemente tendría el honor de ser el padre adoptivo de un niño cuya madre no tuviese un hermano.

Havzhiva también estudiaba en la escuela y en el templo; estudiaba baile, y la versión local del fútbol. Era un estudiante aplicado y jugaba bien al fútbol, aunque no tanto como su mejor amiga, una muchacha Cable Enterrado llamada Iyan Iyan (un nombre tradicional para las niñas Cable Enterrado, el nombre de un ave marina). Hasta los doce años, niños y niñas estudiaban juntos y recibían la misma educación. Iyan Iyan era la mejor jugadora de fútbol del equipo infantil. Siempre tenían que cambiarla al otro equipo en la segunda mitad para que el marcador quedara más igualado y todos pudieran volver a casa para comer sin haber ganado o perdido por mucha diferencia. La ventaja de ella se debía en parte al hecho de que había ganado el peso y la estatura muy pronto, pero sobre todo a su habilidad.

—¿Vas a ir a trabajar al templo? —le preguntó a Havzhiva, sentados en el porche del tejado de la casa de Ivan Iyan, esperando a ver qué ocurría en el primer día de la

Manifestación de los Dioses Inusuales, que tenía lugar cada once años. No había sucedido nada inusual aún, y los amplificadores no funcionaban bien, de modo que la música en la plaza sonaba floja y llena de estática. Los dos niños golpeaban los talones contra la pared y conversaban en voz baja.

—No, creo que aprenderé a tejer con mi padre —dijo el chico.

—Qué suerte. ¿Por qué sólo los chicos estúpidos aprenden a usar los telares?

Era una pregunta retórica, y Havzhiva no le prestó atención. Las mujeres no eran tejedoras. Los hombres no hacían ladrillos. La gente del Otro Cielo no manejaba barcos, reparaba aparatos electrónicos. Los Cable Enterrado no castraban animales, mantenían los generadores. Había cosas que uno podía hacer y cosas que uno no podía hacer; uno nacía aquellas cosas para los otros y los otros las hacían para uno. Como se acercaban a la pubertad, Iyan Iyan y Havzhiva teman que elegir una primera profesión. Iyan Iyan ya había elegido empezar como aprendiz en la construcción y el mantenimiento de la casa, aunque el equipo adulto de fútbol con toda seguridad reclamaría buena parte de su tiempo.

Una persona globular, plateada, con patas de araña, avanzaba a grandes saltos por la calle y emitía una lluvia de chispas cada vez que aterrizaba. Seis personas vestidas de rojo con blancas máscaras alargadas corrían tras ella, gritando y arrojándole habichuelas pintas. Havzhiva e Iyan Iyan se unieron al griterío y se asomaron desde el tejado para ver cómo doblaba la esquina dando saltos y desaparecía camino de la plaza. Ambos sabían que ese Dios Inusual era Chert, un hombre joven del linaje del Cielo, portero del equipo adulto de fútbol; también sabían que todo aquello era una manifestación de la deidad. Un dios llamado Zarstsa, o Esfera Luminosa, estaba utilizando a Chert para entrar en el pueblo y participar en la ceremonia, y acababa de recorrer la calle perseguido por gritos de temor y alabanza y lluvias de fertilidad. Divertidos y entretenidos con el espectáculo, los chicos juzgaron con agudeza la calidad de la vestimenta del dios, los saltos y los fuegos de artificio, y se sintieron invadidos por un temor reverente a causa de la extrañeza y el poder del acontecimiento. Después que el dios hubo pasado estuvieron largo tiempo sin decir nada, sentados en la brumosa luz del sol sobre el tejado, llenos de sueños. Eran niños que vivían entre los dioses cotidianos, y ahora habían visto pasar a uno de los dioses inusuales. Estaban contentos. Antes de no mucho, otro dios volvería a pasar por allí. El tiempo no es nada para los dioses.

A los quince años Havzhiva e Iyan Iyan se convirtieron en dioses juntos.

Los habitantes de Stse entre los doce y los quince años eran vigilados estrechamente; causaría un gran pesar y una vergüenza profunda y duradera que un niño de la casa, la familia, el linaje, el pueblo, cambiara de ser antes de tiempo y sin ceremonia. La virginidad era un estado sagrado que no debía abandonarse a la ligera; la actividad sexual era un estado sagrado que no debía iniciarse a la ligera. Se aceptaba que un chico se masturbase o tuviese algunas experiencias homosexuales, aunque no un emparejamiento homosexual; los adolescentes que formaban una pareja y aquellos sospechosos de intentar quedarse a solas con una chica eran sermoneados, intimidados y acosados continuamente por los hombres de mayor edad. Un hombre adulto que hiciera insinuaciones sexuales a una virgen de cualquier sexo podía perder su status profesional, su cargo religioso y sus derechos de familia.

El cambio de ser requería su tiempo. Los muchachos y las muchachas tenían que aprender a reconocer y controlar su fertilidad, que en la fisiología haini es una cuestión de decisión personal. La concepción no se produce, se hace. No puede ocurrir a menos que tanto el hombre como la mujer lo hayan escogido. A los trece años, los chicos empezaban a

aprender la técnica de liberar deliberadamente un esperma muy potente. Las lecciones estaban llenas de advertencias, amenazas y reprimendas, sí bien en realidad nunca se castigaba a los muchachos. Después de uno o dos años se hacían una serie de pruebas para comprobar la potencia alcanzada, un ritual de tránsito, espantoso, formal, extremadamente secreto, exclusivamente masculino. El hecho de pasar las pruebas era, por supuesto, motivo de gran orgullo; y no obstante Havzhiva, como la mayoría de los muchachos, llegó a estos ritos finales del cambio de ser cargado de aprensión, escondiendo el miedo bajo un hosco estoicismo.

Las muchachas recibían una preparación distinta. El pueblo de Stse creía que el ciclo fértil de una mujer le hacía más fácil saber cuándo y cómo concebir, y por eso el aprendizaje era mucho más sencillo. Los rituales de tránsito de las muchachas eran celebraciones, y tenían más de elogio que de vergüenza, despertaban la anticipación más que el miedo. Las mujeres llevaban años explicándoles, con demostraciones, lo que un hombre quería, cómo excitarlo, cómo mostrarle lo que una mujer quería. Durante este período de la formación, la mayoría de las muchachas preguntaban por qué no podían practicar las unas con las otras, y recibían severas reprimendas y sermones. No, no podían. Una vez que cambiaran de estado podrían hacer lo que les placiera, pero todos tenían que pasar a través de «la puerta doble» una vez.

Los ritos del cambio de ser se celebraban en cuanto los tutores de los jóvenes conseguían reunir un número igual de chicos y chicas de quince años del pueblo y sus granjas. A menudo había que tomar prestado un muchacho o una muchacha de alguno de los pueblos emparentados para igualar el número o para emparejar los linajes correctamente. Vestidos y enmascarados con suntuosidad, en silencio, los participantes bailaban y eran honrados durante todo el día en la plaza y en la casa consagrada para la ceremonia. Al caer la tarde tomaban una comida ritual en silencio, y luego unos oficiantes enmascarados y silenciosos los separaban por parejas. Muchos no se quitaban las máscaras y escondían su miedo y su pudor tras ese sagrado anonimato.

Debido a que las gentes del Otro Cielo sólo tenían relaciones sexuales con los Original y los Cable Enterrado y ellos eran los únicos miembros de esos linajes en el grupo, Iyan Iyan y Havzhiva sabían que los emparejarían. Se reconocieron en cuanto empezó el baile. Cuando los dejaron solos en la habitación consagrada, se quitaron las máscaras al mismo tiempo. Los ojos de ambos se encontraron. Apartaron la mirada.

Habían estado separados casi todo el tiempo los pasados dos años, y separados por completo los últimos meses. Havzhiva había dado un estirón y ya era casi tan alto como ella ahora. Los dos vieron a un extraño. Decorosos y serios, se acercaron el uno al otro, ambos pensando «Vamos a ver qué pasa». Se tocaron, y ese dios entró en ellos y se convirtió en ellos; el dios para el que ellos eran el umbral, el significado del que ellos eran la palabra. Fue un dios torpe al principio, sin tacto, pero se fue haciendo cada vez más feliz.

Cuando abandonaron la casa consagrada al día siguiente, ambos fueron a casa de Iyan Iyan. —Havzhiva vivirá aquí —dijo Iyan Iyan, como una mujer tenía derecho a decir. Toda la familia de ella dio la bienvenida a Havzhiva y nadie pareció sorprendido.

Cuando él fue a recoger sus ropas a la casa de su abuela, nadie pareció sorprendido tampoco, todos lo felicitaron, una vieja tía de Etsain hizo algunas bromas embarazosas, y su padre dijo: —Eres un hombre de esta casa ahora; regresa para la cena.

De modo que dormía con Iyan Iyan en la casa de ésta, desayunaba allí, cenaba en su propia casa, guardaba su ropa de diario en la casa de ella y las ropas de baile en la suya, y continuaba con su educación, que ahora se centraba casi exclusivamente en tejer alfombras

en los telares eléctricos y en conocer la esencia del cosmos. Iyan Iyan y él jugaban en el equipo adulto de fútbol.

Havzhiva empezó a ver más a su madre, porque cuando cumplió los diecisiete ella le preguntó si quería aprender las rutinas del Sol con ella, los ritos-y protocolos del comercio, el arreglo de intercambios justos entre los granjeros de Stse y el comercio con otros pueblos de los linajes y con extranjeros. Los rituales se aprendían de memoria, los protocolos, con la práctica. Havzhiva iba con su madre al mercado, a la granjas aisladas y, cruzando la bahía, a los pueblos del continente. Se había empezado a sentir descontento con los telares, que llenaban su mente con dibujos que no dejaban espacio para otras cosas fuera de ellos. Los viajes eran bienvenidos, el trabajo, interesante, y admiraba la autoridad, la inteligencia y el tacto de Tovo. Escucharlos a ella y a un grupo de viejos mercaderes y gente del Sol manejando un acuerdo era la verdadera educación. Ella no lo forzaba a intervenir; Havzhiva jugaba un papel menor en esas negociaciones. El aprendizaje de ocupaciones complicadas como los asuntos relacionados con el Sol llevaba años, y había otros, mayores que él, que llevaban más tiempo aprendiendo. Sin embargo, Tovo estaba orgullosa de él. —Tienes habilidad para persuadir —le dijo a Havzhiva una tarde mientras navegaban de vuelta a casa surcando el agua dorada, viendo los tejados de Stse materializarse entre la bruma y la luz del sol poniente—. Podrías heredar el Sol, si quisieras.

¿Lo quiero?, se preguntó Havzhiva. No hubo más respuesta en él que una sensación de oscuridad y debilidad que no pudo interpretar. El trabajo le gustaba: no tenía normas rígidas, lo llevaba fuera de Stse, entre extranjeros, y a él le gustaba eso. Lo obligaba a hacer algo que no sabía cómo hacer, y eso le gustaba.

—La mujer que vivió con tu padre viene de visita —dijo Tovo.

Havzhiva meditó. Granito no se había casado nunca. Las mujeres que habían dado a luz a los hijos que él había engendrado siempre habían vivido en Stse. No preguntó nada, pues un silencio cortés es la manera adulta de decir que uno no entiende.

—Eran jóvenes. No tuvieron hijos —explicó su madre—. Después, ella se marchó. Se hizo historiadora.

—Ah —dijo Havzhiva con sorpresa y desconcierto.

El nunca había oído de nadie que se hubiera hecho historiador. Nunca se le había ocurrido que una persona podía hacerse historiador, como tampoco podía nadie convertirse en habitante de Stse. Uno nacía como era. Uno era lo que nacía.

El silencio cortés de Havzhiva tenía una intensidad desesperada, y a Tovo no le pasó desapercibido. Uno de sus talentos como profesora era saber cuándo una pregunta debía ser contestada. Calló.

Cuando la vela colgó lacia y el barco se deslizó entrando en el muelle construido sobre los fundamentos del vetusto puente, él preguntó: —¿La historiadora es Original o Cable Enterrado?

—Cable Enterrado —dijo su madre—. ¡Oh, estoy anquilosada! ¡Los barcos son criaturas anquilosadas! —La mujer que los había cruzado, una barquera del linaje Hierba, puso los ojos en blanco pero no dijo nada en defensa de su dulce y flexible barquito.

—¿Va a venir uno de tus parientes? —le preguntó Havzhiva a Iyan Iyan aquella noche.

—Ah, sí, ella lo templó. —Iyan Iyan quería decir que se había recibido un mensaje en el centro de información de Stse que había sido transmitido al grabador de su casa—. Mi madre me ha contado que nace tiempo vivía en tu casa. ¿A quién has visto en Etsahin hoy?

—Sólo a alguna gente del Sol. ¿Tu pariente es historiadora?

—Gente loca —dijo Iyan Iyan con indiferencia, y se sentó desnuda sobre el desnudo Havhziva y le masajeó la espalda.

La historiadora llegó al fin, una mujer menuda de unos cincuenta años llamada Mezha. Cuando Havzhiva la encontró vestía las ropas de Stse y estaba desayunando con los demás. Tenía ojos brillantes y era alegre, aunque no locuaz. Nada en ella indicaba que había roto el contrato social, que había hecho cosas que una mujer no hace, que había ignorado su linaje y se había convertido en otra clase de ser. Por lo que él sabía, estaba casada con él padre de sus hijos y tejía en los telares y castraba animales. Sin embargo nadie la evitaba, y después del desayuno los ancianos del pueblo se la llevaron para celebrar la ceremonia del viajero que regresa, como si todavía fuera uno de ellos.

Havzhiva pensaba en la mujer y se preguntaba qué había hecho. Anduvo interrogando a Iyan Iyan sobre ella hasta que ésta estalló: —No sé lo que hace, no sé lo que piensa. Los historiadores están locos. ¡Pregúntale tu!

Cuando Havzhiva se dio cuenta de que tenía miedo de hacerlo, sin motivo aparente, comprendió que se hallaba en presencia de un dios que requeriría algo de él. Subió a uno de los sitiales, túmulos de piedra levantados en las alturas que dominaban el pueblo. A sus pies, bajo los acantilados, se acurrucaban los techos de tejas negras y las paredes blancas de Stse, y los tanques de irrigación que brillaban como la plata entre campos y huertos. Más allá de la tierra labrada se extendían las inmensas marismas. Estuvo allí sentado el día entero, en silencio, mirando el mar y escrutando su alma. Regresó a su propia casa y durmió allí. Cuando se presentó en casa de Iyan Iyan para el desayuno, ella lo miró y no dijo nada.

—Estaba ayunando —dijo él.

Ella se encogió de hombros. —Pues entonces come —dijo, y se sentó junto a él. Después del desayuno se fue a trabajar. Havzhiva no, a pesar de que lo esperaban en los telares.

—Madre de Todos los Niños —le dijo a la historiadora, dándole el título más respetuoso que un hombre de un linaje puede dar a una mujer de otro—, hay cosas que no sé y tu sabes.

—Lo que sé lo compartiré contigo de buen grado —dijo ella, con la fórmula tan a punto como si hubiese vivido allí toda la vida. Entonces sonrió y se anticipó a la siguiente pregunta ritual de Havzhiva—. Aquello que me ha sido dado yo lo doy también —dijo, lo que significaba que no era cuestión de pago ni obligación—. Ven, vayamos a la plaza.

Todo el mundo en Stse va a la plaza para hablar, y se sienta en las escaleras o en la fuente o, en los días calurosos, bajo los soportales, y mira cómo otros van y vienen y se sientan y hablan. Era quizá un poco más público de lo que Havzhiva hubiese querido, pero obedeció a su dios y a su maestra.

Se sentaron en un hueco de la amplia base de la fuente y conversaron, saludando a los que pasaban, a cada frase o dos, con una inclinación de cabeza o una palabra.

—¿Por qué…? —empezó a preguntar Havzhiva, y se detuvo.

—¿Por qué me marché? ¿Adonde fui? —Ella ladeó la cabeza, los ojos brillantes como los de araba, para comprobar que aquéllas eran las preguntas para las que él quería respuesta. —Sí. Bien, yo quería con locura a Granito, pero no teníamos hijos y él deseaba uno… Eres igual que él entonces. Me gusta mirarte… Yo no me sentía feliz. Nada de lo que había aquí me satisfacía. Y sabía hacer todas las cosas que se podían hacer. O eso creía.

Havzhiva Asintió.

—Trabajaba en el templo. Leía los mensajes que se recibían o los que pasaban y me preguntaba de qué hablarían, y pensaba ¡todo eso está sucediendo en el mundo! ¿Por qué tendría que pasar el resto de mí vida aquí? ¿Por qué aprisionar mí mente? Así que empecé a hablar con gente de otros lugares en el templo: quién eres, qué naces, como son las cosas ahí… Ellos me pusieron en contacto con un grupo de historiadores nacidos en los pueblos que buscaban gente como yo, para asegurarse de que no perdían el tiempo ni ofendían a ningún dios.

Este lenguaje era completamente familiar para Havzhiva, que asintió da nuevo, atento.

—Pregunté. Me preguntaron. Los historiadores suelen actuar así. Me enteré de que tenían escuelas y pregunté si yo podría ir a una de ellas. Algunos vinieron aquí y hablaron conmigo y mi familia y la gente del pueblo, para averiguar si habría dificultades en caso de que yo me fuera. Stse es un pueblo conservador. No había habido un historiador de aquí desde hacía cuatrocientos años.

Sonrió; la mujer tenía una sonrisa pronta y contagiosa, pero el joven escuchaba con una seriedad profunda e inalterable. Lo miró con ternura.

—La gente de aquí estaba muy preocupada, pero nadie se enfadó. Así que después de discutirlo me fui con ellos, Volamos a Kathhad, hay una escuela allí, Yo tenía veintidós años y empecé a educarme de nuevo. Cambié de ser. Aprendí a ser historiadora.

—¿Cómo? —preguntó Havshiva tras un largo silencio.

Ella respiró hondo. —Haciendo preguntas difíciles —contestó—. Como haces tu ahora… Y renunciando a todo Jo que sabía… arrojándolo lejos.

—¿Cómo? —volvió a preguntar él, frunciendo el ceño—. ¿Por qué?

—De esta manera. Cuando partí yo sabía que era una mujer Cable Enterrado. Una vez allí tuve que olvidar ese saber. Allí yo no soy una mujer Cable Enterrado, soy una mujer. Puedo tener relaciones sexuales con quien yo elija, puedo dedicarme a la profesión que prefiera. El linaje importa aquí, pero no allí. Tiene significado aquí, y una utilidad. Pero no tiene significado ni utilidad en ningún otro lugar del universo. —Ella estaba tan encendida como él ahora—. Hay dos clases de saber, local y universal. Hay dos clases de tiempo, local e histórico. —¿Existen dos clases de dioses? —No —dijo ella—. No hay dioses allá. Los dioses están aquí.

La mujer observó cómo cambiaba la expresión de Havzhiva.

Un rato después ella continuó: —Allá hay almas. Muchas, muchas almas, mentes, mentes llenas de saber y pasión. Vivas y muertas. Gentes que vivieron en esta tierra hace cien, mil, diez mil años. Mentes y almas de gentes de mundos a cien años luz de éste, todos ellos con su propio saber, su propia historia. El mundo es sagrado, Havzhiva. El cosmos es sagrado. Ese es un saber que no tengo que olvidar jamás. Todo lo que he aprendido, aquí y allí, sólo lo amplía. No hay nada que no sea sagrado. —Hablaba con voz lenta y queda, como muchos hablaban en el pueblo—. Puedes elegir lo que es sagrado localmente o la santidad más amplia. Al fin son la misma cosa. Aunque no en la vida que uno vive, «saber que se puede elegir es tener que elegir: cambiar o permanecer: río o roca.» Los Pueblos son la roca, los historiadores, el río.

—Las rocas forman el lecho del río —dijo él tras un silencio.

Ella rió. Su mirada volvió a posarse en él, apreciativa y afectuosa. —Por eso vine a casa —dijo—. Para descansar.

—Pero tú no… tú ya no eres una mujer de tu linaje.

—Sí, aquí. Todavía. Siempre.

—Pero tú cambiaste de ser. Tú volverás a marcharte.

—Sí —dijo ella con decisión—. No somos una sola clase de ser. Y yo tengo trabajo que hacer allí.

Havzhiva sacudió la cabeza, mis despacio, aunque con igual decisión. —¿De qué sirve trabajar ajeno a los dioses? No tiene sentido para mí, Madre de Todos los Niños. No tengo cabeza para entenderlo.

Ella sonrió. —Pienso que entenderás lo que elijas entender, Hombre de mí Pueblo —dijo, dirigiéndose a él formalmente para hacerle saber que era libre de marcharse cuando quisiera.

Él vaciló y luego se despidió de ella. Fue a trabajar y llenó su cabeza y su mundo con los grandes dibujos repetidos de las alfombras de los telares.

Esa noche compensó a Iyan Iyan con tanto ardor que ella acabó exhausta y un poco sorprendida. El dios había vuelto a ellos ardiente, devorador.

—Quiero un hijo —dijo Havzhiva mientras yacían fundidos, sudorosos, brazos y piernas y pechos y alientos mezclados todos en la oscuridad almizclada.

Iyan Iyan suspiró, poco dispuesta a hablar, decidir, resistir. —Quizá… Más adelante… Pronto…

—Ahora —dijo él—, ahora.

—No —murmuró ella—. Calla.

Él guardó silencio. Ella dormía.

Más de un año después, cuando tenían diecinueve años, Iyan Iyan le dijo antes de que apagase la luz: —Quiero un hijo.

—Es demasiado pronto.

—¿Por qué? Mí hermano tiene casi treinta años. Y a su esposa le gustará tener un niño en la casa. En cuanto lo destete iré a dormir contigo a tu casa. Siempre dijiste que eso te gustaría.

—Es demasiado pronto —repitió él—. No quiero. Ella se dio vuelta hacia él, abandonando el tono zalamero y razonable. —¿Qué es lo que quieres, Havzhiva? —No lo sé.

—Vas a marcharte. Vas a dejar al Pueblo. Te estás volviendo loco. ¡Esa maldita bruja!

—No existen las brujas —dijo él con frialdad—. Eso son tonterías. Superstición.

Se miraron, los amigos, los amantes.

—Entonces, ¿qué es lo que te pasa? Si quieres volverte a tu casa, dilo. Si quieres a alguna otra mujer, ve con ella. ¡Pero podrías darme a mi hijo primero, ahora que te lo pido! ¿Es que has perdido tu araha? —Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas, feroces, inflexibles.

Havzhiva ocultó el rostro entre las manos. —Nada va bien —dijo—. Nada va bien. Todo lo que hago tengo que hacerlo porque así es como se hace, pero… no tiene sentido… hay maneras distintas…

—Yo sólo conozco una manera de vivir como es debido —dijo Iyan Iyan—. Y vivo de acuerdo con ella. Sólo hay una forma de hacer un bebé. Si tú conoces una nueva, ¡puedes ir y hacerlo con otra! —Después de decir esto se echó a llorar convulsivamente, el miedo y la cólera acumulados durante meses brota-ron al fin, y él la abrazó para calmarla y consolarla. Cuando pudo hablar, ella apoyó la cabeza en él y con voz débil y ronca, desolada, dijo: —Para tenerlo cuando tu te vayas, Havzhiva.

Al oír esto, Havzhiva lloró de vergüenza y compasión y susurró: —Sí, sí. —Pero

esa noche yacieron abrazados, tratando de consolarse, hasta que se durmieron como niños.

—Estoy avergonzado —dijo Granito con dolor.

—¿Fuiste tú quien hizo que esto ocurriese? —preguntó su hermana secamente.

—¿Cómo puedo saberlo? Quizá sí. Primero Mezha, ahora mi hijo. ¿Acaso he sido demasiado severo con él?

—No, no.

—Demasiado tolerante, entonces. No le enseñé bien. ¿Por qué se ha vuelto loco?

—No está loco, hermano. Deja que diga lo que pienso. Cuando era niño siempre preguntaba por qué, por qué, como hacen los niños. Yo respondía: Así es, así se hace. Él entendía. Pero su mente no tenía paz. Mi mente es así también, si me descuido. Cuando aprendía las rutinas del Sol siempre preguntaba ¿por qué así?, ¿por qué de esta manera y no de la otra? Yo contestaba: Porque en las cosas que hacemos a diario y en la manera como las hacemos representamos a los dioses. El decía: Entonces los dioses sólo son lo que nosotros hacemos. Yo decía: Los dioses están en lo que hacemos correctamente: ésa es la verdad. Sin embargo la verdad no lo satisfacía. Él no está loco, hermano, pero está lisiado. No puede caminar. No puede caminar con nosotros. Si un hombre no puede caminar, ¿qué tiene que hacer?

—Quedarse sentado y cantar —respondió Granito.

—¿Y si no puede quedarse sentado? Puede volar.

—¿Volar?

—Ellos tienen alas para él, hermano.

—Estoy avergonzado —dijo Granito, y ocultó el rostro entre las manos.

Tovo fue al templo y envió un mensaje para Mezha a Kathhad: «Tu alumno desea reunirse contigo». Había alguna malicia en las palabras. Tovo culpaba a la historiadora de haber alterado el equilibrio de su hijo, de descentrarlo hasta que, como ella decía, el alma del joven quedó lisiada. Y estaba celosa de Ja mujer que en pocos días había desbaratado las enseñanzas de años, Tovo se sabía celosa y no le importaba. ¿Qué importaban sus celos o la humillación de su hermano? Sólo les quedaba lamentarse.

Mientras el barco para Daha se alejaba, Havzhiva miró atrás y vio Stse, una colcha de mil tonalidades de verde: las marismas, los pastos, campos, setos, huertos; la ciudad gateando por los acantilados que la dominaban, paredes de granito pálido, paredes de estuco blanco, techos de tejas negras, muro sobre muro y tejado sobre tejado. Al aumentar la distancia pareció un pájaro marino posado allí, blanco y negro, un pájaro en el nido. Sobre el pueblo asomaron las cumbres de la isla, páramos grises y colinas altas y agrestes que desaparecían entre las nubes, y blancos ovillos de aves de las marismas en vuelo.

En el puerto de Daha, a pesar de que estaba más lejos de Stse de lo que nunca había estado y de que la gente tenía un acento extraño, se entendió con ellos y leyó las señales. Nunca antes había visto señales, pero su utilidad era evidente. Haciendo uso de ellas, encontró la sala de espera para el avión a Kathhad. La gente dormía en catres proporcionados por el puerto, arrebujados en sus propias mantas. Havzhiva encontró un catre vacío y se tendió envuelto en la manta que Granito había tejido para él años atrás. Después de una noche corta y extraña, entraron unas personas que traían frutas y bebidas calientes. Uno de ellos le dio el billete a Havzhiva. Los pasajeros no se conocían, eran todos extraños, mantenían los ojos bajos. Anunciaron los vuelos y todos salieron y se metieron en el aparato, el avión.

Havzhiva se obligó a mirar el mundo mientras caía bajo sus pies. Susurró el Canto de Permanencia, silencioso, continuo. El extraño de la silla contigua se unió a él.

Cuando el mundo empezó a ladearse y precipitarse hacia él cerró los ojos y trató de seguir respirando.

Salieron del avión uno detrás de otro y bajaron a un espacio oscuro y llano donde estaba lloviendo, Mezha vino a él bajo la lluvia llamándolo por su nombre. —¡Havzhiva, Hombre de mi Pueblo, bienvenido! Vamos. Hay un lugar para ti en la Escuela.

Kathhad y Ve

Después de tres años en Kathhad Havzhiva había aprendido muchas cosas que lo angustiaban. El viejo saber era difícil, pero no angustioso. Era todo paradoja, y mito, y tenía sentido. El nuevo saber era todo hechos y razón, y no tenía sentido.

Por ejemplo, sabía ahora que los historiadores no estudiaban historia. No había mente humana capaz de abarcar la historia de Hain: tres millones de años de historia. Los sucesos de los dos primeros millones de años, las Eras Antiguas, como las capas de una roca metamórfica, estaban tan comprimidos, tan deformados por el peso de los milenios siguientes y sus infinitos sucesos que uno sólo podía reconstruir las generalidades más superficiales a partir de los escasos vestigios que quedaban. Y si uno tenía la oportunidad de encontrar un documento con diez mil años de antigüedad milagrosamente conservado, ¿qué sucedía entonces? Un rey gobernaba en Azbahan; el Imperio cayó en manos de los Infieles; un cohete de fusión había aterrizado en Ve… Pero había habido incontables reyes, imperios, invenciones, mil millones de vidas vividas en millones de países, monarquías, democracias, oligarquías, anarquías, edades de caos y edades de orden, panteón sobre panteón de dioses, infinitas guerras y períodos de paz, continuos descubrimientos y olvidos, innumerables horrores y triunfos, una repetición infinita de novedades continuas. ¿De qué sirve tratar de describir el curso de un río en un momento determinado y después en el siguiente, y luego el siguiente, y el siguiente? Uno se cansa. Uno dice: Hay un gran río que fluye a través de esta tierra, y lo hemos llamado Historia.

Para Havzhiva saber que su vida, cualquier vida, no era más que un parpadeo de luz momentáneo sobre la superficie de ese río era a veces angustioso, a veces tranquilizador.

La dedicación principal de los historiadores era explorar, de una manera pausada y tolerante, el tramo y momento local del río. Hain había vivido durante varios miles de años en un período sin interés marcado por la coexistencia de pequeñas sociedades autónomas y estables, llamadas actualmente pueblos, con una tecnología avanzada y una red poco densa de ciudades y centros de comunicaciones, llamados templos. Muchas de las personas de los templos, los historiadores, se pasaban la vida viajando y reuniendo información sobre los otros planetas habitados del cercano Brazo de Orión, colonizado por sus antepasados dos millones de años antes, durante las Eras Antiguas. No admitían para estos contactos y exploraciones otro motivo que la curiosidad y un sentimiento de compañerismo. Estaban poniéndose en contacto con parientes perdidos hacía largo tiempo. Ellos nombraban a esta gran red de mundos con una palabra alienígena, Ecumen, que significa «el hogar».

Ahora Havzhiva sabía que todo lo que había aprendido en Stse, todos los conocimientos que había tenido, podía ser etiquetado: cultura pueblo típica de la costa noroccidental del Continente sur. Sabía que las creencias, costumbres, sistemas de parentesco, tecnologías y pautas de pensamiento de los diferentes pueblos eran muy distintas entre sí, extremadamente distintas, totalmente estrafalarias —tan estrafalarias como las de Stse—, y sabía que tales sistemas podían encontrarse en cualquier Mundo

Conocido que tuviese una población humana distribuida en grupos pequeños y estables con una tecnología adaptada al medio, una tasa de natalidad baja y constante y una vida política basada en el consenso.

Al principio saber eso lo había perturbado profundamente: le causaba dolor, vergüenza y rabia. Primero pensó que los historiadores no compartían sus conocimientos con los pueblos, luego que los pueblos evitaban que su población participara de ese saber. El acusó; sus maestros negaron. No, dijeron. Te enseñaron que ciertas cosas eran verdaderas, o necesarias, y esas cosas son verdaderas y necesarias, son el saber local de Stse.

¡Ésas son creencias infantiles e irracionales!, dijo él. Ellos lo miraron, y él comprendió que había dicho algo infantil e irracional.

El saber local no es un saber parcial, dijeron. Existen diferentes formas de saber, cada una con sus propias cualidades, castigos y premios. El saber histórico y el saber científico son una forma de conocimiento que, igual que el saber local, hay que aprender. La forma de saber del Hogar no se enseña en los pueblos, pero nadie te la ocultaba, ni tu gente ni nosotros. Cualquiera en cualquier lugar de Hain tiene acceso a toda la información en el templo.

Eso era cierto, él sabía que era cierto. Podía haber averiguado por sí mismo, en las pantallas del templo de Stse, todo lo que estaba aprendiendo ahora. Algunos de sus compañeros de estudios que venían de otros pueblos habían aprendido por sí mismos a través de las pantallas, y habían abrazado la historia sin haber conocido jamás a un historiador.

De todos modos, los libros, que eran el cuerpo de la historia, la realidad imperecedera de ella, apenas existían en Stse, y la cólera de Havzhiva buscó allí justificación. ¡Ustedes se guardan los libros, todos los libros, en la biblioteca de Hain! No, decían ellos con mansedumbre. Los pueblos eligen no tener muchos libros. Prefieren el saber vivo, transmitido oralmente o a través de las pantallas, el saber que pasa de aliento a aliento, de una mente viva a otra. ¿Renunciarás a lo que aprendiste de ese modo? ¿Acaso vale menos o es inferior a lo que has aprendido aquí de los libros? Hay más de una forma de saber, decían los historiadores.

Para el tercer año, Havzhiva había decidido que había más de una clase de personas. Los pueblanos, que aceptaban que la existencia es en esencia arbitraría y enriquecían el mundo intelectual y espiritualmente. Aquellos que no se sentían satisfechos con el misterio era probable que fuesen útiles como historiadores, y que enriquecieran el mundo intelectual y materialmente.

Mientras tanto, se había acostumbrado a la gente que no tema linaje, familia, ni religión. A veces se decía a sí mismo con satisfacción: ¡Soy un ciudadano de la historia, de los millones de años de la historia haini, y mi nación es toda la galaxia! Otras veces se sentía diminuto y miserable, y dejaba los libros y las pantallas e iba en busca de la compañía de sus compañeros de estudios, sobre todo las mujeres jóvenes, que eran tan amistosas, tan sociables.

A los veinticuatro años, Havzhiva, o Zhiv, como lo llamaban ahora, llevaba ya un año en las Escuelas Ecuménicas de Ve.

Ve, el planeta que seguía a Hain, había sido colonizado hacía eones, el primer paso de la vasta expansión haini de las Eras Antiguas. Durante muchas fases funcionó como satélite asociado de las civilizaciones hainis; en ese momento lo habitaban exclusivamente historiadores y alienígenas.

Según su política actual (esto es, la mantenida al menos durante los últimos cien mil años) de no desnaturalizar, los hainis han dejado que Ve recupere el frío, la sequedad y la desolación que le son propios: un clima dentro del umbral de tolerancia humana, pero que con seguridad sólo complace a quienes proceden del Altiplano terrano o de las tierras altas de Chiffevar. Zhiv estaba recorriendo a pie este austero paisaje con su compañera, amiga y amante Tiu.

Se habían conocido dos años atrás, en Kathhad. En ese entonces Zhiv aún disfrutaba de tener acceso a todas las mujeres y de que todas las mujeres tuviesen acceso a él, una libertad que había descubierto de forma muy gradual y sobre la que Mezha le había advertido amablemente. «Llegarás a pensar que no hay reglas —dijo ella—. Pero siempre hay reglas.» El había tenido conciencia sobre todo de su cada vez más audaz y despreocupada transgresión de lo que habían sido las reglas. No todas las mujeres querían sexo, y no todas las mujeres querían sexo con los hombres, como muy pronto descubrió, pero a pesar de eso seguía habiendo infinitas posibilidades. Descubrió que lo consideraban atractivo. Y ser haini era una ventaja definitiva con las mujeres alienígenas.

La alteración genética que permitía que los hainis controlaran su fertilidad no era un simple empalme de genes, implicaba una profunda y radical reconstrucción de la fisiología humana, y probablemente había tardado unas veinticinco generaciones en fijarse —eso dicen los historiadores de Hain, que creen conocer, en términos generales, los estadios que esa transformación debió de seguir—. Fuera cómo fuese que lo consiguieron los antiguos hainis, no lo compartieron con sus colonos. Dejaron que las poblaciones de sus mundos colonia se las ingeniaran para resolver por sí mismas el Primer Problema Heterosexual. Estas soluciones habían sido diversas e ingeniosas; pero en todos los casos, hasta el momento, para evitar la concepción uno tenía que hacer algo o que le hicieran algo, o tomar alguna cosa o usar alguna, cosa… a menos que uno tuviese relaciones sexuales con un haini.

Zhiv se sintió ultrajado cuando una chica de Beldene le preguntó si estaba seguro de que no la dejaría embarazada.

«¿Cómo puedes saberlo?», dijo ella. «Quizá sería mejor que tomara una pastilla para estar más segura.» Insultado en lo más vivo de su hombría, Zhiv se deshizo del abrazo, dijo «Quizá lo más seguro es que no estés conmigo» y se marchó. Por fortuna, nadie más volvió a cuestionar su integridad, y él continuó felizmente por ese camino hasta que conoció a Tiu.

Ella no era una alienígena. Zhiv había buscado mujeres de otros mundos, porque dormir con alienígenas añadía exotismo a la transgresión, o, según él, era un enriquecimiento del saber que todo historiador debía buscar. Sin embargo, Tiu era haini. Había nacido y crecido en Darranda, como sus antepasados antes que ella. Era una niña de los Historiadores como él era un niño del Pueblo. El descubrió muy pronto que ese vínculo y esa división eran mucho más que simplemente sentirse extranjero, que la oposición entre ellos era verdadera diferencia, y que su semejanza era verdadera afinidad. Ella era la nación en busca de la cual él había abandonado su propia nación. Ella era lo que él buscaba ser. Ella era lo que él buscaba.

Lo que Tiu tenía —así le parecía a él— era un equilibrio perfecto. Cuando estaba con ella sentía que por primera vez en su vida estaba aprendiendo a andar. A andar como ella lo hacía: sin esfuerzo, sin tener conciencia de sí misma, como un animal, y sin embargo consciente, cautelosa, conocedora de todo aquello que podía desequilibrarla y utilizándolo como el funambulista utiliza su larga percha… Ésta, pensaba él, ésta es una habitante en

verdad libre de pensamiento, ésta es una mujer libre para ser completamente humana, con esa moderación y esa gracia perfectas.

Havzhiva era absolutamente feliz cuando estaba con ella. Durante mucho tiempo él no pidió más que eso, estar con ella. Y durante mucho tiempo ella se mostró recelosa de él, amable pero distante. Él pensaba que ella tenía todo el derecho a mantener las distancias. Un chico del pueblo, un hombre que no podía decir quién era su padre o su tío… él sabía lo que era, allí, a los ojos de los malévolos y los inestables. A pesar de su vasto conocimiento sobre las distintas formas de la existencia humana, los historiadores conservaban la vasta capacidad humana para la intolerancia. Tiu no tenía esos prejuicios, ¿pero qué podía ofrecerle él? Ella lo tenía y lo era todo. Ella estaba completa. ¿Por qué habría de fijarse en él? Si ella sólo le permitía mirarla, estar con ella, él se conformaría con eso.

Ella lo miraba, Zhiv le gustaba, la atraía y la asustaba a la vez. Veía también cuánto la deseaba él, cuánto la necesitaba, de qué manera la había con—, vertido en el centro de su vida sin saberlo siquiera. Eso no podía funcionar. Trató de ser fría, de alejarlo. El obedeció, no suplicó, se mantuvo alejado.

Pero quince días después él fue a ella y le dijo: —Tiu, no puedo vivir sin ti —y sabiendo que él estaba diciendo la verdad, ella contestó—: Entonces vivamos un tiempo juntos. —Pues había echado de menos la pasión que llenaba el aire cuando él estaba presente. Todos los demás parecían tan insípidos, tan equilibrados.

El galanteo les proporcionó un deleite inmediato, inmenso y continuo. Tiu estaba sorprendida de sí misma, de su obsesión por Zhiv, por dejar que él la arrastrara tan lejos de su órbita. Nunca había esperado adorar a nadie, y mucho menos que la adoraran a ella. Había llevado una vida ordenada, en la que los controles eran individuales e internos, no sociales y externos como había sido la vida de Zhiv en Stse. Tiu sabía lo que quería ser y hacer. Se había marcado una dirección, un norte, que seguiría siempre. El primer año que pasaron juntos fue una serie de continuas variaciones y cambios en la relación, una especie de excitante danza amorosa, impredecible y extática. De una forma muy gradual, ella empezó a resistir la tensión, te intensidad, el éxtasis. Era delicioso, pero no estaba bien, pensaba. Ella quería seguir adelante. Esa dirección constante empezó a alejaría de él de nuevo; y entonces él luchó desesperadamente contra ella.

Eso era lo que estaba haciendo después de un largo día recorriendo el desierto de Asu Asi en Ve, en el interior de la milagrosamente cálida tienda guedeniana. Un viento seco y gélido gemía entre los acantilados de piedra carmesí que se cernían sobre ellos, acantilados que los eternos vientos habían pulido hasta que brillaron como el nácar y en los que una civilización extinguida había tallado las líneas de una vasta geometría.

Podían haber sido hermano y hermana, sentados en el brillo incandescente de la estufa chabe: el mismo color rojo bronce de la piel, el mismo cabello grueso, liso y negro, la misma constitución ligera y compacta. Los movimientos y la voz decorosos y reposados de Zhiv contrastaban con la respuesta articulada, más rápida, más viva de ella.

Sin embargo Tiu hablaba despacio ahora, casi con ceremoniosidad.

—No me obligues a elegir, Zhiv —decía—. Desde que empecé a estudiar en las Escuelas he querido ir a Terra. Desde antes. Desde que era niña. Toda mi vida. Ahora me ofrecen lo que quiero, lo que me ha costado tanto conseguir. ¿Cómo puedes pedirme que lo rechace? —No te pido eso.

—Pero quieres que lo aplace. Sí lo hago, puedo perder la oportunidad para siempre. Probablemente no. Pero ¿por qué arriesgarse… sólo por un año? ¡Tú puedes seguirme al año siguiente!

Él no dijo nada.

—Si quieres, naturalmente —añadió ella con frialdad. Tiu siempre estaba dispuesta a renunciar a sus derechos sobre él. Quizá nunca había creído del todo en el amor que él sentía por ella. Ella no se creía adorable ni digna de la apasionada lealtad de Zhiv. En realidad la asustaba, se sentía insuficiente, falsa. Su amor propio era puramente intelectual—. Me has convertido en una diosa —le había dicho una vez, y no comprendió cuando él respondió con una seriedad feliz: «Los dos hacemos al dios».

—Lo siento —dijo él—. Es una manera distinta de razonar. Superstición, si quieres. No puedo evitarlo, Tiu. Terra está a ciento cuarenta años de luz de aquí. Si te vas, cuando llegues allí yo estaré muerto.

—¡No lo estarás! ¡Habrás vivido otro año aquí, estarás en camino hacia allá, llegarás un año después que yo!

—Ya lo sé. Incluso en Stse aprendemos eso —dijo él con paciencia—. Pero soy supersticioso. Moriremos el uno para el otro si te vas. Incluso en Kathhad aprendiste eso.

—No, no. Eso no es cierto. ¿Cómo puedes pedirme que renuncie a esta oportunidad por lo qué tú mismo admites que es pura superstición? ¡No seas injusto, Zhiv!

Después de un largo silencio, él asintió.

Ella se sentó, afligida, comprendiendo que había vencido. Había vencido con un golpe bajo.

Tiu lo abrazó, tratando de consolarlo y de consolarse. La asustaba la oscuridad de él, su pena, su muda aceptación de la traición. Pero no era una traición, ella rechazó la palabra al instante. Ella no lo traicionaría. Estaban enamorados. Se amaban. El la seguiría en un año, en dos como mucho. Eran adultos y no tenían por qué aferrarse el uno al otro como niños. Las relaciones adultas se basaban en la libertad y la confianza mutuas. Tiu se dijo todas estas cosas mientras se las decía, a él. Zhiv dijo sí, y la abrazó y la consoló. Esa noche Zhiv yació insomne en el silencio absoluto del desierto, la sangre agolpándosele en los oídos, y pensó: —Ha muerto antes de nacer. Nunca fue concebido.

Continuaron viviendo juntos en el pequeño apartamento que compartían en la Escuela las pocas semanas que le quedaban a Tiu antes de partir. Hicieron el amor con cautela, con gentileza, hablaron de historia, economía y etnología, se mantuvieron activos. Tiu tenía que prepararse para trabajar con el equipo con el que viajaba, estudiando el concepto terrano de jerarquía; Zhiv tenía que escribir un trabajo sobre la generación de energía social en Werel. Trabajaron duro. Los amigos dieron una gran fiesta de despedida para Tiu. Al día siguiente Zhiv la acompañó a Puerto Ve. Ella lo besó y abrazó, diciéndole que se apresurase, que se apresurase y fuese a Terra. Él la vio embarcarse en eí avión que la llevaría a la nave nafal que esperaba en órbita. Volvió al apartamento en el Campus Sur de la Escuela. Allí lo encontró un amigo tres días más tarde, sentado a la mesa de trabajo en un estado extraño: no se movía, hablaba poco y con dificultad y era incapaz de comer o beber. Habiendo nacido en un pueblo, el amigo reconoció ese estado e hizo venir al hechicero (los hainis no los llaman médicos). Después de averiguar que Zhiv era de uno de los pueblos sureños, el hechicero dijo: —¡Havzhiva! ¡El dios no puede morir en tu interior aquí!

Tras un largo silencio el joven habló con una voz queda que no sonó como la suya: —Tengo que volver a casa.

—Eso no es posible ahora —dijo el hechicero—. Pero podemos organizar un Canto de Permanencia mientras encuentro a una persona capaz de hablar al dios.

El hechicero hizo un llamamiento urgente a estudiantes que fuesen expueblanos del Sur. Cuatro respondieron. Pasaron toda la noche sentados con Havzhiva, cantando el Canto

de Permanencia en dos lenguas y cuatro dialectos, hasta que Havzhiva se les unió con un quinto dialecto, musitando las palabras con voz ronca, y al fin se desplomó y durmió treinta horas seguidas.

Se despertó en su propia habitación. Una anciana mantenía una conversación con alguien inexistente junto a él. —Tú no estás aquí —dijo ella—. No, estás equivocado. No puedes morir aquí. No estaría bien, sería un gran error, y lo sabes. Éste es el lugar equivocado. Ésta es la vida equivocada. ¡Lo sabes! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Te has extraviado? ¿Quieres saber el camino a casa? Aquí está. Escucha. —La mujer empezó a cantar con una voz frágil y aguda, una canción casi discordante, casi sin palabras, que le resultó familiar a Havzhiva, como si la hubiese escuchado hacía mucho tiempo. Volvió a dormirse mientras la mujer reanudaba su conversación con alguien inexistente.

Cuando volvió a despertarse ella ya no estaba. Havzhiva nunca supo quién era o de dónde venía la mujer; nunca lo preguntó, pero había hablado y cantado en la lengua de él, en el dialecto de Stse.

Ya no estaba a las puertas de la muerte, pero todavía estaba muy enfermo. El hechicero lo envió al hospital de Tes, el lugar más hermoso de todo Ve, un oasis donde las fuentes termales y las colinas protectoras creaban un clima local templado que permitía que crecieran bosques y flores. Había senderos sinuosos que serpenteaban bajo grandes árboles, lagos de aguas templadas donde uno podía nadar para siempre, pequeños estanques brumosos de donde los pájaros emprendían el vuelo gritando, manantiales amortajados por el vapor, y mil cascadas cuyas voces son el único sonido de la noche. Allí lo enviaron para que se recuperase.

Después de unos veinte días en Tes, Havzhiva empezó a hablar para su anotador, se sentaba al sol ante Ja puerta de su cabaña, en un claro de pastos y helechos, y hablaba en voz baja consigo mismo mediante la pequeña grabadora. —Lo que seleccionas para contar tu historia es menos que nada —dijo, contemplando las ramas de los viejos árboles recortándose oscuras contra el cielo—. Aquello a partir de lo que construíste tu mundo, tu mundo local, inteligible, racional, coherente, es menos que nada. Y así, toda selección es arbitraria. Todo conocimiento es parcial, infinitesimalmente parcial. La razón es una red arrojada a un océano. La verdad que puede atraparse con ella es sólo un fragmento, un vislumbre, un centelleo de la verdad completa. Todo el conocimiento humano es local. Toda vida, toda vida humana, es local y arbitraria, el momentáneo e infinitesimal centelleo de un reflejo de… —La voz de Havzhiva calló; el silencio del claro entre los grandes árboles continuó.

Luego de cuarenta y cinco días, regresó a la Escuela. Tomó otro apartamento. Cambió de campo, dejando las ciencias sociales, el campo de Tiu, por la formación para el servicio ecuménico, muy relacionada intelectualmente aunque encaminada hacia otro tipo de trabajo. El cambio prolongaría su estancia en la Escuela al menos un año, después del cual, si destacaba, podría aspirar a un puesto con el Ecumen. Trabajó duro, y dos años después, a la manera educada de los concilios ecuménicos, le preguntaron si querría ir a Werel. Él aceptó. Sus amigos dieron una gran fiesta de despedida para él.

—Creía que tenías el propósito de ir a Terra —dijo una de sus compañeras menos discretas—. Todo eso de la guerra y la esclavitud y clases y castas y género… ¿no es historia terrana?

—Son hechos actuales en Werel —dijo Havzhiva. Ya no era Zhiv. Había regresado del hospital como Havzhiva.

Alguien le dio un pisotón a la compañera inoportuna, pero ella no se dio por

aludida. —Creí que ibas a seguir a Tiu —dijo—. Pensé que era por eso por lo que no dormías con nadie. ¡Dios, si lo hubiese sabido! —Los otros pusieron mala cara, pero Havzhiva sonrió y la abrazó como si se disculpara.

En la mente de Havzhiva todo estaba muy claro. De la misma manera que él había traicionado y abandonado a Iyan Iyan, Tiu lo había traicionado y abandonado a él. No había vuelta atrás ni tampoco podía continuar adelante. Tenía, entonces, que desviarse. Aunque era uno de ellos, ya no podía vivir con la gente del Pueblo; aunque se había convertido en uno de ellos, no quería vivir con los historiadores. Así pues, sólo podía vivir entre alienígenas.

Había echado a perder cualquier oportunidad de tener un poco de alegría, pensaba él, y por eso, no la esperaba. Pero sabía que las dos largas y profundas disciplinas que habían llenado su vida, fa de los dioses y la de la historia, le habían dado un conocimiento poco corriente que quizá fuese útil en algún lugar; y sabía también que el empleo correcto del saber satisface.

El hechicero fue a visitarlo el día anterior a su partida, le hizo un control de rutina y luego estuvo un rato sentado sin decir nada, Havzhiva se sentó con él. Se había acostumbrado al silencio hacía mucho tiempo, y a veces olvidaba que no era habitual entre los historiadores.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el hechicero. Por el tono meditabundo, parecía ser una pregunta retórica; de todos modos, Havzhiva no contestó.

—Por favor, ponte de pie —dijo el hechicero, y cuando Havzhiva lo hizo, añadió—: Camina un poco. —Él dio unos pasos; el hechicero lo observaba—. Estás un poco desequilibrado —dijo al fin—. ¿Lo sabías?

—Sí.

—Podemos cantar juntos el Canto de Permanencia esta noche si quieres.

—No pasa nada —dijo Havzhiva—. Siempre he estado desequilibrado.

—No hay necesidad de que lo estés —dijo el hechicero—. Por otra parte, quizá sea mejor así, ya que vas a Werel. Bien, pues, adiós por esta vida.

Se abrazaron ceremoniosamente, según la costumbre de los historiadores, sobre todo cuando sabían con absoluta certeza, como ahora, que no volverían a verse nunca más. Havzhiva tuvo que dar y recibir muchos abrazos ceremoniosos ese día. Al día siguiente embarcó en el Terrazas de Darranda y cruzó la oscuridad.

Yeowe

Durante el viaje de ochenta años luz a velocidad nafal, su madre murió, y su padre, e Iyan Iyan, todos los que él había conocido en Stse, todos los que conocía en Kathhad y Ve. Cuando la nave aterrizó, ya llevaban años muertos. El niño que Iyan Iyan había concebido había vivido y envejecido y muerto.

Ese era un conocimiento con el que había vivido desde que viera a Tiu subir a la nave, abandonándolo a la muerte. Por el hechicero, las cuatro personas que habían cantado por él, la anciana, y as cascadas de Tes, él había vivido; pero había vivido sabiendo eso.

Otras cosas habían cambiado además. Cuando Havzhiva partió de Ve, Yeowe, el planeta colonia de Werel, era un mundo de esclavos, un inmenso campo de trabajo. Cuando llegó a Werel, la Guerra de Liberación había terminado, Yeowe había declarado su independencia, y la institución de la esclavitud en el mismo Werel estaba empezando a

desintegrarse.

Havzhiva anhelaba ser testigo de este terrible y magnífico proceso, pero la Embajada lo envió de inmediato a Yeowe. Un haini llamado Sohikelwenyanmurkeres Esdardon Aya le dio un consejo antes de partir. —Si quiere peligro, es peligroso —le dijo—, y si le gusta la esperanza, es esperanzador. Werel está desintegrándose, mientras que Yeowe está tratando de formarse. No sé si tendrán éxito, pero le diré una cosa, Yehedarhed Havzhiva: hay grandes dioses sueltos en esos mundos.

Yeowe se había librado de sus Jefes, Propietarios, las Cuatro Corporaciones que habían explotado las vastas plantaciones de esclavos durante trescientos años; pero aunque los treinta años de la Guerra de Liberación habían pasado, la lucha no había terminado. Los Caciques y señores de la guerra de entre los esclavos que habían subido al poder durante la Liberación ahora luchaban para mantener y extender su poder. Había facciones que habían batallado por la cuestión de si debían expulsar a todos los extranjeros del planeta para siempre o admitir a los alienígenas y unirse al Ecumen. Los aislacionistas habían sido derrotados en referéndum, y ahora había una nueva Embajada Ecuménica en la antigua capital colonial. Havzhiva pasó un tiempo aprendiendo «la lengua y los modales en la mesa», como decían ellos. Entonces, la Embajadora, una inteligente y joven terrana llamada Solly, lo envió al sur, a la región llamada Yotebber, que reclamaba reconocimiento.

La historia es una infamia, pensó Havzhiva mientras el tren recorría el paisaje devastado del planeta.

Los capitalistas werelianos que colonizaron el planeta lo habían explotado, igual que a sus esclavos, con temeridad, sin conciencia, en una prolongada orgía por sacar beneficios. Lleva tiempo echar a perder un mundo, pero puede hacerse. La explotación minera a cielo abierto y el monocultivo habían desfigurado y agostado la tierra. Los ríos estaban contaminados, muertos. Unas inmensas tormentas de polvo ensombrecían el horizonte oriental.

Los Jefes habían dirigido las plantaciones por la fuerza y el miedo. Durante más de un siglo sólo habían traído esclavos masculinos, los explotaban hasta la muerte, e importaban nuevos esclavos frescos cuando era preciso. Las cuadrillas de trabajo en esos cercados exclusivamente masculinos se organizaron en jerarquías tribales. Al fin, cuando el precio de los esclavos y los costos del transporte subieron en Werel, la Corporación empezó a comprar siervas para la Colonia de Yeowe. En los dos siglos siguientes, la población de esclavos creció y se fundaron ciudades de esclavos, «Villas de Activos» y «Pueblos Polvorientos», que se extendieron desde los antiguos cercados de las plantaciones. Havzhiva sabía que el movimiento de Liberación había surgido primero entre las mujeres de los cercados tribales, una rebelión contra la dominación masculina, antes de que se convirtiera en una guerra de todos los esclavos contra sus propietarios.

El lento tren se detenía en todas las ciudades: miles de chozas y cabañas, desnudas, regiones enteras devastadas por los bombardeos o arrasadas por el fuego que aún no habían sido reconstruidas; fábricas, algunas en ruinas, otras en funcionamiento, aunque parecían antiquísimas, desvencijadas, vomitando humo. En cada estación cientos de personas bajaban del tren y cientos subían, como un enjambre, prometían a gritos sobornos a los mozos, trepaban a los techos de los vagones, y eran echados abajo brutalmente por guardias y policías uniformados. En el norte del largo continente, como en Werel, Havzhiva había visto muchas personas de piel negra, de un negro azulado; pero a medida que el tren se internaba en el sur cada vez hubo menos de éstos, y finalmente en Yotebber la gente en los pueblos y en los desolados apartaderos tenía un color mucho más claro que el del propio

Havzhiva, un color polvoriento y azulado. Estos eran los «polvorientos», los descendientes de un centenar de generaciones de esclavos werelianos.

Yotebber había sido uno de los primeros focos de la Liberación. Los Jefes habían tomado represalias con bombas y gas venenoso; hubo miles de muertos. Ciudades enteras fueron quemadas para librarse de los cadáveres insepultos, humanos o animales. En la boca del gran río los cadáveres corrompidos se acumularon hasta formar un dique. Pero todo esto era ya pasado. Yeowe era libre, un nuevo miembro del Ecumen de los Mundos, y Havzhiva, en calidad de Sub-Enviado, iba a ayudar a las gentes de la Región de Yotebber a iniciar su propia nueva historia. O, desde el punto de vista de un haini, a reencontrarse con su historia ancestral.

En la estación de Yotebber fue recibido por una gran muchedumbre que se agitaba y aclamaba y gritaba detrás de unas barricadas controladas por soldados y policías; frente a las barricadas había una delegación de oficiales vestidos con túnicas espléndidas y fajines de rango y con uniformes con adornos variados: hombres grandes, la mayoría de ellos, dignos, figuras públicas. Se pronunciaron discursos de bienvenida, y habían venido reporteros y fotógrafos de la holorred y las noticias casirreales. No era un circo, sin embargo. Los hombres grandes lo tenían todo controlado. Querían que su huésped supiese que era bienvenido, que era popular, que era —como dijo el Cacique en su breve e impresionante discurso— el Enviado del Futuro.

Esa noche, en su lujosa habitación en la mansión de un Propietario convertida en hotel, Havzhiva pensó: Si supiesen que su hombre del futuro creció en un pueblo y que no había visto nunca una televisión casirreal antes de llegar aquí…

Esperaba no decepcionar a ese pueblo. Le habían gustado desde el primer momento en Werel, a pesar de la sociedad monstruosa que tenían. Estaban llenos de vitalidad, y orgullo, y allí en Yeowe, en pos de sueños de justicia. Havzhiva pensaba de la justicia lo que un antiguo terrano dijo a propósito de otro dios: Creo en ella porque es imposible. Durmió bien y se despertó temprano en la mañana cálida y brillante, lleno de esperanza. Decidió salir a dar un paseo para empezar a conocer la ciudad, su ciudad.

El portero —resultaba desconcertante descubrir que gente que había luchado con tanta desesperación por su libertad tenía sirvientes— intentó convencerlo de que esperase al coche, al guía, evidentemente angustiado porque el gran hombre quisiera salir tan temprano, a pie y sin séquito. Havzhiva explicó que quería pasear y que era bien capaz de andar solo. Salió, dejando al infeliz portero gritando a su espalda; —¡Señor, por favor, evite el Parque de la Ciudad, señor!

Havzhiva obedeció, imaginando que el parque debía de estar cerrado para una ceremonia o que lo estaban replantando. Salió a una plaza donde un mercado bullía de actividad, y se le ocurrió que allí era muy probable que se convirtiese en el centro de una muchedumbre; la gente reparaba en él inevitablemente. A pesar de que vestía las hermosas ropas yeowanas, la camiseta, los pantalones, la ligera túnica estrecha, era la única persona de piel marrón cobriza en una ciudad de cuatrocientos mil habitantes. Tan pronto como le veían la piel y los ojos, lo reconocían: el alienígena. De modo que se escabulló del mercado y paseó por los tranquilos barrios residenciales, disfrutando de la cálida brisa y de la decrépita y encantadora arquitectura colonial de las casas. Se detuvo para admirar un ornado templo tualita. Tenía un aspecto lastimoso y desolado, pero había, advirtió, una ofrenda floral fresca al pie de la imagen de la Madre en el umbral. Aunque se había quedado sin nariz durante la guerra, sonreía serena, ligeramente bizca. Alguien gritó a su espalda. Alguien muy cerca de él dijo: —Mierda extranjera, largo de nuestro mundo —y

sintió que lo agarraban del brazo y que lo alzaban en vilo. Unas caras deformadas y vociferantes se cerraron alrededor. Un intenso calambre le agarrotó el cuerpo, la náusea se apoderó de él y se dobló en una rojiza oscuridad de lucha y voces y dolor; luego todo empezó a reducirse vertiginosamente y la luz y el sonido desaparecieron.

Una anciana estaba sentada junto a él, susurrando una canción casi sin tono que le pareció vagamente familiar.

La mujer hacía calceta. Durante un largo rato ella no lo miró, y cuando al fin lo hizo, dijo: —Ah. —Havzhiva tema dificultades para fijar la vista, pero, pudo distinguir que la cara de ella tenía un moreno pálido azulado, y que no se le veía el blanco en los ojos oscuros.

Ella manipuló algunos de los aparatos a los que él estaba conectado y dijo: —Soy una hechicera… la enfermera. Tiene usted una conmoción, una ligera fractura de cráneo, un riñón aplastado, un hombro roto y una herida de cuchillo en el intestino; pero se recuperará, no se preocupe. —Dijo todo esto en una lengua extranjera que él parecía entender. Al menos entendió «no se preocupe», y obedeció.

Pensó que estaba en el Terrazas de Darranda en vuelo nafal. Cien años pasaron en aquella pesadilla pero no pasaron. La gente y los relojes no tenían cara. Trató de susurrar el Canto de Permanencia y no tenía palabras. Las palabras habían desaparecido. La anciana le tomó la mano, le sostuvo la mano y lenta, muy lentamente, lo trajo de vuelta al tiempo, al tiempo local, a la penumbra de la habitación silenciosa en la que ella estaba sentada haciendo calceta.

Era de mañana, la luz del sol ardía brillante en la ventana. El Cacique de la Región de Yotebber estaba sentado junto a la cabecera, un hombre como una torre vestido de blanco y carmesí.

—Lo siento mucho —dijo Havzhiva, despacio y con dificultad, porque tenía la boca lastimada—. Fue una estupidez por mí parte salir solo. La culpa es enteramente mía.

—Los maleantes han sido detenidos y serán condenados por un tribunal de justicia —dijo el Cacique.

—Eran jóvenes —dijo Havzhiva—. Mi ignorancia y desatino fueron la causa del incidente… —Serán castigados —declaró el Cacique. Las enfermeras del turno de día conectaban la holopantalla y veían las noticias y las series mientras lo velaban. Ponían el volumen bajo y Havzhiva podía ignorarla. Hacía una tarde muy calurosa; él miraba unas pálidas nubes desplazarse lentamente por el cielo cuando la enfermera, empleando el tratamiento formal para una persona de alta categoría, le dijo: —Oh, deprisa… ¡si el caballero mira, podrá ver el castigo de los hombres malos que lo atacaron!

Havzhiva obedeció y vio un flaco cuerpo humano suspendido por los pies, los brazos y las manos crispándose convulsivamente, los intestinos colgándole sobre el pecho y la cara. Havzhiva gritó y se tapó el rostro con el brazo. —¡Apaguen eso —dijo—, apaguen eso! —Tenía náuseas y le faltaba el aire—. ¡Ustedes no son personas! —gritó en su propia lengua, el dialecto de Stse. Hubo algunas idas y venidas en la habitación. El sonido de una muchedumbre que gritaba cesó de repente. Consiguió controlar su respiración, cerró los ojos y repitió una frase del Canto de Permanencia hasta que su mente y su cuerpo empezaron a estabilizarse y encontró un poco de equilibrio en alguna parte, no mucho.

Le trajeron comida; él les pidió que la retirasen. La habitación estaba iluminada sólo por una luz nocturna en la parte baja de la pared y las luces de la ciudad que entraban por la ventana. La anciana, la enfermera de noche, estaba allí, haciendo calceta en la media oscuridad.

—Lo siento —dijo Havzhiva al azar, porque no estaba seguro de lo que les había dicho.

—Oh, señor Enviado —dijo la mujer con un profundo suspiro—. He leído sobre su gente, el pueblo haini. Ustedes no hacen cosas como las que hacemos nosotros. Ustedes no se matan ni se torturan unos a otros. Ustedes viven en paz. Me pregunto, me pregunto cómo nos ve. Quizá como brujas, como diablos.

—No —dijo él, pero tragó una oleada de náusea.

—Cuando se sienta mejor, cuando esté más fuerte, señor Enviado, hay algo que quiero comentarle. —La voz de la mujer era serena y transmitía una autoridad absoluta y natural, que con toda seguridad podía volverse formal y formidable. El había vivido entre personas que hablaban así toda su vida.

—Puedo escuchar ahora —dijo él.

—No ahora. Más adelante. Está cansado. ¿Quiere que cante algo? —replicó ella.

—Sí —contestó él, y ella se sentó e hizo calceta y cantó con un susurro sordo, sin tono. Los nombres de los dioses de ella estaban en la canción: Tual, Kamye. Ésos no son mis dioses, pensó él, pero cerró los ojos y durmió, acunado por aquel canto protector.

Ella se llamaba Yeron, y no era vieja. Tenía cuarenta y siete años. Había pasado por una guerra de treinta años y por muchas hambrunas. Tenía dentadura postiza, algo de lo que Havzhiva no había oído hablar jamás, y llevaba unos lentes con montura de alambre; la reparación del cuerpo no era desconocida en Werel, pero en Yeowe casi nadie podía permitírsela, dijo ella. Era muy delgada, y el pelo le raleaba. El porte era orgulloso, pero se movía con rigidez a causa de una vieja herida en la cadera izquierda. —No hay persona en este mundo que no tenga una bala alojada en el cuerpo, o cicatrices de latigazos, o una pierna arrancada, o un bebé muerto en el corazón —dijo ella—. Ahora ya es usted uno de nosotros, señor Enviado. Ha pasado a través del fuego.

Se estaba recuperando bien. Había cinco o seis médicos especialistas que se ocupaban de su caso. El Cacique Regional lo visitaba muy a menudo, y enviaba oficiales a diario. Havzhiva comprendió que el Cacique le estaba agradecido. El infame ataque a un representante del Ecumen le había dado la excusa y el apoyo popular para dar un golpe contra el reaccionario y aislacionista Partido del Mundo, liderado por su rival, otro señor de la guerra héroe de la Liberación. El Cacique enviaba encendidos informes sobre las victorias a la habitación del Sub-Enviado. Las holonoticias estaban llenas de hombres en uniforme corriendo y disparando, de aviones zumbando sobre colinas desérticas. Mientras paseaba por los corredores, recobrando la fuerza, Havzhiva veía a los pacientes en las camas de los pabellones conectados a la red casirreal «experimentando» la lucha, desde el punto de vista, naturalmente, de los que llevaban las armas, de los que llevaban las cámaras, de los que disparaban.

Por la noche las pantallas estaban oscuras, la red se desconectaba, y Yeron venía y se sentaba a su lado a la débil luz que entraba por la ventana.

—Una vez me dijo que había algo de lo que quería hablarme —dijo Havzhiva. La noche era intranquila en la ciudad, estaba llena de sonidos: música, voces en la calle bajo la ventana que ella había abierto de par en par para que entrase el aire cálido y poblado de mil aromas.

—Sí, lo dije. —Yeron soltó la labor—. Soy su enfermera, señor Enviado, pero también una mensajera. Cuando me enteré de que lo habían herido, perdóneme, pero pensé: «¡Alabados sean el Señor Kamye y la Dama de la Misericordia!» Porque yo no sabía cómo podría hacerle llegar mi mensaje y ahora había encontrado una manera. —La voz serena

calló un minuto—. Yo dirigí este hospital durante quince años. Durante la guerra. Todavía tengo algunos contactos aquí. —Volvió a hacer una pausa. Sus silencios, como su voz, le eran familiares a Havzhiva—. Traigo un mensaje de las mujeres para el Ecumen —continuó—. De las mujeres de aquí. De las mujeres de todo Yeowe. Queremos formar una alianza con ustedes… Ya sé, el gobierno ya lo ha hecho. Yeowe es un miembro del Ecumen de los Mundos. Lo sabemos. ¿Pero qué significa eso para nosotras? No significa nada. ¿Sabe usted lo que somos las mujeres aquí, en este mundo? No somos nada. No formamos parte del gobierno. Las mujeres hicieron la Liberación. Trabajaron y murieron por ella igual que los hombres. Pero nunca fueron generales, no son caciques. No son nadie. En las aldeas son menos que nadie, son bestias de carga, ganado de cría. Aquí estamos un poco mejor. Pero eso no es bueno. Yo estudié medicina en la Escuela Médica de Besso. Soy médico, no enfermera. Cuando estaban los Jefes, yo dirigía este hospital. Ahora lo dirige un hombre. Nuestros hombres son los propietarios ahora. Y nosotras somos lo que siempre hemos sido: propiedad. Me parece que no luchamos en la gran guerra para esto. ¿Lo cree usted, señor Enviado? Creo que nos queda otra liberación que conseguir. Tenemos que terminar el trabajo.

Tras un largo silencio, Havzhiva preguntó en voz baja: —¿Están organizadas?

—Oh, sí. ¡Oh, sí! Como en los viejos tiempos. ¡Podemos organizamos en la oscuridad! —Rió un poco—. Pero no creo que podamos conseguir la libertad sin ayuda. Tiene que, haber un cambio. Los hombres creen que tienen que ser jefes. Tienen que dejar de pensar eso. Una cosa que he aprendido en la vida es que no se cambia la forma de pensar a golpe de pistola. Matas al jefe y te conviertes en el jefe. Tenemos que cambiar esa mentalidad. Es la mentalidad del esclavo, la mentalidad del jefe. Tenemos que cambiarla, señor Enviado. Con la ayuda de usted. Con la ayuda del Ecumen.

—Estoy aquí para servir de enlace entre el pueblo de usted y el Ecumen. Pero necesitaré tiempo —dijo él—. Necesito aprender.

—Todo el tiempo del mundo. Sabemos que no podemos cambiarla mentalidad de jefe en un día o en un año. Es una cuestión de educación. —Pronunció la palabra como si fuese sagrada—. Llevará mucho tiempo. Tómese su tiempo. Nos basta con saber que usted escuchará. —Escucharé —dijo él.

Ella respiró hondo y retomó su labor. Al rato dijo: —No será fácil escucharnos.

Havzhiva estaba cansado. La intensidad de las palabras de la mujer era mayor de la que podía manejar todavía. No comprendió lo que ella quería decir. Un silencio cortes es la forma adulta de dar a entender que uno no comprende. No dijo nada, pues.

Ella lo miró. —¿Cómo llegaremos a usted? Verá, eso es un problema. Ya se lo he dicho, no somos nada. Sólo podemos acercarnos a usted como su enfermera, su criada. La mujer que le lava la ropa. No nos mezclamos con los caciques, no estamos en los consejos. Servimos la mesa, pero no participamos del banquete.

—Dígame… —Havzhiva vaciló—. Dígame cómo empezar. Pida verme si puede. Venga de la manera que sea, si es… si es seguro para usted. —El siempre aprendía las lecciones rápido—. Yo escucharé. Haré lo que pueda. —Aunque nunca aprendería a desconfiar.

Yeron se inclinó sobre él y lo besó en la boca con ternura. Los labios de ella eran leves, secos, suaves.

—Ningún cacique le dará esto —dijo.

Volvió a ocuparse con la labor. Havzhiva estaba medio dormido cuando ella preguntó: —¿Vive aún su madre, señor Havzhiva?

—Toda mi gente ha muerto.

Ella emitió un leve sonido.

—Despojado —dijo—. ¿Tiene esposa?

—No.

—Nosotras seremos las madres, las hermanas, las hijas de usted. Seremos su pueblo. Le he besado por el amor que habrá entre nosotros, Ya lo verá.

—La lista de las personas invitadas a la recepción, señor Yehedarhed —dijo Doranden, el enlace jefe, del Cacique con el Sub-Enviado.

Havzhiva repasó la lista en la pantalla de mano hasta el final, meticulosamente, y dijo: —¿Dónde está el resto?

—Perdone, señor Enviado… ¿hay omisiones? Ésa es la lista completa.

—Pero todos son hombres.

En el silencio infinitesimal que hubo antes de la respuesta de Doranden, Havzhiva sintió la balanza de su vida en equilibrio.

—¿Desea que los invitados traigan a sus esposas? ¡Por supuesto! ¡Si es una costumbre ecuménica, estaremos encantados de invitar a las damas!

Había algo de relamido en el modo con que los hombres yeowanos decían «las damas», una palabra que Havzhiva creía que sólo se aplicaba a las mujeres de la clase propietaria de Werel. La balanza se inclinó. —¿Qué damas? —preguntó, frunciendo el ceño—. Estoy hablando de mujeres. ¿Es que no tienen parte en esta sociedad?

Habló con nerviosismo, porque ahora conocía su propia ignorancia sobre lo que constituía un peligro allí. Si un paseo por una calle tranquila podía resultar casi fatal, poner en un aprieto al enlace del Cacique podía, serlo del todo. Doranden estaba evidentemente abochornado… apabullado. Abrió la boca y la cerró.

—Perdóneme, señor Doranden —dijo Havzhiva—, perdone mis pobres intentos de ser gracioso. Naturalmente que sé que las mujeres ocupan toda clase de puestos de responsabilidad en la sociedad de ustedes. Lo que he querido decir, de una manera estúpida y poco afortunada, es que me alegraría que tales mujeres y sus maridos, además de las esposas de estos invitados, asistieran a la recepción. A no ser que sea una metedura de pata enorme de acuerdo con sus costumbres. Yo creía que ustedes no segregaban los sexos socialmente, como hacen en Werel. Por favor, si me equivoco, sea tan amable de excusar al ignorante extranjero una vez más.

Havzhiva había decidido hacía tiempo que la locuacidad es la mitad de la diplomacia. La otra mitad es el silencio.

Doranden utilizó esta última opción, y con algunas palabras tranquilizadoras se retiró. Havzhiva estuvo nervioso hasta la mañana siguiente, cuando Doranden reapareció con una lista revisada que contenía once nombres nuevos, todos mujeres. Había una directora de escuela y un par de profesoras; en el resto se indicaba «retirada».

—¡Espléndido, espléndido! —dijo Havzhiva—. ¿Puedo añadir un nombre?

—Por supuesto, por supuesto, cualquiera que Su Excelencia desee.

—La doctora Yeron —dijo entonces. De nuevo el silencio infinitesimal, la mota de polvo que cae en los platillos. Doranden conocía aquel nombre. —Sí —dijo.

—La doctora Yeron me cuidó, ¿sabe?, en el excelente hospital de ustedes. Nos hicimos amigos. Una enfermera corriente quizá no fuese un invitado apropiado entre gentes tan distinguidas, pero veo aquí que hay varios médicos más en nuestra lista.

—Muy bien —dijo Doranden. Parecía perplejo. El Cacique y su gente se habían acostumbrado a tratar con condescendencia al Sub-Enviado, si bien de un modo discreto y

educado. Un inválido, aunque ahora ya se había restablecido por completo; una víctima, un hombre de paz que no sabía de ataque ni de defensa personal; un sabio, un extranjero, no mundano en todos los sentidos dé la palabra: lo veían como algo así, y él lo sabía. Por más que lo valoraban como símbolo y como medio para conseguir sus fines, lo creían un hombre insignificante. El estaba de acuerdo con ellos en el hecho, pero no en la cualidad de su insignificancia. Sabía que lo que él hiciese quizá tendría importancia. Acababa de ver que así era.

—Seguro que usted comprende la razón para tener una guardia personal, Enviado —dijo el general con impaciencia.

—Esta es una ciudad peligrosa, general Denkam, sí, lo comprendo. Peligrosa para todos. He visto en las noticias que hay bandas de jóvenes, como los que me atacaron, rondando por las calles fuera del control de la policía. Cada niño, cada mujer necesita un guardaespaldas. Me angustiaría saber que la seguridad que es un derecho de todo ciudadano es mi privilegio especial.

El general lo miró con asombro pero se mantuvo en sus trece.

—No podemos permitir que lo asesinen —dijo.

Havzhiva adoraba la franqueza de la sinceridad yeowana. —Yo no quiero que me asesinen —dijo—. Tengo una sugerencia, señor. Hay mujeres policía, miembros femeninos del cuerpo de policía de la ciudad, ¿no es así? Encuéntreme guardaespaldas entre ellas. Después de todo; una mujer armada es tan peligrosa como un hombre armado, ¿no es cierto? Y me gustaría honrar el gran papel que las mujeres jugaron en Ja consecución de la libertad de Yeowe, como dijo el Cacique tan elocuentemente en su discurso de ayer.

El general se retiró con una expresión férrea. A Havzhiva no le gustaban particularmente sus guardaespaldas. Eran mujeres severas, inflexibles, poco amistosas, y hablaban un dialecto que él apenas entendía. Varias tenían hijos, pero rehusaban hablar de ellos. Eran ferozmente eficientes. Estaba bien protegido, y advirtió que la gente empezaba a mirarlo de modo diferente cuando iba por la ciudad con esas escoltas de ojos fríos: con aire divertido y una especie de simpatía. Cierta vez oyó a un viejo en un mercado decir: —Ese hombre tiene juicio.

Todo el mundo llamaba al Cacique Cacique excepto en su presencia. —Señor Presidente —dijo Havzhiva—, no se trata de un principio ecuménico ni de una costumbre haini. Si se tratara de eso, no tendría ni debería tener el más mínimo peso, la más mínima importancia aquí en Yeowe. Éste es el mundo de ustedes.

El Cacique asintió una vez, imponente.

—Al que —añadió Havzhiva, a esas alturas con una locuacidad sin igual— ya están empezando a llegar inmigrantes de Werel, y más, muchos más vendrán, ya que los dirigentes werelianos tratan de aliviar la presión revolucionaria permitiendo que un número creciente de miembros de la clase baja emigre. Usted, señor, conoce mucho mejor que yo las posibilidades y los problemas que esa gran afluencia de población planteará aquí en Yotebber. Porque al menos la mitad de los inmigrantes serán mujeres, y creo que vale la pena tener en cuenta que hay una considerable diferencia entre Werel y Yeowe en lo que se denomina la formación del género: las funciones, las expectativas, el comportamiento, las relaciones entre hombres y mujeres. Entre los inmigrantes werelianos muchos de los que toman las decisiones, quienes ejercen la autoridad, serán mujeres. El noventa por ciento de los miembros del Consejo del Hame son mujeres, creo. Sus portavoces y negociadores son en su mayoría mujeres. Esa gente va a entrar en una sociedad gobernada y representada exclusivamente por hombres. Creo muy posible que se produzcan malentendidos y

conflictos, a menos que se estudie la situación con detenimiento de antemano. Quizá si hubiese algunas mujeres como representantes…

—Entre los esclavos del Viejo Mundo —dijo el Cacique—, las mujeres eran caciques. Entre nuestra gente, los hombres son los caciques. Así son las cosas. Los esclavos del Viejo Mundo serán los hombres libres del Nuevo Mundo.

—¿Y las mujeres, señor Presidente?

—Las mujeres de un hombre libre son libres —dijo el Cacique.

—Bien —dijo Yeron, y soltó un profundo suspiro—. Supongo que tendremos que levantar un poco de polvo.

—En eso los polvorientos somos buenos —dijo Dobibe.

—Pues entonces será mejor que levantemos un montón —dijo Tualyan—. Porque no importa lo que hagamos, se pondrán histéricos. Vociferarán y gritarán contra esas lesbianas castrantes que matan niños. Si nos reunimos cinco para cantar una maldita canción, en los virtuales saldrá que éramos quinientas con ametralladoras y que llega el fin de la civilización en Yeowe. Así que hagámoslo. Que haya cinco mil mujeres cantando. Detengamos los trenes. Tumbémonos en las vías. Cincuenta mil mujeres tendidas en los raíles por toda Yotebber. ¿Qué os parece?

La reunión (de la Asociación para la Asistencia a Ja Educación de la Región y de Yotebber capital) se celebraba en una de las aulas de una escuela de la ciudad. Dos de las guardaespaldas de Havzhiva, de paisano, esperaban discretamente en el vestíbulo. Cuarenta mujeres, y Havzhiva, estaban embutidas en las diminutas sillas anexas a pantallas en blanco.

—¿Qué pedirán? —preguntó Havzhiva.

—¡El voto secreto!

—¡Basta de discriminación laboral!

—¡Trabajo remunerado!

—¡El voto secreto!

—¡Guarderías!

—¡El voto secreto!

—¡Respeto!

El anotador de Havzhiva garabateaba frenéticamente. Las mujeres gritaron durante un rato y luego se calmaron y volvieron a hablar.

Mientras lo llevaban de vuelta a casa, una de las guardaespaldas le preguntó a Havzhiva: —Señor, ¿todas ésas eran maestras?

—Sí —dijo él—. En cierto modo. —Caramba —dijo ella—. Son diferentes de como eran antes.

—¡Yehedarhed! ¿Qué demonios está, haciendo allá abajo?

—¿Señora?

—Ha salido en las noticias. En compañía de un millón de mujeres tendidas sobre raíles de tren y sobre plataformas de lanzamiento y alrededor de la residencia del Presidente. Usted hablaba con las mujeres y sonreía.

—Era difícil no hacerlo.

—¿Dejará de sonreír cuando el Gobierno Regional empiece a disparar?

—Sí. ¿Nos respaldará usted?

—¿Cómo?

—Palabras de aliento a las mujeres de Yotebber del Embajador del Ecumen. Yeowe, un modelo de libertad para los emigrantes del Viejo Mundo. Palabras de elogio

para el Gobierno de Yotebber… Yotebber, un ejemplo de ilustración, de moderación, para todo Yeowe, etcétera.

—Cuente con ello. Espero que ayude. ¿Es eso una revolución, Havzhiva?

—Es educación, señora.

El portón estaba abierto en su imponente marco; no había muros.

—En los tiempos de la Colonia —dijo el Anciano—, este portón se abría dos veces al día; para que la gente saliese a trabajar por la mañana, para que la gente entrase después del trabajo por la noche. El resto del tiempo permanecía cerrado y barrado. —Mostró el gran candado roto que colgaba en la cara externa del portón, los impresionantes cerrojos oxidados en sus cierres. El gesto del hombre era solemne, mesurado, como sus palabras, y de nuevo admiró Havzhiva la dignidad que aquella gente conservaba a pesar de la degradación, la majestad que habían mantenido durante, o contra, su esclavitud. Había empezado a apreciar la gran influencia de su libro sagrado, el Arkamye, conservado en la tradición oral. «Esto era lo único que teníamos. Era nuestra posesión», le había dicho una vez un anciano en la ciudad, tocando el libro que, a los sesenta y cinco o setenta años, estaba aprendiendo a leer.

El mismo Havzhiva había empezado a leerlo en la lengua original. Avanzaba con lentitud, tratando de entender cómo este cuento de fiero valor y abnegación había inspirado y nutrido el espíritu de un pueblo en la esclavitud durante tres milenios. A menudo escuchaba en la cadencia del libro las voces que había oído hablar ese día.

Iba a pasar un mes en la Aldea Tribal de Hayawa, que había sido el primer cercado de esclavos de la Corporación de Plantaciones Agrícolas de Yeowe en Yotebber, trescientos cincuenta años atrás. En esa vasta y remota región de Ja costa oriental se había conservado gran parte de la sociedad y cultura de las plantaciones de esclavos. Yeron y otras mujeres le habían dicho que si quería saber quiénes eran los yeowanos, antes tenía que conocer las plantaciones y las tribus.

Havzhiva sabía que durante el primer siglo los cercados habían sido un dominio de hombres sin mujeres ni niños. Habían desarrollado un gobierno interno, una estricta jerarquía de fuerza y favoritismo. El poder se ganaba mediante pruebas y exámenes muy duros, y se mantenía gracias a un hábil equilibrio de independencia y connivencia. Cuando empezaron a llegar las mujeres esclavas, entraron en un sistema rígido como las esclavas de los esclavos. Fueron utilizadas como sirvientas y desahogos sexuales tanto por los siervos como por los Jefes. La lealtad sexual y la camaradería continuaron reconociéndose sólo entre hombres, un vínculo de pasión, negociación, status y política tribal. En los siglos siguientes la presencia de niños en los cercados alteró y enriqueció las costumbres de las tribus, pero el sistema de dominación masculina, tan ventajoso para los esclavos-propietarios, no experimentó cambios sustanciales.

—Esperamos contar con su presencia en la iniciación, mañana —dijo el Anciano con la gravedad que lo caracterizaba, y Havzhiva le aseguró que nada lo complacería o lo honraría más que asistir a una ceremonia tan importante. El Anciano mantenía su aire formal, aunque estaba visiblemente satisfecho. Era un hombre de más de cincuenta años lo que significaba que había nacido esclavo y que había vivido como niño y como hombre durante los años de la Liberación. Havzhiva buscó cicatrices, recordando lo que Yeron le había dicho una vez, y las encontró: el Anciano era delgado, enclenque, cojo, y le faltaban los dientes superiores; estaba marcado por el hambre y la guerra. Tenía además las cicatrices rituales, cuatro surcos paralelos que bajaban del cuello por el hombro y llegaban al codo, como si fueran largas charreteras, y un ojo abierto azul oscuro tatuado en la frente,

el símbolo, en esta tribu, de liderazgo asignado e inalterable. Un cacique esclavo, un bien mueble señor de bienes muebles, hasta que los muros cayeran.

El Anciano fue del portón al barracón por cierto sendero, y Havzhiva, caminando detrás de él, observó que nadie más usaba ese sendero: hombres, mujeres, niños trotaban por un camino paralelo más ancho que se bifurcaba y llevaba a una entrada distinta de la casa. Ése era el camino de los caciques, el camino estrecho.

Esa noche, mientras los niños que iban a ser iniciados al día siguiente ayunaban y velaban en el, lado de las mujeres, los caciques y los ancianos se reunieron para un festín. Había cantidades desmesuradas de la pesada comida a la que estaban acostumbrados los yeowanos, especiada y servida con adornos: el arroz de los marjales, que era la base de todos los platos, realzado con colorantes y hierbas; encima estaba la carne. Las mujeres entraban y salían sirviendo platos cada vez más elaborados, cada uno con más carne que el anterior: carne de vacuno, la comida de los Jefes, el seguro y cierto signo de libertad.

Havzhiva no había comido carne nunca, y dio por seguro que le provocaría diarrea, pero masticó con valentía los estofados y los filetes, sabiendo el significado de la comida y el sentido de abundancia que tenía para los que nunca habían tenido lo suficiente.

Después de que unas enormes cestas de frutas reemplazaran las fuentes, las mujeres desaparecieron y empezó la música. El cacique de la tribu hizo una señal a su leos, una palabra que significa «favorito sexual/hermano adoptivo/no heredero/no hijo». El hombre joven, bello, seguro de sí mismo y amable, sonrió; palmeó sus largas manos con suavidad una sola vez y entonces empezó a rozar las palmas azul grisáceas con un leve ritmo. Se hizo el silencio en la mesa y empezó a cantar, pero en un susurro.

Los instrumentos musicales habían sido prohibidos en casi todas las plantaciones; los Jefes no permitían más cantos que los himnos rituales a Tual en el servicio del décimo día. Un esclavo sorprendido perdiendo el tiempo de la Corporación con canciones podía ser obligado a beber ácido. Mientras pudiese trabajar no había necesidad de que hiciera ruido.

En esas plantaciones los esclavos habían creado esa música casi muda, el toque y el roce de palma contra palma, una línea de melodía apenas sin voz, casi sin variaciones. Las palabras cantadas se deformaban, se rompían, se fragmentaban deliberadamente para que pareciesen sin sentido. Sbesh, la llamaban los propietarios, basura, y a los esclavos se les permitía «dar palmaditas y cantar basura» mientras lo hiciesen de manera que no se oyese fuera de los muros del cercado. Después de haber cantado de esa forma durante trescientos años, cantaron así ahora.

Para Havzhiva fue turbador, casi aterrador, a medida que se añadía una voz tras otra, siempre en un susurro, incrementando la complejidad de los ritmos hasta que los compases contrarios, si bien no del todo, se unieron en una única textura sibilante y casi silenciosa, entretejida con la melodía de fondo de cuatro tonos en la que había sílabas que parecían siempre a punto de formar una palabra, aunque no lo nacían. Atrapado por la música, muy pronto casi perdido en ella, no dejaba de pensar: ahora, ahora uno de ellos alzará la voz, ahora el leos dará un grito, un grito de triunfo, ¡liberará su voz! Pero no lo hizo. Nadie lo hizo. La música, semejante al agua que corre, suave, impetuosa, con su infinitamente delicado ritmo cambiante siguió y siguió. Las botellas de vino de naranja Yote circularon por la mesa. Bebieron. Bebieron, al menos, libremente. Se emborracharon. Las risas y los gritos empezaron a interrumpir la música. Pero m una sola vez subió el tono por encima de un susurro.

Regresaron tambaleantes al barracón por el sendero de los caciques, abrazándose, orinando sociablemente, uno o dos deteniéndose a vomitar aquí o allá. Un hombre oscuro y

amable, que había estado sentado junto a Havzhiva, se reunió con él en su cama en la habitación del barracón.

Al principio de la velada ese hombre le había explicado que durante la noche y el día de la iniciación los contactos heterosexuales estaban prohibidos porque era posible que cambiaran las energías. La iniciación podía torcerse y los chicos no se convertirían en buenos miembros de la tribu. Sólo una bruja, por supuesto, rompería deliberadamente el tabú, pero muchas mujeres eran brujas y trataban de seducir a un hombre por pura malicia. Las relaciones sexuales normales, esto es, las homosexuales, estimulaban las energías, enderezaban la iniciación y daban fuerza a los chicos para superar la prueba. Por lo tanto, cada hombre que participaba en el banquete tenía que tener un compañero para la noche. Havzhiva se alegró de que le hubieran asignado a aquel hombre y no a uno de los caciques, que lo intimidaban y que quizá habrían esperado una demostración apropiadamente energética. Tal como fueron las cosas y por lo que podía recordar, él y su compañero estaban demasiado borrachos para hacer otra cosa que quedarse dormidos en mitad de unas bien intencionadas caricias.

Demasiado vino de Yote dejaba un dolor de cabeza espantoso, eso ya lo sabía, y todo su cráneo le confirmó esa información cuando se despertó.

A mediodía su amigo lo llevó a un lugar de honor en la plaza, que estaba llenándose de hombres.

Detrás de ellos estaban los barracones de los hombres, delante la zanja que separaba el lado de las mujeres, el interior, del lado de los hombres o lado de la puerta, todavía llamado así, aunque los muros del cercado ya no existían y sólo quedaba el portón, un monumento, dominando sobre las cabañas y los barracones del cercado y los llanos campos de cereales que se extendían en todas direcciones, brillando bajo el calor sin sombras y sin viento.

Seis muchachos salieron de las cabañas de las mujeres y corrieron hacía la zanja. Era más ancha de lo que un chico de trece años podía saltar, pensó Havzhiva, pero dos lo consiguieron. Los otros cuatro saltaron con valentía, se quedaron cortos y salieron gateando, uno de ellos cojeando; debía de haberse lastimado una pierna o un pie en la caída. Incluso los dos que habían saltado con éxito parecían exhaustos y asustados, y los seis tenían un color grisáceo por el ayuno y por no haber dormido. Los ancianos los rodearon y los hicieron alinearse en la plaza, desnudos y tiritando, de cara a los hombres de la tribu.

No había mujeres a la vista, ni siquiera en el lado de las mujeres.

Empezó un interrogatorio: los caciques y los ancianos ladraban preguntas que tenían que ser contestadas sin tardanza, a veces por un chico, otras por todos juntos, dependiendo de si el inquisidor señalaba con el dedo o hacía un gesto general. Eran preguntas de ritual, protocolo y ética. Los chicos estaban bien instruidos, soltaban las respuestas con prontos gritos. De repente el que se había lastimado en el salto vomitó y fuego se desmayó, cayó suavemente y formó un pequeño montón. Nadie hizo nada, e incluso le dirigieron algunas preguntas, a las que seguía un momentáneo y doloroso silencio. Después de un rato, el chico se movió, se sentó y tembló durante un rato, luego luchó para ponerse de pie y esperó junto a los otros. Sus labios azulados se movían en respuesta a las preguntas, aunque el público no oía la voz.

Havzhiva parecía seguir con atención el ritual, aunque su mente había retrocedido a un tiempo y un lugar muy lejanos. Enseñamos lo que sabemos, pensó, y todo nuestro conocimiento es local.

Después del interrogatorio vinieron las marcas: una única incisión desde la base del

cuello, por encima del hombro y por la cara externa del brazo hasta el codo, hecha con una estaca de madera dura y afilada que arrancaba la piel y la carne y dejaba, al curarse, la cicatriz arrugada que probaba la hombría. Seguramente a los esclavos se les prohibía tener herramientas de metal dentro del cercado, reflexionó Havzhiva, mirando fijamente, como correspondía a un visitante e invitado. Después de cada brazo y cada chico, los oficiantes volvían a afilar la estaca, frotándola contra una gran piedra acanalada en el suelo de la plaza. Los pálidos labios azulados de los muchachos se crispaban, dejando al descubierto los blancos dientes, se retorcían, medio desmayados, y uno gritó, y se silenció él mismo tapándose la boca con la mano libre. Otro se mordió el pulgar hasta que la sangre manó de él igual que de sus brazos lacerados. Cuando se terminaba de marcar a cada chico, el Cacique de la Tribu lavaba las heridas y las untaba con un ungüento. Mareados y vacilantes, los chicos volvieron a alinearse; y ahora los viejos eran amables con ellos, les sonreían y les llamaban «hombres de la tribu», «héroes». Havzhiva suspiró con alivio.

Sin embargo, en ese momento unas viejas traían a otros seis niños a la plaza a través del puente de la zanja. Eran niñas, sin otra ropa que unas tobilleras y unos brazaletes. Al verlas se elevó un clamor entre los hombres. Havzhiva estaba sorprendido. ¿Iban a hacer a las mujeres miembros de la tribu también? Eso estará bien, pensó.

Dos de las niñas eran apenas adolescentes, las otras eran más jóvenes, una con seguridad no tenía más de seis años. Estaban alineadas, de espaldas al público, de cara a Jos chicos. Detrás de cada una estaba Ja mujer cubierta con un velo que la había acompañado a través deí puente; detrás de cada chico estaba uno de Jos ancianos desnudos. Mientras Havzhiva miraba, incapaz de apartar los ojos o la mente de lo que estaba viendo, las niñas se tendieron boca arriba en el suelo desnudo y gris de la plaza. Una de ellas, más lenta, fue tendida a la fuerza por la mujer detrás de ella. Los ancianos pasaron junto a los muchachos, y cada, uno se tendió sobre una de las niñas, a lo que los espectadores respondieron con un gran alboroto, abucheos, risotadas y una especie de salmodia: ja-ah-ja-ah. Las mujeres con los velos se agacharon detrás de las cabezas de las niñas. Una de ellas sujetó un brazo delgado que se alzó en un gesto desesperado. Los traseros desnudos de los ancianos subieron y bajaron, Havzhiva no pudo distinguir si en un coito real o en una imitación. «¡Así se hace, mirad, mirad!», gritaba el público a los chicos entre chistes, comentarios y carcajadas. Los ancianos se levantaron uno a uno, y todos se taparon el pene con un curioso pudor.

Cuando el último se levantó, los chicos se adelantaron. Cada uno se tendió sobre una de las niñas y subieron y bajaron el trasero, aunque ninguno de ellos, observó Havzhiva, tenía una erección. Los hombres que lo rodeaban se agarraban el pene y gritaban «¡Eh, prueba el mío!», y rieron y cantaron hasta que el último chico se levantó. Las niñas se quedaron tendidas, con las piernas separadas, como pequeñas lagartijas muertas. La multitud de hombres se movió amenazadoramente hacia ellas, pero las viejas levantaron a las niñas a tirones, y las arrastraron deprisa a través del puente, seguidas por una oleada de aullidos y abucheos de los hombres.

—Están drogadas —dijo el hombre amable y oscuro que había compartido la cama de Havzhiva, mirándolo a la cara—. Las niñas. No les duele.

—Sí, comprendo —dijo Havzhiva, sin moverse de su lugar de honor.

—Estas son afortunadas, es un privilegio para ellas asistir a la iniciación. Es importante que las niñas dejen de ser vírgenes lo antes posible. Tiene que poseerlas más de un hombre. Para que no puedan venir con reclamaciones, ya sabe, «éste es su hijo», «éste es el hijo del cacique». Todo eso es brujería. Un hijo se elige. Ser un hijo no tiene nada que

ver con los conos de las siervas. Hay que enseñarles eso a las siervas muy pronto. Pero ahora les dan drogas a las niñas. Ya no es como en los viejos tiempos, bajo la Corporación.

—Comprendo —dijo Havzhiva. Miró a su amigo, pensando que su piel oscura significaba que decía tener una buena proporción de sangre de propietario, quizá incluso era hijo de un propietario o un Jefe. El hijo de nadie, engendrado en una esclava. Un hijo se escoge. Todo saber es local, todo saber es parcial. En Stse, en las Escuelas del Ecumen, en los cercados de Yeowe—. Todavía las llama siervas —añadió. Su tacto, todos sus sentimientos estaban helados, y habló por una estúpida curiosidad intelectual.

—No —dijo el hombre oscuro—, no, discúlpeme, es la manera de hablar que aprendí de niño, le pido disculpas…

—No a mí.

De nuevo había expresado Havzhiva con frialdad lo que pensaba. El hombre hizo una mueca, inclinó la cabeza y calló.

—Por favor, amigo mío, lléveme a mi habitación ahora —dijo Havzhiva, y el hombre oscuro lo obedeció de buen grado.

En la oscuridad, habló en voz baja para su anotador en haini. —Uno no puede cambiar nada desde el exterior. Manteniéndose aparte, viéndolo desde arriba, con una visión panorámica, uno ve el dibujo. Lo que está mal, Jo que falta. Para arreglarlo no se pueden utilizar remiendos. Hay que meterse dentro, hay que tejerlo. Uno tiene que formar parte de la trama. —Esta última frase la dijo en el dialecto de Stse.

Cuatro mujeres estaban en cuclillas en una porción de terreno, en el lado de las mujeres, que le había llamado la atención porque nadie la hollaba y era lisa: algún lugar sagrado, había pensado Havzhiva. Caminó hacia ellas. Se acuclillaban sin gracia, encorvadas entre las rodillas, indiferentes a su apariencia, ajenas a los ojos de los hombres, comportamiento que había advertido con anterioridad en el lado de las mujeres. Llevaban las cabezas afeitadas, la piel era blanquecina y pálida. Polvorientas era el viejo adjetivo, pero para Havzhiva el color de ellas era más como de arcilla o cenizas. El matiz azul de las palmas y las plantas de los pies y de cualquier lugar donde la piel era fina estaba casi oculto bajo la tierra que estaban manipulando. Hablaban en voz baja y rápida, pero callaron cuando él se acercó. Dos eran viejas, marchitas, y tenían rodillas y pies arrugados y nudosos. Dos eran jóvenes. Todas miraban de reojo de vez en cuando mientras seguían acuclilladas en el borde de la porción lisa de tierra.

Sobre esa porción, advirtió Havzhiva, habían esparcido polvo, tierra coloreada, y habían hecho un dibujo o pintura. Siguiendo los límites entre los colores distinguió una larga figura pálida, como una mano o una rama, y una curva pronunciada de rojo terroso.

Después de saludarlas, Havzhiva no dijo nada y se acuclilló. Al cabo de un rato ellas continuaron con lo que estaban haciendo, hablando de vez en cuando en susurros.

Cuando terminaron el trabajo, él preguntó: —¿Es sagrado?

Las mujeres mayores lo miraron, fruncieron el ceño, y no dijeron nada.

—No puede verlo —dijo la mujer joven más oscura con una súbita sonrisa burlona que tomó a Havzhiva por sorpresa.

—¿Quiere decir que yo no debería estar aquí?

—No. Usted puede estar aquí. Pero no puede verlo.

Él se levantó y miró la pintura de tierra que ellas habían hecho con polvo gris, tostado, rojo y ámbar. Las líneas y las formas guardaban una relación determinada, rítmica aunque enigmática.

—No está completo —observó.

—Ésta es sólo una parte pequeña, muy pequeña de él —dijo la mujer burlona, la mofa brillándole en los ojos oscuros en la cara oscura.

—¿Nunca lo hacen completo de una vez?

—No —contestó ella, y las otras dijeron «No», e incluso las mujeres mayores sonrieron.

—¿Puede decirme qué representa la pintura?

Ella no conocía la palabra «pintura» y miró a las otras mujeres; reflexionó y lo miró con perspicacia.

—Hacemos lo que sabemos hacer, aquí —dijo, indicando con un gesto suave el dibujo de colores delicados. Una cálida brisa vespertina estaba desdibujando ya los límites entre los colores.

—Ellos no lo saben —dijo la otra mujer joven, de color ceniciento, en un susurro.

—¿Los hombres? ¿Ellos no lo han visto nunca completo?

—Nadie lo ha visto. Sólo nosotras. Lo tenemos aquí. —La mujer oscura no se tocó la cabeza, sino el corazón, cubriéndose los pechos con las largas manos curtidas por el trabajo. Volvió a sonreír.

Las ancianas se levantaron; murmuraron entre sí, y una dijo algo brusco a las mujeres jóvenes, una frase que Havzhiva no entendió, y salieron de mala gana.

—Ellas no aprueban que ustedes hablen de este trabajo con un nombre —dijo.

—Con un hombre de la ciudad —dijo la mujer oscura, y rió—. Creen que nos escaparemos. —¿Quieren escapar?

Ella se encogió de hombros. —¿Adonde iríamos?

Se levantó con un movimiento airoso y miró la pintura de tierra, un dibujo abstracto de líneas y colores, curvas y áreas que parecía hecho al azar.

—¿Puede verlo? —le preguntó a Havzhiva, con el mismo destello líquido de mirla.

—Tal vez algún día aprenderé a verlo —contestó él, manteniéndole la mirada.

—Tendrá que encontrar a una mujer que le enseñe —dijo la mujer del color de la ceniza.

—Somos un pueblo libre ahora —dijo el Joven Cacique, el Hijo y Heredero, el Elegido.

—Yo todavía no he conocido a una persona libre —dijo Havzhiva, educado, ambiguo.

—Nosotros ganamos nuestra libertad. Nosotros nos hicimos libres. Mediante el valor, el sacrificio, aferrándonos a lo que es noble. Somos un pueblo libre. —El Elegido era un hombre de cuarenta años, hermoso, inteligente y de expresión severa. Seis líneas arrugadas de cicatrices le recorrían la parte superior de los brazos como un manto burdo, y un ojo azul abierto miraba entre sus ojos, sin parpadear.

—Son hombres libres —dijo Havzhiva.

Hubo un silencio.

—Los hombres de la ciudad no entienden a nuestras mujeres —dijo el Elegido—. Nuestras mujeres no quieren la libertad del nombre. Una mujer se aferra a su bebé. Eso es lo noble para ella. Así es como el Señor Kamye hizo a la mujer, y la Misericordiosa Tual es el ejemplo para ellas. En otros lugares tal vez sea distinto. Puede haber otra clase de mujeres que no se cuidan de sus hijos. Eso puede ser. Aquí las cosas son como he dicho.

Havzhiva asintió con la inclinación profunda que había aprendido de los yeowanos, casi una reverencia. —Así es —dijo.

El Elegido pareció satisfecho.

—He visto la pintura —continuó Havzhiva.

El Elegido se mantuvo impasible; quizá conocía la palabra o quizá no. —Las líneas y colores hechos con tierra sobre tierra encierran cierto conocimiento. Todo conocimiento es local, toda verdad es parcial —dijo Havzhiva con una dignidad afable y coloquial que imitaba la de su madre, la Heredera del Sol, hablando con mercaderes extranjeros—. Ninguna verdad puede convertir en falsa otra verdad. Todo saber es parte del saber completo. Una línea verdadera, un color verdadero. Una vez que se ha visto el dibujo completo, no se puede seguir viendo la parte como el todo.

El Elegido parecía una piedra gris. Después de un tiempo, dijo: —Si empezamos a vivir como viven en las ciudades, todo lo que sabemos se perderá. —Bajo el tono dogmático había miedo y angustia.

—Elegido —dijo Havzhiva—, usted habla la verdad. Mucho se perderá, lo sé. Pero hay que perder el conocimiento menor para ganar el mayor. Y no sólo una vez.

—Los hombres de esta tribu no negarán nuestra verdad —dijo el Elegido. El ojo central ciego y fijo estaba clavado en el sol suspendido en una calina amarilla sobre los campos infinitos, aunque sus propios ojos oscuros miraban abajo, hacia la tierra.

Su invitado desvió la mirada de esa cara alienígena hacia el pequeño y feroz sol blanco que brillaba bajo sobre la tierra alienígena. —Estoy seguro —dijo.

A los cincuenta y cinco años, el Estable Yehedarhed Havzhiva regresó a Yotebber para hacer una visita. Hacía mucho tiempo que no había estado aquí. Su trabajo como consejero ecuménico del Ministerio de Justicia Social yeowano lo retenía en el norte y Jo obligaba a hacer frecuentes viajes al otro hemisferio. Llevaba años viviendo en la Antigua Capital con su compañera, pero visitaba la Nueva Capital a menudo a petición del nuevo Embajador, que necesitaba de su experiencia. Su compañera —llevaban dieciocho años viviendo juntos, pero no existía el matrimonio en Yeowe— estaba tratando de terminar un libro, y admitió que le vendría bien disponer del apartamento para ella sola durante un par de semanas mientras escribía. —Haz ese viaje al sur con el que siempre andas soñando —le dijo—. Volaré allá en cuanto termine. No le diré a ningún maldito político dónde estás. ¡Escapa! ¡Ve, ve, ve!

Y fue. Nunca le había gustado volar, aunque había tenido que hacerlo a menudo, de modo que hizo el largo viaje en tren. Eran trenes buenos y rápidos, terriblemente atestados; en todas las estaciones la gente se amontonaba y corría y prometía sobornos a gritos a los conductores, aunque ya no trataban de subir a los techos de los vagones, no a ciento treinta kilómetros por hora. El tenía un compartimiento privado en un tren directo a Yotebber. Pasó las largas horas en silencio, viendo pasar el paisaje: los proyectos de regeneración, los viejos yermos, los bosques jóvenes, las ciudades bulliciosas, kilómetros de chozas y cabañas y granjas y casas y bloques de apartamentos, distribuidas al estilo de los cercados werelianos: casas conectadas y jardines detrás de las cocinas y cobertizos, y fábricas, enormes plantas nuevas; y entonces, de súbito, otra vez el campo: canales y tanques de irrigación que reflejaban los colores del cielo vespertino, un niño con las piernas desnudas que atravesaba un campo de cereales en sombras tirando de un gran buey blanco. Las noches eran cortas, y el suave traqueteo acunaba su sueño.

En la tercera mañana bajó del tren en la estación de Yotebber. Sin multitudes, ni caciques, ni guardaespaldas. Recorrió las calurosas calles conocidas, pasó el mercado, cruzó el Parque de la ciudad. Una reyerta allí. Todavía había bandas de rufianes, y mantuvo el ojo alerta y el pie en las calles principales. Pasó frente al viejo templo tualita. Había recogido una flor blanca que había caído de un arbusto en el parque. La depositó a los pies

de la Madre. Ella sonreía, y bizqueaba al mirar su nariz perdida. Siguió camino hacia el gran cercado donde vivía Yeron.

Yeron tenía setenta y cuatro años y hacía poco que se había retirado del hospital que había administrado y donde había enseñado y ejercido durante los últimos quince años. No era muy diferente de la mujer que había visto por primera vez sentada junto a su cama, sólo parecía haber encogido un poco. Le quedaba muy poco pelo, y llevaba un pañuelo reluciente en la cabeza. Se abrazaron con fuerza y se besaron, y ella lo acarició y le dio palmaditas, sonriendo sin poder contenerse. Nunca habían hecho el amor, pero siempre había habido deseo entre ellos, un anhelo del otro, siempre habían encontrado un gran consuelo en el contacto del otro. —¡Mira eso, mira cuántas canas! —gritó ella, acariciándole el pelo—. ¡Qué hermoso! ¡Entra y toma un vaso de vino conmigo! ¿Cómo está tu Araha? ¿Cuándo vendrá? ¿Has cruzado la ciudad con esa bolsa en la mano? ¡Sigues siendo un loco!

Havzhiva le dio el regalo que había traído para ella, un tratado sobre Enfermedades específicas de Werel-Yeowe, escrito por un grupo de investigadores médicos del Ecumen, y ella lo tomó con avidez. Durante algún tiempo conversó a saltos mientras ojeaba el índice temático y el capítulo sobre el berlot. Sirvió el pálido vino de naranja. Bebieron un segundo vaso. —Tienes buen aspecto, Havzhiva —dijo ella, dejando el libro y mirándolo con atención. Los ojos se le habían enturbiado y tenían una opacidad oscura y azulada—. Ser un santo te sienta bien.

—No es tan grave, Yeron.

—Un héroe, entonces. No puedes negar que eres un héroe.

—No —dijo él con una risa—. Sabiendo lo que es un héroe, no lo negaré.

—¿Dónde estaríamos sin ti?

—Justamente donde estamos ahora,… —Havzhiva suspiró—. A veces pienso que estamos perdiendo lo poco que hemos ganado. Ese Tualbeda, en la Provincia de Detake, no lo subestimes, Yeron. Sus discursos son pura misoginia y están llenos de prejuicios contra los inmigrantes, y la gente los devora…

Ella hizo un gesto que descartaba completamente al demagogo. —Esas cosas no desaparecen nunca —dijo—. Pero yo sabía lo que tú ibas a representar para nosotros. Desde el primer momento. Lo supe en cuanto oí tu nombre.

—La verdad es que no me diste elección.

—Bah, tú elegiste, hombre.

—Sí —dijo él. Saboreó el vino—. Lo hice. —Al rato añadió—. No muchas personas tienen la oportunidad de elegir que yo tuve. Cómo vivir, con quién vivir, qué trabajo hacer. A veces pienso que pude elegir porque crecí en un lugar donde todo estaba ya decidido para mí.

—Y tú te rebelaste y encontraste tu propio camino —dijo ella asintiendo.

El sonrió. —No soy un rebelde.

—¡Bah! —exclamó ella otra vez—. ¿No eres un rebelde? ¿Tú, siempre en el meollo, siempre en el corazón de nuestro movimiento?

—Oh, eso sí —dijo él—. Pero no con un espíritu rebelde. Ése tenía que ser vuestro espíritu. Mi trabajo era aceptar, mantener un espíritu abierto. Eso es lo que aprendí en la infancia. A aceptar. No cambiar el mundo, sino el alma, para que pueda existir en el mundo. Para que pueda existir correctamente en el mundo.

Ella escuchó, pero no parecía muy convencida. —Suena a la manera de ser femenina —dijo—. Los nombres generalmente quieren cambiar las cosas a su

conveniencia.

—No los hombres de mi pueblo —dijo él.

Yeron sirvió un tercer vaso de vino. —Háblame de tu gente. Siempre tuve miedo de preguntar. ¡Los hainis son tan viejos, tan sabios! ¡Saben tanta historia, saben de tantos mundos! Nosotros aquí con nuestros trescientos años de miseria, asesinato e ignorancia… no sabes lo insignificantes que nos hacéis sentir.

—Creo que sí lo sé —dijo Havzhiva. Luego añadió—: Yo nací en un pueblo llamado Stse.

Entonces le habló del pueblo, de la gente del Otro Cielo, de su padre que era su tío, de su madre, la Heredera del Sol, de los ritos, las festividades, los dioses de cada día, los dioses inusuales; le habló del cambio de ser, de la visita de la historiadora, y de cómo él había cambiado de ser de nuevo al ir a Kathhad.

—¡Tantas reglas! —dijo Yeron—. Tan complicadas e innecesarias. Como nuestras tribus. No me extraña que escaparas.

—Lo único que hice fue ir a aprender a Kathhad lo que podía haber aprendido en Stse —dijo él, sonriendo—. Lo que son las reglas. Las distintas formas en que unos necesitamos de los otros. Ecología humana. Lo que hemos estado haciendo aquí todos estos años, tratando de encontrar un buen cuerpo de reglas… ¿un dibujo que tenga sentido? —Se levantó, distendió los hombros y dijo—: Estoy borracho. Vayamos a dar un paseo.

Salieron a los jardines soleados del cercado y pasearon lentamente por los senderos entre los cuadros de verduras y los macizos de flores. Yeron saludaba a los que estaban escardando y cavando, que levantaban Ja cabeza y la llamaban por el nombre. Agarraba el brazo de Havzhiva con fuerza, con orgullo. Él acompasó su paso al de ella.

—Cuando tienes que quedarte sentado y quieto, tienes ganas de volar —dijo él mirando la delicada mano pálida y nudosa de ella apoyada en su brazo—. Si tienes que volar, querrías quedarte sentado. Aprendí a estar sentado en casa. Con los historiadores aprendía, volar. Pero seguía sin poder mantener el equilibrio.

—Entonces viniste aquí-dijo Yeron. —Entonces vine aquí. —¿Y aprendiste?

—Aprendí a caminar —dijo él—. Aprendí a caminar con mi pueblo.

La liberación de una mujer

1. Shomeke

Mi querido amigo me ha pedido que narre mi vida en la creencia de que tal vez será de interés para gentes de otros mundos y otros tiempos. Soy una mujer corriente, pero he vivido durante años dé cambios extraordinarios y he podido conocer en mi propia carne la naturaleza de la servidumbre y la naturaleza de la libertad.

Aprendí a leer y escribir siendo ya una mujer adulta, y eso es todo lo que alegaré para excusar los posibles errores de mi narración.

Nací esclava en el planeta Werel. Me llamaron Shomeke Radosse Rakam, esto es, propiedad de la familia Shomeke, nieta de Dosse, nieta de Kamye. La familia Shomeke era propietaria de una hacienda en la costa oriental efe Voe Deo. Dosse era mi abuela. Kamye es el Señor Dios.

Los Shomeke poseían más de cuatrocientos activos, que usaban principalmente para cultivar los campos de gede, pastorear el ganado en los pastos alcalinos, trabajar en las fábricas y como domésticos en la Casa Grande. La familia Shomeke había desempeñado un papel importante en la historia. Nuestro Propietario ocupaba un cargo político relevante y solía pasar mucho tiempo en la capital.

Los activos tomaban el nombre de las abuelas porque eran ellas quienes criaban a los pequeños.

La madre trabajaba todo el día, y no había padre. Las mujeres eran poseídas siempre por más de un hombre, e incluso si un hombre reconocía a su hijo, no se ocupaba de él: podían venderlo o alquilarlo en cualquier momento. Los activos jóvenes no so-Kan durar mucho en las haciendas. Si eran valiosos, se los alquilaba a otras haciendas o se los vendía a las fábricas. Si no tenían valor, los hacían trabajar hasta la muerte.

En cambio no se solía vender a las mujeres. A las jóvenes se las conservaba para que trabajaran y criaran, a las viejas para que cuidaran de los pequeños y mantuvieran el orden en el cercado. En algunas haciendas las mujeres tenían un hijo cada año hasta que morían, pero en la nuestra por lo general sólo tenían dos o tres. Los Shomeke valoraban a las mujeres como mano de obra, y no les gustaba que los hombres andarán con ellas todo el tiempo. Las abuelas coincidían con ellos y vigilaban estrechamente a las mujeres jóvenes.

Digo hombres, mujeres, niños, pero tienen que comprender que a nosotros no nos llamaban hombres, mujeres, niños. Sólo nuestros propietarios recibían ese nombre. Nosotros los activos o esclavos éramos llamados siervos, siervas, y mocosos o crías. Usaré esas palabras aunque no las he oído ni pronunciado desde hace muchos años, y nunca antes en este bendito mundo.

La parte de los siervos del cercado, el lado de la puerta, estaba gobernada por los Jefes, que eran hombres, algunos, familiares de la familia Shomeke, otros, contratados por ellos. En el interior vivían las crías y las siervas. Allí dos cortelibres, siervos castrados, eran los Jefes de nombre, pero mandaban las abuelas. En verdad nada sucedía en el cercado sin el conocimiento de las abuelas.

Si las abuelas decían que un activo estaba demasiado enfermo para trabajar, los

Jefes le permitían quedarse en casa. A veces las abuelas salvaban a un esclavo de la venta, a veces evitaban que una joven fuese utilizada por más de un hombre, o le proporcionaban a una muchacha delicada un anticonceptivo. Todos en el cercado acataban las órdenes del consejo de las abuelas. Pero si una de ellas iba demasiado lejos, los Jefes la hacían azotar, o la cegaban o le cortaban las manos. Cuando yo era una niñita, vivía en nuestro cercado una mujer, que nosotros llamábamos la bisabuela, que tenía las cuencas de los ojos vacías y no tenía lengua. Yo creía que estaba así porque era muy vieja, y temía que la lengua de mi abuela Dosse se le secara en la boca. Cuando se lo dije, ella contestó: —No, mi lengua no encogerá porque no dejaré que sea demasiado larga.

Yo vivía en el cercado. Mi madre me dio a luz, allí, y le permitieron que me amamantara durante tres meses; luego me destetaron con leche de vaca y mi madre volvió a la Casa Grande. Se llamaba Shomeke Rayowa Yowa. Era de piel clara, como la mayoría de los activos, pero muy hermosa, de tobillos y muñecas esbeltos y rasgos delicados. Mi abuela también era clara, pero yo era muy oscura, más oscura que nadie en el cercado.

Cierta vez mi madre vino de visita (como siempre, los cortelibres la dejaron entrar por la puerta escala) y me encontró frotándome el cuerpo con polvo gris. Cuando me regañó, yo le dije que quería ser igual que los demás.

—Escúchame, Rakam —me dijo entonces—, ellos son polvorientos y nunca saldrán del polvo. Tú eres mejor. Y serás hermosa. ¿Por qué crees que eres tan negra? —Yo no comprendía lo que quería decir—. Algún día te diré quién es tu padre —me dijo, como si estuviese prometiéndome un regalo. Yo sabía que el semental de los Shomeke, un animal apreciado y valioso, cubría yeguas de otras haciendas. En aquel entonces yo no sabía que un padre podía ser humano.

Así que esa noche presumí delante de mi abuela: —¡Soy hermosa porque el semental negro es mi padre! —Dosse me golpeó la cabeza con tanta violencia que caí al suelo y me eché a llorar. —No vuelvas a hablar de tu padre —me dijo. Supe que había cólera entre mí abuela y mi madre, pero no comprendí la razón hasta mucho después. Aún ahora no estoy segura de comprender todo lo que había entre ellas.

Nosotros los pequeños correteábamos por el cercado. No conocíamos nada de lo que había más allá de los muros. Todo nuestro mundo se reducía a las cabañas de las siervas y los barracones de los siervos, las cocinas y los huertos de las cocinas, la desnuda plaza apisonada por pies desnudos. La empalizada me parecía muy lejana.

Cuando los obreros del campo y las fábricas cruzaban el portón por la mañana temprano, yo no sabía adónde iban. Sencillamente no estaban. El resto del día el cercado nos pertenecía a nosotros los pequeños, desnudos en el verano, casi desnudos en el invierno también; correteábamos y jugábamos con palos y piedras y barro, fuera del alcance de las abuelas hasta que el hambre nos obligaba a suplicarles algo de comer o nos ponían a escardar las malas hierbas del jardín.

Al atardecer regresaban los trabajadores y se apiñaban ante el portón guardado por los Jefes. Algunos volvían exhaustos y sombríos, otros bromeaban y hablaban con unos y otros. El gran portón se cerraba de golpe detrás del último. El humo subía de los hornillos de todas las cocinas y el dulce olor del estiércol quemado llenaba el aire. Todos se reunían en los porches de las cabañas y los barracones. Los siervos y siervas remoloneaban junto a la zanja que separaba el lado de la puerta del interior y hablaban a través de ella. Después de comer, los libertos dirigían plegarias a la imagen de Tual y nosotros elevábamos nuestras propias plegarias a Kamye, y luego todo el mundo se iba a la cama, excepto los que iban a «saltar la zanja». Algunas noches de verano había cantos o se nos permitía

bailar. En el invierno, uno de los abuelos —pobres viejos quebrantados, no vigorosos como las abuelas— «cantaban la palabra». Así llamábamos nosotros a recitar el Arkamye. Cada noche, en todas las épocas del año, unos enseñaban y otros aprendían los versos sagrados. En las noches de invierno, uno de esos viejos siervos inútiles que seguían vivos por la caridad de las abuelas empezaba a cantar la palabra, y entonces hasta los más pequeños se quedaban quietos y escuchaban la historia.

Mi amiga del alma era Walsu. Ella era mayor que yo y me defendía cuando había peleas o disputas entre los pequeños o los más mayores me llamaban «jefa», yo era pequeña, pero tenía un carácter fiero. Cuando estábamos juntas, Walsu y yo, nadie nos molestaba. Pero entonces enviaron a Walsu fuera del portón. Habían cubierto a su madre y ya estaba muy llena, de modo que necesitaba ayuda en los campos para cumplir con su cuota. El gede se cosecha a mano. Cada día madura una nueva sección del tallo productivo, y hay que recogerla en seguida; por eso, los recogedores de gede pasan por el campo una y otra vez durante veinte o treinta días, y entonces van a otros campos de cosecha más tardía. Walsu salía con su madre para ayudarla a recoger sus hileras. Cuando la madre cayó enferma, Walsu ocupó su lugar y con ayuda de los demás cumplió con la cuota de su madre. Ella tenía entonces seis años según la cuenta del propietario, que daba a todos los activos el mismo día de nacimiento, el día de año nuevo, a comienzos de la primavera, pero seguramente tenía siete. La madre continuó enferma tanto antes como después de dar a luz, y Walsu la sustituyó en el campo de gede todo ese tiempo. Después ya nunca regresaba a jugar, sólo por la noche, para comer y dormir. Yo la veía entonces y hablábamos. Ella estaba orgullosa de su trabajo. Yo la envidiaba y anhelaba cruzar el portón. Cada mañana la seguía hasta allí y miraba el mundo que se abría más allá. Ahora los muros del cercado parecían muy estrechos.

Le dije a mi abuela Dosse que quería ir a trabajar a los campos.

—Eres demasiado joven. —Cumpliré siete en año nuevo. —Tu madre me hizo prometer que no te dejaría ir.

La siguiente vez que mi madre visitó el cercado, | le dije: —La abuela no me deja ir a los campos. Yo quiero ir a trabajar con Walsu.

—Eso nunca —dijo mi madre—. Tú has nacido para algo mejor. —¿Para qué?

—Ya lo verás —dijo, y sonrió. Yo sabía que se refería a la Casa Grande, donde ella trabajaba. Me había hablado muchas veces de las cosas maravillosas que había en la Casa Grande, cosas que resplandecían y tenían colores brillantes, cosas finas y delicadas, cosas limpias. La Casa Grande era silenciosa, decía mi madre. Ella misma llevaba un bonito pañuelo rojo, tenía una voz suave, y su cuerpo y sus ropas estaban siempre limpios y frescos.

—¿Cuándo será eso?

La importuné hasta que al fin dijo: —¡De acuerdo! Se lo preguntaré a la Señora.

—¿Qué le preguntarás?

Todo lo que yo sabía de la Señora era que también ella era delicada y limpia, y que mi madre le pertenecía de algún modo particular, del que ella se sentía orgullosa. Sabía que la Señora le había dado el pañuelo rojo a mi madre.

—Le preguntaré sí puedes venir para empezar a aprender las cosas de la Casa Grande.

Mi madre decía «la Casa Grande» de un modo que me hacía imaginarla como un gran lugar sagrado, como el lugar del que hablaban nuestras plegarías: Entraré en la casa de la luz, en las habitaciones de la paz.

Estaba tan excitada que empecé a bailar y a cantar: —¡Iré a la Casa Grande, iré a la Casa Grande!

Mi madre me abofeteó para que me calmara y me regañó por ser tan alocada.

—¡Eres demasiado joven! —dijo—. ¡No sabes comportarte! Si te echan de la Casa Grande, ya nunca más podrás volver.

Prometí que sería lo suficiente mayor.

—Tienes que hacerlo todo bien —dijo Yowa—. Tienes que hacer todo lo que yo te diga y cuando te lo diga. Sin discutir, sin tardanza. Si la Señora ve que eres una salvaje, te enviará de vuelta aquí, y ése será tu fin para siempre.

Prometí que sería dócil. Prometí que obedecería a todo al instante y que no hablaría. Cuanto más terrorífico me lo pintaba ella, más deseaba yo ver la Casa maravillosa y resplandeciente.

Cuando mi madre se fue, yo no creía que le hablaría de mí a la Señora; no estaba acostumbrada a que se cumplieran las promesas. Sin embargo, unos días después regresó, y la oí hablar con mi abuela. Dosse estaba enfadada al principio y gritaba. Me agazapé bajo la ventana de la cabaña para escuchar. Oí llorar a mi abuela y eso me asustó y me sorprendió. Mi abuela era paciente conmigo, siempre me había cuidado y me aumentaba bien, pero nunca se me había ocurrido que hubiese algo más que eso hasta que la oí llorar. Su llanto desató el mío, como si yo fuese parte de ella.

—Deja que me la quede un año más —dijo—. Sólo es una niña. No dejaré que cruce el portón. —Estaba suplicando, como si no tuviese ningún poder, como si no fuera una abuela—. ¡Ella es mi alegría, Yowa!

—Entonces querrás que prospere, ¿no?

—Sólo un año más. Es demasiado salvaje para la Casa Grande.

—Ya ha vivido salvaje demasiado tiempo. Si se queda la mandarán a los campos. Un año de esa vida y ya no la querrán en la Casa, será polvo. De todos modos, no sirve de nada llorar ahora. Le pregunté a la Señora, y la está esperando. No puedo regresar sin ella.

—Yowa, no dejes que le hagan daño —dijo Dosse muy bajo, como si le avergonzase decirle aquello a su hija, y sin embargo con fuerza.

—Me la llevo para que no le hagan daño —dijo mi madre. Entonces me llamó, y yo enjugué mis lágrimas y entré.

Es curioso, pero no recuerdo mi primer paseo por el mundo fuera del cercado o la primera vista que tuve de la Casa. Supongo que estaba asustada y mantuve la vista baja, y todo me resultaba tan extraño que no comprendía nada de lo que veía. Recuerdo que pasaron varios días antes de que mi madre me presentara ante la dama Tazeu. Tuvo que refinarme y enseñarme, y asegurarse de que no la avergonzaría. Yo estaba aterrorizada cuando al fin me agarró de la mano y salimos de las habitaciones de las siervas; riñéndome en susurros todo el tiempo, me llevó a través de salas y puertas de madera pintada hasta una habitación brillante y soleada, sin techo y llena de flores que crecían en macetas.

Yo casi no había visto flores, sólo las de las malas hierbas de los jardines de las cocinas, y no podía dejar de mirarlas. Mi madre tuvo que darme un tirón de la mano para que mírase a la mujer reclinada en una silla entre las macetas; vestía unas ropas suaves de colores vivos y yo apenas la distinguía de las flores. El pelo de la mujer era largo y brillante, y la piel, brillante y negra. Mí madre me empujó y yo hice lo que ella me había obligado a ensayar una y otra vez: fui hacia ella, me arrodillé junto a la silla y esperé, y cuando la mujer alargó su larga mano, estrecha y delicada, negro sobre el azul de las palmas, apoyé levemente la frente contra ella. Yo hubiese tenido que decir «Soy su esclava

Rakam, Señora», pero la voz no me salía.

—¡Qué cosa tan pequeña y hermosa! —dijo la Señora—. Tan negra. —El tono le cambió en estas últimas palabras.

—Los Jefes vinieron… aquella noche —dijo Yowa con una sonrisa tímida, y bajó los ojos como avergonzada.

—No hay duda —dijo la mujer. Me atreví a mirarla otra vez. Era muy bella. Yo no sabía que una persona podía ser tan bella. Creo que ella advirtió mi sorpresa. Volvió a alargar la mano y me acarició la mejilla y el cuello—. Muy, muy bonita, Yowa —dijo—. Hiciste bien en traerla. ¿Se ha bañado?

Ella no lo hubiera preguntado si me hubiese visto cuando llegué, sucia y apestando al estiércol de vaca con el que encendíamos el fuego. La dama Tazeu no conocía nada más allá de la beza, el ala de las mujeres de la Casa. Estaba encerrada allí como yo había estado encerrada en el cercado, e ignoraba todo lo referente al exterior. Ella no había olido nunca estiércol de vaca y yo nunca había visto flores.

Mi madre le aseguró que estaba limpia y ella dijo: —Entonces puede venir a la cama conmigo esta noche. Me complacería. ¿Querrás venir a dormir conmigo, pequeña y preciosa…? —Miró a mi madre, que murmuró «Rakam». La Señora frunció los labios al oír el nombre—. No me gusta —murmuró—. Es tan feo. Toti, sí. Tú serás mi nueva Toti. Tráela esta noche, Yowa.

Mi madre me contó que la Señora tenía un perro zorro llamado Toti que había muerto. Yo no sabía que los animales tenían nombre, y por eso no me pareció raro recibir el nombre de uno, aunque sí me pareció extraño al principio no ser Rakam. No podía pensar en mí como en Toti.

Esa noche mi madre me bañó otra vez, me untó la piel con aceite dulce y me puso una delicada bata, mis suave aún que su pañuelo rojo. De nuevo me reprendió y me advirtió, aunque también ella estaba excitada y orgullosa de mí, de camino a la beza; recorrimos muchas sajas y nos cruzamos con otras siervas, y al fin entramos en la habitación de la Señora. Era una habitación maravillosa: de las paredes colgaban espejos, tapices y cuadros. Yo no sabía qué era un espejo o un cuadro, y me asusté al ver gente en ellos. La dama Tazeu advirtió mi miedo. —Ven, pequeña —dijo, haciéndome sitio en el gran lecho, suave y amplio, cubierto de almohadones—, ven aquí conmigo. —Gateé y me acurruqué junto a ella, y ella me acarició el pelo y la piel y me estrechó entre sus brazos cálidos y suaves hasta que me sentí tranquila y a gusto—. Así, así, pequeña Toti —decía ella, y dormimos de aquella manera.

Me convertí en la mascota de la dama Tazeu Wehoma Shomeke. Dormía con ella casi todas las noches. Su marido pasaba muy poco tiempo en casa, y cuando venía, no iba a ella por la noche, pues prefería el placer de las siervas. A veces la dama hacía que mi madre y otras siervas jóvenes fuesen a la cama con ella. En esas ocasiones me enviaba fuera; cuando fui algo mayor, diez u once años, empecé a quedarme con ellas y la dama me enseñó los secretos del placer. Era muy gentil, pero ella era la dueña en el amor, y yo sólo el instrumento que ella utilizaba.

También aprendí las artes y los deberes del hogar. Como yo tenía buena voz, la dama me enseñó a acompañarla en el canto. Durante todos esos años nunca me castigaron ni tuve que hacer trabajo duro. Yo, que había sido perfectamente salvaje en el cercado, era perfectamente obediente en la Casa Grande. Yo, que me había rebelado con impaciencia contra los mandatos de mi abuela, hacía de buena gana todo ío que me ordenaba la Señora. La dama Tazeu me retenía por el único amor que podía darme y yo la creía Tuaí la

Misericordiosa bajada a la tierra. Y no hablo figurativamente: ésa era la verdad. Yo la creía un ser superior, superior a mí. Quizá ustedes pensarán que era imposible que yo pudiese encontrar placer en ser utilizada sin mi consentimiento por mi Señora, y que si lo encontré no debería hablar de ello, ni siquiera para poner de manifiesto tan poco bien en una maldad tan grande. Pero yo no sabía de consentimientos ni rechazos entonces. Ésas son palabras de libertad.

La dama Tazeu sólo tenía un hijo, tres años mayor que yo. Llevaba una vida bastante solitaria entre nosotras las siervas. Los Wehoma eran nobles de las Islas, gentes chapadas a la antigua cuyas mujeres no viajaban, de modo que no tenía relación con su familia. La única compañía de la que disfrutaba era cuando el Propietario Shomeke se traía a sus amigos de la capital; sin embargo, como éstos eran todos hombres, sólo podía sentarse con ellos a la mesa.

Yo vi raras veces al Propietario, y siempre de lejos. También creía que él era un ser superior, aunque peligroso.

En cuanto a Erod, el Joven Propietario, lo veíamos cada día cuando venía a visitar a su madre o cuando salía a cabalgar con sus tutores. A los once o doce años, las niñas solíamos espiarlo y nos reíamos como tontas, pues era un muchacho atractivo, negro como la noche y esbelto como su madre. Yo sabía que tenía miedo de su padre, porque lo había oído llorar cuando estaba con su madre. Ella lo consolaba con dulces y caricias, y le decía: «Se ira pronto, cariño». Me daba pena Erod, que era como una sombra, delicado y sin maldad. A los quince años lo enviaron a la escuela por un año, pero su padre lo trajo de vuelta antes de que terminara el curso. Los siervos nos contaron que el Propietario lo había azotado cruelmente y le había prohibido incluso cabalgar fuera de la hacienda.

Las siervas que el Propietario usaba nos explicaban lo brutal que era, y nos enseñaban los golpes y las heridas que él les había hecho. Lo odiaban, pero mi madre nunca habló contra él. —¿Quién te crees que eres? —le dijo a una muchacha que se quejaba de que el Propietario la usaba—. ¿Una dama a la que hay que tratar como si fuera de cristal? —Y cuando la chica descubrió que estaba embarazada, llena decíamos nosotros, mi madre hizo que la enviaran de vuelta al cercado. Entonces no entendí la razón, pensé que Yowa era dura y estaba celosa. Ahora pienso que además estaba protegiendo a la chica de los celos de la Señora.

No sé cuándo descubrí que yo era hija del Propietario. Como había ocultado ese secreto de la Señora, mi madre pensaba que era un secreto para todos. Pero todas las siervas lo sabían. No recuerdo qué fue lo que escuché por casualidad, pero cuando vi a Erod lo estudié y pensé que yo me parecía mucho más que él a nuestro padre. Y me extrañó que la dama Tazeu no lo hubiese advertido. Pero ella había escogido vivir en la ignorancia.

Durante esos años regresé muy pocas veces al cercado. Después de más o menos medio año en la Casa, yo estaba ansiosa por regresar y ver a Walsu y a mi abuela, y enseñarles mis ropas finas y mi piel lustrosa y mi pelo brillante; pero cuando fui, mis antiguos compañeros de juegos me arrojaron barro y piedras y me desgarraron las ropas. Walsu estaba en los campos. Tuve que pasar el día escondida en la cabaña de mi abuela. No quise volver nunca más. Cuando mi abuela enviaba a buscarme, yo iba acompañada de mi madre y no me separaba cíe ella. La gente del cercado, incluso mi abuela, empezó a parecerme vulgar y grosera. Eran sucios y olían muy fuerte. Tenían llagas, cicatrices de latigazos, dedos, orejas y narices cortados. Sus manos y pies eran bastos y las uñas, deformes. Yo ya no estaba acostumbrada a las personas que tenían ese aspecto. Nosotros los domésticos de la Casa Grande éramos completamente diferentes a ellos, pensaba. Al

servir a seres superiores, acabábamos por parecemos a ellos.

Con trece o catorce años la dama Tazeu aún me tenía en su cama y me hacía el amor a menudo. Pero también tenía una nueva mascota, la hija de una de las cocineras, una niñita preciosa aunque blanca como la arcilla. Una noche la dama me hizo el amor durante mucho tiempo de formas que ella sabía que me producían un gran éxtasis físico. Cuando yací exhausta en sus brazos, ella murmuró «adiós, adiós», besándome la cara y los pechos. Yo estaba demasiado agotada para extrañarme.

A la mañana siguiente la Señora nos llamó a mi madre y a mí para decirnos que iba a darme como regalo a su hijo Erod en su décimo séptimo aniversario.

—Te extrañaré terriblemente, Toti querida —dijo con lágrimas en los ojos—. Has sido mi alegría. Pero no hay ninguna otra muchacha aquí que sea buena para Erod. Tú eres la más querida y dulce de todas.

Y sé que eres virgen —quería decir virgen para los hombres— y que mi muchacho disfrutará contigo.

Y será bueno con ella, Yowa —le dijo a mi madre. Mi madre se inclinó y no dijo nada. No podía decir nada. Y tampoco me dijo nada a mí. Era demasiado tarde para revelar el secreto del que tan orgullosa había estado.

La dama Tazeu me dio medicamentos para evitar la concepción, pero mi madre, desconfiando de las medicinas, fue a ver a mi abuela y me trajo hierbas anticonceptivas. Las tomé religiosamente durante aquella semana.

Si un hombre en la Casa visitaba a su esposa iba a la beza, pero si quería a una sierva era ella quien «cruzaba». Así que la noche del aniversario del Joven Propietario me vistieron toda de rojo y crucé, por primera vez en mi vida al ala de los hombres de la Casa.

Mi reverencia por la Señora se extendía a su hijo, y además me habían enseñado que los propietarios eran superiores a nosotros por naturaleza. Pero él era un muchacho al que yo conocía desde la niñez y sabía que la mitad de su sangre y de la mía era igual. Eso hacía que experimentase un sentimiento extraño hacia él.

Yo creía que Erod era tímido, que tenía miedo de su virilidad. Otras chicas habían intentado tentarlo y habían fracasado. Las mujeres me habían enseñado lo que tenía que hacer, cómo ofrecerme y excitarlo, y estaba dispuesta a hacerlo. Me llevaron a él, al espacioso dormitorio con ventanales altos y estrechos de cristal violeta. Esperé tímidamente cerca de la puerta un rato, y él permaneció cerca de una mesa abarrotada de papeles y pantallas. Al fin se acercó a mí, me tomó de la mano y me llevó a una silla. Me hizo sentar y él se quedó de pie y me habló; todo aquello era impropio y me sentí confundida.

—Rakam —dijo—, es así como te llamas, ¿no? —Asentí—. Rakam, mi madre lo hace llena de buena intención, y no debes creerme ingrato con ella ni ciego a tu belleza. Pero nunca tomaré a una mujer que no pueda ofrecerse libremente. Las relaciones sexuales entre amo y esclavo son violación. —Y continuó hablando, y sus palabras eran hermosas, como cuando la Señora leía en voz alta de uno de sus libros. Yo no entendí gran cosa de lo que dijo, excepto que yo acudiría siempre que él me mandase a buscar y dormiría en su gran cama, pero él no me tocaría nunca. Y que no debía, hablar del asunto con nadie—. Siento mucho pedirte que mientas —dijo, con tanta sinceridad que me pregunté si acaso no le dolería mentir. Eso hizo que me pareciese más un dios que un ser humano. Si a uno le duele mentir, ¿cómo puede seguir vivo?

—Haré lo que mandáis, señor Erod —dije.

De modo que muchas noches los siervos de él venían para llevarme al otro lado. Yo dormía en su eran lecho, mientras él trabajaba en sus papeles en la mesa. Erod dormía en un

sofá bajo los ventanales. A menudo prefería hablar conmigo, a veces por mucho rato, y me exponía sus ideas. Cuando estaba en la escuela de la capital, se había hecho miembro de un grupo de propietarios que querían abolir la esclavitud llamado La Comunidad. Habiéndole llegado rumores de esto, su padre lo sacó de la escuela, lo envió a casa y le prohibió abandonar la propiedad. Así pues, él también era un prisionero. Pero se comunicaba constantemente con otros de La Comunidad a través de la red, que sabía manejar sin el conocimiento de su padre o el gobierno.

Rebosaba de ideas y tenía que expresarlas. Geu y Ahas, los jóvenes siervos que se habían criado con él y que siempre venían a recogerme, solían quedarse con nosotros mientras el señor Erod nos hablaba sobre la esclavitud y la libertad y muchas otras cosas. Aunque tenía sueño, yo escuchaba y oía muchas cosas que no sabía cómo entender o cómo creer. Erod nos contó que existía una organización entre los activos, el Hame, que robaba esclavos de las plantaciones. Esos esclavos eran llevados a miembros de La Comunidad, que les proporcionaban títulos de propiedad falsos y los trataban bien, y los alquilaban para hacer trabajos decentes en la capital. Nos hablaba de las ciudades, y a mí me encantaba escuchar todo aquello. Nos habló también de la Colonia de Yeowe, y nos dijo que allí había una revolución de esclavos.

Yo no sabía nada de Yeowe. Para mí sólo era una gran estrella azul y verde que se ponía después que el sol o salía antes que éste, más brillante que la luna más pequeña. Era un nombre en una vieja canción que cantaban en el cercado.

O, O, Yeowe,
nadie regresa jamás

Tampoco sabía qué era una revolución. Cuando Broa me dijo que significaba que los activos de las plantaciones de ese lugar llamado Yeowe estaban luchando contra sus propietarios, no pude comprender que los activos hicieran una cosa así. Desde el principio se había ordenado que hubiese seres superiores e inferiores: el Señor y los humanos, el hombre y la mujer, el propietario y el poseído. Todo mi mundo era la hacienda Shomeke y descansaba sobre esos fundamentos. ¿Quién iba a querer derribarlos? Todos acabarían aplastados entre las ruinas.

Me desagradaba que Erod llamase a los activos esclavos, una palabra fea que nos restaba valor. Decidí que allí en Werel éramos activos, y en ese otro lugar, en la Colonia de Yeowe, eran esclavos, siervos inútiles, intratables. Por eso los habían enviado allí. Parecía razonable.

Comprenderán con esto la ignorante que yo era. A veces veíamos programas de la holorred con la dama Tazeu, pero sólo series dramáticas, nunca noticias sobre lo que ocurría. Del mundo que había más allá de la hacienda yo no sabía más que lo que Erod nos contaba, y aun eso no lo entendía.

A Erod le gustaba discutir con nosotros. Creía que eso era una señal de que nuestro pensamiento estaba liberándose. Geu sabía hacer las preguntas adecuadas. Preguntaba, por ejemplo: «¿Pero si no hay activos, quién hará el trabajo?». Entonces Erod se explayaba en la respuesta. Los ojos le brillaban, la voz era elocuente. Yo lo quería cuando nos hablaba. Era hermoso y lo que nos decía era hermoso. Era como cuando de niña escuchaba a los abuelos cantar la palabra, recitar el Arkamye, allá en el cercado.

Yo pasaba los anticonceptivos que la Señora me daba cada mes a las muchachas que los necesitaban. La señora Tazeu había despertado mi sexualidad y había hecho que me acostumbrara a ser usada sexualmente. Extrañaba las caricias de ella, pero no sabía cómo acercarme a las otras siervas, y ellas temían acercarse a mí porque yo pertenecía al Joven

Propietario. Muchas veces, cuando estaba con Erod y él hablaba, yo lo anhelaba en mi cuerpo. Yacía en su lecho y soñaba que él se acercaba y se inclinaba sobre mí y me hacía las cosas que la Señora solía hacerme. Pero él nunca me tocó.

Geu era también un joven muy guapo, limpio y educado, bastante negro, atractivo a mis ojos. Siempre me miraba. Pero jamás se acercó a mí, no hasta que yo le dije que Erod no me tocaba.

Así rompí la promesa que hiciera a Erod de no revelarle nada a nadie; pero no me sentía obligada a mantener las promesas, del mismo modo que no me sentía obligada a decir la verdad. Esa clase de honor era para los propietarios, no para nosotros.

A partir de entonces, Geu y yo nos encontramos en los áticos de la Casa. Sin embargo, me proporcionó muy poco placer. El no quería penetrarme, porque creía que tenía que conservar mi virginidad para nuestro amo. En vez de eso, hacía que tomara su pene en la boca. Cuando llegaba al orgasmo, se volvía, porque el esperma de un esclavo no debía mancillar a la mujer del amo. Era el honor del esclavo.

Es posible que ustedes piensen con repulsión que mi historia sólo trata de estas cosas, y que hay mucho más en la vida, incluso en la vida de un esclavo, que el sexo. Eso es muy cierto. Lo único que puedo decir es que quizá sea en nuestra sexualidad donde más fácilmente caemos en la esclavitud, lo mismo hombres que mujeres, Tal vez es en ella, incluso como personas libres, donde nos resulta más difícil mantener nuestra libertad. En la política de la carne están las raíces del poder.

Yo era joven, estaba llena de salud y ansias de felicidad. E incluso ahora, incluso aquí, cuando miro atrás, a través del abismo de los años, hacia aquel mundo, el cercado y la Casa de los Shomeke, los recuerdos son como las imágenes vividas de los sueños. Veo las manos grandes y curtidas de mi abuela. Veo a mi madre sonriendo, el pañuelo rojo al cuello. Veo el cuerpo negro y sedoso de mi Señora entre los cojines. Me llega el olor de los fuegos de estiércol de vaca, y los perfumes de la beza. Siento las ropas finas y suaves en mi cuerpo joven, y las manos y los labios de la Señora. Oigo a los viejos cantando la palabra, y su voz uniéndose a la de la Señora en una canción de amor, y a Erod hablándonos de Ja libertad, el rostro iluminado por su visión. Detrás de él, los ventanajes de piedra labrada y cristales violeta mantienen fuera la noche. No digo que me gustaría regresar. Preferiría morir antes que volver a Shomeke. Preferiría morir antes que dejar este mundo libre, mi mundo, para regresar a la esclavitud. Pero todo lo que conocí en mi juventud sobre la belleza, el amor y la esperanza estuvo allí.

Y allí fue traicionado. Todo lo que se construye sobre esos fundamentos acaba traicionándose.

Yo tenía dieciséis años el año que el mundo cambió.

El primer cambio del que oí no tuvo ningún interés para mí, pero Erod lo recibió con mucho entusiasmo, igual que Geu y Ahas y otros jóvenes siervos. Incluso mi abuela quería que le diese noticias cuando la visité. —Ese Yeowe, ese mundo de esclavos —dijo—, ¿han conseguido la libertad? ¿Han expulsado a los propietarios? ¿Han abierto los portones? Mi Señor, mi dulce Señor Kamye, ¿cómo es posible? ¡Alabado sea su nombre, alabadas sus maravillas! —Estaba acuclillada en el polvo y se balanceaba, abrazándose las rodillas. Para entonces ya era una anciana encogida—. ¡Cuéntame más! —dijo.

Yo no sabía mucho más. —Todos los soldados han regresado —dije—. Y esa otra gente, los alemenígenas, están en Yeowe. Quizá son los nuevos propietarios. Eso está pasando en un sitio muy lejano —dije, señalando con gesto vago el cielo.

—¿Qué son los alemenígenas? —preguntó mi abuela, pero yo no lo sabía.

Todo eso sólo eran palabras para mí.

Pero cuando nuestro Propietario, el señor Shomeke, regresó a casa enfermo, eso sí lo entendí. Llegó en un avión al pequeño aeropuerto de la hacienda. Lo sacaron en una camilla, los ojos en blanco, la piel negra llena de manchas grises. Estaba muñéndose de una enfermedad que estaba asolando las ciudades. Mi madre, sentada con la dama Tazeu, vio a un político en la red que dijo que los alemenígenas habían traído la enfermedad a Werel. Hablaba con tanto terror que pensamos que todo el mundo moriría. Cuando se lo dije a Geu, él soltó un bufido: —Alienígenas, no alemenígenas —corrigió—, y ellos no tienen nada que ver con la enfermedad. Él señor ha hablado con los médicos. Es sólo un nuevo tipo de gusano del pus.

Esa enfermedad va era bastante terrible. Sabíamos que cuando se descubría a un activo infectado, lo mataban como a un animal y quemaban el cadáver allí mismo.

No mataron al Propietario. La Casa Grande se llenó de médicos, y la dama Tazeu velaba día y noche a su marido. Fue una muerte cruel, que se prolongó días y días. En su sufrimiento, el señor Shomeke emitía unos sonidos terribles, alaridos, aullidos. Uno nunca habría dicho que un ser humano pudiese gritar hora tras hora como él lo hizo. La carne se le ulceró y se desprendió, se volvió loco, pero no murió.

Mientras la dama Tazeu se iba convirtiendo en una sombra, agotada y silenciosa, Erod se llenó de energía y entusiasmo. A veces, cuando oía a su padre gritar, los ojos le brillaban, y murmuraba: «que la Dama Tuai tenga misericordia de él», pero en verdad Erod se alimentaba de aquellos alaridos.

Yo sabía por Geu y Alias que se habían criado con él, cómo lo había atormentado su padre y cuánto lo despreciaba, y que Erod había prometido ser todo Jo que no era su padre y deshacer todo lo que él hiciese.

Fue la dama Tazeu quien puso fin a aquello. Una noche hizo salir a los sirvientes, como hacía a menudo, y se quedó sola con el moribundo. Cuando él empezó con sus gritos lastimeros, tomó su pequeño cuchillo de costura y le cortó el cuello, y luego se cortó las venas, y se tendió junto a él, y así murió. Mi madre pasaba la noche en la habitación contigua y dijo que le había extrañado un poco el silencio, pero estaba tan cansada que se quedó dormida; y por la mañana entró y los encontró a los dos sobre su propia sangre helada.

Yo sólo quería llorar por la Señora, pero reinaba la confusión. Había que quemar el contenido de la habitación del enfermo, dijeron los médicos, y había que incinerar los cadáveres sin tardanza. La Casa Grande estaba en cuarentena, de modo que sólo los sacerdotes de la Casa oficiarían el funeral. Nadie podría abandonar la hacienda durante veinte días. Pero varios médicos se fueron en cuanto Erod, que era ahora el nuevo Señor Shomeke, les comunicó sus intenciones. Ahas me dio algunas explicaciones confusas, pero yo no le presté atención.

Ese día, al atardecer, todos los activos esperamos frente a la capilla de la Señora Tual durante el servicio del funeral para escuchar las canciones y las plegarias que llegaban desde dentro. Los Jefes y los cortelibres habían traído a la gente del cercado, que se colocó detrás de nosotros. Vimos salir la procesión, pasaron los féretros blancos, encendieron las piras y el humo negro se elevó al cielo. Mucho antes de que el humo se extinguiera, el nuevo Señor Shomeke vino a nosotros.

Erod subió a una pequeña elevación de terreno que había detrás de la capilla y nos habló con una voz fuerte que nunca antes le había oído. En la Casa siempre había sido un murmullo en la oscuridad. Ahora era de día y la voz era potente, y allí estaba, negro y

erguido, con sus ropas blancas de luto. Aún no tenía veinte años.

—Escuchadme: habéis sido esclavos, pero seréis libres. Habéis sido de mi propiedad, pero ahora seréis dueños de vuestras vidas. Esta mañana he enviado al Gobierno la Orden de Manumisión de todos los activos de la propiedad, cuatrocientos once hombres, mujeres y niños. Si pasáis por la oficina de contabilidad por la mañana, os daré vuestros papeles. Esos papeles os identificarán como personas libres. Ya nadie podrá esclavizaros nunca más. Desde mañana sois Ubres de hacer lo que os plazca. Todos dispondréis de dinero para empezar vuestra nueva vida. No todo el que merecéis, no todo el que habéis ganado trabajando para nosotros, pero sí el que puedo daros. Yo abandono Shomeke. Me voy a la capital, donde continuaré trabajando para conseguir la libertad de todos los esclavos de Werel. El Día de la Liberación que ha llegado a Yeowe viene también a nosotros, y muy pronto. ¡Aquel que quiera venir conmigo, que venga! ¡A toaos nos queda mucho trabajo por hacer!

Recuerdo todo lo que dijo. Esas fueron sus palabras. Cuando uno no sabe leer ni tiene tampoco la cabeza llena de las imágenes de la holovisión, las palabras dichas calan hondo en la mente.

Cuando Erod calló, se hizo un silencio que nunca antes había escuchado.

Uno de los médicos empezó a hablar, alegando que Erod no podía romper la cuarentena.

—El demonio ha sido quemado —interrumpió Erod, señalando con gesto majestuoso el humo negro que se elevaba de la pira—. ¡Éste ha sido un lugar maligno, pero en adelante ningún mal saldrá de Shomeke!

Tras estas palabras, empezó a oírse un rumor sordo entre Ja gente del cercado, de pie detrás de nosotros, que creció y se convirtió en un gran clamor de júbilo mezclado con gemidos, llantos, gritos y canciones, «¡Señor Kamye! ¡Señor Kamye!», gritaban los hombres. Una anciana se adelantó: mi abuela. Avanzó entre nosotros, los activos de la Casa, como si fuéramos un campo de grano, y se detuvo a un buen trecho de Erod. La gente calló para escuchar a la abuela. —Señor Amo, ¿va a echarnos de nuestras casas? —dijo.

—No —dijo él—. Son vuestras. La tierra es vuestra. El producto de los campos es vuestro. ¡Ésta es vuestra casa y vosotros sois libres!

La gritería, se alzó de nuevo, tan ensordecedora que me agaché y me tapé los oídos; pero yo también gritaba y lloraba, alabando al Señor Kamye y al señor Erod en una sola voz con los demás.

Cantamos y bailamos allí, a la vista de las piras humeantes hasta que se puso el sol. Al fin las albuelas y los cortelibres hicieron que todos regresaran al cercado, señalando que aún no teníamos los papeles. Nosotros los domésticos regresamos desordenadamente a la Casa, hablando del día siguiente, cuando todos conseguiríamos nuestra libertad y nuestro dinero y nuestra tierra.

Erod pasó todo el día siguiente sentado en la oficina de contabilidad, rellenando los papeles de cada esclavo y asignando la misma cantidad de dinero para toaos: cien kue en metálico y un libramiento de quinientos kue en el banco del distrito, que no podrían ser retirados hasta cuarenta días después. Esto era así, explicaba a cada uno por separado, para que no fuesen víctimas de gente sin escrúpulos antes de que supiesen cómo emplear el dinero de la mejor manera. Él aconsejaba que formasen una cooperativa, que pusiesen el dinero en un fondo común y que gestionaran la propiedad democráticamente. Un anciano tullido salió bailando sobre sus piernas torcidas y gritando: «¡Dinero en el banco, Señor! ¡Dinero en el banco!».

Si lo deseaban, repetía Erod una y otra vez, podían ahorrar y ponerse en contacto con el Hame, que los ayudaría a conseguir un pasaje para Yeowe con ese dinero.

—*O, O, Yeowe* —empezó a cantar alguien, pero cambiaron la letra:

Todos vamos a ir

O, O, Yeowe,

¡Todos vamos a ir!

Estuvieron cantando todo el día. Sin embargo, nada podía borrar la tristeza de aquella canción. Al recordarla ahora, al recordar ese día, siento deseos de llorar.

A la mañana siguiente Erod partió. Estaba impaciente por abandonar el lugar donde había sido tan desgraciado y empezar una nueva vida en la capital, trabajando por la libertad. No se despidió de mí. Llevó consigo a Geu y Ahas, Los médicos y sus asistentes y activos se habían marchado el día anterior. Fuimos a ver el avión de Erod elevarse en el aire.

Regresamos a la Casa. Parecía sin vida. No había propietarios en ella, no había amos, nadie que nos dijese lo que teníamos que hacer.

Mi madre y yo fuimos y empacamos nuestras ropas. No habíamos hablado apenas, pero sentíamos que no podíamos permanecer allí. Oímos a las otras mujeres corriendo por la beza, revolviendo las habitaciones de la dama Tazeu, registrando los armarios, riendo y gritando excitadas al encontrar joyas o bien objetos valiosos. Escuchamos voces de hombre en el vestíbulo: las voces de los Jefes. Sin una palabra, mi madre y yo recogimos nuestras cosas y salimos por una puerta trasera, nos escurrimos por los setos del jardín y corrimos todo el camino hasta el cercado.

El gran portón del cercado estaba abierto de par en par.

¿Cómo puedo explicarles lo que aquello significó para nosotras, lo que significó ver aquel portón abierto? ¿Cómo puedo explicárselo?

2. Zeskra

Erod no sabía cómo se dirigía la hacienda porque eran los Jefes quienes la dirigían. También él era un prisionero. Había vivido inmerso en sus pantallas, sus sueños, sus visiones.

Las abuelas y otros en el cercado habían pasado la noche tratando de hacer planes, de unir a la gente para que pudieran defenderse. Esa mañana, cuando mi madre y yo llegamos, había siervos guardando el cercado armados con armas hechas con útiles de granja. Las abuelas y los cortelibres habían elegido a un cabeza, un trabajador del campo fuerte y apreciado por todos. De esa manera esperaban retener a los jóvenes.

Esa tarde la esperanza se desvaneció. Los hombres jóvenes se volvieron locos y fueron a saquear la Casa Grande. Los Jefes dispararon desde las ventanas y mataron a muchos; los otros escaparon. Los Jefes se atrincheraron en la Casa, bebiendo el vino de los Shomeke. Los propietarios de otras plantaciones iban a enviarles refuerzos por aire. Oímos aterrizar a los aviones, uno detrás de otro. Las siervas que se habían quedado en la Casa estaban a su merced ahora.

En cuanto a nosotros, en el cercado, las puertas estaban cerradas de nuevo. Habíamos pasado las grandes trancas del exterior al interior, y nos creíamos a salvo, al menos por esa noche. Pero en medio de la noche ellos vinieron con tractores pesados y derribaron el muro, y unos cien hombres o más, nuestros Jefes y propietarios de otras

plantaciones de la región, entraron en tropel. Llevaban pistolas. Nosotros los combatimos con las herramientas de la granja y con pedazos de madera. Sólo uno o dos resultaron heridos o murieron. Ellos mataron a tantos de nosotros como quisieron y luego empezaron a violarnos. Eso duró toda la noche.

Un grupo de hombres reunió a los hombres y mujeres ancianos y los mataron uno a uno de un tiro entre los ojos, como se mata al ganado. Mi abuela estaba entre ellos. No sé qué le pasó a mi madre. Cuando me sacaron de allí por la mañana no quedaba ningún siervo vivo. Vi papeles blancos tirados en la sangre derramada en el suelo: los papeles de la libertad.

A algunas de las muchachas y mujeres jóvenes que habíamos sobrevivido nos metieron en un camión y nos llevaron al puerto. Allí nos hicieron entrar en un avión a empujones y bastonazos, y nos llevaron por el aire. Yo no estaba del todo consciente. Lo que sé es lo que me contaron las otras después.

Nos encontramos en un cercado tan parecido al nuestro que pensé que nos habían llevado de vuelta a casa. Nos metieron dentro por la puerta escala de los cortelibres. Era todavía de mañana y las manos del campo estaban trabajando; sólo quedaban las abuelas y los pequeños y los hombres viejos. Las abuelas vinieron hacia nosotras regañándonos con fiereza. Al principio no comprendí por qué todos eran extraños y busqué a mi abuela con la mirada.

Las abuelas tenían miedo de nosotras porque pensaban que éramos fugitivas. En los últimos años muchos esclavos de las plantaciones habían escapado, intentando llegar a las ciudades. Ellas pensaban que éramos intratables y que les causaríamos problemas. Pero nos ayudaron a lavarnos y nos dieron un lugar cerca de la torre de los cortelibres. No había cabañas desocupadas, dijeron. Nos explicaron que aquélla era la Hacienda Zeskra y no quisieron oír lo que había ocurrido en Shomeke. No nos querían allí. No necesitaban nuestros problemas.

Dormimos en el suelo al raso. Algunos de los siervos cruzaron la zanja durante la noche y nos violaron, porque no había nada que les impidiera hacerlo, nadie para quien fuéramos de algún valor. Estábamos demasiado débiles y enfermas para resistirnos. Una de nosotras, una muchacha llamada Abye, trató de resistirse y los hombres la golpearon hasta que perdió el conocimiento. Por la mañana no podía hablar ni moverse, y cuando los Jefes vinieron a por nosotras, la dejaron allí tirada. También dejaron a otra muchacha, una trabajadora del campo que tenía unas cicatrices en la cabeza que parecían rayas del pelo. Al salir la miré y descubrí que era Walsu, la que había sido mi amiga. No nos habíamos reconocido. Ella estaba sentada en el barro, con la cabeza gacha.

A cinco de nosotras nos trasladaron del cercado a la Casa Grande de Zeskra, a los alojamientos de las siervas. Allí, y durante un tiempo, tuve alguna esperanza, ya que yo era una buena activa doméstica. No sabía entonces lo diferente que era Zeskra de Shomeke. La Casa en Zeskra estaba atestada de gente, atestada de propietarios y jefes. Era una familia grande, y no había un solo Señor, como en Shomeke, sino una docena de ellos con sus respectivos criados y parientes y visitas, de modo que podía haber entre treinta o cuarenta hombres alojados en el ala de los hombres y el mismo número de mujeres en la beza, y cincuenta siervos o más atendiendo la Casa. A nosotras no nos habían traído como domésticas, sino como mujeres de uso.

Después de bañarnos nos dejaron en el alojamiento de las mujeres de uso, una gran sala sin lugares privados. Ya había otras diez mujeres de uso en el lugar. A aquellas que disfrutaban de su trabajo no les gustó vernos allí, considerándonos como rivales; otras nos

recibieron bien, esperando quizá que ocuparíamos el lugar de ellas y así podrían pasar al personal doméstico. Pero ninguna nos trató con demasiada crueldad, y algunas hasta fueron bondadosas y nos dieron ropa, porque todo ese tiempo habíamos estado desnudas, y confortaron a la muchacha más joven que había entre nosotras, Mió, una niñita del cercado de diez u once años que tenía el cuerpo blanco cubierto de cardenales marrones y azules.

Una de ellas, una mujer alta llamada Sezi-Tual, me miró con una expresión irónica. Algo en su actitud hizo que mi alma despertase.

—Tú no eres una polvorienta —dijo—. Eres tan negra como el viejo diablo del Señor Zeskra en persona. Eres la hija de un Jefe, ¿no es cierto?

—No, señora —dije—. La hija de un señor. Y la hija del Señor. Me llamo Rakam.

—Tu abuelo no te ha tratado demasiado bien últimamente —dijo—. Quizá deberías rezar a la Dama Tual la Misericordiosa.

—Yo no busco misericordia —contesté. Desde ese momento le gusté a Sezi-Tual, y gocé de su protección, que por cierto necesitaba.

Cruzábamos al ala de los hombres casi todas las noches. Cuando había cenas especiales, después de que las señoras abandonaran el comedor nos llevaban a nosotras para que nos sentásemos en las rodillas de los propietarios y bebiésemos vino con ellos. Ellos nos usaban allí mismo en los sofás o nos llevaban a sus habitaciones. A algunos les gustaba violarnos, pero la mayoría prefería pensar que los deseábamos y que queríamos lo que ellos querían. Esos hombres eran bastante fáciles de contentar: unos si mostrábamos miedo y sumisión, los otros si mostrábamos placer y deleite. Pero algunos de los visitantes eran otra clase de hombres.

No había leyes ni normas que penalizaran los daños causados a una mujer de uso o su asesinato. Al dueño de la mujer podía no gustarle, pero por orgullo nunca lo confesaría: se suponía que tenía tantos activos que la pérdida de uno u otro no importaba. Y así, algunos hombres que encontraban placer en la tortura venían a las haciendas hospitalarias como Zeskra en busca de placer. Sezi-Tual, favorita del Viejo Señor, podía protestar y protestaba ante él, y esos huéspedes no volvían a ser invitados. Pero mientras estuve allí, Mió, la pequeña que había venido con nosotros de Shomeke, fue asesinada por un invitado. El hombre la ató a la cama, y el nudo alrededor del cuello de ella era tan apretado que ella se estranguló mientras la usaba.

No diré más sobre estos hechos. He contado cuanto tenía que contar. Hay verdades que no son útiles. Todo conocimiento es local, dice mi amigo. ¿Es cierto, dónde dice que es cierto que aquella niña tema que morir de esa manera? ¿Es cierto, dónde dice que es cierto que ella no tenía que morir de aquella manera?

Yo era usada con frecuencia por el señor Yaseo, un hombre de mediana edad al que le gustaba mi piel negra; me llamaba «Mi Dama,» También me llamaba «Rebelde», porque a lo que había ocurrido en Shomeke lo llamaban una rebelión de esclavos. Las noches en las que él no me mandaba a buscar servía como chica común.

Llevaba dos años en Zeskra cuando Sezi-Tual vino a verme una mañana temprano. Yo había regresado tarde de la cama del señor Yaseo. No había muchas otras allí, porque había habido una fiesta la noche anterior y todas las chicas comunes habían cruzado. Sezi-Tual me despertó. Tenía un cabello curioso, rizado, espeso. Recuerdo su cara inclinada sobre mí, enmarcada por ese cabello rizado. —Rakam —me susurró—, el activo de uno de los visitantes me habló anoche y me dio esto. Dice que se llama Suhame.

—Suhame —repetí. Estaba medio dormida y miré lo que ella me alargaba: un papel sucio y arrugado—. ¡No sé leer! —dije, bostezando con impaciencia.

Pero entonces miré el pape] y lo reconocí. Sabía lo que decía. Era el papel de la libertad. Eira el papel de mi libertad. Yo había visto cómo el señor Erod escribía mi nombre en él. Cada vez que escribía un nombre lo decía en voz alta para que supiésemos lo que estaba escribiendo. Yo recordaba la gran fioritura de la primera letra de mis dos nombres: Radosse Rakam. Tomé el papel con mano temblorosa. —¿De dónde lo has sacado? —murmuré.

—Será mejor que se lo preguntes a ese tal Suhame —dijo. Entonces escuché lo que el nombre significaba: «del Hame». Era una contraseña y Sezi-Tual lo sabía. Ella me miraba y de pronto se inclinó y apoyó su frente contra la mía y susurró—: Si puedo, ayudaré.

Me encontré con «Suhame» en una de las cocinas. Lo reconocí en cuanto lo vi: Ahas, el que había sido favorito del señor Erod con Geu. Un hombre joven delgado y silencioso, con la piel blanquinosa, al que yo nunca había prestado mucha atención. Tenía una mirada vigilante, y yo pensaba que cuando Geu y yo hablábamos nos miraba con mala voluntad. Ahora me miró con una cara extraña, aun vigilante, y sin embargo vacía.

—¿Por qué estás aquí con ese señor Boeba? —dije—. ¿Acaso no eres libre?

—Soy tan libre como tú —dijo él.

No lo entendí.

—¿El señor Erod ni siquiera te protegió a ti? —pregunté.

—Naturalmente. Soy un hombre libre. —Su cara empezó a cobrar vida, y perdió la inexpresividad del principio—. La dama Boeba es un miembro de La Comunidad. Yo trabajo con el Hame. Llevo tiempo tratando de encontrar a la gente de Shomeke. Oímos que algunas de las mujeres estaban aquí. ¿Viven todavía las otras, Rakam?

La voz de él era suave, y cuando dijo mi nombre me quedé sin aliento y el llanto me oprimió la garganta. Dije su nombre y me acerqué a él y lo abracé. —Ratual, Ramayo, Keo todavía están aquí —dije. Él me sostuvo con gentileza—. Walsu está en el cercado, si aún vive —continué, y me eché a llorar. No había llorado desde la muerte de Mió. También él lloraba.

Hablamos, entonces y más tarde. El me explicó que por ley éramos libres, pero que la ley no significaba nada en las haciendas. El gobierno no se interpondría entre los propietarios y aquellos a quienes ellos reclamaban como activos de su propiedad. Si reclamábamos nuestros derechos, los Zeskra seguramente nos matarían, porque no querrían ser acusados de poseer bienes robados. Si no escapábamos, o nos robaban, y llegábamos a la ciudad, la capital, no estaríamos a salvo.

Temamos que asegurarnos de que ninguno de los activos de los Zeskra nos traicionara por envidia o por ganar el favor de los propietarios. Sezi-Tual era la única en quien yo confiaba plenamente. Ahas arregló nuestra huida con la ayuda de Sezí-Tual. Yo le rogué que viniera con nosotros, pero como no tenía papeles pensaba que se vería obligada a vivir siempre oculta, y eso sería peor que la vida en Zeskra.

—Podrías ir a Yeowe —le dije.

Ella rió. —Todo lo que sé de Yeowe es que nadie ha regresado nunca. ¿Por qué escapar de un infierno para ir a otro?

Ratual decidió no acompañarnos; era la favorita de uno de los jóvenes señores y no le disgustaba seguir siéndolo. Ramayo, la mayor de las que habíamos venido de Shomeke, y Keo, que tenía entonces | quince años, quisieron venir. Sezi-Tual indagó en el cercado y descubrió que Walsu seguía viva y trabajaba como peón agrícola. Organizar su huida fue mucho más difícil que organizar la nuestra. No había escapatoria en un cercado. Ella sólo

podía huir a plena luz, en los campos, bajo la atenta vigilancia de los capataces y los Jefes. Era difícil incluso hablar con ella, porque las abuelas desconfiaban. Pero Sezi-Tual se las arregló para hacerlo y Walsu le dijo que haría lo que fuese «para ver su papel otra vez».

El avión de la señora Boeba nos esperaba en el margen de un gran campo de gede recién cosechado. Estábamos a finales de verano Ramayo, Keo y yo salimos de la Casa por separado y a horas distintas durante la mañana. Nadie nos controlaba, porque no podíamos ir a ninguna parte. Zeskra estaba rodeada de otras grandes haciendas, y un esclavo fugitivo no encontraría amigos en cientos de kilómetros. Una por una, tomando diferentes caminos, cruzamos campos y bosques, agachándonos y escondiéndonos todo el camino, hasta llegar al avión donde Ahas esperaba. El corazón me latía tan deprisa que no podía respirar. Aguardamos a Walsu.

—¡Allí! —dijo Keo, encaramada al ala del avión. Señalaba al ancho campo de rastrojos.

Walsu salió corriendo de la franja arbolada del otro extremo del campo. Corría pesada, firmemente, no como si tuviese miedo. Pero de repente se detuvo. Se volvió. Durante un momento no supimos por qué. Entonces vimos a dos hombres salir de las sombras de los árboles en persecución de Walsu.

Ella no intentó escapar, porque los habría guiado hasta nosotros. Corrió hacia ellos. Saltó sobre ellos como un gato de caza. Cuando dio el salto, uno de los hombres disparó una pistola y ella se desplomó y arrastró a un hombre en la caída. El otro disparó una y otra vez. —Arriba —dijo Ahas—, ahora. —Trepamos al avión y éste se elevó, y todo pareció ocurrir en un instante, el mismo instante en que Walsu dio aquel gran salto, también ella elevándose al aire, a la muerte, a la libertad.

3. La ciudad

Yo había doblado el papel de mi libertad hasta convertirlo en un minúsculo paquete. Lo llevé en la mano todo el tiempo que estuvimos en el avión y durante el aterrizaje, y cuando subimos al autobús público que nos llevó por las calles de la ciudad. Cuando Ahas descubrió lo que yo apretaba en la mano me dijo que no tenía que preocuparme. Nuestra manumisión estaba registrada en la Oficina, del Gobierno y sería respetada allí en la ciudad. Éramos personas libres, dijo. Éramos gareots, esto es, propietarios sin activos. —Lo mismo que el señor Erod —dijo. Pero aquello no significaba nada para mí. Había tanto que aprender. Seguí aferrando mi título de libertad hasta que encontré un lugar seguro para guardarlo. Todavía lo conservo.

Caminamos un corto trecho por las calles y Ahas nos hizo entrar en una de las casas enormes que se levantaban una junto a otra en la acera. Él la llamó cercado, pero nosotras pensamos que tenía que ser una casa de propietario. Allí nos recibió una mujer de mediana edad. Era de piel clara pero hablaba y se comportaba como un propietario, de modo que no pude saber lo que era. Se llamaba Ress y era una alquilada y una de las mujeres de mayor edad del cercado.

Los alquilados eran activos arrendados por sus propietarios a una compañía. Si los alquilaba una compañía grande, vivían en los cercados de la compañía, pero había muchos, muchos alquilados en la ciudad que trabajaban para compañías pequeñas o en comercios que ellos mismos regentaban, y ocupaban unos edificios explotados como negocio llamados cercados abiertos. En esos lugares, los ocupantes estaban sujetos al toque de queda y tenían

que cerrar las puertas por la noche, pero por lo demás eran autónomos. Aquel era un cercado abierto respaldado por La Comunidad. Algunos de los ocupantes eran alquilados, pero muchos eran como nosotros, gareots que habían sido esclavos. Unas cien personas vivían allí en cuarenta apartamentos. Lo supervisaban varias mujeres, que yo habría llamado abuelas, pero allí eran llamadas mujeres de mayor edad.

En las haciendas en lo más profundo del país, ancladas en el pasado, donde la vida estaba protegida por kilómetros de tierra y por las costumbres de siglos, y por una decidida ignorancia, todo activo estaba a merced de su propietario. Habíamos salido de allí y habíamos entrado en aquella gran masa de dos millones de personas donde nada ni nadie estaba protegido del riesgo y el cambio, donde teníamos que aprender tan rápido como pudiésemos a sobrevivir, pero donde nuestra vida estaba en nuestras manos.

Yo no había visto nunca una calle. No sabía leer ni una palabra. Tenía mucho que aprender.

Ress dejó claro esto desde el principio. Ella era una mujer de ciudad, ágil de pensamiento y palabra, impaciente, agresiva, susceptible. Durante mucho tiempo no me gustó ni la entendí. Me hacía sentirme como una estúpida, como un patán. Casi siempre estaba enfadada con ella.

Sentía ira ahora. Mientras viví en Zeskra no la había sentido. No podía sentirla, pues me hubiese devorado. Aquí había espacio para ella, aunque no le encontré ninguna utilidad. Convivía con ella en silencio. Keo y Ramayo compartían una habitación espaciosa, y yo tomé una más pequeña junto a la de ellas. Nunca había tenido una habitación propia. Al principio me sentí muy sola en ella, avergonzada, pero pronto empezó a gustarme. La primera cosa que hice libremente, como una mujer libre, fue cerrar la puerta de mi habitación.

Por las noches cerraba la puerta y estudiaba. De día, tenía formación laboral por la mañana y clases por la tarde: lectura y escritura, aritmética, historia.

Mi formación laboral era en un pequeño taller donde hacían cajas de papel y de madera fina para guardar cosméticos, dulces, joyas y cosas así. Me enseñaron las diferentes etapas artesanales del montaje y la decoración de las cajas, porque casi todo el trabajo en la ciudad se hacía de esa manera, por artesanos que conocían todos los aspectos de su oficio. El taller era propiedad de uno de los miembros de La Comunidad. Los trabajadores más antiguos eran alquilados. Cuando mi formación terminara también yo recibiría un salario.

Hasta ese momento el señor Erod nos había respaldado a mí y a Keo y Ramayo, así como a algunos hombres del cercado de Shomeke, que vivían en otra casa. Erod nunca vino a visitarnos. Creo oue no quería ver a ninguna de las personas que había liberado de forma tan desastrosa. Ahas y Geu dijeron que había vendido casi toda la tierra de Shomeke y había empleado el dinero en La Comunidad y para abrirse camino en la política, ya que ahora existía un Partido Radical que defendía la emancipación.

Geu vino a verme pocas veces. Se había convertido en un hombre de ciudad, atildado c instruido. Yo sentía que cuando me miraba pensaba que yo había sido una mujer de uso en Zeskra, y me desagradaba verlo.

A Ahas, a quien nunca había prestado atención en los viejos tiempos, lo admiraba ahora, sabiéndolo valiente, resuelto y bondadoso. Fue él quien nos buscó, nos encontró, nos rescató. Los propietarios habían pagado el dinero, pero Ahas había hecho el trabajo. Venía a vernos con frecuencia. Él era el único vínculo con mi niñez que no se había roto.

Y se convirtió en un amigo, un compañero, que jamás me devolvió a mi anticuo cuerpo de esclava. Me enfurecía ahora con cualquier hombre que me miraba como un

hombre mira a una mujer. Me enfurecía con las mujeres que me miraban como un objeto sexual. Para la dama Tazeu yo sólo había sido un cuerpo. En Zeskra eso era todo lo que había sido. Aun para Erod, que nunca me había tocado, yo sólo había sido eso: carne para tocar o no tocar, como les placiese. Para usar o no usar, como escogiesen. Odiaba las partes sexuales de mí cuerpo, mis genitales y pechos, y la redondez de mis caderas y vientre. Siempre, desde la niñez, me habían vestido con ropas tenues hechas para mostrar toda la sexualidad de un cuerpo femenino. Cuando empecé a cobrar un sueldo y pude comprarme o hacerme mi propia ropa, escogí telas gruesas y pesadas. Lo que me gustaba de mí eran mis manos, hábiles en su trabajo, y mi cabeza, no muy hábil para aprender, pero aun así aprendiendo, no importaba cuánto tardase.

Me gustaba aprender historia. Yo había crecido sin conocer nada de la historia. Las cosas en Shomeke o Zeskra eran como eran y no había más. Nadie sabía nada sobre un tiempo en el que hubieran sido diferentes. Nadie sabía que había un lugar donde podían ser distintas. Vivíamos esclavizados en el presente.

Erod había hablado de cambio, es cierto, pero eran los propietarios quienes iban a hacer el cambio. Teníamos que ser cambiados, teníamos que ser liberados, de la misma manera que habíamos sido poseídos. Lo que yo descubrí en la historia es que la libertad se hacía, no se daba.

El primer libro que leí por mi cuenta fue una historia de Yeowe escrita de una forma muy llana. Hablaba de los días de la Colonia, de las Cuatro Corporaciones, del terrible primer siglo, cuando las naves llevaban esclavos a Yeowe y traían de vuelta minerales preciosos. Los esclavos eran tan baratos entonces que los explotaban hasta la muerte en las minas en unos pocos años, y llevaban cargamentos de refresco continuamente. *O, O, Yeowe, nadie regresa jamás*. Entonces las Corporaciones empezaron a enviar esclavas para que trabajaran y criaran, y con los años los esclavos salieron de los cercados y fundaron ciudades, enormes ciudades como esa en la que ella vivía. Pero no gobernadas por los Jefes o los propietarios. Gobernadas por los activos, del mismo modo que nosotros gobernábamos esta casa. En Yeowe los activos pertenecían a las Corporaciones. Ellos podían alquilar su libertad pagando a la Corporación una parte de lo que ganaban, del mismo modo que en Voe Deo los aparceros activos pagaban a sus dueños con una parte de la cosecha. En Yeowe llamaban a esos activos libertos. No liberados, libertos. Y entonces, decía la historia que estaba leyendo, empezaron a pensar, ¿por qué no somos gente libre? Y por eso hicieron la revolución, la Liberación. Empezó en una plantación llamada Nadami, y de allí se extendió a todas partes. Treinta años pelearon por la libertad. Y hacía sólo tres años habían ganado la guerra y habían expulsado a las Corporaciones, los propietarios y los jefes de su mundo. Habían bailado y cantado en las calles: ¡libertad, libertad! El libro que yo leía (despacio, pero lo leía) había sido publicado allí, en Yeowe, el Mundo Libre. Los alienígenas lo habían traído a Werel. Para mí era un libro sagrado.

Le pregunté a Ahas cómo estaban las cosas en Yeowe ahora, y él me explicó que estaban formando un gobierno y redactando una Constitución perfecta que declaraba a todos los hombres iguales ante la Ley.

En la red, en las noticias, decían que todos peleaban contra todos en Yeowe, que no había gobierno, que la gente se moría de hambre, que miembros de las tribus en el campo y bandas de jóvenes en las ciudades se habían vuelto locos y lo destruían todo, la ley y el orden habían desaparecido. Corrupción, ignorancia, un intento condenado al fracaso, un mundo agonizante, decían.

Ahas decía que el gobierno de Voe Deo, que había peleado y perdido la guerra

contra Yeowe, temía ahora una Liberación en Werel. —No creas lo que dicen las noticias —me aconsejó—. Sobre todo no creas lo que dicen las casirreales. Ni siquiera te conectes. Son tan falsas como el resto, pero si sientes y ves una cosa, la creerás. Y ellos lo saben. No necesitan armas si poseen nuestras mentes. —Los propietarios no tenían reporteros ni cámaras en Yeowe, me dijo; inventaban las «noticias» utilizando actores. Sólo algunos alienígenas del Ecumen tenían permiso para estar en Yeowe, y los yeowanos debatían entonces si los expulsarían y reservarían el mundo que habían ganado para ellos solos.

—Pero entonces, ¿qué pasa con nosotros? —dije, porque había empezado a soñar con ir allá, con ir al Mundo Libre, cuando el Hame pudiera fletar naves y enviar gente.

—Algunos dicen que los activos sí pueden ir. Otros dicen que no pueden alimentar a tantos, y que se verían desbordados. Están debatiéndolo democráticamente. Decidirán sobre el tema en las primeras elecciones yeowanas, pronto. —Ahas también soñaba con ir. Hablábamos de nuestro sueño como los enamorados hablan de su amor.

Sin embargo, ninguna nave iba a Yeowe ahora. El Hame no podía actuar abiertamente y la Comunidad tenía prohibido actuar por ellos. El Ecumen había ofrecido transporte en sus naves a cualquiera que deseara ir, pero el gobierno de Voe Deo les negó el permiso para usar los aeropuertos con ese fin. Podían transportar únicamente a su propia gente. Ningún wereliano iba a abandonar Werel.

Sólo hacía cuarenta años que Werel había permitido al fin a los alienígenas aterrizar y establecer relaciones diplomáticas. Al avanzar en mis lecturas históricas, empecé a comprender un poco la naturaleza del pueblo dominante de Werel. La raza de piel oscura que había conquistado a todos los otros pueblos del Gran Continente, y finalmente al mundo entero, esos que se llamaban a sí mismos los propietarios, habían vivido en la creencia de que sólo hay una forma de vivir. Creían que ellos eran lo que la gente tenía que ser, que actuaban como todos debían actuar, y que conocían toda la verdad que se conocía. El resto de los pueblos de Werel, incluso los que se habían resistido, los imitaban, trataban de ser como ellos, y así se habían convertido en propiedad de ellos. Cuando llegó un pueblo del cielo que tenía un aspecto diferente, que actuaba de modo distinto, que tenía otros conocimientos y que no se dejaría conquistar o esclavizar, la raza propietaria no quiso saber nada de ellos. Tardaron cuatrocientos años en admitir que tenían iguales.

Cierto día yo estaba entre la muchedumbre de asistentes a un mitin del Partido Radical en el que habló Erod, tan hermosamente como siempre. De pronto me fijé en la mujer que escuchaba a mi lado. Tenía un curioso color marrón anaranjado, como el de la cáscara de un pini, y se le veía el blanco de los ojos en las esquinas. Pensé que estaba enferma: recordé cómo la enfermedad del gusano de pus había cambiado la piel del señor Shomeke y que los ojos se le habían puesto en blanco. Sentí un escalofrío y me aparté. Entonces ella me miró, sonriendo apenas, y volvió a prestar atención al orador. Tenía el pelo rizado, parecido a un arbusto o una nube, como el de Sezi-Tual. Llevaba una ropa delicada, de una moda extraña. Tardé un rato en comprender quién era ella, que había venido de un mundo inimaginablemente lejano. Y lo sorprendente fue que, a pesar de su piel y sus ojos y su pelo y su mente extraños, la sentí humana, ella era humana como yo; no lo dudé ni un instante. Por un momento me perturbó profundamente. Entonces dejó de preocuparme y sentí una gran curiosidad, una gran atracción hacia ella. Deseé conocerla, conocer lo que ella conocía.

En mi interior el alma del propietario luchaba con el alma libre. Así será mientras viva.

Keo y Ramayo dejaron de ir a la escuela en cuanto aprendieron a leer y escribir y a

manejar la calculadora, pero yo continué. Cuando ya no hubo más cursos en la escuela que dirigía el Hame, los profesores me ayudaron a encontrar clases en fa red. Aunque el gobierno controlaba esos cursos, había buenos profesores y estudiantes de todo el mundo que hablaban de literatura e historia y de ciencias y arte. Yo siempre quería saber más de historia.

Ress, que era miembro del Hame, me llevó por primera vez a la Biblioteca de Voe Deo. Como sólo estaba abierta a los propietarios, el gobierno no la censuraba. En cuanto a los activos, si eran de piel clara, los bibliotecarios no los admitían con cualquier excusa. Yo era de piel oscura y en la ciudad había aprendido a conducirme con un orgullo indiferente que me ahorraba muchos insultos y ofensas. Ress me dijo que entrara como si el lugar me perteneciese y eso hice. Me dieron todos los privilegios sin preguntar. Así fue como empecé a leer con libertad, a leer cualquier libro que eligiera en esa inmensa biblioteca, todos los que contenía si podía. Esas lecturas eran mi alegría. Ese era el corazón de mi libertad.

Aparte de mi trabajo haciendo cajas, bien remunerado y agradable, con compañeros agradables, y mis clases y lecturas, no había gran cosa más en mi vida. Tampoco quería más. Estaba sola, pero sentía que esa soledad no era un precio demasiado alto por lo que yo quería.

Ress, por quien había sentido aversión, era ahora mi amiga. Asistía con ella a las reuniones del Hame y también a espectáculos que de otro modo no habría conocido. —Vamos, cateta —me decía—. Hay que educar a la cría de plantación. —Y me llevaba al teatro de los makils, o a salas de baile de activos donde la música era buena. Ella siempre quería bailar. Dejé que me enseñara, pero no me sentía muy cómoda bailando. Una noche, mientras bailábamos un lento, empezó a apretarme contra ella y al mirarle el rostro vi la máscara, del deseo sexual en él, suave y sin expresión. Me aparté con brusquedad. —No quiero bailar —dije.

Regresamos caminando a casa. Ella me acompañó a mi habitación y en la puerta trató de abrazarme y besarme. Yo estaba enferma de ira. —¡No quiero eso! —dije.

—Lo siento, Rakam —dijo ella, hablándome con una gentileza que nunca le había oído—. Sé cómo te sientes. Pero tienes que sobreponerte, tienes que vivir tu propia vida. Yo no soy un hombre, y te deseo.

La interrumpí con violencia: —¡Una mujer me usó mucho antes de que lo hiciera un hombre! ¿Acaso me has preguntado si yo te deseaba? ¡Nadie volverá a usarme nunca más!

Toda la rabia y el rencor brotaron de mí como el veneno de una infección. Si hubiese tratado de tocarme otra vez, la habría golpeado. Le cerré la puerta en las narices. Temblorosa, fui hasta mi escritorio, me senté y empecé a leer el libro que estaba abierto sobre él.

Al día siguiente las dos estábamos abochornadas y tiesas. Pero bajo su viveza y brusquedad de mujer urbana, Ress era paciente. No intentó hacerme el amor otra vez, pero sí consiguió que confiase en ella y le hablara como no podía hablar con nadie más. Ella me escuchaba con atención y me decía lo que pensaba. —Cateta, lo has aprendido todo al revés. No me extraña. ¿Cómo podía haber sido de otro modo? Tú crees que el sexo es algo que te hacen, pero no es así. Es algo que tú haces. Con alguien, no a alguien. Tú no has hecho nunca el amor. Lo único que has conocido es la violación.

—El señor Erod me dijo eso mismo hace mucho tiempo —dije. Sentía mucha amargura—. Me da igual cómo lo llamen. Ya he tenido suficiente. Para el resto de mi vida. Y me alegra vivir sin eso.

Ress hizo una mueca. —¿A los veintidós años? —dijo—. Quizá por un tiempo. Si eres feliz así, está bien. Pero piensa en lo que te he dicho. Es una parte muy importante de la vida para suprimirla sin más.

—Si necesito sexo, puedo darme placer yo misma —dije, sin importarme si la hería—. El amor no tiene nada que ver.

—Ahí es donde te equivocas —dijo ella, pero yo no escuché. Aprendía de los profesores y libros que yo misma escogía, pero no aceptaba un consejo que no había pedido. Me negaba a que me dijesen qué hacer o qué pensar. Si era libre, sería libre por mí misma. Era como un niño que se pone de píe por primera vez.

Ahas me había estado aconsejando también. Él decía que era una insensatez perseguir la educación tan lejos. —No puedes hacer nada provechoso con todo lo que estás aprendiendo de los libros —me dijo—. Es puro capricho. Necesitamos dirigentes y miembros con conocimientos prácticos.

—¡Necesitamos maestros!

—Sí —dijo él—, pero ya hace un año que sabes lo suficiente para enseñar. ¿De qué sirve la historia antigua, los sucesos de mundos extraños? ¡Tenemos que hacer una revolución!

No dejé de leer, aunque me sentía culpable. Me hice cargo de una clase en la escuela del Hame para enseñar a leer y escribir a activos y libertos analfabetos, como me habían enseñado a mí sólo tres años antes. Era una tarea ardua. Aprender a leer es muy difícil para una persona adulta, sobre todo de noche, después de trabajar todo el día. Es mucho más fácil dejar que la red se apropie de la mente de uno.

Continué la discusión con Ahas en mi cabeza, y un día le pregunté; —¿Hay biblioteca en Yeowe?

—No lo sé.

—Sabes que no. La Corporación no abrió bibliotecas allí. No tenían ninguna. Eran gente ignorante que no sabían más que de beneficios. El conocimiento es un bien en sí mismo. Sigo aprendiendo para poder llevar mi conocimiento a Yeowe. ¡Si puedo, les llevaré h biblioteca entera!

Él me miró. —Lo que los propietarios pensaban, lo que los propietarios hacían… de eso tratan todos sus libros. No necesitan eso en Yeowe.

—Sí que lo necesitan —dije, convencida de que estaba equivocado, aunque de nuevo no podía decir por qué.

Muy pronto en la escuela me ofrecieron que enseñara historia, ya que uno de los profesores se había marchado. Preparé las clases a conciencia y fueron bien. Poco después me pidieron que diese unas charlas para un grupo de estudiantes avanzados, y también funcionaron bien. A la gente le interesaban las conclusiones que yo extraía de la historia y las comparaciones que había aprendido a establecer entre nuestro mundo y otros mundos. Había estado estudiando la manera en que diferentes pueblos educaban a los niños, quién se hacía responsable de ellos y cómo era entendida esa responsabilidad, puesto que me parecía que era allí donde un pueblo se liberaba o se esclavizaba.

A una de esas charlas asistió un hombre de la Embajada del Ecumen. Cuando vi aquella cara alienígena entre la concurrencia tuve miedo. Y el miedo creció cuando lo reconocí. El había impartido el primer curso de Historia Ecuménica que yo había seguido en la red. Yo había escuchado devotamente aunque nunca intervine en la discusión. Y lo que aprendí ejerció una gran influencia en mí. Se me ocurrió que quizá me consideraría presuntuosa por hablar de cosas que él conocía de verdad. Tartamudeé durante toda la

conferencia, tratando de no mirar los ojos de esquinas blancas del hombre.

Después de la conferencia el hombre se acercó a mí, se presentó con educación, elogió mi charla y me preguntó si había leído este libro y aquel otro. Me arrastró a la conversación con tanta destreza y amabilidad que por fuerza me inspiró simpatía. Y pronto se ganó mi confianza. Necesitaba su guía, porque se habían dicho y escrito muchas tonterías, incluso por gente sabia, sobre el equilibrio de poder entre hombres y mujeres, del que dependía la vida de los niños y el valor de su educación. Él conocía libros cuya lectura me sería provechosa y a partir de los cuales yo podría continuar por mi cuenta.

Se llamaba Esdardon Aya y ocupaba un alto cargo, no sabía cuál, en la Embajada. Había nacido en Hain, el Antiguo Mundo, el primer hogar de la humanidad, del que procedían todos nuestros antepasados.

A veces se me ocurría que era extraño que yo tuviese conocimientos sobre esas cosas, sobre esas vastas y antiquísimas materias, yo, que no había conocido nada más allá de los muros del cercado hasta los seis años, ¡que no había conocido el nombre del país en el que vivía hasta los dieciocho! Recién llegada a la ciudad, alguien habló de Voe Deo, y yo pregunté: «¿Dónde está eso?». Todos me miraron. Una mujer, una vieja alquilada de ciudad de voz dura, me dijo: «Aquí, polvorienta. Justo aquí está Voe Deo. ¡Es tu nación y la mía!».

Le conté el suceso a Esdardon Aya. No se rió. —Una nación, un pueblo —dijo—. Ésas son ideas extrañas y difíciles de asimilar.

—Mi nación era la esclavitud —dije, y él asintió.

En esos tiempos veía muy poco a Ahas. Extrañaba su bondadosa amistad, que se había transformado en repulsas constantes. —Se te han subido los humos a la cabeza, todo el tiempo publicando y hablando ante el público —decía—. Estás anteponiéndote a nuestra causa.

—Pero si hablo a la gente del fíame, si escribo sobre cosas que necesitamos saber. Todo lo hago por la libertad —dije yo.

—A La Comunidad no le ha gustado nada ese panfleto tuyo —dijo él, en un tono serio, como si me estuviese revelando un secreto que yo necesitaba conocer—. Me han pedido que te diga que presentes tus escritos al comité antes de publicarlos. Esa prensa la dirige gente impulsiva. El Hame está causando muchas dificultades a nuestros candidatos.

—¡Nuestros candidatos! —dije con rabia—. ¡Ningún propietario es mi candidato! ¿Es que todavía acatas las órdenes del Joven Propietario?

Esa observación lo hirió. —Si te pones en primer lugar, si no cooperas, nos pondrás en peligro a todos.

—Yo no me pongo en primer lugar: los políticos y los capitalistas lo hacen. Pongo la libertad en primer lugar. ¿Por qué no cooperas conmigo? ¡Es un camino de doble sentido, Anas!

Él se marchó furioso, dejándome a mí furiosa. Creo que echaba de menos mi dependencia de él. Quizá estaba celoso de mi independencia, porque él continuaba siendo un hombre del señor Erod. Era un corazón leal y nuestro desacuerdo nos trajo mucho dolor y amargura. Me hubiera gustado saber qué fue de él en los tiempos difíciles que siguieron.

Había verdad en su acusación. Yo había descubierto que tenía el don de llegar al corazón y la mente de las personas con mis palabras y escritos. Nadie me había dicho que ese don era tan peligroso como poderoso. Ahas me había acusado de ponerme en primer lugar, pero yo sabía que no era cierto. Estaba al servicio de la verdad y la libertad en cuerpo y alma. Nadie me dijo que el fin nunca purifica los medios, puesto que sólo el Señor Kamye sabe cuál será el final. Mi abuela me lo habría dicho. El Arkamye me lo habría

recordado, pero casi no lo leía y en la ciudad no había ancianos que cantaran la palabra por las noches. Si los hubiese habido, la voz de ellos no habría podido escucharse bajo el sonido de mi hermosa voz proclamando la hermosa verdad.

Creo que no hice ningún daño, excepto el que todos hicimos, al atraer la atención de los legisladores de Voe Deo sobre el hecho de que el Hame estaba volviéndose audaz y que el Partido Radical estaba ganando fuerza, y que tenían que actuar contra nosotros.

El primer signo fue de división. En los cercados abiertos, además del lado de las mujeres y del lado de los hombres, había varios apartamentos para las parejas. Esta era una acción radical. Cualquier tipo de matrimonio entre los activos era ilegal. Se les permitía vivir en pareja sólo por la indulgencia de los propietarios. La única lealtad legítima de un activo era hacia su propietario. El hijo no pertenecía a la madre, sino al propietario. Pero como había gareots viviendo en el mismo lugar que los activos poseídos, esos apartamentos para parejas habían sido tolerados o ignorados. Ahora, de repente, se invocó la lev y las parejas de activos fueron arrestadas, multadas si ganaban sueldos, separadas y enviadas a casas cercado de las compañías. A Ress y las otras mujeres de mayor edad que dirigían nuestra casa las multaron y les advirtieron que si volvían a descubrirse «situaciones inmorales» las considerarían responsables y las enviarían a campos de trabajo. Dos pequeños de una de las parejas no estaban en las listas del gobierno y cuando se llevaron a sus padres los dejaron allí. Keo y Ramayo los acogieron y quedaron bajo la tutela del lado de las mujeres, como ocurría con los huérfanos en los cercados.

Hubo acalorados debates sobre esto en las reuniones del Hame y La Comunidad. Algunos decían que el derecho de los activos a vivir juntos y al criar a sus hijos era una causa a la que el Partido Radical tenía que dar apoyo. No significaba una amenaza directa para los propietarios y apelaba a los instintos naturales de muchos propietarios, especialmente las mujeres, que aunque no podían votar eran valiosas aliadas. Otros decían que había que dejar de lado los afectos individuales en aras de la lealtad a la causa de la libertad, y que cualquier asunto personal tenía que pasar a un segundo plano frente a la gran causa de la emancipación. El señor Erod dijo esto en una reunión. Yo me levanté para contestarle. Dije que no había libertad sin libertad sexual, y que hasta que no se permitiese a las mujeres hacerse responsables de sus hijos y los hombres no quisieran aceptar la responsabilidad también, ninguna mujer, ya fuese propietaria o activa, sería libre.

—El hombre debe hacerse responsable de la parte pública de la vida, el mundo más amplio en el que el niño se integrará; la mujer, de la parte doméstica de la vida, de la educación moral y física del niño. Ésa es una división impuesta por Dios y por la Naturaleza —respondió Erod.

—¿Entonces la emancipación de una mujer significa que es Ubre de entrar en la beza y quedarse allí encerrada?

—Naturalmente que no —empezó a decir él, pero yo lo interrumpí, temiendo su lengua de oro—: ¿Entonces qué es la libertad para una mujer? ¿Es diferente de la libertad de un hombre? ¿O acaso una persona libre no es libre?

El moderador golpeaba el martillete enojado, pero otras activas repitieron mi pregunta. —¿Cuándo hablará por nosotras el Partido Radical? —dijeron, y una de las mujeres de mayor edad gritó—: ¿Dónde están sus mujeres, propietarios que quieren abolir la esclavitud? ¿Por qué no están aquí? ¿Es que no las dejan salir de la beza?

El moderador siguió aporreando y finalmente consiguió restablecer el orden. Me sentí a medias triunfante y a medias desalentada. Advertí que Erod y algunos miembros del Hame me miraban como a una agitadora declarada. Y en verdad mis palabras nos habían

dividido. ¿Pero acaso no lo estábamos ya?

Un grupo de mujeres continuamos la charla de camino a casa, hablando en voz alta. Aquéllas eran mis calles, con su tráfico y sus luces y su peligro y su vida. Era una mujer de ciudad, una mujer libre. Esa noche yo era una propietaria: poseía la ciudad, poseía el futuro.

Las discusiones continuaron. Pidieron mi intervención en muchos encuentros. Mientras abandonaba una de esas reuniones, el haini Esdardon Aya se acercó a mí, y me dijo al desgaire, como si discutiera sobre mi discurso: —Rakam, está en peligro de arresto.

No entendí a qué se refería. Él caminó a mi lado, dejamos atrás a las otras, y entonces continuó: —Me han llegado rumores a la Embajada… El gobierno de Voe Deo está a punto de cambiar el status de los activos manumisos. Ya no serán considerados gareots. Tendrán que tener un propietario garante.

Ésas eran malas noticias, pero después de reflexionar dije: —Creo que puedo encontrar un propietario garante. Quizá el señor Boeba.

—El propietario garante tiene que ser aprobado por el gobierno… Eso debilitará a La Comunidad por partida doble, tonto en miembros activos como en propietarios. Es una jugada inteligente, desde luego —dijo Esdardon Aya.

—¿Qué ocurre si no encontramos un garante aprobado?

—Serán considerados fugitivos…

Eso significaba la muerte, los campos de trabajo o la subasta.

—Oh, Señor Kamye —dije, y me agarré al brazo de Esdardon Aya porque una cortina de oscuridad había caído sobre mis ojos.

Caminamos un trecho por Ja calle. Cuando pude ver de nuevo, vi la calle, las altas casas de la ciudad, las luces brillantes que había creído mías.

—Tengo algunos amigos —dijo el haini, caminando a mi paso— que están planeando hacer un viaje al Reino de Bambur.

Después de un rato, dije: —¿Qué haría yo allí? —Una nave parte de allá para Yeowe.

—Para Yeowe —repetí.

—Eso he oído —dijo él, como si estuviese hablando de una línea de tranvía—. De aquí a pocos años, supongo que Voe Deo empezará a ofrecer viajes a Yeowe. Exportará intratables, agitadores, miembros del fíame. Aunque eso signifique reconocer a Yeowe como un estado, cosa que todavía no se resigna a hacer. Sin embargo, ha permitido que los estados clientes mantengan algunos acuerdos comerciales semilegítimos… Hace un par de años, el Rey de Bambur compró una de las antiguas naves de la Corporación, una auténtica nave mercante de la Colonia. Al Rey le hacía ilusión visitar las lunas de Werel. Pero las lunas eran muy aburridas, así que alquiló la nave a un consorcio de eruditos de la Universidad de Bambur y empresarios de la capital. Algunos fabricantes de Bambur mantienen relaciones comerciales con Yeowe a través de la nave, y algunos científicos de la universidad organizan expediciones científicas. Por supuesto, cada viaje es muy caro, de modo que transportan tantos científicos como pueden cada vez que van.

Escuché todo esto sin oírlo, y sin embargo lo comprendí.

—Hasta ahora —añadió— han conseguido mantenerlo en marcha.

Cuando Esdardon Aya hablaba siempre parecía tranquilo, un poco divertido, aunque no superior.

—¿Sabe algo de esa nave La Comunidad? —le pregunté.

—Creo que algunos miembros sí. Y gente del Hame. Pero es muy peligroso conocer su existencia. Si Voe Deo averiguara que un estado cliente exporta propiedad valiosa… En

verdad creo que tienen algunas sospechas. De modo que es una decisión que no puede tomarse a la ligera. Es peligrosa y además irrevocable. Debido a ese peligro he dudado en hablarle de ella. He dudado tanto que tendrá que decidirse muy deprisa, Rakam. En realidad, esta misma noche.

Levanté la vista de las luces de la ciudad al cielo que ocultaban. —Iré —dije, y pensé en Walsu.

—Bien —dijo. En la siguiente esquina tomó una dirección que nos alejaba de mi casa y nos llevaba hacia la Embajada del Ecumen.

Nunca me pregunté por qué hizo aquello por mí. Era un hombre secreto, un hombre de un poder secreto, pero siempre decía la verdad, y creo que seguía los dictados de su corazón siempre que podía.

Al entrar en el territorio de la Embajada, un gran parque débilmente iluminado en la noche invernal por luces de suelo, me detuve de pronto. —Mis libros —dije. Me miró interrogativamente—. Querría llevar mis libros a Yeowe —dije. La voz me tembló en un súbito acceso de llanto, como si todo lo que estaba a punto de dejar atrás se resumiera en esa única cosa—. Necesitan libros en Yeowe, creo —dije.

Tras un momento él dijo: —Haré que se los envíen en nuestra próxima nave. Ojalá pudiese meterla en esa nave —añadió en un tono más bajo—. Pero, por supuesto, el Ecumen no puede ofrecer viajes gratuitos a esclavos fugitivos…

Me volví y tomé su mano y apoyé la frente contra ella un momento, la única vez en mi vida que hice aquello por propia voluntad.

Él se sobresaltó. —Vamos, vamos —dijo, y me hizo caminar deprisa…

La Embajada alquilaba guardias werelianos, casi todos veot, hombres de la vieja casta de guerreros. Uno de ellos, un hombre grave, cortés y silencioso, me acompañó en el viaje en avión hasta Bambur, el reino isleño al este del Gran Continente. Él llevaba todos los papeles que yo necesitaba. Del aeropuerto me llevó al Real Observatorio del Espacio, que el Rey había construido para su nave espacial. Una vez allí fui conducida sin demora a la nave, que esperaba en su gran andamiaje, lista para partir.

Imagino que habrían habilitado cómodos compartimientos en la parte frontal para el Rey cuando éste iba a ver las lunas, pero el cuerpo de la nave, que había pertenecido a la Corporación de Plantaciones Agrícolas, todavía se componía de grandes depósitos para el producto de la Colonia. Cuatro de las grandes naves de carga que ahora llevaban maquinaria agrícola fabricada en Bambur volverían llenas de cereales yeowanos. El quinto depósito transportaba activos.

Las naves de carga no tenían asientos. Habían dispuesto unas colchonetas de fieltro en el suelo, y allí nos tendimos; nos amarraron con correas como habrían hecho con la carga. Había unos cincuenta «científicos». Yo fui la última en subir a bordo. La tripulación andaba con prisas y nerviosa, y hablaba solamente la lengua de Bambur. No entendí las instrucciones que nos dieron. Necesitaba con urgencia aliviar la vejiga, pero ellos gritaron: «¡No hay tiempo, no hay tiempo!». De modo que me tendí aguantando aquel suplicio mientras ellos cerraban las grandes puertas del contenedor, que me recordaron las puertas del cercado de Shomeke. Alrededor la gente se llamaba en su lengua. Un niño lloraba. Conocía ese lenguaje. Entonces empezó el gran estruendo, debajo de nosotros. Poco a poco sentí que mi cuerpo se aplastaba contra el suelo, como si un enorme pie me estuviera pisando, hasta que sentí que mis paletillas se clavaban en la colchoneta y la lengua retrocedió en mi garganta como si fuera a sofocarme, y con una aguda punzada de dolor y de alivio caliente, mí vejiga soltó la orina.

Entonces empezamos a ser ingrávidos, a flotar en nuestras amarras. Ya no se sabía dónde estaba el arriba y dónde el abajo. La gente alrededor hablaba de nuevo: se llamaban por el nombre, seguramente decían: «¿estás bien? Sí, estoy bien». El niño no había interrumpido en ningún momento sus gritos fieros, desgarradores. Empecé a tantear mis ataduras, porque vi que la mujer a mi lado se había sentado y se frotaba los brazos y el pecho donde las correas la habían sujetado. Pero un vozarrón borroso bramó por los altavoces, dando órdenes en la lengua de Bambur y luego en voe deano: —¡No suelten las correas! ¡No intenten moverse! ¡Están atacando la nave! ¡La situación es extremadamente peligrosa!

Así que me quedé allí, flotando en la pequeña nube de orina, escuchando a los extraños hablar alrededor, sin entender nada. Me sentía del todo desgraciada, y sin embargo valiente como nunca antes. Nada me preocupaba, como si fuese a morir: sería estúpido preocuparse por algo cuando uno se está muriendo.

La nave hizo unos movimientos extraños, se estremeció y pareció girar. Varias personas se marearon. El aire se llenó del olor y las gotitas del vómito. Solté las manos lo suficiente para ponerme el pañuelo que llevaba a modo de filtro sobre el rostro, y remetí los extremos bajo la cabeza para sujetarlo.

Dentro del pañuelo perdí de vista la inmensa bóveda de la nave de carga extendiéndose por encima o por debajo de mí, y me sentí como si estuviera a punto de volar o de caer en ella. El pañuelo tenía mi olor y eso me confortó. Era el pañuelo que solía ponerme cuando daba una conferencia, de gasa fina, rojo pálido, con un hilo de plata entrelazado a intervalos. Cuando lo compré en un mercado de la ciudad y lo pagué con el dinero que había ganado, pensé en el pañuelo rojo de mi madre, el que le había dado la dama Tazeu. Pensé que a ella le habría gustado éste, aunque no fuese de un color tan vivo. Miré la pálida penumbra rojiza en la que el pañuelo transformaba la bóveda, estrellada con las luces de las escotillas, y pensé en mi madre, Yowa. Seguramente la habían asesinado aquella mañana en el cercado. Quizá la habían llevado a otra hacienda como mujer de uso, pero Ahas no encontró ninguna pista de ella. Pensé en su manera de inclinar la cabeza ligeramente a un lado, deferente y sin embargo alerta, graciosa. Sus ojos eran grandes y brillantes, «ojos que contienen las siete lunas», como dice la canción. Y entonces pensé: Pero nunca volveré a ver las lunas.

Al pensar esto me sentí tan extraña que para confortarme y distraer mis pensamientos empecé a cantar en voz baja, a solas con mi aliento en la cálida tienda de bruma rojiza. Canté las canciones de libertad que cantábamos en el Hame, y después canté las canciones de amor que la dama Tazeu me había enseñado. Al fin canté *O, O, Yeowe*, bajito al principio, luego un poco más alto. Una voz en el exterior de aquel mundo de tenue bruma rojiza se unió a mí, una voz de hombre, luego una de mujer. Todos los activos de Voe Deo conocían aquella canción. La cantamos juntos. La voz de un hombre de Bambur la entonó también con la letra en su lengua, y otros se le unieron. Entonces los cantos se acallaron. El llanto del niño era débil. El aire estaba muy viciado.

Muchas horas después, cuando al fin entró aire puro por el sistema de ventilación y nos permitieron soltarnos las correas, nos enteramos de que una nave de la Flota de Defensa Espacial de Voe Deo había, interceptado la trayectoria del carguero justo encima de la atmósfera y le había dado el alto. El capitán optó por ignorar la señal. La nave de guerra había disparado, y aunque no hizo blanco en el carguero, la explosión había dañado los mandos. El carguero había continuado viaje, y no había vuelto a tener señales de la nave de guerra. Once días de viaje nos separaban de Yeowe. La nave de guerra, o un grupo de ellas,

quizá nos esperaran cerca del planeta. La razón que habían dado para detener al carguero era «sospechoso de contratando de mercancías».

Esa flota de naves de guerra se había construido siglos antes para proteger Werel de los ataques que ellos esperaban del Imperio Alienígena, que es como llamaban al Ecumen. Estaban tan atemorizados por esa amenaza imaginaria que habían volcado toda su energía en la tecnología del vuelo espacial; y la colonización de Yeowe era el resultado. Después de cuatrocientos años sin ningún ataque, Voe Deo había permitido al fin al Ecumen mandar enviados y embajadores. Habían usado la Flota de Defensa para transportar tropas y armamento durante la Guerra de Liberación. Ahora la utilizaban como los propietarios de las haciendas utilizaban a los perros y gatos de caza, para perseguir esclavos fugitivos.

Descubrí a los otros dos voe deanos del contenedor, y colocamos nuestras «correas de cama» de modo que pudiésemos hablar. Los dos habían sido trasladados a Bambur por el Hame, que les había pagado el pasaje. No se me había ocurrido pensar que había que pagar pasaje. Supe quién había pagado el mío.

—No puedes volar gratis en una nave espacial —dijo la mujer. Era una persona muy extraña. Era una científica de verdad. La compañía que la había alquilado le había dado una formación superior en química, y ella había convencido al Hame de que la enviaran a Yeowe porque estaba segura de que sus conocimientos serían necesarios y muy solicitados. Ganaba un sueldo muy superior al de muchos gareots, pero esperaba ganar aun más en Yeowe. —Voy a ser rica— dijo.

Él hombre, apenas un muchacho, obrero de una ciudad del norte, simplemente había huido y había tenido la suerte de encontrar gente que lo había salvado de la muerte o de los campos de trabajo. Tenía dieciséis años, era ignorante, ruidoso, rebelde, de carácter dulce. Se convirtió en el favorito de todos, como un crío. Yo estaba muy solicitada porque conocía la historia de Yeowe, y a través de un hombre que hablaba las dos lenguas pude explicar al grupo de Bambur algunas cosas del Jugar al que nos dirigíamos; los siglos de la esclavitud bajo las Corporaciones, Nadami, la Guerra, la Liberación. Algunos eran alquilados de ciudad, y había un grupo de esclavos de hacienda que el Hame había comprado en una subasta con dinero falso y bajo nombre falso y había embarcado deprisa en aquel vuelo, y que apenas sabían nada del lugar al que iban. Era ese truco lo que había atraído la atención de Voe Deo sobre nuestro vuelo.

Yoke, el chico obrero, especulaba sin descanso sobre cómo nos recibirían los yeowanos. Contaba una historia, a medias broma a medias sueño, con bandas tocando y discursos y un gran banquete. El banquete fue haciéndose cada vez más opulento a medida que pasaban los días. Fueron días largos y hambrientos, flotando en el gran espacio informe de la nave de carga, marcados sólo por la alternancia cada doce horas de una iluminación más brillante o más apagada y la distribución de dos comidas durante el «día», comida y agua en tubos que estrujábamos en la boca. No pensaba mucho en lo que iba a suceder. Estábamos en un entreacto. Si las naves de guerra nos encontraban, seguramente moriríamos. Si conseguíamos llegar a Yeowe, empezaría una nueva vida. Por el momento flotábamos.

4. Yeowe

La nave aterrizó sana y salva en el Puerto de Yeowe. Descargaron los cajones de maquinaria primero, y luego el resto de la carga. Salimos tambaleándonos y agarrándonos

unos a otros, incapaces de resistirnos a la poderosa atracción de aquel nuevo mundo que nos arrastraba hacia su centro, cegados por la luz del sol, más cerca de nosotros de lo que nunca antes había estado.

—¡Por aquí, por aquí! —gritó un hombre. Me resultó grato oír mi lengua, pero los bambures parecían inquietos.

Por aquí… entren ahí… desnúdense… esperen. Todo lo que escuchamos al llegar al Mundo Libre fueron órdenes. Teman que descontaminarnos, lo que fue doloroso y agotador. Teníamos que pasar una revisión médica. Todo lo que llevábamos tenía que ser descontaminado, examinado e inventariado. No les llevó mucho conmigo. Yo sólo había traído la ropa que llevaba puesta desde hacía dos semanas. Me alegró que me descontaminaran. Al fin nos dijeron que nos alineáramos en una de las naves de carga vacía. El letrero sobre las puertas rezaba todavía CPAY: Corporación de Plantaciones Agrícolas de Yeowe. Nos hicieron entrar uno a uno. El hombre que me atendió era bajo, blanco, de mediana edad, y llevaba lentes, como cualquier activo oficinista de ciudad, pero yo lo miré con reverencia. Él era el primer yeowano con el que hablaba. Me hizo las preguntas de un formulario y anotó mis respuestas. —¿Sabe leer? —Sí. —¿Formación? —Vacilé un momento y dije—: Maestra. Enseño lectura e historia. —No levantó la vista para mirarme ni una sola vez.

Me alegré de ser paciente. Después de todo los yeowanos no nos habían pedido que viniésemos. Nos admitían por la única razón de que si nos devolvían a Werel tendríamos una muerte horrible en una ejecución pública. Éramos una mercancía provechosa para Bambur, pero para Yeowe éramos un problema. Sin embargo, muchos de nosotros teníamos conocimientos que podían necesitar, y me alegré de que nos preguntaran por ellos.

Cuando todos hubimos desfilado, nos separaron en dos grupos: hombres y mujeres. Yoke me abrazó y se fue para el lado de los hombres riendo y saludando. Yo me quedé con las mujeres. Vimos que llevaban a todos los hombres al vehículo que enlazaba con la Antigua Capital. Mi paciencia se acabó y mi esperanza se ensombreció. Rogué: ¡Señor Kamye, aquí no, aquí también no! El miedo me puso furiosa. Cuando un hombre vino dándonos órdenes otra vez, vamos, por aquí, me acerqué a él y le dije: —¿Quién es usted? ¿Adonde nos llevan? ¡Somos mujeres libres!

Era un tipo muy grande, con una cara redonda y blanca y ojos azules. Me miró enojado al principio, y luego sonrió. —Sí, Hermana, eres libre —dijo—. Pero todos tenemos que trabajar, ¿no es cierto? Ustedes las damas irán al sur. Necesitan gente en las plantaciones de arroz. Trabajarán un poco, ganarán algo de dinero, echarán una miradita por ahí, ¿de acuerdo? Si no les gusta lo de allá abajo, se vuelven para acá. Siempre podemos usar a las damitas hermosas aquí.

Yo nunca había oído el acento yeowano, cadencioso, dominado, suave, con vocales largas y marcadas. Nunca había oído llamar damas a las activas. Nadie me había llamado Hermana en la vida. Seguro que él no se refería a lo que yo interpreté con la palabra «usar», seguro que la empleó sin malicia. Yo estaba desconcertada y no dije más. Pero la química, Tualtak, dijo: —Escuche, yo no soy un peón agrícola, soy una científica preparada…

—Oh, todos ustedes son científicos —dijo el yeowano con su gran sonrisa—. ¡Vamos, vamos, señoras! —Caminó delante y nosotras lo seguimos. Tualtak siguió hablando, pero él sonrió y no le prestó atención.

Nos llevaron a un vagón de tren que esperaba en una vía muerta. El sol brillante y enorme se estaba poniendo. Todo el cielo estaba de color naranja y rosado, colmado de luz.

Unas sombras largas oscurecían el suelo. El aire cálido estaba polvoriento y olía dulce. Mientras aguardábamos para trepar al vagón me agaché y recogí una piedrecita rojiza del suelo. Era redonda, y una fina banda de color blanco la atravesaba. Era un pedazo de Yeowe. Tenía Yeowe en la mano. Aún conservo esa piedrecita.

Cambiaron nuestro vagón a las vías principales y lo engancharon a un tren. Cuando el tren empezó a moverse nos sirvieron la cena, sopa servida de unas grandes cacerolas desplazadas sobre ruedas por el vagón, cuencos de arroz de los marjales, dulce y pesado, y pinis, un lujo en Werel, al parecer muy abundantes aquí. Comimos y comimos. Contemplé desvanecerse la última luz más allá de las colinas onduladas que el tren atravesaba. Salieron las estrellas. No había lunas. No las habría nunca más. Pero vi subir Werel en el oeste. Era una gran estrella azul verdosa, y tenía el mismo aspecto que Yeowe vista desde Werel. Pero Yeowe nunca subía después de la puesta de sol. Yeowe seguía al sol.

Estoy viva y estoy aquí, pensé, siguiendo al sol. Olvidé mis temores y me quedé dormida con el traqueteo del tren.

El segundo día bajamos del tren en una ciudad a orillas del gran río Yot. Nuestro grupo de veintitrés fue separado allí, y a diez de nosotras nos llevaron en una carreta tirada por bueyes a una aldea, Hagayot. Había sido un cercado de la CPAY, que producía arroz para alimentar a los esclavos de la Colonia. Ahora era una aldea cooperativa, que producía arroz para alimentar al Pueblo Libre. Nos inscribieron como miembros de la cooperativa. Viviríamos a partes iguales con los lugareños hasta que nos pagaran, y entonces podríamos saldar nuestras deudas con la cooperativa.

Era una manera razonable de asimilar a los inmigrantes sin dinero que no conocían h lengua o no tenían formación. Pero yo no entendía por qué habían ignorado nuestras profesiones. ¿Por qué habían enviado a los hombres de las plantaciones de Bambur, peones agrícolas, a la ciudad, no aquí? ¿Por qué sólo mujeres?

No entendía por qué, en una aldea de gente libre, había un lado para los hombres y un lado para las mujeres, con una zanja que los separaba.

No entendía por qué, como descubrí muy pronto, los hombres tomaban todas las decisiones y daban todas las órdenes. Pero comprendí que, así las cosas, nos temieran a nosotras, las mujeres werelianas, porque no estábamos acostumbradas a aceptar órdenes de nuestros iguales. Y comprendí que tenía que acatar las órdenes sin insinuar siquiera que las cuestionaba. Los hombres de la aldea de Hagayot nos miraban con fiera sospecha y con un látigo tan pronto como el de cualquier Jefe. —Quizá ustedes les decían a los hombres lo que tenían que hacer allí —nos dijo el capataz la primera mañana que salimos a los campos—. Pero eso era allí. Aquí las cosas son diferentes. Aquí la gente libre trabaja unida. Ustedes se creen Jefas, pero aquí no hay Jefas.

Había abuelas en el lado de las mujeres, pero no tenían los poderes de nuestras abuelas. Aquí, donde durante el primer siglo no había habido mujeres esclavas, los hombres habían tenido que organizar la vida e instaurar los poderes. Cuando al fin enviaron esclavas a esos remos de hombres esclavos, no quedaba ningún poder para ellas. No tenían voz. No fue hasta que escaparon a las ciudades que empezaron a tener voz en Yeowe.

Aprendí a callar.

Pero no fue tan malo para mí y para Tualtak como lo fue para nuestras ocho compañeras de Bambur. Éramos los primeros inmigrantes que aquellos aldeanos veían. Sólo hablaban su lengua y pensaron que las mujeres de Bambur eran brujas porque no hablaban «como seres humanos». Solían azotarlas cuando hablaban entre ellas en su idioma.

Debo confesar que durante mi primer año en el Mundo Libre estaba tan descorazonada como lo había estado en Zeskra. Odiaba pasar todo el día encorvada en las aguas poco profundas de los arrozales. Siempre teníamos los pies reblandecidos e hinchados y llenos de unos diminutos gusanos que se nos metían en la carne y que teníamos que sacarnos cada noche. Pero era un trabajo necesario y no demasiado duro para una mujer saludable. No era el trabajo lo que me abatía.

Hagayot no era una aldea tribal, ni tan conservadora como algunas de las viejas aldeas de las que supe después. Las niñas no eran ritualmente violadas, y una mujer estaba segura en el lado de las mujeres. «Saltaba la zanja» sólo con el hombre que ella elegía. Pero si una mujer iba a cualquier sitio sola, o incluso si se separaba de las otras trabajando en los arrozales, se suponía que estaba «buscándoselo», y cualquier hombre se creía en el derecho de forzarla.

Hice buenas amigas entre las mujeres de la aldea y las bambures. No eran mis ignorantes de lo que yo misma había sido unos anos antes, y algunas eran más sabias de lo que yo nunca sería. No había posibilidad de tener amigos entre hombres que se creían propietarios. Era incapaz de ver cómo podría cambiar la vida allí. Por las noches, tendida entre las mujeres y los niños que dormían me sentía muy abatida y pensaba: ¿Para esto murió Walsu?

En mi segundo año allí resolví hacer cuanto estuviese en mi mano para mantenerme por encima de la desgracia que me amenazaba. Una de las bambures, mansa y un poco corta de entendederas, a Ja que hombres y mujeres habían azotado y golpeado por hablar su idioma, se ahogó en uno de los grandes bancales de arroz. Se había tendido en el agua cálida y poco profunda^ que no llegaba más arriba de los tobillos, y se había ahogado. Yo temí esa cosecha, esas aguas de la desesperación. Decidí que utilizaría mis conocimientos, que enseñaría a leer a las mujeres y a los niños de la aldea.

Escribí algunas cartillas para principiantes en tela de arroz y las convertí en un juego para los pequeños. Unas cuantas chicas jóvenes y algunas mujeres sintieron curiosidad. Algunos sabían que la gente de los pueblos y ciudades sabía leer, y lo veían como un misterio, como una hechicería que daba a los de la ciudad un gran poder. Yo no lo negué.

Para las mujeres primero escribí versos y pasajes del Arkamye, todo lo que pude recordar, para que pudieran tenerlo y no tuviesen que esperar a que uno de los hombres que se llamaban a sí mismos «sacerdotes» lo recitara. Se sintieron orgullosas de aprender & leer esos versos. Entonces hice que mi amiga Seugi me contara una historia, su encuentro con un gato de caza salvaje en los marjales cuando era niña. Lo puse por escrito y lo titulé «El león de los marjales, por Aro Seugi», y luego lo leí en voz alta para la autora y un círculo de mujeres y niñas. Ellas se maravillaron y rieron. Seugi lloró, acariciando la escritura que guardaba su voz.

El cacique de la aldea y sus principales y capataces e hijos honorarios, toda la jerarquía y el gobierno de la aldea, desconfiaban de mi enseñanza, y aunque no les complacía, no querían prohibírmela. El gobierno de la Región de otebber había anunciado que iban a poner en marcha escuelas de campo a las que los niños de las aldeas serían enviados la mitad del año. Los hombres de la aldea sabían que sus hijos llevarían ventaja si ya sabían leer y escribir cuando fuesen.

El Hijo Elegido, un hombre grande, pálido y apacible, ciego de un ojo a causa de una herida de guerra, vino a verme al fin. Llevaba la chaqueta oficial, una chaqueta larga y ajustada como la que vestían los propietarios werelianos trescientos años atrás. Me dijo que

no tenía que enseñar a leer a las niñas, sólo a los niños.

Yo le dije que enseñaría a todos los niños que quisieran aprender o a ninguno.

—Las niñas no quieren aprender esas cosas —dijo él.

—Claro que quieren. Catorce niñas han pedido estar en mi clase. Ocho chicos. ¿Está diciendo que las niñas no deben recibir educación religiosa, Hijo Elegido?

El vaciló. —Tienen que aprender la vida de la Dama Misericordiosa —dijo.

—Escribiré la Vida de Tual para ellas —dije al instante. Él se alejó con su dignidad a salvo.

Mi victoria, tal como rúe, me resultó poco placentera. Pero al menos continué enseñando.

Tualtak estaba siempre hablándome de escapar, de escapar a la ciudad río abajo. Había adelgazado mucho porque no podía digerir la comida pesada. Odiaba el trabajo y a la gente. —Está bien para ti, porque tu estuviste en una plantación, fuiste una polvorienta; pero yo nunca lo he sido, mi madre era una alquilada, vivíamos en unas habitaciones muy elegantes en la calle Haba, yo era el aprendiz más brillante que habían tenido nunca —y seguía hablando, una y otra vez, viviendo en el mundo que había perdido.

Algunas veces le prestaba atención cuando hablaba de escapar. Trataba de recordar los mapas de Yeowe de mis libros perdidos. Recordaba el gran río, el Yot, que nacía en lo profundo del continente y recorría tres mil kilómetros hasta desembocar en el Mar del Sur. ¿Pero en qué punto de esa vasta extensión se encontraban ellas, a qué distancia de la ciudad de Yotebber, en el delta? Entre Hagayot y la ciudad podía haber cientos de aldeas como ésa. —¿Te han violado alguna vez? —le pregunté a Tualtak.

—Soy una alquilada, no una mujer de uso —dijo con brusquedad, ofendida.

—Yo fui mujer de uso durante dos años. Si me violaran otra vez, mataría al hombre o me suicidaría. Me parece que dos mujeres werelianas andando solas por aquí se expondrían a que las violasen. No puedo hacerlo, Tualtak —dije.

—¡No es posible que todo sea como este lugar! —dijo entre lagrimas, con tanta desesperación que sentí mi propia garganta oprimida por el llanto.

—Quizá cuando abran las escuelas… entonces habrá gente de las ciudades… —Ésa era toda la esperanza que podía ofrecer, a ella o a mí misma—. Quizá si la cosecha es buena este año, si conseguimos que nos den nuestro dinero, podríamos tomar el tren…

Ésa era nuestra única esperanza. La cuestión era conseguir que el cacique y sus cohortes nos diesen nuestro dinero. Ellos guardaban los ingresos de la cooperativa en una cabaña de piedra que llamaban el Banco de Hagayot, y sólo ellos veían alguna vez el dinero. Cada persona tenía una cuenta, y ellos llevaban el control de los ingresos fielmente: siempre que uno lo solicitaba, el Jefe Banquero garrapateaba en el suelo el saldo que uno tenía. Lo único que nos daban era una especie de vale, piezas de arcilla marcadas por el Jefe Banquero, que servían como dinero entre nosotros y con las que podían comprarse las cosas que la gente de la aldea hacía: ropa, sandalias, herramientas, collares de cuentas, cerveza de arroz. Nuestro dinero de verdad estaba a salvo, nos decían, en el banco. Me acordé de aquel viejo activo tullido de Shomeke, trastabillando y cantando: «¡Dinero en el banco, Señor! ¡Dinero en el banco!».

Mucho antes de que nosotras llegásemos, las mujeres estaban descontentas con aquel sistema. Ahora había nueve mujeres más descontentas.

Una noche le pregunté a mi amiga Seugi, cuyo cabello era tan blanco como su piel: —Seugi, ¿tú sabes lo que ocurrió en un lugar llamado Nadami?

—Sí —contestó ella—. Las mujeres abrieron la puerta. Todas las mujeres se

sublevaron y entonces os hombres se levantaron contra los Jefes. Pero necesitaban armas. Y una mujer corrió en la noche y robó la llave de la caja del propietario y abrió la puerta del fortín donde los Jefes guardaban las armas y las balas, y la mantuvo abierta con la fuerza de su cuerpo para que los esclavos pudieran armarse. Y entonces mataron a las Corporaciones y liberaron aquel lugar, Nadami.

—Incluso en Werel cuentan esa historia —dije—. Los hombres y las mujeres hablan allí de Nada-mi, donde las mujeres empezaron la Liberación. ¿Cuentan la historia los hombres de aquí? ¿La conocen?

Seugi y las otras mujeres asintieron.

—Si una mujer liberó a los hombres de Nadami —dije—, quizá las mujeres de Hagayot puedan liberar su dinero.

Seugi rió y llamó a un grupo de abuelas. —¡Escuchen a Rakam! ¡Escuchen esto!

Después de hablar durante días y semanas, la cosa acabó con una delegación de mujeres, treinta de nosotras. Cruzamos al lado de los nombres por el puente de la zanja y pedimos con ceremonia ver al cacique. Nuestra principal arma para negociar era la vergüenza. Seugi y las otras mujeres de la aldea expusieron la reclamación, porque ellas sabían hasta dónde podían avergonzar a los hombres sin incitarlos a la cólera y las represalias. Oyéndolas, escuché la dignidad hablar a la dignidad, el orgullo hablar al orgullo. Por primera vez desde que llegué a Yeowe sentí que yo era parte de ese pueblo, que esa dignidad y ese orgullo eran míos también.

Nada ocurría deprisa en la aldea. Pero en la siguiente cosecha, las mujeres de Hagayot pudieron retirar la cuota ganada en metálico.

—Ahora a por el voto —le dije a Seugi, porque no había voto secreto en la aldea. Cuando había elecciones regionales, incluso en la Ratificación de la Constitución general, los caciques registraban a los hombres y rellenaban las papeletas. Ni siquiera registraban a las mujeres, y escribían los votos que ellos querían emitir.

Pero yo no me quedé para ayudar a conseguir aquel cambio para Hagayot. Tualtak estaba en verdad enferma y medio enloquecida por el deseo de salir de los marjales, de ir a la ciudad. Y yo también lo deseaba. De modo que retiramos nuestro salario y Seugi y otras mujeres nos llevaron en una carreta tirada por bueyes sobre la carretera elevada que cruzaba los marjales hasta la estación de carga. Allí izaron la bandera que indicaba que había pasajeros. El tren llegó unas horas después, una larga hilera de furgones cargados de arroz de los marjales que iba hacia los molinos de Yotebber. Viajamos en el coche de cabeza con los operarios del tren y algunos viajeros, hombres de aldea. Yo llevaba un gran cuchillo al cinto, pero ninguno de ellos se mostró irrespetuoso con nosotras. Fuera de los cercados eran tímidos y apocados. Me senté en mi litera en aquel vagón y contemplé los extensos marjales empenachados y salvajes pasar deprisa, y las aldeas en las riberas del ancho río, y deseé que el tren continuara viajando para siempre.

Sin embargo, Tualtak tosía en la litera de abajo y estaba muy irritable. Cuando llegamos a Yotebber estaba tan débil que supe que tenía que verla un médico. Uno de los operarios del tren fue amable y nos indico cómo llegar al hospital en los autobuses públicos. Mientras traqueteábamos por las calles bulliciosas y tórridas de la ciudad en el autobús atestado, todavía me sentía feliz. No podía evitarlo.

En el hospital nos pidieron nuestros certificados de ciudadanía.

Yo nunca había oído hablar de esos papeles. Más tarde me enteré de que los nuestros se los habían dado a los caciques de Hagayot, que los habían guardado del mismo modo que guardaban los papeles de «sus» mujeres. Lo único que pude hacer fue mirar y

decir: —No sé nada de esos certificados de ciudadanía.

Escuché a una de las mujeres del mostrador decirle a otra: —Señor, ¿cómo se puede ser tan polvorienta?

Yo sabía el aspecto que teníamos. Sabía que estábamos sucias y que parecíamos de baja extracción. Sabía que parecíamos ignorantes y estúpidas. Pero cuando oí esa palabra, «polvorienta», mi orgullo y mi dignidad despertaron otra vez. Metí la mano en la mochila y saqué mi título de libertad, aquel viejo papel con la firma de Erod, arrugado y doblado, lleno de polvo.

—Este es mi certificado de ciudadanía —dije en voz alta, y la mujer se sobresaltó y se volvió—. La sangre de mi madre y la sangre de mi abuela están en él. Mi amiga está enferma, necesita un médico. ¡Tráigannos un médico ahora mismo!

Una mujer menuda y delgada se acercó desde el corredor. —Vengan por aquí —dijo. Una de las recepcionistas empezó a protestar, pero la mujer la silenció con una mirada.

La seguimos hasta una sala de reconocimiento.

—Soy la doctora Yeron —dijo ella, y en seguida se corrigió—: Trabajo como enfermera, pero soy médico. Y ustedes… ¿ustedes vienen del Viejo Mundo, de Werel? Siéntese, criatura, y quítese la camisa. ¿Cuánto tiempo llevan aquí?

En un cuarto de hora diagnosticó a Tualtak y le consiguió cama en una de las salas para mantenerla en observación y para que descansara; escuchó nuestras historias y me dio una nota para que fuese a ver a un amigo suyo que me ayudaría a encontrar un lugar donde vivir y un trabajo.

—¡Una maestra! —dijo la doctora Yeron—. ¡Una maestra! ¡Ay mujer, llega usted como la lluvia a la tierra sedienta!

En la primera escuela adonde fui quisieron contratarme en seguida para enseñar lo que yo quisiera. Como venía de un pueblo capitalista, fui a otras escuelas para ver si podía ganar más dinero. Pero al fin regresé a Ja primera. La gente de allí me había gustado.

Antes de La Guerra de Liberación, las ciudades de Yeowe, que eran ciudades de activos propiedad de Ja Corporación que alquilaban su libertad, tenían sus propias escuelas y hospitales y muchos programas de formación. Había incluso una Universidad para activos en la Antigua Capital. Naturalmente, las Corporaciones controlaban toda la información que llegaba a esas instituciones y vigilaban y censuraban todo lo que se enseñaba y escribía, siempre con el objetivo de maximizar los beneficios. Pero aun en ese estrecho margen, los activos habían tenido libertad para usar la información de la que disponían como les placiese, y los yeowanos de las ciudades valoraban enormemente la educación. Durante la larga guerra, treinta años, todo ese sistema de recolección y transmisión de conocimiento se había venido abajo. Una generación entera había crecido sin saber más que de lucha y camuflaje, de hambre y enfermedad. El director de mi escuela me dijo: —Nuestros niños crecieron iletrados, en la ignorancia. ¿Es extraño entonces que los caciques de las plantaciones se apropiaran de lo que los Jefes de la Corporación abandonaron? ¿Quién iba a impedírselo?

Esos hombres y mujeres creían con una pasión ardiente que sólo la educación llevaría a la libertad. Ellos todavía estaban haciendo la Guerra de la Liberación.

Yotebber era una ciudad irregular y extensa, pobre y soleada, de calles anchas, edificios bajos y grandes árboles viejos que daban buena sombra. Casi todo el tráfico era de a pie, y las bicicletas tintineaban y los autobuses públicos traqueteaban escandalosos entre las lentas multitudes. Había miles de chozas y cabañas abajo, en la antigua llanura fluvial

del río detrás de los malecones, donde el suelo era rico para la horticultura. El centro de la ciudad se levantaba en una elevación baja, y las fábricas y las vías del tren partían en todas direcciones desde allí. La parte baja de la ciudad parecía la ciudad de Voe Deo, sólo que más vieja y más pobre y más amable. En vez de las grandes tiendas de los propietarios, la gente lo compraba y lo vendía todo en puestos en mercados al aire libre. El aire era tenue allí en el sur, una cálida brisa marina colmada de niebla y sol. Allí me quedé. Por la gracia del Señor tengo una mente que olvida pronto las desgracias, y fui feliz en Yotebber.

Tualtak recobró la salud y encontró un buen trabajo de química en una fábrica. La veía raras veces: nuestra amistad había sido una cuestión de necesidad, no de elección. Siempre que la veía me hablaba de la calle Haba y de su laboratorio en Werel y se quejaba de su trabajo y de la gente de Yotebber.

La doctora Yeron no me olvidó. Me envió una nota y me dijo que la fuera a visitar, y eso hice. Poco después, una vez instalada, me pidió que la acompañase a una reunión de una sociedad de educación. Se trataba de un grupo de demócratas, casi todos profesores, que intentaba trabajar contra el poder autocrático de los caciques tribales y regionales en el marco de la nueva constitución, y de neutralizar lo que ellos llamaban la mentalidad del esclavo, la rígida jerarquía misógina que yo había encontrado en Hagayot. Mi experiencia les resultó útil, porque todos eran gente de ciudad que había conocido la mentalidad del esclavo sólo cuando se encontraron gobernados por ella. Las mujeres del grupo eran las más exaltadas. Lo habían perdido casi todo en la Liberación, y ahora ya no tenían nada que perder. En general, los hombres eran más partidarios de hacer las cosas gradualmente, y las mujeres estaban listas para la revolución. Como wereliana que no conocía la política yeowana, escuché y no hablé. Me resultó difícil no hacerlo, porque soy muy locuaz y tenía muchas cosas que decir. Pero me mordí la lengua y los escuché. Eran personas que valía la pena escuchar.

La ignorancia se defiende con violencia, y la incultura, como yo bien sabía, puede ser muy astuta. Aunque el Cacique, el Presidente de la Región de Yotebber elegido mediante una votación amañada, quizá no entendía nuestras contra-manipulaciones del programa de estudios, no gastó mucha energía en controlar las escuelas: se limitó a enviar a sus inspectores para que se entrometieran en nuestras clases y censuraran nuestros libros. Pero lo que sí le parecía importante era controlar la red de comunicaciones, como habían hecho las Corporaciones. Las noticias, los programas informativos, los títeres de las casirreales, todos se movían al son que él tocaba. Contra esto, ¿qué daño podían hacer unos maestros de escuela? Los padres que no tenían estudios tenían hijos que se conectaban a la red para oír, ver y sentirlo que el Cacique quería que aprendiesen: que la libertad es obediencia a los líderes, que la violencia es virtud, la hombría, dominación. Contra la vivencia de esas verdades en la vida diaria y la experimentación de esas sensaciones intensificadas en las casirreales, ¿de qué servían las palabras?

—La alfabetización es irrelevante —afirmó alguien de nuestro grupo con pesar—. Los caciques han saltado por encima de nuestras cabezas a la tecnología de la información postcultural.

Yo reflexioné sobre aquella afirmación, odiando las palabras altisonantes que la mujer había empleado —irrelevante, postcultural— porque temía que tuviese razón.

A la siguiente reunión de nuestro grupo, para mi sorpresa, asistió un alienígena: el Sub-Enviado del Ecumen. Se suponía que él era la gran pluma del sombrero de nuestro Cacique, enviado desde la Antigua Capital aparentemente para apoyar la posición del Cacique contra el Partido del Mundo, que aún era fuerte allí y seguía clamando que Yeowe

tenía que expulsar a todos los extranjeros. Yo había escuchado algunos comentarios sobre su presencia allí, pero no esperaba encontrarlo en una reunión de maestros de escuela subversivos.

Era un hombre de corta estatura, de color cobrizo y ojos con esquinas blancas visibles, aunque atractivo si uno ignoraba ese detalle. Estaba sentado delante de mí, perfectamente inmóvil, como si estuviese acostumbrado a sentarse inmóvil, y escuchaba sin hablar, como si estuviese acostumbrado a escuchar. Al final de la reunión se volvió y sus extraños ojos me miraron directamente.

—¿Radosse Rakam? —dijo.

Yo asentí, muda.

—Soy Yehedarhed Havzhiva —continuó—. Tengo unos libros para usted de parte de Viejo Músico.

Lo miré sin comprender. —¿Libros? —dije.

—De parte de Viejo Músico —repitió—. Esdardon Aya, de Werel.

—¿Mis libros? —dije.

El sonrió. Tenía una sonrisa ancha y pronta.

—¡Oh!, ¿dónde? —grité.

—Están en mi casa. Puedo dárselos esta noche, si quiere. Tengo coche. —Hubo algo irónico y liviano en su manera de decir esto último, como si fuese un hombre que no esperaba tener un coche, aunque disfrutara de él.

La doctora Yeron se acercó. —Así que la encontró —le dijo al Sub-Enviado. Él la miró con una expresión tan radiante que pensé: son amantes. Aunque ella era mucho mayor que él, no era improbable pensarlo. La doctora Yeron era una mujer magnética. Era extraño pensar en eso, de todos modos, porque yo no era muy dada a especular sobre la vida sexual de la gente. No era algo que me interesara.

El apoyó la mano al brazo de ella mientras hablaban, y me fijé con peculiar intensidad en la gentileza del gesto, casi vacilante, aunque confiado. Eso es amor, pensé. Y sin embargo, se despidieron sin esa mirada de complicidad que los amantes intercambian tan a menudo.

Él y yo subimos en el coche eléctrico gubernamental, sus dos silenciosas guardaespaldas, dos mujeres policías, sentadas delante. Hablamos de Esdardon Aya, cuyo nombre, me explicó, significaba Viejo Músico. Le expliqué que Esdardon Aya me había salvado la vida enviándome allí. Él escuchaba de una manera que hacía fácil hablarle.

—Me dolió mucho dejar atrás mis libros, y he pensado mucho en ellos, los he extrañado mucho, como si fuesen mi familia —dije—. Pero me parece que soy una tonta por sentirme así.

—¿Por qué una tonta? —preguntó él. Tenía un acento extranjero, pero ya se le había contagiado la cadencia yeowana, y su voz era hermosa, suave y cálida.

Traté de explicarlo todo a la vez. —Bueno, los libros significan tanto para mí porque yo era analfabeta cuando llegué ala ciudad, y fueron los libros los que me dieron la libertad, me dieron el mundo… los mundos… Pero ahora, aquí, veo que la red, la holovisión, las casirreales son mucho más importantes para la gente, porque les dan el tiempo presente. Quizá aferrarse a los libros sea aferrarse al pasado. Los yeowanos tienen que ir hacia el futuro. Y nunca cambiaremos la mentalidad de la gente sólo con palabras.

Él escuchó con atención, como había hecho en la reunión, y entonces respondió reposadamente: —Pero las palabras son una forma esencial del pensamiento. Y los libros conservan las palabras fielmente… Yo tampoco leí hasta que fui adulto.

—¿No leyó?

—Sabía leer, pero no lo hacía. Yo vivía en un pueblo. Son las ciudades las que tienen que conservar los libros —dijo con decisión, como si hubiese meditado mucho en ese tema—. Sí no lo hacen, cada generación tendrá que empezar de nuevo. Es un despilfarro. Hay que salvaguardar las palabras.

Cuando llegamos a su casa, en la parte alta de la ciudad vieja, había cuatro cajones de libros en el vestíbulo.

—¡Todos ésos no son míos! —exclamé.

—Viejo Músico dijo que le pertenecían —dijo el señor Yehedarhed con su sonrisa pronta, echándome una mirada fugaz. Se puede distinguir cuándo un alienígena lo mira a uno mucho mejor que-con los de nuestra raza. Con nosotros, excepto con los pocos que tienen los ojos azulados, hay que estar lo suficientemente cerca para apreciar el movimiento de la pupila oscura en el ojo oscuro.

—No tengo espacio para colocar tantos —dije, sorprendida, comprendiendo que aquel hombre extraño, Viejo Músico, me ayudaba a liberarme una vez más.

—¿Quizá en la escuela? ¿En la biblioteca de la escuela?

Era una buena idea, pero al instante pensé en los inspectores del Cacique manoseándolos, quizá hasta confiscándolos. Cuando le hablé de eso, el Sub-Enviado dijo:
—¿Y si los presento como un regalo de la Embajada? Creo que eso pondría en un compromiso a los inspectores.

—Oh —dije, y entonces exclamé—: ¿Por qué son ustedes tan bondadosos? ¿Usted y él…? ¿Es usted haini también?

—Sí —dijo él, sin responder a mi otra pregunta—. Lo era. Espero ser yeowano.

El señor Yehedarhed me pidió que me sentase un momento y bebiese un vaso de vino con él antes de que sus guardias me llevaran a casa. Era un hombre afable y amistoso, aunque callado. Vi que lo habían herido. Tenía cicatrices en el rostro y una zona sin pelo donde había habido una herida. Me preguntó sobre qué trataban mis libros. —Historia— contesté yo.

Al oír esto sonrió, despacio esta vez. No dijo nada pero alzó su vaso hacia mí. Yo levanté el mío, imitándolo, y bebimos.

Al día siguiente teníamos los libros en la escuela. Cuando abrimos los cajones y empezamos a colocarlos en los estantes nos dimos cuenta de que teníamos un gran tesoro.
—No hay nada parecido a esto en la Universidad —dijo uno de los profesores, que había estudiado allí durante un año.

Había historias y antropologías de Werel y de los mundos del Ecumen, estudios de filosofía y política de werelianos y de gentes de otros mundos, había compendios de literatura, poesía y cuentos, enciclopedias, libros de ciencia, atlas, diccionarios. En un rincón de uno de los cajones estaban mis escasos libros, mi tesoro, incluso esa breve y tosca Historia de Yeowe, impresa en la Universidad de Yeowe en el año primero de la Libertad. Dejé casi todos mis libros en la biblioteca del colegio, pero me llevé ése y unos cuantos más a casa por el afecto y el consuelo que me proporcionaban.

No hacía mucho había encontrado otra fuente de amor y consuelo. Un niño de la escuela me había traído un regalo, un garito moteado recién destetado. El chico me lo dio con tanto orgullo y cariño que no pude rechazarlo. Cuando traté de pasárselo a otro profesor, todos rieron. —¡Tú eres la elegida, Rakam! —dijeron. Así que, de mala gana, llevé al pequeño animal a casa, temerosa de su fragilidad y casi sintiendo una ligera repugnancia hacia él. Las mujeres en la beza de Zeskra tenían mascotas, gatos moteados y

perros zorros, animalitos mimados que comían mucho mejor que nosotros. Me habían dado el nombre de una mascota una vez.

Alarmé al gatito sacándolo de su cesta y me mordió el dedo hasta el hueso. Era minúsculo y frágil, pero tenía dientes. Empecé a respetarlo.

Esa noche lo puse a dormir en su cesta, pero él se subió a la cama y se sentó en mi cara hasta que lo dejé deslizarse bajo las mantas. Allí durmió tranquilo toda la noche. Por la mañana me despertó saltando sobre mí, persiguiendo motas de polvo en un rayo de sol. Me hizo despertarme riendo, lo cual es muy agradable. Sentía que nunca había reído mucho, y me apetecía hacerlo.

El gatito era todo negro, y las manchas sólo se apreciaban bajo cierta luz, negro sobre negro. Lo llamé *Propietario*. Era agradable regresar a casa por la noche y ser recibida por mi pequeño *Propietario*.

Durante el siguiente medio año estuvimos preparando una gran manifestación de mujeres. Hubo muchas reuniones, y el Sub-Enviado asistió a algunas de ellas, de modo que empecé a esperarlo. Me gustaba verlo escuchar nuestros argumentos Había quienes decían que la manifestación no debía limitarse a los derechos y deberes de las mujeres, porque la igualdad tenía que ser para todos. Otros decían que no tenía que depender del apoyo de los extranjeros, que tema que ser un movimiento puramente yeowano. El señor Yehedarhed los escuchó, pero yo me enfadé. —Yo soy una extranjera —dije— ¿acaso eso me hace inútil? Esas son palabras de propietario… ¡como si ustedes fuesen mejores que los demás! —Y la doctora Yeron dijo—: Creeré que la igualdad es para todos cuando lo vea escrito en la Constitución de Yeowe. —Porque nuestra Constitución, que había sido ratificada por votación en todo el planeta mientras yo estaba en Hagayot, hablaba de los ciudadanos sólo como hombres. Finalmente en la manifestación se exigieron enmiendas a la Constitución por las que se incluyera a las mujeres como ciudadanas, se introdujera el voto secreto y se garantizara el derecho a la libre expresión, libertad de prensa y de asociación, y educación para todos los niños.

Yo fui una de las setenta mil mujeres que se tendieron sobre los raíles del tren aquel caluroso día. Canté con ellas. Escuché cómo sonaban tantas mujeres cantando juntas, qué sonido poderoso y profundo producíamos.

Mientras reuníamos mujeres para la gran manifestación había empezado a hablar otra vez en público. Era un don que yo tema, y lo utilizamos. Algunas veces se presentaban hombres ignorantes o bandas de chicos que interrumpían o me amenazaban, y me gritaban: «¡Jefa, Propietaria, coño negro, regresa al lugar del que viniste!». Una de las veces que me gritaron eso, regresa, regresa, me incliné hacia el micrófono y dije: —No puedo regresar. Solíamos cantar una canción en la plantación donde yo era esclava. —Y la canté:

O, O, Yeowe,
nadie regresa jamás.

La canción los acalló por un momento. Escucharon aquel terrible dolor, aquel anhelo.

Después de la gran manifestación la agitación no cesó nunca por completo, aunque hubo veces que la energía flaqueó: el Movimiento no se movía, como decía la doctora Yeron. Una de esas veces fui a verla y le propuse que pusiéramos en marcha una editorial y empezáramos a publicar libros. Ése había sido mi sueño desde aquel día en Hagayot, cuando Seugi había tocado sus palabras y había llorado.

—Las palabras pasan —dije—, y todas las palabras e imágenes de la red pasan también, y cualquiera puede cambiarlas. Pero los libros están ahí, permanecen. Son el

cuerpo de la historia, como dice el señor Yehedarhed.

—Inspectores —dijo la doctora Yeron—. Hasta que no consigamos Ja libertad de prensa, los caciques no dejarán que se publique otra cosa que no sea lo que ellos dictan.

Yo no quería abandonar la idea. Sabía que en la Región de Yotebber no podríamos publicar nada político, pero sostuve que quizá podríamos publicar cuentos y poemas de las mujeres de la región. Muchos pensaban que era una pérdida de tiempo; Lo discutimos mucho. El señor Yehedarhed regresó de un viaje a la Embajada, en la Antigua Capital allá en el norte. Escuchó nuestras discusiones, pero no dijo nada, y me sentí defraudada. Se me había ocurrido que él apoyaría mi proyecto.

Un día, después de las clases, iba hacia mi apartamento, que estaba en una vieja casa, grande y ruidosa, no lejos del malecón. Me gustaba el lugar porque las ventanas se abrían sobre las ramas de Tos árboles, y a través de los árboles veía el río, seis kilómetros de ancho en aquel punto, discurriendo entre bancos de arena, cañaverales e islas de sauces en la estación seca, rebosando hasta el borde del malecón en la estación húmeda, cuando las tempestades de lluvia barrían la superficie. Ese día, cerca de la casa, apareció el señor Yehedarhed, sus dos guardaespaldas a poca distancia detrás de él, como siempre. Me saludó y me preguntó si podíamos hablar un momento. Me sentí confusa y no se me ocurrió otra cosa que invitarlo a subir a mi habitación.

Sus guardias esperaron en el vestíbulo. Yo sólo tenía la habitación grande del tercer piso. Me senté en la cama y el Sub-Enviado se sentó en la silla. *Propietario* se frotó contra, sus piernas, ronroneando desconfiadamente.

Había observado que al Sub-Enviado le gustaba frustrar las expectativas del Cacique y sus cohortes, que eran todo pompa y notas de coches y elaborados uniformes e insignias. El y sus mujeres policías iban por toda la ciudad, por toda Yotebber, en el coche oficial o a pie. A la gente le gustaba por eso. Todos sabían, como yo sabía ahora, que una banda del Partido del Mundo lo había asaltado y golpeado y dejado por muerto en su primer día allí, cuando salió a pie y solo. A la gente de la ciudad le gustaba su valor y la forma en que hablaba con todo el mundo, en todas partes. Lo habían adoptado. Nosotros, los del Movimiento de Liberación, pensábamos en él como en «nuestro Enviado», pero era el de la gente, y el del Cacique también. El Cacique tal vez odiara su popularidad, pero se aprovechaba de ella.

—Usted quiere poner en marcha una editorial —dijo, acariciando a *Propietario*, que se tendió en el suelo con las patas en el aire.

—La doctora Yeron dice que hasta que no consigamos las Enmiendas no servirá de nada.

—Hay una editorial en Yeowe que no está directamente controlada por el gobierno —dijo el señor Yehedarhed, acariciando la barriga de *Propietario*. —Cuidado, le morderá —dije—. ¿Y dónde está? —En la Universidad. ¡Ay! Ya veo —dijo el señor Yehedarhed, examinando su pulgar. Me disculpé por mi pequeña mascota. Él me preguntó si estaba segura de que *Propietario* era macho. Yo le dije que eso era lo que me habían dicho, pero que nunca se me había ocurrido comprobarlo—. Tengo la impresión de que su *Propietario* es una dama —dijo el señor Yehedarhed, y yo no pude contener la risa. Él rió conmigo, se chupó la sangre del pulgar y continuó—. La Universidad nunca hizo gran cosa.

Era una estratagema de la Corporación; dejemos que los activos crean que van a la Universidad. Durante los últimos años de la Guerra estuvo clausurada. El Día de la Liberación volvió a abrir sus puertas y ha seguido arrastrándose sin que nadie le haga mucho caso. El cuerpo docente es el de antes. Todos regresaron después de la Guerra, El

Gobierno Nacional les pasa una subvención, porque suena muy bien tener una Universidad de Yeowe, pero ellos no le ponen ningún interés porque no tiene prestigio. Y porque casi todos son hombres ignorantes. —Dijo esto sin desdén, descriptivamente—. Pero tiene una editorial.

—Lo sé —dije. Busqué mi viejo libro y se lo alcancé.

El lo examinó durante unos minutos. Su cara reflejaba una curiosa ternura mientras lo miraba. No podía apartar mis ojos de él. Era como mirar a una mujer con un bebé, un constante intercambio de atención y respuesta.

—Plagado de propaganda, errores y esperanza —dijo al fin, y también en la voz había ternura—. Bien, creo que esto podría mejorarse. ¿No opina lo mismo? Todo lo que se necesita es un editor. Y algunos autores.

—Inspectores —advertí, imitando a la doctora Yeron.

—La libertad académica es un punto en el que el Ecumen puede ejercer alguna influencia —dijo él—, porque invitamos a la gente a asistir a las Escuelas Ecuménicas en Hain y Ve. Desde luego tenemos intención de invitar a los graduados de la Universidad de Yeowe. Pero, naturalmente, sí su formación es tan deficiente debido a Ja falta de libros, de información…

—Señor Yehedarhed —dije yo—, ¿es que sus obligaciones incluyen echar abajo la política del gobierno? —La pregunta se me escapó sin darme cuenta.

Él no río. Tardó mucho rato en contestar. —No Jo sé —dijo—. Hasta ahora la Embajadora me ha respaldado. Quizá nos den una reprimenda a los dos. O quizá nos expulsen. Lo que me gustaría hacer… —Sus extraños ojos me miraron otra vez. Luego bajó la vista al libro que aún tenía en las manos.— Lo que me gustaría es convertirme en un ciudadano yeowano —continuó—. Pero mi utilidad para Yeowe, y para el Movimiento de Liberación, es mi posición en el Ecumen. De modo que continuaré utilizándola, o haciendo mal uso de ella, hasta que ellos me digan basta.

Cuando se marchó tuve que pensar en lo que me había propuesto. Que era ir a la Universidad para enseñar historia, y una vez allí ofrecerme voluntaria para llevar la editorial. Todo eso me parecía tan absurdo para una mujer de mis antecedentes y mi poca instrucción, que pensé que le había entendido mal. Cuando me convenció de que había entendido bien, pensé que él no comprendía del todo quién era yo y qué capacidades tenía. Discutimos el tema durante un rato y después se marchó, con la evidente sensación de que me estaba haciendo sentir incómoda, y quizá sintiéndose él mismo incómodo, aunque lo cierto es que nos reímos mucho y yo no me sentí incómoda, sólo un poco como si estuviese loca.

Traté de meditar en lo que él me había pedido, dar un paso tan fuera de mis posibilidades, pero me costaba mucho hacerlo. Sentía que esa importante decisión, ese futuro que no podía imaginar, estaba suspendido sobre mí. Pero sobre todo pensaba en Yehedarhed Havzhiva. Seguía viéndolo sentado en mi vieja silla, inclinándose para acariciar a *Propietario*. Chupándose la sangre del pulgar. Riendo. Mirándome con sus ojos de esquinas blancas. Veía su rostro y sus manos cobrizos, del color de la cerámica. Escuchaba su voz reposada.

Recogí al gatito, medio crecido ahora, y examiné la parte baja de su barriga: no había señales de órganos masculinos. El cuerpecito negro y sedoso se retorció en mis manos. Pensé en él diciendo «Su *Propietario* es una dama», y quise reír otra vez, y llorar. Acaricié a la gatita y la dejé en el suelo, y ella se sentó seria junto a mí, lamiéndose un hombro. —Oh, pobre damita —dije. No sé a quién me refería. A la gata, o a la dama Tazeu,

o a mí misma.

Yehedarhed Havzhiva me había dicho que me tomara mi tiempo para pensar en su propuesta, todo el que quisiera. Pero en verdad no había pensado en el tema aún cuando, dos días después, allí estaba, esperándome a la salida del colegio.

—¿Le gustaría dar un paseo por el malecón? —me dijo.

Yo miré alrededor.

—Están allí —dijo él, indicando a su guardias de mirada fría—. Allí donde yo voy, van ellas, a una distancia de entre tres y cinco metros. Pasear conmigo es aburrido, pero seguro. Mi virtud está garantizada.

Bajamos hasta el malecón y paseamos por la luz larga de la tarde en declive, calida y dorada, que olía a río, a barro y a juncos. Las dos mujeres armadas con pistolas caminaban unos cuatro metros detrás de nosotros.

—Si decide ir a la Universidad —dijo después de un largo silencio—, estaré allí constantemente.

—Todavía no he… —tartamudeé.

—Si se queda aquí, estaré aquí constantemente —continuó—. Naturalmente, si a usted no le parece mal.

No dije nada. El me miró sin volver la cabeza. Sin quererlo dije: —Me gusta porque siempre sé adonde mira.

—Me gusta porque nunca sé adonde mira —dijo él mirándome directamente.

Seguimos paseando. Una garza levantó el vuelo de un islote de juncos y sus grandes alas batieron sobre el agua y se alejaron. Caminábamos hacia el sur, río abajo. Todo el cielo occidental se llenó de luz a medida que el sol se hundía detrás de la ciudad entre humo y calina.

—Rakam, me gustaría saber de dónde procede, cómo fue su vida en Werel —dijo él con voz queda.

Respiré hondo. —Todo eso terminó —dije—. Es pasado.

—Nosotros somos nuestro pasado. Aunque no sólo eso. Quiero conocerla. Perdóneme, Deseo conocerla.

—Y yo quiero hablarle de eso —dije después de un rato—. Pero es todo tan horrible, tan feo. Aquí, ahora, todo es hermoso. No quiero perderlo.

—Todo lo que me cuente lo recibiré como un tesoro —dijo él, y su voz queda me llegó al corazón. De modo que le conté lo que pude del cercado de Shomeke, y luego recorrí deprisa el resto de mi historia. Me hizo algunas preguntas, pero sobre todo escuchó. En algún momento de mi narración me había tomado del brazo, y yo apenas lo noté entonces. Cuando me soltó, pensando que algún movimiento que yo había hecho significaba que quería que me soltara, eché de menos ese tacto ligero. La mano de él estaba fresca. Sentí su ausencia en el antebrazo.

—Señor Yehedarhed —dijo una voz detrás de nosotros: una de sus guardaespaldas. El sol estaba bajo, el cielo resplandecía de oro y rojo—. ¿No sería mejor que regresáramos?

—Sí —dijo él—, gracias. —Mientras nos volvíamos lo agarré del brazo. Sentí que él contenía el aliento. Yo no había deseado a un hombre o una mujer —ésa es la verdad— desde Shomeke. Había amado a gente, y los había tocado con amor, pero nunca con deseo. Mi puerta estaba cerrada.

Ahora estaba abierta. Ahora me sentía tan débil por el simple roce de la mano de él que apenas podía caminar.

—Es bueno que pasear con usted sea tan seguro —dije.

Ni siquiera sabía qué había querido decir con eso. Tenía treinta años pero me sentía como una jovencita. Como la niña que nunca había sido.

Él no habló. Caminamos en silencio entre el río y la ciudad en medio de una gloria de luz que se desvanecía.

—¿Me acompañará a casa, Rakam? —dijo él.

Ahora fui yo quien no habló.

—Ellas no entrarán con nosotros —me dijo, muy bajito, al oído, y sentí su aliento.

—¡No me haga reír! —dije, y empecé a llorar. Lloré todo el camino de regreso por el malecón. Sollocé y pensé que los sollozos se acababan y entonces sollocé de nuevo. Lloré por todos mis sufrimientos y vergüenzas. Lloré porque eran parte de mí y siempre lo serían. Lloré porque la puerta estaba abierta y al fin podía cruzarla, salir al campo que había al otro lado, pero tenía miedo.

Cuando entramos en el coche, muy cerca de mi escuela, simplemente me tomó en sus brazos, en silencio. Las dos mujeres sentadas delante no volvieron la cabeza ni una vez.

Fuimos a la casa de él, donde yo había estado una vez antes, una vieja mansión de algún propietario de los días de la Corporación. Dio las gracias a las guardias y cerró la puerta. —La cena —dijo—. El cocinero tiene fiesta. Quería llevarla a un restaurante, pero se me fue de la cabeza. —Me guió a la cocina, donde encontramos arroz frío y ensalada y vino. Cuando terminamos de comer me miró a través de la mesa de la cocina y en seguida bajó la mirada. Su vacilación me hizo esperar y callar. Después de mucho tiempo él dijo: —¡Oh, Rakam! ¿Me permitirías que te hiciera el amor?

—Quiero hacerte el amor yo —dije—. Nunca lo hice. Nunca le hice el amor a nadie.

El se levantó sonriendo y me tomó de la mano.

Subimos las escaleras juntos, y pasamos la que había sido la entrada al ala de los nombres de la casa. —Vivo en la beza —dijo—, en el harén. Vivo en el ala de las mujeres. Me gustan las vistas.

Entramos en su habitación. Allí él esperó de píe y me miró, y luego apartó los ojos. Yo estaba tan asustada, tan desconcertada, que pensé que no podría acercarme a él o tocarlo. Me obligué a ir a él. Levanté la mano y le toqué la cara, las cicatrices junto al ojo y sobre la boca, y lo rodeé con mis brazos. Entonces lo atraje hacia mí, más y más cerca.

En algún momento de la noche, mientras yacíamos medio dormidos y entrelazados, le pregunté: —¿Dormiste alguna vez con la doctora Yeron?

Sentí a Havzhiva reír, una risa suave y lenta en su vientre, que estaba contra el mío. —No —dijo—. Con nadie en Yeowe más que contigo. Y tú, con nadie en Yeowe más que conmigo. Vírgenes, vírgenes yeowanos… Rakam, araba… —Apoyó la cabeza en el hueco de mi hombro, dijo algo más en una lengua extranjera y se quedó dormido. Durmió profunda, silenciosamente.

Ese mismo año fui al norte, a la Universidad, donde ingresé en el cuerpo docente como profesora de historia. Para sus parámetros de entonces, yo era competente. He trabajado allí desde entonces, como profesora y editora de la Universidad.

Como él me dijo que haría, Havzhiva estuvo allí constantemente, o casi.

Las Enmiendas a la Constitución fueron aprobadas, por voto secreto, en el Décimo Octavo Año de la Libertad Yeowana. De los sucesos que condujeron a esto y de los que siguieron pueden leer en los tres volúmenes de la Historia de Yeowe de la Editorial Universitaria. He contado la historia que me pidieron que contara. La he concluido, como muchas historias concluyen, con el encuentro de dos personas. ¿Qué es el amor y el deseo

de un hombre y una mujer contraía historia de dos mundos, las graneles revoluciones de nuestro tiempo, la esperanza, la interminable crueldad de nuestra especie? Una pequeñez. Pero una llave es una cosa pequeña comparada con la puerta que abre. Si uno pierde la llave, quizá nunca pueda abrir la puerta. Es en nuestros cuerpos donde perdemos o nos damos la libertad, en nuestros cuerpos aceptamos o ponemos fin a la esclavitud. Por eso he escrito este libro para mi amigo, con el que he vivido y moriré libre.

Notas sobre Werel y Yeowe

1. Pronunciación de nombres y palabras

En VOE DEANO (que es asimismo la lengua de Yeowe) y GATAYANO, las vocales tienen los valores «europeos corrientes», excepto la e, que se pronuncia unas veces como *e* y otras como *ai*.

En voe deano el acento normalmente se pone en la penúltima sílaba. Así:

Arkamye: ar-KAM-ye
Bambur: BAM-bur
Boeba: bo-AI-ba
Dosse: DO-se
Erod: E-rod
gareot: ga-RAI-ot
Gatay: ga-TA-igede: GUE-de
Geu: GAI-o
Hame: HA-me
Hagayot: ha-GA-yot
Hayawa: ha-YA-wa
Kamye: KAM-ye
Keo: KAI-o
makil: MA-kil
Nadami: na-DA-mi
Noeha: no-AI-a
Ramayo: ra-MA-yo
rega: RAI-ga
Rewe: RE-we
San Ubattat: san-u-BAT-tat
Seugi: sai-O-gui
Shomeke; sho-ME-ke
Suhame: su-HA-me
Tazeu: ta-ZAI-u
Tikuli; ti-KU-li
Toebawe: to-e-BA-we
Tual: TU-al
veot: VAI-ot
Voe Deo: vo-e-DAI-o
Walsu: WAL-su
Werel: WE-rel
Yeowe: yai-O-wai
Yeron: YE-ron
Yoke: YO-ke
Yotebber: yo-TEB-ber

Yowa: YO-wa

Los nombres formados con los nombres de las deidades Kamye (Kam) y Tual tienden a mantener el acento en esos elementos. Por ejemplo:

Abberkam: AB-ber-KAM

Batikam: BA-ti-KAM

Rakam: RA-KAM

Sezi-Tual: SAI-zi-TUAL

Tualtak: TUAL-tak

HAINI

Los extremadamente largos nombres de linaje comunes entre los hainis se abrevian en el uso cotidiano; de este modo, Mattin-yehedarhed-dyura-ga-muruskets se convierte en Yehedarhed.

araha: a-RA-ha

Ekumen (de una antigua palabra terrana): EK-u-men

Esdardon Aya: es-DAR-don-A-ya

Havzhiva: HAV-si-va

Iyan Iyan: i-YAN-i-YAN

Kathhad: KAZ-had

Mezhe: ME-ze

Stse: STSE (como el segmento en mayúscula en el inglés «beSTSEt»)

Tiu: TIU

Ve: VE

Yehedarhed: ye-he-DAR-hed

2. Los planetas Werel y Yeowe

Extraído del Manual de referenda de los Mundos Conocidos impreso en Darranda, Hain, ciclo haini 93, año local 5467.

El año ecuménico 2102 se cuenta como el año en curso cuando las fechas históricas se dan como años Antes del Presente (AP).

El sistema solar Werel-Yeowe consta de dieciséis planetas en órbita alrededor de una estrella blanca-amarilla (RK-tamo-5544-34). La vida se desarrolló en los planetas tercero, cuarto y quinto. El quinto, llamado Rakuli en voe deano, sólo alberga formas de vida invertebradas tolerantes al frío árido, y no ha sido colonizado ni explotado. Los planetas tercero y cuarto, Yeowe y Werel, están dentro de las normas hainis de atmósfera, gravedad, clima, etc. Werel fue colonizado por Hain ya avanzada la Expansión, en el último millón de años. Parece ser que no hubo fauna autóctona que desplazar, ya que todas las formas de vida animales que se encuentran en Werel, así como parte de la flora, descienden de las hainis.

Yeowe no tuvo vida animal hasta que Werel lo colonizó trescientos sesenta y cinco años AP.

Werel

Historia natural

El cuarto planeta más cercano al sol, Werel tiene siete pequeñas lunas. El clima

actual es templado, con frío severo en los polos. La flora es en gran medida autóctona, y la fauna de origen haini, dliberadamente modificada para lograrla cobiosis con la vegetación nativa, y con modificaciones posteriores debidas a las mutaciones genéticas y la adaptación. La adaptación humana incluye una coloración cianótica de la piel (que va del negro a un pálido matiz azulado) y ojos en los que no es visible el blanco, ambos obviamente ajustes a elementos del espectro de radiación solar.

Voe Deo: Historia reciente: 4000-3500 años AP, pueblos agresivos y en expansión de piel negra, provenientes del sur del ecuador del gran continente único (la región que es ahora la nación de Voe Deo), invadieron y sometieron a los pueblos de piel más clara del norte. Estos conquistadores instituyeron una sociedad de amos y esclavos basada en el color de la piel.

Voe Deo es la nación más grande, poblada y rica del planeta; todas las demás, en ambos hemisferios, son estados subordinados, clientes o económicamente dependientes de Voe Deo. La economía voe deana se ha basado en el capitalismo y la esclavitud durante al menos tres mil años. La hegemonía voe deana permite la descripción general de Werel como constituido por una única sociedad. Sin embargo, debido a los rápidos cambios que la sociedad está experimentando, esta aseveración debe hacerse en tiempo pasado.

Clases sociales bajo la esclavitud

Clases: amo (**propietario** o **gareot**) y esclavo **(activo)**. La clase se hereda de la madre, sin excepción.

La gama de colores abarca del negro azulado, pasando por el marrón azulado o grisáceo, hasta el blanco casi sin pigmentación. (Sólo el albinismo afecta el pelo y los ojos, que son oscuros.) En la abstracción ideal, clase es color de piel: propietarios, negros; activos, blancos. En la práctica, muchos propietarios eran negros, la mayoría eran oscuros; algunos activos eran negros, la mayoría marrón claro, algunos blancos.

A los **PROPIETARIOS** se los llamaba hombres, mujeres, niños.

El término general propietario hacía referencia tanto a la clase en conjunto como a un individuo/ familia que poseyera dos o más esclavos.

El propietario de un esclavo o sin esclavos era un propietario sin servidumbre o gareot.

El veot era miembro de una casta guerrera hereditaria de propietarios; los rangos eran rega, zadyo, oga. Los hombres veot ingresaban casi invariablemente en el ejército; la mayoría de las familias veot eran terratenientes; casi todos eran propietarios, unos pocos gareots.

Las **mujeres propietarias** formaban una subclase o casta inferior. Una mujer propietaria legalmente era propiedad de un hombre (padre, tío, hermano, marido, hijo o guardián). La mayoría de los observadores sostienen que la división por género de la sociedad wereliana era tan profunda y esencial como la división entre amo y esclavo, aunque menos visible, siendo consideradas Jas mujeres propietarias como superiores a los activos de ambos sexos. Puesto que las mujeres eran propiedad, no podían poseer nada, incluyendo propiedad humana. Podían, sin embargó, administrar la propiedad.

A los **ACTIVOS** se los llamaba siervos, siervas, cachorros o crías. Términos peyorativos: esclavos, polvorientos, blancuchos, blancos.

Los *luls* eran esclavos de trabajo, poseídos por una persona o familia. Todos los esclavos de Werel eran luls, excepto los *makils* y los activos-soldado.

Los *makils* eran vendidos a y poseídos por la Corporación de Espectáculos.

Los *activos-soldado* eran vendidos a y poseídos por el Ejército.

Los *cortelibres* o eunucos eran esclavos masculinos castrados (más o menos voluntariamente, dependiendo de la edad, etc) para ganar status y privilegios. La historia wereliana hace referencia a numerosos cortelibres que alcanzaron gran poder en diferentes gobiernos; muchos ocuparon puestos influyentes a través de la burocracia. Los Jefes de la parte de las siervas en un cercado eran invariablemente cortelibres.

La **manumisión** fue extremadamente rara hasta el último siglo, restringida a unos pocos casos conocidos (históricos/legendarios) de esclavos cuya lealtad y virtud extraordinarias indujo a sus amos a concederles la libertad. Más o menos cuando se inició la Guerra de Liberación en Yeowe, la práctica de la manumisión empezó a ser más común en Werel, encabezada por el grupo **La Comunidad**, que abogaba por la abolición de la esclavitud. Un activo manumiso legalmente, aunque raras veces socialmente, era considerado como un gareot.

En el tiempo de la Liberación en Voe Deo la proporción de activos y propietarios era de siete a uno. (Aproximadamente la mitad de esos propietarios eran gareots, propietarios de uno o ningún activo.) En las naciones más pobres la proporción bajaba o se invertía; en los Estados Ecuatoriales la proporción activo-propietario era de uno a cinco. En Werel en su conjunto se estimaba que la proporción era de tres activos por cada propietario.

La Casa y el Cercado

Históricamente y en el campo, en las haciendas, en las granjas y plantaciones, los activos vivían en un cercado vallado o amurallado, con una única puerta. Una zanja que corría paralela al muro de la puerta dividía el cercado en dos mitades. En el lado de la puerta estaban los alojamientos de los hombres, en el interior vivían las mujeres. Los pequeños vivían en el interior, hasta que los niños que habían alcanzado la edad de trabajar (ocho a diez años) eran enviados a los barracones. Las mujeres vivían en cabañas: madres e hijas, hermanas y amigas, solían compartir una cabaña, entre dos y cuatro mujeres con sus hijos. Los hombres y los niños vivían en unos barracones en el lado de la puerta llamados casas largas. Los huertos de las cocinas eran cuir dados por los ancianos y los niños muy pequeños, que no salían fuera a trabajar; por lo general los ancianos cocinaban para los que trabajaban. Las abuelas gobernaban el cercado.

Los cortelibres (eunucos) vivían en viviendas separadas construidas contra la pared exterior, y tenían un puesto de vigilancia en lo alto del muro; actuaban como los Jefes de Cercado, intermediarios entre las abuelas y los Jefes de Trabajo (miembros de la familia propietaria o gareots contratados, a cargo de los activos de trabajo). Los Jefes de Trabajo vivían en casas fuera del cercado.

La familia propietaria y los subordinados de la clase propietaria ocupaban la Casa Grande. El término Casa incluía un número indeterminado de dependencias, las residencias de los Jefes de Trabajo y los establos de los animales, pero específicamente significaba la casa grande de la familia. En las Casas convencionales, el ala de los hombres (azade) y el ala de las mujeres (beza) estaban estrictamente separadas. El grado de restricción de las mujeres reflejaba la riqueza, poder y pretensiones sociales de la familia. Las mujeres gareot disfrutaban de una considerable libertad de movimientos y ocupación pero las mujeres de familias ricas o distinguidas permanecían siempre recluidas en la Casa o en jardines vallados, y nunca salían al exterior sin una numerosa escolta masculina.

Un número indeterminado de activas vivían en el ala de las mujeres, empleadas como domésticas o para uso de los hombres propietarios. Algunas casas tenían domésticos masculinos, por lo común chicos jóvenes o ancianos; algunos tenían cortelibres como domésticos.

En las fábricas, molinos, minas, etc., se mantenía el sistema del cercado, aunque con algunas modificaciones. Donde había división del trabajo, ios cercados enteramente masculinos eran controlados por gareots contratados; en los cercados enteramente femeninos se permitía a las abuelas mantener el orden, igual que en los cercados rurales. Los hombres alquilados a los cercados masculinos teman una esperanza de vida de unos veintiocho años. Durante la escasez de activos provocada por el envío de esclavos a Yeowe en los primeros años de la Colonia, algunos propietarios formaron cercados de cría cooperativos donde las siervas daban a luz anualmente y hacían trabajos livianos; algunas de estas «reproductoras» parían un hijo anualmente durante veinte años o más.

Alquilados: En Werel todos los activos eran poseídos individualmente. (Las Corporaciones de Yeowe cambiaron esta práctica: las Corporaciones poseían esclavos que no tenían propietarios privados.)

Tradicionalmente, en las ciudades werelianas los activos vivían en la casa de sus propietarios como domésticos. Durante el último milenio se hizo cada vez más común que los dueños de activos superfluos los alquilaran a negocios y fábricas como obreros especializados o no especializados. Los propietarios y accionistas de una compañía compraban y poseían activos privados; la compañía alquilaba a los activos, controlaba su explotación y repartía los beneficios. Un propietario podía vivir del alquiler de uno o dos activos especializados. De este modo los alquilados, hombres y mujeres, se convirtieron en el grupo de activos más numeroso en todas las ciudades y en muchos pueblos. Los alquilados vivían en «cercados comunes», casas de apartamentos supervisadas por Jefes gareots contratados. Estaban sujetos al toque de queda y se controlaba sus salidas y entradas.

(Nótese la diferencia entre los *alquilados* werelianos, alquilados por sus propietarios, y los mucho más autónomos *libertos* yeowanos, esclavos que pagaban a su propietario un impuesto o tasa sobre un trabajo libremente elegido, el llamado «alquiler de la libertad». Uno de los objetivos del **Hame**, el grupo clandestino voe deano de liberación de los activos, era instituir el «alquiler de la libertad» en Werel.)

En casi todos los cercados comunes y casas de la ciudad los sexos estaban separados en la azade y la beza, pero algunos propietarios y algunas compañías permitían a sus activos o alquilados vivir en pareja, aunque no casarse. Sus propietarios podían separarlos por cualquier motivo en cualquier momento. El propietario de la madre era el propietario de los hijos que estas parejas pudieran tener.

En el cercado convencional, el acceso heterosexual estaba controlado por los propietarios, los Jefes y las abuelas. Quienes «saltaban la zanja» corrían un riesgo. El ideal mítico del propietario era la total separación de activos machos y hembras, y una cría selectiva controlada por los Jefes, que elegirían activos sementales para cubrir a las hembras a intervalos óptimos para producir el número deseado de crías. La principal preocupación de las esclavas hembras en las granjas de explotación era evitar la preñez no deseada y anual. En manos de un propietario benevolente, las abuelas y los corte-libres a menudo protegían a las niñas y mujeres de h violación, e incluso permitían algunos emparejamientos por amor. Pero las uniones eran desalentadas, tanto por los propietarios como por las abuelas; y ninguna forma de matrimonio era admitida por ley o costumbre en Werel.

Religiones

El culto a Tual, una deidad maternal de la paz y el perdón similar a Kwan Yin, era la religión estatal de Voe Deo. *Filosóficamente*, Tual era vista como la encarnación más

importante de Ama, el No Creado, o el Espíritu Creador. *Históricamente*, ella es una amalgama de numerosas deidades naturales locales, y localmente a menudo se refragmenta en la multiplicidad original. *Nacionalmente*, la imposición de la religión nacional solía acompañar la hegemonía voe deana en otras naciones, aunque la religión no tiene un carácter proselitista o agresivo inherente. Los sacerdotes tualitas pueden ocupar, y en verdad ocupan, altos cargos en el gobierno. *Clase*: Los propietarios mantuvieron las imágenes y el culto tualita en todos los cercados de esclavos, tanto en Werel como en Yeowe. El tualismo era la religión de los propietarios. La práctica del tualismo se imponía a los activos, y a pesar de que incluían algunos aspectos del mito y el culto tualitas en sus ritos, la mayoría de los activos eran kamyitas. Considerando a Kamye como «el Siervo», un aspecto menor de Ama, el sacerdocio tualita incluyó y toleró el culto kamyita (que no tenía sacerdocio oficial) entre los esclavos y soldados (la mayoría de los veot eran kamyitas).

El ***Arkamye*** o Vida de Kamye, el que Lleva la Espada (Kamye es también el Pastor, una deidad señor de bestias, y el Siervo, pues ha pasado largo tiempo al servicio del Señor del Atardecer): una epopeya guerrera, adoptada por los activos en casi todo el planeta hace unos tres mil años como el libro principal de su religión. En el libro se promueven las virtudes del esclavo/guerrero, como obediencia, valor, paciencia y altruismo, así como la independencia espiritual, una indiferencia estoica hacia las cosas de este mundo, y un apasionado misticismo: la realidad tiene que ganarse renunciando a todo lo que en apariencia es real. Los activos y veots incluyen a Tual en su culto como la encarnación de Kamye, él mismo una encarnación de Ama, el No Creado. Los «estadios de la vida» y el «ingreso en el silencio» se encuentran entre las ideas y prácticas místicas compartidas por kamyitas y tualitas.

Relaciones con el Ecumen

El Primer Enviado (AE 1724) fue recibido con extrema desconfianza. Después de que, bajo una estrecha vigilancia, se permitiese aterrizar a una delegación de la nave *Hugum*, la alianza fue rechazada. El gobierno de Voe Deo y sus aliados prohibieron a los alienígenas entrar en el sistema solar. Werel, liderado por Voe Deo, inició entonces ún rápido y competitivo desarrollo de la tecnología espacial y fomentó el desarrollo tecno-industrial de todo tipo. Durante muchas décadas, el gobierno, k industria y los militares voe deanos avanzaron espoleados por la expectativa paranoica de un retorno armado de los conquistadores alienígenas. Fue ese desarrollo lo que llevó a la colonización de Yeowe en sólo treinta años.

Durante los siguientes tres siglos el Ecumen estableció contacto a intervalos regulares con Werel. A raíz de la insistencia de la Universidad de Bambur, a la que se unió un consorcio de universidades y de instituciones de investigación, se inició un intercambio de información. Finalmente, después de más de trescientos años, se permitió al Ecumen enviar unos cuantos Observadores. Durante la Guerra de Liberación de Yeowe, se invitó al Ecumen a enviar Embajadores a Voe Deo y Bambur, y más adelante Enviados a Gatay, los Cuarenta Estados y otras naciones. Durante algún tiempo el incumplimiento del Convenio sobre Armamento impidió que Werel se uniese al Ecumen, a pesar de la presión de Voe Deo sobre los otros estados, que insistían en mantener su armamento. Tras la abrogación del Convenio, Werel se unió al Ecumen, trescientos cincuenta y nueve años después del primer contacto y catorce años después del final cíe la Guerra de Liberación.

Como propiedad de las Corporaciones, y no teniendo gobierno propio, la Colonia de Yeowe era considerada no apta para formar parte del Ecumen por sus propietarios werelianos. El Ecumen continuó cuestionando el derecho de las cuatro Corporaciones a

poseer el planeta y su población. Durante los últimos años de la Guerra de Liberación, el Partido de la Libertad invitó a Observadores ecuménicos a Yeowe, y el establecimiento de un Enviado permanente allí coincidió con el final de la Guerra. El Ecumen ayudó a Yeowe a negociar el fin del dominio económico en el planeta de las corporaciones y el Gobierno de Voe Deo. El Partido del Mundo casi consiguió expulsar a los alienígenas además de los werelianos, pero cuando el movimiento se vino abajo, el Ecumen apoyó al Gobierno Provisional hasta que pudieron celebrarse elecciones. Yeowe se unió al Ecumen en el Año Undécimo de la Liberación, tres años después de Werel.

Yeowe

Historia Natural

El tercer planeta más cercano a su sol, Yeowe, tiene un clima templado moderado con ligeras variaciones estacionales.

La vida bacteriana es antigua y tiene la vasta complejidad y la diversidad adaptativa comunes. Un cierto número de especies marinas yeowanas se definen como especies animales; por lo demás, la biota nativa del planeta es vegetal.

Existía una gran variedad de especies vegetales terrestres complejas, fotosintéticas o saprofitas. La mayoría eran sésiles, y había algunas «rastreras», plantas coloniales o individuales capaces de desplazarse lentamente. Los árboles eran la principal forma de vida de grandes proporciones. El Continente Sur estaba ocupado casi enteramente por la jungla tropical/selva húmeda templada, desde el litoral hasta el límite arbolado de la Cadena Polar y la taiga del Círculo Antártico. En el Gran Continente, poblado de bosques en los extremos norte y sur, predominaba el paisaje de la estepa y la sabana en los altiplanos centrales, con inmensas áreas de pantanos, marjales y marismas en las llanuras costeras. En ausencia de animales polinizadores, las plantas habían desarrollado numerosos sistemas que empleaban el viento y la lluvia para conseguir la polinización cruzada y la propagación: semillas explosivas, aladas, redes de semillas que atrapaban el viento y volaban cientos de kilómetros, esporas a prueba de agua, semillas «excavadoras», semillas «nadadoras», y plantas con palas móviles, cilios, etcétera.

Los mares, cálidos y relativamente poco profundos, y las vastas marismas nutren una gran variedad de plantas sésiles y flotantes: plancton, algas, plantas coralinas y espongiarias, que forman construcciones permanentes (principalmente silíceas), y especies únicas, como los «veleros» y las «algas-espejo». Las vastas extensiones de «lirios-alfombra» fueron recogidas por las Corporaciones de manera tan exhaustiva que extinguieron la especie en menos de treinta años.

La introducción descuidada de especies animales y vegetales werelianas eliminó o invadió el espacio de las tres quintas partes de las especies nativas, a Jo que contribuyó además la contaminación industrial y la guerra. Los propietarios introdujeron el venado, perros y gatos de caza y grandes caballos de cacería. Los venados prosperaron y destruyeron buena parle del hábitat nativo. Muchas de las especies animales introducidas a la larga fracasaron. Los animales werelianos que consiguieron sobrevivir en Yeowe, además de la especie humana, incluyen:

pájaros (gallinas domésticas criadas como piezas de caza o aves de corral; los pájaros cantores fueron liberados, y unas pocas especies se adaptaron y sobrevivieron)

perros zorros y gatos con manchas (mascotas)

ganado (doméstico; salvaje en los distritos abandonados)
venados (salvajes, llamados ciervos de los pantanos, adaptados a los marjales)
gatos de caza (fieros, raros en los marjales).

La introducción de algunas especies piscícolas en los ríos resultó desastrosa para la vida vegetal nativa, y los peces que sobrevivieron murieron por la contaminación de las aguas. Todos los intentos de introducir peces marinos fracasaron.

Los caballos fueron sacrificados durante la Guerra de Liberación como posesiones simbólicas de los propietarios; ninguno sobrevivió.

La Colonia: la colonización

Los primeros cohetes werelianos llegaron a Yeowe trescientos sesenta y cinco años AP. La exploración, cartografía y prospección fueron seguidas con impaciencia. La Corporación de Minas de Yeowe, cuyos principales propietarios eran inversores voe deanos, recibió la concesión exclusiva para la prospección. En el espacio de veinticinco años, naves mayores y más eficaces hicieron la explotación minera rentable, y la CMY inició el transporte regular de esclavos a Yeowe y de metales y minerales a Werel.

La siguiente gran compañía en establecerse en Yeowe fue la Corporación de Bosques del Segundo Planeta, que taló y embarcó la madera yeowana hacia Werel, donde la expansión industrial y demográfica había reducido drásticamente los bosques.

La explotación de los océanos se convirtió en una industria importante hacia finales del primer siglo: la Corporación de Expedidores Yeowanos cosechó los lirios-alfombra con unos beneficios inmensos. Después de agotar ese recurso, la CEY empezó a explotar y procesar otras especies marinas, sobre todo el alga vesícula, muy rica en aceite.

Durante el primer siglo de existencia de la Colonia, la Corporación de Plantaciones Agrícolas de Yeowe inició el cultivo sistemático de cereales y frutas introducidas y de especies nativas como el junco-oe y el pini. El clima regular y templado de Yeowe y la ausencia de insectos y plagas animales (mantenida mediante estrictas cuarentenas) permitieron una enorme expansión de la agricultura.

Las empresas individuales de estas cuatro Corporaciones y las regiones donde operaban, ya fueran mineras, forestales, de explotación de los mares o agrícolas, recibían el nombre de «Plantaciones.»

Las cuatro grandes Corporaciones mantenían un control absoluto sobre sus respectivos productos, aunque con el paso de los años hubo muchas batallas (legales y físicas) por los conflictos de intereses en la explotación de un área. Ningún rival pudo romper el monopolio de las Corporaciones, que contaba con el apoyo total y activo —militar, político y científico— del Gobierno de Voe Deo, uno de los principales beneficiarios de las ganancias de las Corporaciones. El principal inversor de capital en las Corporaciones era siempre el Gobierno y los capitalistas de Voe Deo. Nación ya poderosa cuando empezó la colonización, después de tres siglos de colonización Voe Deo era con diferencia Ja nación más rica de Werel, y dominaba y controlaba todas las otras. Su control sobre las Corporaciones de Yeowe, sin embargo, era nominal. Negociaba con ellas como con poderes soberanos.

Población y Esclavitud

Durante el primer siglo las Corporaciones sólo exportaron esclavos masculinos a la Colonia: el monopolio de aquéllas del transporte de esclavos a través del Cartel Interplanetario era absoluto. En el primer siglo, una alta proporción de estos esclavos procedían de las naciones más pobres de Werel; más tarde, cuando la cría de esclavos para el mercado yeowano se convirtió en un negocio rentable, empezaron a enviarse de Bambur,

los Cuarenta Estados y Voe Deo.

Durante este período, la población alcanzó los 40000 propietarios (ochenta por ciento hombres) y unos 800000 esclavos (todos hombres).

Hubo varios tipos de «pueblos de emigrados» experimentales, asentamientos de gareots (miembros de la clase propietaria sin esclavos), principalmente comunidades industriales y de servicios. Estos asentamientos fueron tolerados al principio, y luego abolidos por las Corporaciones, que indujeron a los gobiernos werelianos a limitar la emigración al personal de las Corporaciones, Los gareots colonos fueron enviados de vuelta a casa y los esclavos se hicieron cargo de los servicios que ellos habían puesto en marcha. De este modo, la clase media de comerciantes y ciudadanos en Yeowe pasó a estar integrada por esclavos semi-independientes (libertos) en vez de gareots y alquilados como en Werel.

El precio de los siervos continuaba subiendo, sobre todo porque la Corporación Agrícola y la Minera malgastaban la vida de los esclavos (durante el primer siglo, un esclavo minero tenía una esperanza de «vida útil» de cinco años). Los propietarios pasaban clandestinamente cada vez más esclavas como sirvientas domésticas y sexuales. Forzadas por la situación, las Corporaciones cambiaron sus estatutos y permitieron la importación de siervas (238 AP).

Al principio las siervas, consideradas como ganado cíe cría, quedaron restringidas a los cercados de las plantaciones. Cuando su utilidad para todo tipo de trabajo se hizo evidente, los propietarios de casi todas las plantaciones relajaron estas restricciones. Las esclavas, sin embargo, tuvieron que adaptarse al sistema social secular de los hombres esclavos, en el que ingresaron como inferiores, esclavas de los esclavos.

En Werel, todos los activos tenían dueños individuales, excepto los makils (comprados a sus dueños por la Corporación de Espectáculos) y los activos-soldado (comprados a sus dueños por el Gobierno). En Yeowe, todos los esclavos eran propiedad de las Corporaciones, comprados por éstas a sus propietarios werelianos. Ningún esclavo en Yeowe podía ser poseído individualmente. Ningún esclavo en Yeowe podía ser liberado. Incluso aquellos traídos como sirvientes personales, como las doncellas de las esposas de los dueños de las plantaciones, traspasaban el título de propiedad a la Corporación que poseía la plantación.

Aunque la manumisión no estaba permitida, cuando la población de esclavos creció rápidamente, generando un excedente en muchas plantaciones, el status de *liberto* se hizo muy común. El liberto encontraba un trabajo, por contrato o independiente, y «alquilaba su libertad», pagando a una o a varias Corporaciones, mensual o anualmente, la cuota con la que hubiesen gravado su trabajo independiente (por lo general el cincuenta por ciento). La mayoría de los libertos trabajaban como aparceros, tenderos u operarios de fábrica, y en las industrias de mantenimiento; en el tercer siglo de la Colonia floreció en las ciudades una clase de libertos de profesiones liberales.

Hacia el final del tercer siglo, cuando el crecimiento demográfico se estabilizó, la población total de Yeowe alcanzaba los cuatrocientos cincuenta millones; la proporción de propietarios por esclavo era inferior a uno por cien. Casi la mitad de la población de esclavos eran libertos. (La población veinte años después de la Liberación alcanzaba de nuevo los cuatrocientos cincuenta millones, todos libres.)

En las plantaciones, la estructura social original integrada sólo por hombres sentó las bases de la sociedad de esclavos. Las cuadrillas de trabajo muy pronto se habían organizado en grupos sociales (llamados hordas), y las hordas se habían transformado en

tribus, cada una con una jerarquía de poder: los hombres de la tribu bajo el Cabeza o Cacique, bajo el Jefe, bajo el propietario, bajo la Corporación. Las obligaciones, la competencia, la rivalidad, los privilegios homosexuales y los linajes adoptivos se institucionalizaron y se codificaron estrictamente. La única seguridad para un esclavo dependía de que fuera miembro de una tribu y se adhiriera ciegamente a las reglas de ésta. Los esclavos vendidos de sus plantaciones originales tenían que servir como esclavos de los esclavos, a menudo por años, antes de ser admitidos en la comunidad de la tribu local.

Cuando las mujeres esclavas empezaron a llegar, se convirtieron en propiedad trioal además de ser propiedad de la Corporación. La Corporación alentaba esta situación. Les resultaba ventajoso que las tribus controlaran a las mujeres como ellas controlaban a las tribus.

La oposición y la insurrección, muy poco organizadas, eran aplastadas siempre con la instantánea y brutal irrevocabilidad del armamento infinitamente superior. Los principales y caciques actuaban en connivencia con los Jefes, quienes, trabajando en beneficio de los propietarios y las Corporaciones, explotaban las rivalidades entre tribus y las luchas de poder entre jefes, a la vez que mantenían un embargo «ideológico» absoluto, es decir, sobre la educación y cualquier información que viniese de fuera de la plantación. (En muchas plantaciones, bien avanzado el segundo siglo, saber leer y escribir era un crimen. A los esclavos sorprendidos leyendo los cegaban derramándoles ácido sobre los ojos o vaciándoles las cuencas. A los esclavos sorprendidos utilizando una radio o un terminal de la red los dejaban sordos perforándoles los tímpanos con ganzúas al rojo vivo. Las «Listas de castigos indicados» de las Corporaciones y las plantaciones eran largas, detalladas y explícitas.)

En el segundo siglo, al dispararse la población en la mayoría de las plantaciones, el goteo ocasional de hombres y mujeres hacia las «tiendas de aterrizaje» regentadas por libertos se convirtió en una corriente continua. En unas cuantas décadas, las «tiendas de aterrizaje» se convirtieron en pueblos y los pueblos en ciudades enteramente habitadas por libertos.

Aunque los más pesimistas entre los propietarios empezaron a señalar el creciente tamaño e independencia de las «Villas de activos», «Ciudades de blancos» y «Burgos polvorientos» como una amenaza, las Corporaciones consideraban las ciudades felizmente controladas. No se permitía construir edificios grandes, ni estructuras defensivas de ningún tipo; la posesión de un arma de fuego se castigaba con la desventración; no se permitía a los esclavos conducir vehículos aéreos; las Corporaciones vigilaban las materias primas y las industrias que podían proporcionar armas de cualquier tipo a los esclavos o a los libertos.

La «ideología», la educación, sí existía en las ciudades. Avanzado el segundo siglo de la Colonia, las Corporaciones, aunque censurando, filtrando y alterando la información, dieron el permiso oficial para que los hijos de los libertos y algunos niños de las tribus fueran escolarizados hasta los catorce años. Permitieron también a las comunidades de esclavos abrir escuelas y les vendieron libros y otros materiales. En el tercer siglo, las Corporaciones instituyeron y mantuvieron una red de información y entretenimiento para las ciudades. Empezó a valorarse a los trabajadores educados. Las limitaciones de las tribus eran cada vez más evidentes. Rígidamente conservadores, muchos caciques tribales y Jefes eran incapaces de cambiar el estado de las cosas, o no deseaban hacerlo, en un tiempo en que el abuso de los recursos del planeta exigía cambios radicales en los métodos y los objetivos. Era obvio que la rentabilidad de Yeowe ya no estaba en las explotaciones mineras, en la tala indiscriminada de árboles y en el monocultivo, sino en la industria

refinada, plantas modernas con una plantilla de trabajadores especializados capaces de asimilar nuevas técnicas y de seguir órdenes con las que no estaban familiarizados.

En Werel, una sociedad de esclavos capitalista, la mano de obra esclava, ya fuera simple fuerza muscular o altamente preparada, hacía el trabajo de forma manual, aunque utilizara una tecnología elegante, que no dejaba de ser auxiliar: «El activo bien preparado es la mejor máquina, y la más barata». La producción, incluso de artículos de alta tecnología, seguía siendo en esencia artesanía tradicional de alta calidad. Ni la velocidad ni un gran volumen de producción se apreciaban particularmente.

En Yeowe, a finales del tercer siglo de la Colonia, conforme la exportación de materias primas caía, se empezó a dar otros usos a los activos. Apareció la cadena de montaje, con el propósito determinado no sólo de acelerar y abaratar la producción, sino también de que el trabajador desconociera el proceso global del trabajo que hacía. Después de eliminar de su nombre «de Bosques», la Corporación del Segundo Planeta lideró el nuevo proceso de fabricación. La CSP rápidamente superó a los viejos gigantes, la Minería y la Agricultura, y cosechó enormes beneficios con la venta de productos terminados fabricados en serie a las naciones más pobres de Werel. Cuando se produjo el Alzamiento, más de la mitad de los obreros libertos eran propiedad o estaban alquilados por la Corporación del Segundo Planeta.

Había mucho más descontento social en las fábricas y pueblos industriales que en las plantaciones tribales. Los ejecutivos de la Corporación lo atribuyeron al aumento del número de libertos «incontrolados», y muchos abogaron por el cierre de las escuelas, la destrucción de las ciudades y la restauración de los cercados sellados para todos los esclavos. La milicia urbana de las Corporaciones (gareots contratados y traídos de Werel, además de un cuerpo de policía de libertos desarmados) se incrementó hasta convertirse en un considerable ejercito permanente, sus miembros gareots armados hasta los dientes. Muchos de los disturbios e intentos de protesta surgieron en las fábricas en las que se empleaba la cadena de montaje. A los trabajadores que, sintiéndose parte de un proceso inteligible, habían tolerado condiciones de trabajo muy duras, les resultaba intolerable el trabajo sin sentido, a pesar de que las condiciones de trabajo habían mejorado en algunos aspectos.

Sin embargo, la Liberación no empezó en las ciudades, sino en los cercados de las plantaciones.

El Alzamiento y la Liberación

El Alzamiento tuvo sus orígenes en la organización de las mujeres de las tribus de las plantaciones del Gran Continente, que se unieron para evitar la violación ritual de las niñas y para exigir leyes tribales contra la esclavización sexual de las siervas a manos de los siervos, contra la violación en grupo y contra las palizas y el asesinato de las mujeres, delitos todos que no estaban castigados.

Lo primero que hicieron estas mujeres fue educar a las mujeres y a los niños de ambos sexos, y luego exigieron una voz proporcional en los consejos tribales enteramente masculinos. Sus organizaciones, llamadas Clubes de Mujeres, se diseminaron por los dos continentes durante el tercer siglo de la Colonia. Los Clubes hicieron desaparecer a tantas niñas y mujeres de las plantaciones a las ciudades que las Corporaciones empezaron a escuchar las quejas de los caciques y los Jefes. Se animó a los caciques locales y a los Jefes a que «fuesen a las ciudades y trajeran a sus mujeres de vuelta».

Estas incursiones, a menudo encabezadas por la policía de la plantación y con el apoyo de la milicia urbana de las Corporaciones, eran llevadas a cabo con extrema

brutalidad. Los libertos de la ciudad, poco habituados a la violencia corriente en las plantaciones, se sintieron ultrajados. Los siervos de las ciudades se vieron impelidos a defender a las mujeres y a luchar junto a ellas.

En el año 61 AP, en la Provincia Eyu, en el pueblo de Soyeso, la exitosa resistencia de los esclavos a un asalto de la policía de la Plantación de Nadami (CPA) desembocó en un ataque a la misma plantación. Los barracones de la policía fueron asaltados e incendiados. Algunos de los caciques de Nadami se unieron al alzamiento y abrieron sus cercados a los rebeldes. Otros se unieron a la defensa de sus propietarios en la Casa de la plantación. Una mujer esclava abrió las puertas del arsenal de la plantación a los insurrectos: la primera vez en la historia de la Colonia de Yeowe que un grupo numeroso de esclavos tema acceso a armas poderosas. A esto siguió una masacre de propietarios, aunque parcialmente contenida: muchos de los niños de la Casa y veinte mujeres y hombres fueron salvados y metidos en un tren hacia la capital. Ningún esclavo adulto que había luchado contra el alzamiento se salvó.

Desde Nadami el Alzamiento se extendió, por la fuerza de las armas, a tres plantaciones vecinas. Todas las tribus se unieron y derrotaron a las fuerzas de la Corporación en la breve y encarnizada Batalla de Na dami. Esclavos y libertos de provincias vecinas empezaron a congregarse en Eyu. Los caciques, las abuelas del cercado y los líderes de la insurrección se encontraron en Nadami y declararon la Provincia de Eyu estado libre.

En el plazo de diez días, la Corporación aplastó la insurrección con bombardeos y tropas de asalto. Los rebeldes capturados fueron torturados y ejecutados. Se tomó una revancha particular con el pueblo de Soyeso: todos los que habían sobrevivido allí, casi todos niños y viejos, fueron reunidos en la plaza del pueblo y los camiones y apisonadoras usados para el transporte de minerales pasaron sobre ellos una y otra vez. A esto lo llamaron «pavimentar con polvo».

La victoria de las Corporaciones había sido rápida y sencilla, pero fue seguida por una nueva insurrección en otra plantación, el asesinato de una familia de propietarios aquí, una huelga de obreros libertos allá, y sucesos similares por todo el planeta.

Los disturbios no cesaron. Muchos ataques a los arsenales de las plantaciones y a los barracones de la milicia tuvieron éxito; los insurrectos tenían armas ahora, y aprendieron a fabricar minas y bombas. La guerra de guerrillas en las junglas y los extensos marjales dio a los rebeldes ventaja. Se hizo evidente que Jas Corporaciones necesitarían más armamento y más hombres. Importaron soldados mercenarios de Jas naciones más pobres de Werel, pero no fueron tropas leales o efectivas. Las Corporaciones pronto persuadieron ai gobierno de Voe Deo de que tenía que salvaguardar los intereses nacionales enviando tropas en defensa de los Propietarios de Yeowe. Al principio el compromiso fue vacilante, pero veintitrés años después de Nadami, Voe Deo decidió acabar con los disturbios de una vez por todas enviando 45000 hombres, todos veot (miembros de la casta guerrera hereditaria) o propietarios voluntarios.

Siete años después, al final de la guerra, 300000 soldados werelianos habían muerto en Yeowe, la mayoría voe deanos y casi todos veot.

La Corporación empezó a llevarse a su gente de Yeowe varios años antes del fin de la guerra, y durante el año final de lucha casi no quedaban civiles propietarios en el planeta.

Durante los treinta años de la Guerra de Liberación, algunas tribus y muchos esclavos se alinearon con las Corporaciones, que les prometieron seguridad y recompensas y les suministraron armas. Incluso durante la Liberación hubo batallas entre tribus rivales.

Después que las Corporaciones y el ejército se retiraran, las guerras tribales humearon y estallaron por todo el Gran Continente. Ningún gobierno central fue capaz de establecerse hasta que el Partido del Mundo de Abberkam, tras derrotar al Partido de la Libertad en muchas elecciones locales, pareció en condiciones de convocar las primeras elecciones para el Consejo del Mundo. En el Año Segundo de la Liberación, el Partido del Mundo se vino abajo abruptamente, acusado de corrupción. Los Enviados del Ecumen (invitados a Yeowe por el Partido de la Libertad durante el año final de guerra) apoyaron al Partido de la Libertad en la redacción de la constitución y en la convocatoria de elecciones. La Primera Elección (Año Tercero de la Liberación), manipulada por el Partido de la Libertad, estableció la nueva Constitución en un terreno bastante inestable: las mujeres no podían votar, muchos votos tribales eran emitidos únicamente por los caciques, y algunas de las estructuras jerárquicas tribales se mantenían y legalizaban. Hubo aun otras encarnizadas guerras entre tribus y años de disturbios y protestas mientras la sociedad del Yeowe libre luchaba para formarse. Yeowe se unió al Ecumen en el Año Undécimo de la Liberación, 19 AP, y el primer Embajador fue enviado ese mismo año. En el Año Decimoctavo de la Liberación fueron aprobadas en elecciones generales libres importantes enmiendas a la Constitución yeowana por las que se garantizaba el voto secreto a los mayores de dieciocho años y la igualdad de derechos.



URSULA K. LE GUIN. Nacida el 21 de octubre de 1929 en Berkeley, Ursula Kroeber era hija de Theodora y Alfred Kroeber, escritora de cuentos infantiles y antropólogo, respectivamente. Estudió en el Radcliffe College y se graduó en Literatura Italiana y Francesa del Renacimiento en la Universidad de Columbia. Tras ganar una beca para estudiar en Francia, conoció a Charles A. Le Guin, historiador, con el que contrajo matrimonio en 1953 en París. En 1958 se establecieron en Portland, Oregón. Tuvieron tres hijos y, de momento, tres nietos. A lo largo de su vida, Ursula K. Le Guin se ha revelado como activa militante pacifista y feminista.

Ursula K. Le Guin es una de las autoras más completas de nuestro tiempo. Escribe prosa y verso, y ha publicado sus trabajos en géneros tan distintos como la fantasía, ciencia-ficción, ficción realista, libros infantiles, libros para jóvenes, ensayos, guiones, etc. Ha publicado 6 libros de poesía, 20 novelas, más de 100 cuentos cortos (que han sido recogidos en 11 volúmenes), 11 libros infantiles, 4 colecciones de ensayos y 4 traducciones de otras obras, en apenas 40 años. Unas cifras realmente impresionantes, que muy pocos autores han conseguido, y más aún teniendo en cuenta la alta calidad de sus textos y de la

variedad de sus formas.

Algunos de los trabajos más conocidos de Ursula K. Le Guin llevan re-imprimiéndose de forma continuada desde hace más de treinta años. Además, sus libros de fantasía más conocidos (los cuatro primeros volúmenes de la saga de Terramar) han vendido millones de ejemplares en EEUU y en Inglaterra, y han sido traducidos a más de dieciséis idiomas. Su primera obra importante de ciencia-ficción, *La Mano Izquierda de la Oscuridad*, se considera clave en su campo, por su investigación radical de los roles de género, y por su complejidad moral y literaria. Sus novelas *Los Desposeídos* y *El Eterno Regreso a Casa* redefinen el alcance y el estilo de la ficción utópica. De sus libros infantiles, la saga de Catwings se ha convertido en una de las favoritas del público lector. Por otro lado, su versión del *Tao Te Ching*, de Lao Tzu, una traducción en la cual trabajó durante cuarenta años, ha recibido gran reconocimiento.